DGCC
A

t. 121286
c. 1157188

ALBUM DE UN LOCO.

ALBUM

DE

UN LOCO,

POR

DON JOSE ZORRILLA.

MADRID,
ALONSO GULLON, EDITOR,
CALLE DEL PEZ, NÚMERO 40.

1867

Esta obra es propiedad de su editor D. Alonso Gullon, el cual perseguirá, con arreglo á la ley, al que reimprima ó publique, sin su consentimiento, cualquiera de las composiciones de la misma.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID, 1867.—Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, calle del Duque de Osuna, número 3.

R. 95241

CUATRO PALABRAS.

Este libro no ha menester prólogo ajeno: en la *Introduccion* y el *Prospecto* del autor lo tiene muy cabal y propio; bien harán, de consiguiente, los lectores en salvar estas breves páginas mias, para deleitarse en las otras cuanto ántes. Su atencion ocupo cortos momentos por complacer á su poeta favorito, que mal inspirado, se quiere valer de mi pluma; y como de esta distincion me resulta honra, y con la negativa diera mala paga á su amistad cordial y de antigua fecha, de buena voluntad me presto á probar aquí á decir algo.

Treinta años hizo el pasado Febrero que empezó á sonar entre aplausos el nombre de D. José Zorrilla. Sus primeros ecos partieron de entre los cipreses y sauces de un campo santo. Madrid oyólos impresionado hasta lo sumo. No fué su inspiracion pasajera, como nacida accidentalmente de las circunstancias; dentro de su mente existia vigorosa; en aquella ocasion lamentable tomó vuelo por espontáneo impulso, y una vez desplegadas las alas, remontóse á brillantes esferas, de muy extensos horizontes. Con afan se leyeron por todos en *El Español* sus poesías dominicales; desde la tribuna

del Liceo Artístico y Literario encantó, los juéves, á la sociedad más ilustrada con sus lecturas; frescos laureles ganó asimismo en el teatro: *Cada cual con su razon* fué su estreno; *La segunda parte del Zapatero y el Rey*, su gran adelanto; *Don Juan Tenorio*, su mayor triunfo. Ocho tomos de poesías suyas publicó el editor Delgado en muy poco tiempo; no ménos volúmenes dió á luz de sus leyendas el editor Boix en corto espacio. Su estro era inagotable, y templado para la epopeya, ideó cantar *La Cruz y la Media Luna*. Fuera de España estaba ya cuando se imprimieron los primeros tomos, y cuando anhelosamente se esperaban los restantes, de súbito cundió la noticia de que D. José Zorrilla se alejaba de Europa.

Cerca de tres lustros ha vivido fuera de su patria, durante los cuales, no más que algunos ecos de su voz conocida llegaron hasta nosotros. Pero aquí habian quedado sus populares canciones: de memoria las aprendieron los que á su partida eran todavía niños, y jóvenes le han saludado entusiastas á su vuelta: no las habiamos olvidado los que en la mocedad asistimos á sus triunfos, y ya viejos hacemos eco á los aplausos. ¿Qué fué del poeta durante su ausencia, harto larga? Con este libro satisface de plano á la natural pregunta. Desde luégo acredita muy honrosamente que jamas hizo traicion á su patriotismo, y que está resuelto *á morir de cara al sol que alumbre la bandera española*. Como poeta es el mismo de siempre; no habia de padecer su númen ilustre el menoscabo más leve en el suelo americano, donde todo excita la inspiracion más que en el viejo mundo. Impresiones de viaje, cantos á soberanos, serenatas á damas, himnos á Dios y demandas por los pobres, y várias composiciones á otros asuntos se hallarán aquí en coleccion deleitable. Digno de

especial mencion es el poema titulado *La Inteligencia*. Toda la amenidad y gala de la poesía humorística y elevada consagra á trazar un cuadro de la historia de la humanidad hasta el dia; con rasgos alternadamente vulgares ó sublimes consigna verdades que deberian grabarse en los corazones é influir en el curso de los sucesos generales. Nunca me ha parecido Zorrilla tan poeta de su siglo: siempre deploré, más ó ménos á mis solas, que malograse su inspiracion fecunda en abrillantar y embellecer lo pasado, ayudando así indeliberadamente á los ilusos que pugnan por reconstruirlo á todo trance. Mucho bien le han hecho rodar por el mundo y ver otras cosas más que catedrales góticas y feudales castillos. Hoy sólo es trascendental y fructuosa la poesía de Beranger y Quintana, la que de lo pasado sólo toma lo que fué ilustracion y progreso, y desde lo presente pone la mira vivificante en lo futuro.

La libertad y la igualdad son solas
Capaces ya de mantener en calma
De la agitada sociedad las olas;
Los hombres de hoy comienzan en su alma
Á concebir mejores pensamientos
Sobre la dignidad de los humanos;
Los pueblos, con más nobles sentimientos,
No son, como ántes, tribus de mendigos
Que tienen que ir hambrientos
Á pedir al porton de los conventos
Pan á la caridad de sus hermanos.

¡Qué bien suena la poesía en tan alto y verídico tono! Pues de estos pasajes hay muchos en el poema de Zorrilla. Su interes es tanto, que nada perderá, de fijo, áun cuando aquí revele yo la síntesis del conjunto, que los siguientes versos ponen muy en claro.

Aquí podria preguntarme alguno:
¿Y á qué viene todo esto?
¿Para qué pensó usted que era oportuno
Zurcir todo este fárrago indigesto
De historia universal, mal estudiada
Y peor hilvanada,
En un metro monótono y molesto
Y en unos versos, francamente, malos?
¿Qué es lo que usted pretende
Probar aquí? ¿qué ataca, qué defiende,
Qué quiere usted decir, al retortero
Trayendo á los fenicios y á los galos,
Persas, griegos..... en fin, al mundo entero?
Esto: que el hombre, el ente que altanero,
Pretende ser del mundo el sér primero,
Rey de la creacion, para quien sólo
Las maravillas que hay de polo á polo
Dios hizo y se las dió como regalos;
El hombre, en fin, de cuyo sér la esencia
Es el alma, es decir, LA INTELIGENCIA,
Debe de razonar, no andar á palos.

Y á fe que el pensamiento no puede ser más oportuno, ahora, que los grandes soberanos hablan de paz en todas las solemnidades, á la par que se ingenian á porfía para que todos sus súbditos sean soldados la mejor parte de su existencia, y para adoptar medios hostiles que en ménos minutos dejen más gente sin vida sobre los campos de batalla.

Mal puede hoy perder Zorrilla un átomo de su popularidad bien ganada, cuando todos los hombres de buena voluntad han de simpatizar necesariamente con sus últimos cantos. En el momento de volver á pisar la frontera del suelo nativo, al mayoral del coche regaló su bolsa, porque *en su patria sólo lleva por capital sus versos.* No piensa, como el frances Lamartine, en suscriciones, ni en recompensas nacionales; ni pordiosea, á su semejanza, desde el seno del lujo,

para ver de remediar las consecuencias de sus despilfarros; de sus cantos vivió ántes, y de sus cantos vivirá ahora. Dignidad de carácter muestra siempre; por único Mecénas busca el trabajo; nada fué en el mundo más que poeta, y no quiere ser otra cosa, y resuelto está á morir de modo que grátis le dé sepultura la católica Iglesia. Todo esto, y más, hallarán, mejor dicho, los lectores en este apreciabilísimo tomo; ya no les distraigo más indiscretamente; justo es que pasen pronto el mal trago, merced al buen sabor del libro; resarcidos quedarán con usura, y dispuestos á la indulgencia respecto de quien les ha robado unos cuantos minutos de fruicion grande, porque los fueros de antigua amistad obligan á todo.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ALBUM DE UN LOCO.

INTRODUCCION Y PROSPECTO.

I.

Todo aquel, que en un libro ó un periódico,
Determina imprimir sus opiniones,
Cree lo más necesario y más metódico
Dar á su escrito causas y razones,
Y en un prospecto, prólogo ó programa,
Del público sobre él la atencion llama.
Allí, con más torpeza ó más ingenio,
Ya en pretencioso ó en humilde estilo,
Segun es su carácter ó su genio,
Empieza, en tono enfático ó tranquilo,
Á torcer de su idea el primer hilo,
É invocando muy recio santos nombres,
RELIGION, LIBERTAD, VIRTUD Ó CIENCIA,
Promete, cuando ménos, á los hombres
Riqueza, ilustracion, independencia,
Paz, dicha, bienestar..... Anuncia, en suma,
Que el bien universal tiene en su pluma.

II.

Yo supongo que tienen los prospectos
Inmensa utilidad, grandes efectos;
Que tan precisos son como el Decálogo;
Mas, sea que el autor haga un monólogo,
Ó que con el lector entable un diálogo,
En el mejor prospecto y mejor prólogo,
De estilo el más cortés y el más análogo,
De períodos más puros y correctos,
¿Qué es lo que el escritor dice en resúmen?
En términos más claros ó indirectos,
Que le pasen por alto sus defectos,
Y que compren su pliego ó su volúmen.
Esto á mí me parece indigno dolo
De quien pasó por cátedras y escuelas,
Y medio de anunciarse digno sólo
De un escamoteador ó un sacamuelas.
Esto á mí me parece bajo y pobre;
Pero, si yo atropello esa costumbre,
Puede que enquina el público me cobre,
Y al presentarme á él me haga ver lumbre.
Así que, protestando contra el modo
Actual, que no es de gentes de mi fuste,
Mas mirando que es fuerza que ante todo
Á la costumbre general me ajuste,
Á escribir un prospecto me acomodo,

Aunque el mio tal vez á nadie guste.
Allá va, ¡vive Dios! Mas hacer quiero
Una importuna observacion primero.

III.

Paso por los prospectos y los prólogos,
Ya en diálogos se escriban ó en monólogos;
Mas por lo que no paso ni con bueyes,
Con lo que no estaré jamas conforme,
Por más que las costumbres se hagan leyes,
Por más que mi opinion sea falta enorme,
Que á quien me lea enoje ó atribule,
Es con que el escritor, al dar informe
De su obra, servil se congratule
Ántes con el lector, que disimule
Con su palabra lo que trae en mente;
Que le dé excusas; que taimadamente
Le engañe, y sobre todo que le adule.
¿Á qué empezar con tal hipocresía,
De piropos llenándole y de flores,
Y vendiendo modestia y cortesía,
Cuando el autor más bárbaro confia
En que su libro encante á los lectores?
¿Á qué dar á quien lee nombres bonitos,
Y fingirle amistad y hacerle honores,
Qué no han de mejorar nuestros escritos?

—*Carísimo lector*—esto es mentira:
El autor casi nunca le conoce,
Y maldito el cariño que le inspira,
Ni se le importa de que rabie ó goce.
—*Respetable lector*—esto es bajeza,
Miedo á que le critique ó le destroce
Con satírica lengua.—*Lector sabio*—
Esto es una sandez, una torpeza
Del corazon servil, á quien el labio
Traicion hace imprudente. Por de pronto
Puede el que abre su libro ser un tonto;
Puede ser ademas un hombre bueno,
Lëal, de buena fe, de orgullo ajeno,
Que se conozca bien, y tome á agravio
Tal vez, ó á burla, que le llamen sabio;
Y, al leer, con justísimo desprecio,
Diga del escritor—¡Valiente necio!—
—*Benévolo lector*, *lector preclaro*,
Lector benigno—esto es pedir amparo,
Indulgencia, perdon: y para eso,
Vale más que el que escribe diga claro
Que se mete á escribir porque es avaro
Ó pobre, y que va á ver si gana un peso.
Porque el hombre de fe, conciencia y seso,
Que la verdad expone, ó que critica
El vicio torpe, ó que al social progreso
Cree que con sus escritos contribuye,
No se excusa, no adula, no suplica,

No en siervo del lector se constituye,
No pide indulto, ni perdon, ni amparo,
Como si cometiera algun exceso;
Si dice la verdad, dígala claro;
Su libro haga en conciencia y sin reparo;
En lo que diga en él téngase tieso.
El que tema la crítica, que viva
Siempre en la oscuridad y que no escriba;
Pero si escribe con razon, que tenga
Fe en ella; que á la luz su libro arroje
Y á soportar la crítica se avenga
Del que juzgar su libro se le antoje.
Al que tiene talento verdadero
No le ahoga la crítica: le venga
De la mordacidad, de la malicia,
De la envidia de un Zóilo el mundo entero:
Y la posteridad le hace justicia.
Si se funda la crítica en razones,
Corríjase juicioso y reconozca
La exactitud de tales correcciones.
Ninguno es infalible; mas si al paso
Le salen con mezquinas objeciones
Ó con indecorosas invectivas,
Ni de éstas ni de aquellas haga caso.
La sátira mordaz, las diatribas
Prueban claro que aquel que las escribe,
Las hace con rencor ó con envidia;
Y quien con ódio ó con envidia vive,

Él la pena mayor es quien recibe,
Pues con sus viles sentimientos lidia;
Y el que de nimiedades se apercibe,
Muestra, á más de que al público fastidia,
Su mezquindad y sus instintos bajos,
Y que, en su instinto ruin, mordiendo, vive,
Á los que van delante, los zancajos;
Gozque que, con risible impertinencia,
Sale audaz á ladrar la diligencia.
Así se piensa ya en el siglo nuestro;
Que, á los pasados sin hacer agravio,
Por ser más viejo que ellos, es más sabio
Y en verdades sociales mas mäestro;
Y en él comienzan á saber los hombres
Que Dios á los nacidos hizo iguales;
Que la excelencia no consiste en nombres,
Ni uniformes, ni títulos banales,
Sino en la rectitud de la conciencia.
La dignidad la da la inteligencia,
Los pensamientos nobles, los servicios
Prestados del comun de los mortales
Á la existencia universal, la ciencia,
La humanidad, el celo y la crëencia,
Que contribuyen á extirpar los vicios
Y á mejorar del hombre la existencia.
En este siglo liberal, los hombres
Que no abren su alma á sentimiento bajo,
No buscan más Mecénas que el trabajo;

No se abaten á títulos, ni á nombres;
No se echan, como turcos, boca abajo.
El hombre de pudor, el hombre digno,
Si no sabe hacer más, suda en el tajo;
Que, hecho con fe y honor, nada hay indigno;
Pero no se envilece, no se humilla,
Ni ante ídolos mortales se arrodilla,
Ni se arrastra á los piés del poderoso,
Ni adula al que gobierna y al que manda,
Ni se aviene á servicio vergonzoso
Por oro, por favor, baston, ni banda.
El trabajo da pan, si no riqueza;
Y como presta honor, y honor demanda,
Más vale pan ganado con nobleza,
Lecho de paja y choza de corteza,
Que palacio dorado, cama blanda
Y millones logrados con bajeza.

IV.

Tal es la observacion que hacer queria
Antes de comenzar; y aunque de exótica,
Ruda y extemporánea y estrambótica
Se la tache, tal es la opinion mia;
Y siempre una verdad será de á puño,
Y de la dignidad hecha en el cuño.
En consecuencia de ella, abandonando

Frases pomposas y protestas huecas,
Cosas que ya de moda van pasando,
Por viejas, por raquíticas y entecas,
Empiezo mi prospecto apellidando
Al que le quiera leer, *lector á secas*;
Y he aquí cómo ante el público me pongo,
Y así el prospecto de mi libro expongo.

V.

Yo no tengo, lector, ningun motivo,
Ningun objeto, ni intencion alguna,
Para darte á lëer lo que aquí escribo.
Nada espero, ni nada me propongo
Con ello: ni renombre, ni fortuna
Adquirir, ni importancia, ni dinero,
Ni favor; nada busco y nada esquivo,
Aunque no soy Quijote pendenciero.
Nada soy, nada fuí, ni he de ser nada
Jamas; no tengo ni hijo, ni heredero,
La hacienda á quien dejar por mí amasada,
Ni una higa se me da del mundo entero;
Y de mi vida al fin de la jornada,
Me basta para tumba un ahujero.
Y aunque no pegue aquí, lo advierto al paso:
Este ahujero que mi polvo encierre,
Grátis me lo ha de dar, llegado el caso,

La católica Iglesia que me entierre;
Porque, para mi entierro de poeta,
No tengo de dejar ni una peseta.
Yo pagaré aranceles miéntras viva:
Justos ó no, es forzozo que los trague;
Pero ¿despues de muerto?—No; que pague
Por mí la sociedad caritativa,
Á cuenta de los cuentos que la dejo,
Que la tierra con él de balde abone,
Ó que haga un tamboril de mi pellejo;
Porque, despues que mi alma le abandone,
No le estimo yo en más, que al de un conejo.
Y tras este paréntesis ó aparte,
No dudo en esperar, lector, que creas
Que es buena la razon que voy á darte
De por qué á escribir voy; y que esta parte
Es el lugar mejor de que la leas.
Voy, pues, á revelarte francamente
La verdad; y, lector, me importa poco
Lo que de tal verdad piense la gente:
YO ME DOY Á ESCRIBIR, PORQUE ESTOY LOCO.
Otros escriben, porque aspiran á algo;
Otros, porque son tontos y se precian
En más de lo que son; yo no me salgo
Del lugar inferior á que mi ingenio
Llega; y aunque conozco más de cuatro,
Que atrevidos, del mundo en el teatro
Avanzan, con orgullo, hasta el proscenio,

Que al mundo entero al avanzar desprecian,
Que se creen dignos del laurel del genio,
Y que su ciencia creen de Apolo Pitio,
Yo me quedo en el patio, que es mi sitio;
Tal vez no tanto por modestia mia,
Pues que de ella no está mi alma tan llena,
Cuanto porque me gusta á mí en escena,
Del tonto ver la vanidad vacía.
Mas yo nací hablador y soy fanático
Por ensuciar papel: no es que presuma
De sabio, de doctor, ni catedrático;
Yo no soy más que un loco, soy lunático;
Es un defecto natural; y en suma,
Sin darla de orador ni de retórico,
Cuando ya mi cerebro está pletórico,
Reviento por la lengua y por la pluma.

VI.

Y tal de este librillo es el secreto:
Tal su razon de ser, y tal su objeto;
Con que, lector, los sesos no te hiles
En suponerme ocultas intenciones,
Ni literarias y altas pretensiones,
Ni miras diplomáticas ú hostiles.
Yo lo digo, y lo sé, no me equivoco:
LE ESCRIBO NADA MÁS, PORQUE ESTOY LOCO.

Puedes muy bien haberlo conocido
En lo que hasta esta línea dicho llevo,
Y áun á esperar sin vanidad me atrevo
Que ha de dejarte de ello convencido
Lo que decir más adelante debo;
Porque, á traves de fábulas poéticas,
De mentiras tan raras y tan locas
Cual las de las somnámbulas magnéticas,
Con pluma muy cortés, pero muy libre,
Pienso decir verdades, aunque pocas,
Del más macizo, del mayor calibre;
Pues ya sabes, lector, que las verdades
Mayores, sin retóricos aliños,
Dicho las han en todas las edades,
Con éxito, los locos y los niños.
Yo, que de la vejez en la edad lacia,
Por mi desgracia ó mi ventura, toco,
No aspiro á que hagan mis verdades gracia
Por ser de niño, ni por ser de loco;
Mas tengo comezon irresistible
De escribir y de hablar, y es imposible
Que calle; hablar de todo se me antoja:
De religion, de ciencia, de política,
De historia, de moral, de numismática,
De botánica, esgrima y ortopédica,
De heráldica, de amor, de ciencia médica
(Ó arte de asesinar con privilegio),
De guerra, de estadística, de crítica

(Ó ciencia de pedantes de colegio),
De agricultura, leyes y farmacia
(Ó arte de envenenar sin compromiso.
¡Feliz aquel á quien le coge en gracia!)
Y en fin, voy con audacia enciclopédica,
Y en versos hasta faltos de gramática,
Á meterme en estudios anatómicos,
Á innovar los sistemas astronómicos
Y á hacer bailar la gravedad enfática
De la dorada farsa diplomática;
Que no es más (sea dicho entre nosotros)
Que el arte de engañarse unos á otros.
Voy á escribir opúsculos, apólogos,
Calendarios, sermones, sainetes,
Sátiras, cuentos, diálogos, monólogos,
Trovas, novenas, églogas, motetes,
Tragedias, villancicos, tonadillas,
Y un poema de Job en seguidillas.
Voy á hablar de los pueblos y las razas
Todas: de la de Cam y la semítica,
Hasta la americana y la sajona;
De la más fuerte hasta la más raquítica,
Desde la gigantea á la lapona;
De sus costumbres, trajes, lengua y trazas,
De sus juegos, peleas, bailes, cazas;
Y fenicios, asiáticos, mongoles,
Árabes, esquimales, mejicanos,
Hotentotes, canarios, españoles,

Industanis y chinos y romanos,
Negros, blancos, cobrizos, tornasoles,
Ricos, mendigos, nobles y villanos,
Con sus mantos, sus plumas y sus mazas,
Tirsos, báculos, picas, quitasoles,
Calzoneras, carcaj, palios, corazas,
Incensarios, turbantes y capuchas,
Zorongos, palanquines y faroles,
Castañuelas, bonetes y cachuchas,
Guarda-infantes, casullas, sambenitos,
Tamboriles, dalmáticas y pitos,
Van á pasar revista entre mis manos;
Y aunque les traiga aquí por los cabellos,
Les voy á examinar con los frenólogos,
Y á dar mi parecer de todos ellos.
Mi religion no gustará á los teólogos,
Ni mi loca opinion á los políticos,
Ni mis extraños juicios á los críticos,
Ni mi moral excéntrica hará gracia
Á los que en todo ven una blasfemia,
Ni mi ley cuadrará á la diplomacia,
Ni mi lenguaje inculto á la Academia;
Pero hará mal en darse por sentido
Nadie de mi opinion; porque es sabido,
Y el testimonio universal invoco,
Sólo un tonto, de tonto convencido,
Puede hacer caso de lo que hable un loco.

VII.

Todos los que han tenido pretensiones
De tildar los defectos ó los vicios
De creencias, costumbres ú opiniones
Del siglo y sociedad en que vivian,
Lo han hecho haciendo al mundo concesiones;
Y de sus convicciones, sacrificios
Han hecho *á algo*, de lo cual tenian
Recelo ó esperaban beneficios;
Más claro: han inmolado sus conciencias
Á ese fantasma que se llama humanos
Respetos y sociales conveniencias;
Poner osando nada más las manos
En detalles aislados, en abusos,
Ridiculeces de costumbres y usos
De débiles, de pobres y villanos.
Tildaron pequeñeces y patrañas;
Pero apénas han dicho alguna frase
Que fuera á herir al vicio en sus entrañas,
Que llegára á su orígen y á su base;
Y hasta el de más valor, que fué Quevedo,
Ha escrito tal vez sin fe ó con miedo.
Yo, en mi razon lunática y raquítica,
Comprendo de más alto y noble modo
La mision de la sátira y la crítica,
Y en mi fe y libertad no me acomodo

Á aspirar esa atmósfera mefítica
Que de la envidia vil exhala el lodo.
Ensañarse en los débiles y bajos,
Atacar las personas, y no el vicio,
Es hacer profesion de escarabajos,
Y no es mi instinto ni será mi oficio;
Mi corazon, exento de perfidia,
No tiene vanidad, rencor ni envidia.
Yo la firme verdad tengo por norma
De mis juicios de loco; yo no acuso
Á los pueblos que de ella hacen mal uso;
Sino, atento á la esencia y no á la forma,
Al que en viciosa institucion la puso,
Al que dió por verdad una mentira,
Al que una infamia como ley impuso,
Á aquel por quien cual ley y verdad mira
La mentira y la infamia el pueblo iluso.
Y esa verdad que la razon invade
Por su propio poder, que nunca cede
Á consideraciones de grandeza
Mundana, y que la crítica no evade;
Esa verdad, que es libre, y que haber puede
Quien la esconda, mas no quien la degrade,
Es, con educacion y con nobleza,
La que voy yo á decir cuando me agrade;
No esa verdad impúdica, que ofende
Con su descaro y desnudez, que sale
De una pluma que envidia ó que se vende;

Que no enmendar, sino insultar, pretende,
Y que á una injuria estúpida equivale.
Mi verdad, ya de véras, ya de chanza,
Dicha será sin personal desdoro,
Con entereza sí, mas con decoro;
Pues no excluye verdad buena crianza.

VIII.

Todos los que de crítica escribieron,
Y que los vicios de su edad tacharon,
Ser más cuerdos que el vulgo pretendieron;
Y aunque al mundo enmendar se propusieron,
Ofender su amor propio recelaron,
Y con él, recelosos, transigieron;
Así que, al dirigirle sus verdades,
Al empezar hicieron salvedades;
Diciendo en el lugar más oportuno
Que su crítica, zumba y claridades
Dirigian á todos y á ninguno.
Yo, como loco estoy, y no las echo
De cuerdo ni doctor, ni hablo en provecho
De nadie, corrigiéndole importuno,
Ni de lo por mí dicho ó por mí hecho
Se me importa que el vulgo satisfecho
Quede, ó me ponga el gesto entrecejuno,
Ni tiro á ver si á tuerto ó á derecho

La aprobacion universal reuno,
No me he de andar con tan ambiguos modos;
Lo que yo digo, se lo digo á todos:
Aplíquese lo suyo cada uno,
De la misma manera,
Que lo que por mí dicho y por mí hecho,
Tiene derecho á criticar cualquiera,
Y no niego á ninguno tal derecho.
Los libros no son onzas españolas,
Que en todas partes con aplauso corren,
Y que se recomiendan por sí solas,
Aunque un poco se gasten ó se borren.
Á mí, quien me critica, no me aflige;
Á mí me hace un favor, quien me corrige.
Por ahí andan los críticos mayores
Del mundo, que en justicia ó por capricho,
De mis escritos y de mí primores
Á placer en sus críticas han dicho;
Y en la union más leal seguimos siendo
Los amigos mejores;
Sin que tengan de mí, segun entiendo,
Ni motivos de queja, ni temores.
No porque quiera yo afectar modestia,
Porque me crea yo más que otro bueno,
Ni porque de amor propio esté yo ajeno;
Sino porque, tal vez, como estoy loco,
Cuando una correccion se me dirige
(De buena ó mala fe, me importa poco),

Al sabio que se toma tal molestia,
No me cuesta rubor, si me equivoco,
Decir: «Usted perdone, soy un bestia»;
Pues tiene más valor el que con calma
Reconoce un error ó un disparate,
Que el que, su error por sostener, se bate,
Y por no desistir, se rompe el alma;
Aunque, segun los humos que en mí asoman.....
Dice un refran: «Donde las dan, las toman.»

IX.

Á pesar de lo dicho, pensamiento
No tengo, ni esperanzas, ni intenciones,
De dar á respetar mis opiniones,
Y *ni enseñar*, *ni corregir* intento;
Porque, aunque loco soy, conocimiento
Tengo de los humanos corazones,
Y no tengo en la chola tanto viento.
No intento corregir, porque es sabido
Que el amor propio de la raza humana
Al consejo lëal no presta oido,
Y que una correccion de intencion sana
Á muy pocos jamas ha corregido,
Si del que erró la petulancia vana,
Del consejo lëal no se ha ofendido.
No pretendo enseñar, por tres razones:

La primera, porque es mi ciencia corta
Para dar, ni consejos, ni lecciones;
La segunda, porque hoy hay á montones
Sabios que tienen á la tierra absorta,
Ó al ménos tales son sus pretensiones,
Y yo á tal vanidad no me remonto;
Y la tercera, porque no me importa
Que nadie sea sabio ó sea tonto.
Y á pesar de lo dicho, es muy posible
Que fatigado á lo mejor me sienta,
Y que á pesar de anuncio de tal pompa,
Ó no salga mi libro inteligible,
Ó el hilo ruin de mi relato rompa;
Ó que, poniendo el colmo á mis locuras,
Me haga á la mar, en vez de ir á la imprenta,
Á lector y editor dejando á oscuras.
Que es en lo que á parar, segun mi cuenta,
Vendrá al fin esta escrita pepitoria;
Que no es, lector, ni libro, ni diario,
Ni relacion, ni crónica, ni historia,
Con pretension de juicio, ni de ciencia;
Esto es sólo un apunte estrafalario,
Á manera de ayuda de memoria,
Para que otro escritor de más conciencia
Y de mayor saber, en prosa ó verso,
Dé una broma pesada al universo.
Esto es un papelucho mal zurcido,
Donde consigno yo las opiniones

Que he formado en el tiempo que he vivido
Alucinando al vulgo con ficciones.
Estas son las verdades del barquero,
Que le digo yo al mundo porque quiero;
No me pidas razon, forma ni esencia;
Estos, no versos, ásperos renglones,
Son la prueba no más de mi demencia.
Yo estoy loco; si abordo las cuestiones
De sentido comun con pretensiones,
Al mundo voy á convencer muy pronto
De que no soy un loco, sino un tonto;
Así, pues, abreviemos las razones.

X.

Conclusion.—Mi papel escribo en verso,
Lo primero, porque es mi gran manía
Dar á todo un barniz de poesía;
Lo segundo, porque hoy al universo
Va contagiando la locura mia,
Y hoy usan ya del verso los primores
Hasta las lavanderas y aguadores;
Lo tercero, porque es, por su armonía,
Más fácil de grabarse en la memoria
El verso; y una zumba en verso dada
Tiene mucha más gracia, que se aumenta
Repetida, y tal vez pica en historia;

Y á aquel á quien la zumba va aplicada,
¡Jesus! le hace reir que es una gloria,
Y hasta de pura risa le revienta.
Así, quien en mi fama la tijera,
Con intencion dañina, meter quiera,
Yo mismo se lo advierto y no le engaño:
Corte en verso, y que sea de manera,
Que tenga gracia, porque me haga daño.
Una cuarta razon hay todavía
Para emplear aquí la poesía,
Y es: que de nuestra historia en los registros
Consta que los poetas son ministros
Y generales ya y embajadores;
Y aunque yo creo, en mi razon raquítica,
Que cuando los poetas ponen mano
En la fe y la política, es que es llano
Que, no teniendo ya remedio humano,
Se hunden la religion y la política,
Yo no está bien que tal verdad exponga,
Ni, de su cofradía siendo hermano,
De los poetas al favor me oponga.
Pues los que cuerdos son, si bien me fundo,
Tienen empeño en estropear el mundo,
No tengo de ser yo quien le componga.

XI.

Hé aquí, pues, el prospecto de mi obra,
Que un *totum revolutum* en sí encierra;
Más bien cajon de sastre que volúmen,
Que mi editor en publicar se emperra,
Que en mi opinion me paga muy de sobra,
Y del cual sacarémos, en resúmen,
Que yo estoy loco, y que quien no me crea,
Será de mi opinion cuando me lea.
Ni atencion pido, ni favor invoco;
No puede ser un hombre más solícito
En decir la verdad, ni más explícito:
MI EDITOR ESTÁ IDO Y YO ESTOY LOCO.

PRIMERA PARTE.

ALBUM DE VIAJE.

AL EXCMO. SEÑOR

CONDE DE LA CORTINA
Y DE CASTRO.

Con un puñado de silvestres flores,
Dón de mi gratitud, de mi fe prenda,
Pobres de olor y escasas de colores,
Tejí la relacion de esta leyenda;
De mi humilde jardin son las mejores,
De mi sincero corazon la ofrenda;
Y al dárselas al pueblo mejicano,
Quiero que pasen por tu noble mano.

Tú, que por sus alcázares penetras,
Como en el gabinete de sus damas;
Que, amparador y alumno de las letras,
Hijos ó amigos á sus sabios llamas;
Tú, que las obras del saber perpetras
Con los favores que sobre él derramas,
Presentarás el libro que te fio,
Prestando autoridad al nombre mio.

Tú que me introdujiste en sus salones,
Llévale al camarin de las hermosas;
Dilas que son mis nómades canciones,
De la luz de sus ojos mariposas;
Dilas que en el monton de sus renglones
Encontrarán sus nombres entre rosas,
Y que, en muestra de hidalga cortesía,
Un poeta galan se las envia.

Más explícito sé; di á las doncellas,
Á los viejos, de su honra tutelares,
Y á los esposos de las damas bellas,
Que no encierran veneno mis cantares,
Que mis flores son castas, que con ellas
La corrupcion no asalta sus hogares;
Porque es el libro que dejarles quiero,
Homenaje cortés de un caballero.

Al monje austero, al sacerdote grave
Y al pastor del católico rebaño
Dirás que en este libro nada cabe,
Ni de la fe, ni la moral en daño;
Que es obra de un autor de quien se sabe
Que, á la impiedad de su centuria extraño,
La religion de Jesucristo santa
Con fe profesa y con audacia canta.

Á los poëtas, cuya noble lira
Resonó generosa en mi alabanza,
Di cuánto orgullo y gratitud me inspira,
Cuán honda fe, cuán plácida esperanza
Ver que por mí su corazon respira
Cariño fraternal y confianza;
Recuerda que á sus muestras de cariño,
Llorando abrí mi corazon de niño.

Á los cantares que en mi honor han hecho
Responderá mi voz tal como pueda;
Mas si, por falta de vigor ó trecho,
Débil ó escasa mi cancion se queda,
Diles que, en cambio, quedará en mi pecho
Mi gratitud y su memoria leda;
Que no atiendan al tono en que respondo,
Sino del alma que les habla al fondo.

Si á las regiones del poder, que debes
Llevar mi libro juzgas, vé en buen hora;
Mas cuando á sus alcázares le lleves,
De ellos anuncia á la gentil señora,
Que yo, pájaro errante, de alas leves,
De lo hermoso cantor do quier que mora,
Voy á posar en su balcon mi vuelo,
Y á alzar mi voz de su hermosura al cielo.

Al vulgo le dirás..... si por mal caso
Das con vulgar y atrabiliaria gente,
Que su calumnia vil intentó acaso
Amancillar mi honor traidoramente;
Pero que yo por entre el vulgo paso,
Sereno el corazon, alta la frente;
Porque me escudan de su ruin malicia
El *sentido comun* y la justicia.

Mas de haber descendido me arrepiento
Á la esfera vulgar; sobre ella salto.
Rico de lealtad, de envidia exento,
Sobrado de vigor, de miedo falto,
No despliego mis alas á ese viento;
No es ésa mi region; vuelo más alto:
La espalda vuelvo sin temor ni encono;
Cristiano, olvido; vencedor, perdono.

Y ahora, ¡oh noble y cariñoso amigo!
Que mi libro y mi fe dejo en tu mano,
De tu fe y amistad bajo el abrigo,
Voy á abrir ante el pueblo mejicano
El tesoro de amor que va conmigo,
De mis recuerdos el florido arcano;
Y ¡plegue á Dios que dejen mis cantares
Halagüeña memoria en sus hogares!

Y ¡plegue á Dios que el gérmen de mi aliento
Quede en el aire en armoniosas olas,
Y arrulle sus oidos el acento
De mis americanas barcarolas!
Y ¡plegue á Dios que cuando el mar y el viento
Me vuelvan á las playas españolas,
Queden tras mí, como memorias gratas,
Ecos de mi cantar, mis serenatas!

Y ¡plegue á Dios que, de la edad presente
Viviendo en la memoria mis cantares,
Pase mi nombre á la futura gente
Ingerido en sus cantos populares,
Y que los himnos que mi fe valiente
Alza ante los católicos altares,
Conserven en el pueblo mejicano
La fe sublime y el valor cristiano!

Y tú, Conde leal, que el libro mio
Al mundo sacas y á la luz arrojas,
Permite para tí que á su albedrío
Consagre mi amistad algunas hojas.
Quiero de mi jardin tosco y bravío
Que un ramillete para tí recojas,
Mas sin que estorbe que de mí recibas
Esta mata feraz de siemprevivas.

Junto á la cabecera de tu lecho
Ponlas; y cuando ya no esté contigo,
Al recorrer el camarin estrecho,
De nuestras horas de espansion testigo,
Piensa que son las flores de mi pecho,
Cuya semilla morirá conmigo;
Flores de mis recuerdos más felices,
Que tienen en mi alma sus raíces.

I.

París.—Noviembre 25.—1854.

Y mi mayor anhelo
Es elevarse con mi canto al cielo,
Y un eterno laurel partir contigo.
HEREDIA.

Beida, ¿por qué el jardin del alma mia
No da más que la flor de tus amores,
Hoy, que al influjo de tu amor debia
Átomos germinar procreadores,
Cuando su tierra, sin cultura un dïa,
Generosa y feraz dió tantas flores?
Hoy vierte en ella fecundante riego
De tu amor el benéfico rocío,
Hoy de tus ojos la calienta el fuego.....
¡Ay! y se vuelve mi jardin bravío,
Y si brota una flor, se agosta luégo;
Y, ó sus raíces el gusano hiere,
Ó quema el hielo su gentil corola,
Ó entre yerbas parásitas se muere,
Falta de jugo, sin olor y sola.
¿Por qué, siendo el amor fuente de vida,
La tierra de mi sér no está florida?

¿Por qué, siendo el amor del entusiasmo,
La inspiracion y el movimiento gérmen,
En inaccion y estúpido marasmo
Mi inspiracion y mi entusiasmo duermen?
Ansia febril mi espíritu atormenta,
Honda inquietud mi corazon devora,
Duda tenaz en mi alma se aposenta,
Y el insaciable amor que en sí atesora,
La inspiracion del genio no alimenta
En mi alma, en otro tiempo creadora.
¡Ay! bajo el peso de su férrea planta
Un genio melancólico la oprime,
La poesía mi pesar no espanta,
Me irritan humorísticos antojos,
Se me arrasan en lágrimas los ojos,
Y la cancion espira en mi garganta.
Ambiciosa de luz mi inteligencia,
Va tras la luz y en las tinieblas cäe,
Y en la rabia febril de la impotencia
Lucha mi corazon consigo mismo,
Sintiendo con pavor, que á sí le aträe,
Del hastío mortal el hondo abismo.
¿Es que se extingue de mi fe la llama?
¿Es que se seca mi raudal de vida?
¿Es que no vive el corazon que ama,
Ó es que tal vez mi juventud es ida?
No ¡vive Dios! Yo siento que mi pecho
Es á mi osado corazon estrecho;

Rico de fe, de vida, de esperanza,
De su silencio é inaccion se admira,
Y su inaccion á comprender no alcanza,
Y en el silencio é inaccion suspira;
Pero no es que me falte confianza
En mi fe, ni en mi amor; no es que mi esencia
Se evapora fugaz en mi impotencia;
Es que me aflige la estrechez de Europa,
Es que me hastía su labrado suelo,
Es que me abruma su plomizo cielo,
Y amarga me es de su placer la copa.
Es que en París, de la pereza esclavo,
Me revuelvo en un círculo mezquino,
Cual tigre jóven, vigoroso y bravo,
Preso en la trampa do á enjaularse vino.
Es que en París me debilito inerme,
Falto del aura y libertad nativa,
Cual ave atada, que en su percha duerme,
Al mismo dueño que la halaga esquiva.
Es que en París, salvaje peregrino,
Atajado en mitad de mi camino,
En la molicie sin placer me acabo,
Y su pálido sol no me da al cabo
Un solo rayo de calor divino.
Es que la farsa ruin de sus festejos,
Sus circos de carton y de oropeles,
Monumentos de talco y rapacejos,
Son grandes ante el gas y los espejos,

Bellos por el poder de los pinceles;
Mas sus fiestas de pólvora y de viento,
Su pomposo espectáculo, vacío
De fe, de corazon, de sentimiento,
¿Qué dan á corazones como el mio,
Que les pueda servir de nutrimento?
Nada: la luz, la atmósfera, las flores,
Cuanto en París en derredor me gira,
Desde su religion á sus amores,
Todo á extraviar al corazon conspira,
Todo le induce á confusion y errores,
Eco que miente, viento que se trueca,
Agio, especulacion, farsa, mentira,
Que envejeciendo, al corazon le seca.
¡Beida de mis entrañas! Si del mio
Quieres guardar, incólume, seguro,
El hondo amor y el generoso brío;
Si quieres rodëar de eterno muro
El jardin y la flor de tu belleza,
Déjame ir á buscar cielo más puro,
Playas de mejor luz, campos mejores,
Más rica y más feraz naturaleza,
Donde tejer con verdaderas flores,
Vívidas de color, ricas de olores,
Una guirnalda á tu gentil cabeza.
Déjame, Beida, atravesar los mares,
Y como los errantes trovadores,
Buscar de inspiracion nuevos veneros

Y enviarte sin cesar nuevos cantares;
Y como los andantes caballeros
Que en nombre de su Dios y de su dama
Se lanzaban por montes y senderos
Á eternizar su amor, su fe y su fama,
Con hechos de valor dignos de gloria
Que dejar á los siglos venideros,
Escritos en los fastos de la historia;
Así de mar en mar, de playa en playa,
De ciudad en ciudad, de risco en risco,
Con el hechizo de mi ciencia gaya
Y al dulce són de mi laüd morisco,
Déjame, Beida, que extendiendo vaya
El eco de tu nombre berberisco.
Déjame que mi voz le desparrame
Por la region feliz del Nuevo Mundo;
Y cuando en ella sin cesar te llame,
Y en el silencio virginal, profundo,
De aquel Eden, cautivo entre horizontes
Que destellan el ópalo y el oro,
Y con tu nombre arábigo reclame
Las aves, que en sus selvas hacen nido,
Tu nombre dulce y mi cantar sonoro
Aprenderán, y ensayarán á solas,
Los ágiles sinsontes,
El rojo cardenal y el tocoloro;
Y de tu nombre al són, jamas oido,
Los fosfóricos peces del Atlántico

Llegarán á prestar atento oido
Al suave nombre y al extraño cántico,
Mostrando por encima de las olas
Los curvos lomos y movibles colas.
Sí, déjame partir á esas regiones
De inspiracion, de luz y de armonía,
Donde entienden aún los corazones.
De la fe y el amor la pöesía.
Es un afan que sin cesar me acosa;
Mi corazon, de libertad sediento,
Necesita region más luminosa,
Mayor y más vivífico elemento,
Tierra y vegetacion más vigorosa,
Vírgen, lozana, exhuberante, bella,
Que no destroce del mortal la mano,
Que no estropee del mortal la huella,
Que ostente, en fin, el lujo soberano,
Que el Señor, al crearla, puso en ella.
Fe de mi inspiracion engendradora,
Audacia de mis años juveniles,
De mi atrevida fe mantenedora,
Que me arrancasteis cánticos á miles
Con delirio febril, volved ahora,
Que me siento con fuerzas varoniles,
Resolucion tenaz y voz sonora;
La última vez, para cantar, os llamo,
El Dios que adoro y la mujer que amo.
Volved; pero volved más vigorosas,

Indómitas, salvajes,
Con alas y con garras poderosas,
Capaces de llevarme á otros parajes,
Donde con más vigor naturaleza
Produzca, colosal, cedros por rosas,
Céibas por olmos, palmas por maleza,
Lagos por fuentes, rios por arroyos,
Y donde, con titánica grandeza,
Cráteres de volcan abra por hoyos.
¡Gracias, genios de luz, á quien perdidos
Para siempre creí! Tornar os veo,
Áun á mis antojos sometidos;
¡Gracias, pues todavía no sois idos,
Pues acudis aún á mi deseo!
Fe de mi juventud, ya en mis entrañas
Tu fuego siento arder, ya el alma mia
De celestial fulgor siento que bañas;
Genio de mi exaltada pöesía,
Ya percibo otra vez que me acompañas.
¡Vamos! ya tengo luz, ya tengo guía.
¡Vamos! ceñíos mi laüd con flores
Á la desnuda espalda; en vuestros hombros
Llevadme de un bajel sobre la popa,
Y vamos á buscar climas mejores.
Partamos; arrancadme de esta Europa,
Atestada de crímenes y escombros.
¡Á América! En su luz bañarme quiero!
Vamos á esa region de los gigantes,

Donde acompañen mi cantar postrero
Las ondas de sus golfos espumantes,
El fuego de los trópicos ardientes
Y el estridor de sus peñascos, rotos
Por el ronco raudal de sus torrentes
Y el temblor de sus hondos terremotos.
De gloria y fe mi corazon sediento,
Necesita beber otros raudales
De inspiracion y fe; mi osado aliento
Respirar necesita en otro viento,
Luchar con los airados vendabales,
Y el espacio y la luz del firmamento
Disputar á las águilas caudales.
Yo necesito un mundo cual le hizo
Su Criador; espléndido, sellado
De la virginidad con el hechizo;
No este mundo servil, desfigurado
Por el poder del hombre antojadizo.
Quiero una tierra donde no domine
La civilizacion con sus patrañas,
Do la fe y la creencia no extermine
Del corazon humano, y no adoctrine
Los pueblos con hipótesis extrañas;
Una tierra de fuego y poesía,
En cuyos hondos precipicios huecos
Correspondan al són de la voz mia
Ruidos medrosos y gigantes ecos;
Sembrada de peligros y de azares,

Poblada de salvajes alimañas,
De pájaros y plantas á millares,
Do sienta bajo peñas seculares
Laba y oro correr por sus entrañas;
Donde á la faz de Dios mi pié camine
Bajo un cielo radiante, que ilumine
Mares sin fin, atlánticas montañas.
Yo necesito un mar que airado ruja,
Una estacion preñada de huracanes,
Una tierra horadada por volcanes,
Que con torrentes y cascadas muja,
Y que á mis piés estremecida cruja,
Sacudida por brazos de Titanes.
Allí á lo ménos gozaré la tierra,
En todo el lujo y esplendor y encanto,
Y pöesía y libertad que encierra;
Y allí, en mi duelo ó mi placer extremos,
Alzaré una oracion en vez de un canto,
Y á Dios veré, cuyo semblante santo
Bajo las brumas de París no vemos.
¡Sús! Á América voy.—¡Oh Beida mia!
Si en la mar ó la América me pierdo,
Guarda el tesoro de mi amor, y fia
Que al apagarse mi postrero dia,
Será tu nombre mi postrer recuerdo (1).

(1) ¡Oh giuramenti,
Preda di venti!
(ZANOTTI.)

II.

Southampton. — Diciembre 4. — 1854.

EL POETA.

¿Qué buque á la vela
Más pronto se da?

EL BARQUERO.

Áun hierve la estela
Que abrió el Paraná.

EL POETA.

¿Adónde navega?

EL BARQUERO.

A Méjico va.

EL POETA.

¡Un bote!—Voguemos;
Haz fuerza de remos
Y sigue la estela que abrió el Paraná.

Cruzaba el poeta la extensa bahía
Mecido en los brazos de una alma ilusion,

Cuando un luminoso fastástico genio,
Más leve que el fresco marino vapor,
Vogando en un copo de cándida espuma,
El rápido bote donde iba alcanzó.

EL GENIO.

¿A dó va el poeta?

EL POETA.

Á Méjico voy.

EL GENIO.

¿En pos de fortuna
Magnífica?

EL POETA.

No;
En pos de la gloria,
De luz y fe en pos.

EL GENIO.

¿Y esperas hallarlas
En la otra region?

EL POETA.

Sin duda; es la América
La tierra del sol;
Es un paraíso,
Do puso el Señor
La luz y la vida
Como Él las creó,

Espléndidas, ricas
De fuerza y calor,
Que dan al ardiente
Mortal corazon
La paz, la ventura,
La fe y el amor.
Es Méjico un valle
Risueño y fecundo,
Abierto en un mundo
Que el nuestro mejor;
Allí la existencia
Risueña y dichosa
No es carga penosa;
Del cielo es un dón.
Á Méjico parto,
La tierra del sol;
Allí no se cambia
Jamas de estacion,
Allí se da á un tiempo
La fruta y la flor,
Del cielo y del suelo
Se ve en la extension
Brillar noche y dia
La gloria de Dios.
Á Méjico parto,
La tierra del sol.

Mirar quiero un dia la luz de aquel cielo,
Sentir en mi alma la fe de aquel suelo,

Beber el ambiente de aquella region,
Gozar embriagado los suaves aromas
Que impregnan sus valles, que exhalan sus lomas,
Oir de sus vagos murmullos el són,
Llenar de armonía sus campos lozanos,
Dejar en mis versos á un pueblo de hermanos
La fe de un poeta de buen corazon.

EL GENIO.

¿Qué esperas que en cambio su pueblo te dé!

EL POETA.

Su amor; no concibo mejor galardon;
Sus bellos cantares allí aprenderé,
Y cuando me vuelva de aquella region,
Sus bellos cantares á Europa traeré.
Mis himnos ardientes de amor y de fe,
Del pueblo me ganen tal vez la aficion,
Y en él un recuerdo feliz dejaré.
Si al fin satisfago mi noble ambicion,
Á Europa cantando feliz volveré.

EL GENIO.

Poeta, que abrigas tan noble pasion,
Á Méjico parte, la América ve;
Contigo do quiera que vayas iré,
Do quier amparando tu noble mision.
Más vale que el oro,
De un pueblo el amor;

Tu fe por los pueblos
Derrame tu voz,
Y tú de las almas
Serás posesor.
Tendrás donde quiera
Cariño y mansion:
La buena memoria
Que dejes en pos,
Será una fragante,
Bellísima flor,
Que brote en las almas,
Y en toda estacion
Dé, siempre lozana,
Suavísimo olor.
Á América parte;
Contigo voy yo;
Á Méjico vamos,
En brazos de Dios.

EL POETA.

Mas tú, genio hermoso, que á América vas
Conmigo, amparando mi oscura mision,
Que luz y consuelo y aliento me das,
¿Quién eres, risueña y celeste vision?

EL GENIO.

La Fe; de tu alma no me eches jamas,
Y haré tuyo el orbe, region á region.—

Tal dijo al poeta la fe de su alma,
Y al punto, del aire y el mar en la calma,
Tornó á disiparse su blanca vision.
Henchido el poeta de fe y de alegría,
Cruzó la bahía
Y el buque abordó.

III.

A bordo del *Paraná*.

Las cinco. ¡Partamos!
Ya hierve el vapor,
Ya el ancla levamos,
Ya libres vogamos
Entre humo y espuma y estruendo y pavor.

Ya rompe la quilla
Por la agua revuelta,
La máquina suelta
Del buque acelera la marcha veloz;
Ya de una á otra orilla
La ria se ensancha;
Como una avalancha
Bajamos, las aguas turbando en redor.

La débil barquilla
Que al paso nos halla,
Con la agua espumosa, perdida batalla,
Del rastro que abierto dejamos en pos;
Sobre ella meciéndose,
Con canto grosero y accion libre y ruda,
Con voz y con manos tenaz nos saluda,
Perdiéndose al léjos inglés pescador.

La gente marina,
Sumisa y activa, y atenta la oreja
Al grito de mando, su buque apareja,
De un lento cantar al monótono són;
Nosotros, viajeros,
Que, al irnos, detras de Inglaterra dejamos
Tal vez cuanto habemos, tal vez cuanto amamos,
Acaso lloramos oyendo su voz.

¿Quién sabe la historia,
Con cuya secreta doliente memoria,
Cada uno que parte en este momento
Secreto tormento se da al corazon?
Tal vez al influjo
Del fuego escondido que dentro de él arde,
Sin fe, arrepentida, nuestra alma cobarde
Quisiera á la orilla volver con amor.

Voguemos; ya es tarde;
El mar que nos sorbe
Muy pronto en el orbe
Va á aislarnos en medio de su honda extension.
Hé allí ya sus olas;
Ya en él nos lanzamos,
Ya en él navegamos,
Las olas hendiendo con hondo rumor.

La tierra se pierde
Velada entre nieblas;
La noche en tinieblas
Nos sume..... Ya estamos á solas con Dios.

Uno tras otro, en silencio,
La popa del Paraná
Mis compañeros dejaron;
Quién, no pudiendo quizás
Con su tristeza, fué á solas
En su cámara á llorar;
Quién, mercader avariento,
La futura utilidad
Del viaje, en cifras confusas
Fué á solas á calcular.
Quién, que á incógnitas regiones
Sin fe, ni esperanza va,

Emigrando de una patria
Do no ha de volver jamas,
Fué á ver si en brazos del sueño
Olvida un punto su afan;
Y quién, en fin, asaltado
Del mareo, fué á buscar
En su lecho, á sus congojas
Un momento de solaz.
Yo, que ni cedo al mareo,
Ni á avaricia comercial,
Ni al recuerdo de una patria
Que dejé por voluntad;
Yo, cuyo cuerpo de barro
Tan sujeto á mi alma está,
Que ahogo mi dolor físico
Con mi früicion moral;
Yo, cuya alma se rebela
Cautiva en mi cuerpo á andar,
Cuyas pasiones convierten
Mi corazon en volcan;
Yo, á quien jamas satisface
El deleite material ;
Que ni cuento lo que tengo,
Ni necesito de hogar,
Puesto que, huésped del mundo,
Ciudadano universal,
Peregrino de la vida,
Por la tierra y por la mar

Voy cantares entonando
En mi bien, como en mi mal,
Y por do quiera que voy,
Por mis cantares me dan
Una alegre bienvenida
Y una sonrisa al llegar,
Una compañía amena
Y franca hospitalidad.....
Pero que llevo en mí mismo
Un enemigo fatal,
Que me esclaviza tirano
Y me atormenta tenaz,
Que es mi propio corazon,
Que destila sin cesar
El acíbar para mí,
La miel para los demas;
Me quedo sobre cubierta,
Á solas á devorar
La hiel de mis pensamientos,
Que en él goteando va.
Mas esta hiel, por mis labios
De mi pecho al rebosar,
No mortíferos miasmas
Por la tierra esparcirá;
No irá las almas sencillas
Á traicion á emponzoñar
Con su maligno veneno,
Sino que suave saldrá,

Como depurada esencia,
En la forma de un cantar,
Suspiro ardiente, á los cielos
De remontarse capaz.
En un cantar que, aunque libre,
Independiente y audaz,
Sólo la fe y el consuelo
En las almas verterá,
Pues bebe su inspiracion
En tan divino raudal,
Que su són es un rocío
Tan puro como el maná;
Refleja el cielo en el fondo
De su limpio manantial,
Y á Dios ve, al beber sus aguas,
La sedienta humanidad.
Tal es de mi poesía
La condicion; sólo da
El acíbar para mí,
La miel para los demas.

IV.

Reina la oscuridad en torno mio;
Solo estoy, del bajel sobre la popa,
Pálido de emocion, yerto de frio;
Los ojos tiendo á la cercana Europa,
De quien me aleja el rápido navío,
Y las tinieblas penetrar deseo;
Pero ya nada en las tinieblas veo.
Bajo mis piés el buque se estremece,
Por su máquina enorme sacudido,
Y el oleaje desigual le mece
Con temeroso ruido.
Monstruo de fuego y de rumor preñado,
Pez que nada veloz sin piel, ni escama,
Ave que vuela rápida sin pluma,
Leviatan que sin voz furioso brama,
Avanza por sí mismo arrebatado
Entre la mar, los cielos y la bruma,
Dejando tras su curso violento
Una estela en el mar, de hirviente espuma,
Y una columna de humo por el viento.

Atónito é inmóvil, en el pasmo
Que embargaba mi sér en tal momento,
Sin dejarme ceder al entusiasmo
Ni al temor, admiraba yo á mis solas
Del hombre la ambicion y atrevimiento,
Que domina los vientos y las olas,
Rey de la creacion, y burla osado,
Y atraviesa contento
Uno y otro elemento,
Para ver una fiesta ó un mercado,
Por alargar un dia su memoria,
Por una chispa de soñada gloria,
O tal vez de oro vil por un puñado.
Contemplaba embebido el movimiento
De la elevada esbelta arboladura
Del PARANÁ, que se mecia lento,
Y sobre el fondo azul del firmamento
Se destacaba móvil é insegura,
Sin cesar oscilando sobre el fondo
Del estrellado cielo y del mar hondo,
La triple cruz y la ondulante cofa
De sus tres masteleros envergados,
Ramilletes del mar, del viento mofa.
Cual gigante y fantástico esqueleto,
Que en sus inmensos brazos
El espacio abarcar anhela inquieto,
Y entre ellos, esquivando sus abrazos,
Pasan, sin alzar són ni dejar huellas,

Del ambiente impalpable los pedazos,
Y el resplandor fugaz de las estrellas.
Muy pronto esa tenaz melancolía
Que el solitario mar inspira al alma,
Mortal angustia se tornó en la mia,
Y de su paz interrumpió la calma,
Y extinguió con mi fe mi poesía;
Miré dentro y en torno de mí mismo,
Y al verme de la mar y el firmamento,
Perdido ir, por entre el doble abismo,
Solo, sin fe y á la merced del viento,
Temblé como un cobarde, eché de ménos
La abandonada tierra, y como un niño,
Que necesita el maternal cariño,
De lágrimas sentí mis ojos llenos.
Surgieron mil imágenes extrañas
En mi calenturienta fantasía,
E hirió un pesar profundo mis entrañas;
Sentí á la fe mi corazon cerrado,
Mi alma al despecho y al terror abierta;
Me arrepentí del viaje comenzado,
Y exánime, febril, desesperado,
Llorando me tendí sobre cubierta.
Y entónces, ¡ay de mí! yerto de asombro
Y con hondo pavor, sentí á mi lado
Tenderse, pié con pié y hombro con hombro,
Dos genios de inmortal naturaleza,
Creados de los cielos en la alteza,

Mas con Luzbel caidos de los cielos:
El espíritu ruin de LA TRISTEZA
Y el demonio rabioso de LOS CELOS.
Yo percibí, de pánico transido,
De estos horribles genios la influencia;
Sentí que cada cual por un oido,
Con negras frases de infernal sentido,
Vertia su veneno en mi existencia;
Y en aquel cuarto de hora de agonía,
Oí que de este modo me decia
Cada cual de los genios por su lado,
Y de cada palabra se exprimia
Una gota de hiel, que me caia
Dentro del corazon atribulado.

LA TRISTEZA.

«¡Qué triste es alejarse de la tierra
Donde humea el hogar de nuestra casa,
Donde cuanto ama el corazon se encierra,
Donde ya el tiempo sin nosotros pasa,
Donde los séres á quien más queremos,
Aquellos ¡ay! por cuyo amor vivimos,
Lloran nuestra partida, y no los vemos,
Oran por nuestro bien, y no lo oimos!
¡Qué triste es navegar solo y amando,
En tierra solo á nuestro amor dejando!
Y así navegas tú, que en Francia dejas

Amor, familia, hogar, cuanto ama el hombre,
Y de cuanto amas por el mar te alejas,
Cargado con el fardo de tu nombre.
¡Oh miserable vanidad humana!
¡Necios delirios de ambicion y gloria!
¿Qué le importa á la gente americana
Oir tu canto, ni saber tu historia?
Poeta que abandonas tus hogares
En alas de tu amor y tu fe ardiente,
¿Qué importan á los pueblos de Occidente,
Ni tu fe, ni tu amor, ni tus cantares?
¿Qué es lo que tus inútiles endechas
A su ventura añadirán mañana?
Las ovaciones por amigos hechas,
Ventura tan fugaz como ilusoria,
¿Valen la pena de cruzar los mares,
Llena de hiel llevando la memoria,
Y el corazon henchido de pesares?
¿Qué es lo que allende de la mar te espera?
Vana curiosidad, desden acaso.
¿Qué es lo que dejarás tras de tu paso?
Lágrimas, como siempre, por do quiera
Que fuiste..... tu vigor, tu vida entera
Tal vez, amortajada en tus canciones,
Cuyos ecos perdidos
En vano llamarán á los oidos,
En vano á los cerrados corazones;
Peregrino del mundo, el mundo entero

Te verá sin amor, como á extranjero.
¿Ves esa nube de volátil humo,
Y esa estela de espuma que dejamos
Por el viento y el mar? Así presumo
Que es de tu gloria y de tu amor la base;
En cuanto el buque fugitivo pase,
En cuanto un soplo de la brisa corra,
La doble huella que dejando vamos,
El mar se traga y el ambiente borra;
Tal vez es en América tu suerte,
Amarga vida y escondida muerte.»

Miéntras así decíame al oido
El espíritu ruin de LA TRISTEZA,
Yo vertia, cobarde y abatido,
Lágrimas vergonzosas de flaqueza.

LOS CELOS.

«¡Imbécil corazon! Si como ese humo
Que la vacía atmósfera se traga,
Y si como esa estela, que á lo sumo
Dura un minuto turbulenta y vaga,

Se borra tu memoria en tus hogares,
Si se olvidan de tí los corazones,
Á quienes alza tu cariño altares,
¿Qué te valdrá tu fe, ni tus canciones
Llevar al otro lado de los mares?
¡Mísero! Si ese sér, á quien tú llamas
Sér de tu sér y vida de tu vida,
Por quien osado y pródigo derramas
Cuanta esencia en tu sér hay contenida;
Si esa mujer, en fin, á quien proclamas
Sultana sin rival, por tí querida
Más que el honor, la luz, la fe y la gloria,
Miéntras reina en América la aclamas,
Echándote del alma y la memoria,
Falsa te vende y en París te olvida,
¿Qué vas á hacer allende de los mares
Con tu fe, con tu amor y tus cantares?

»Tú, que por ella ¡insensato!
Nada imposible concibes,
Que sólo por ella vives,
Que entero á su amor te das,
¿Comprendes la horrible duda
De que, miéntras tú la adoras,
Puede ella pasar sus horas
Con otro amante quizás?

»Miéntras llorando su ausencia,
Tú arribas á extraños puertos,
Cruzas montes y desiertos
Por insalubre país,
Ella, en tu ausencia fiada,
Y á sus promesas perjura,
Con otro tal vez apura
Los deleites de París.

»Miéntras tú, como Macías
En su siglo novelesco,
De tu amor caballeresco
Haces una religion,
Tal vez ella en el abismo
De París se hunde sorbida,
Y en su fosa corrompida,
Encenaga el corazon.

»Tal vez tus propios amigos,
Si tenerlos en el mundo
Crees, del vicio al cieno inmundo
Arrastrarla intentarán,
Miéntras tú, con fe sincera,
Cual de tí, de ella seguro,
Tu cariño ileso y puro
Guardarás con necio afan.

»Acaso una americana,
Que tu secreto sorprenda,
Que tu alma lëal comprenda
Y que ame con tu pasion,
Querrá templar tus tormentos
Con una amistad sincera,
Cuando ni amistad siquiera
Podrá dar tu corazon.

»Porque tu alma, roïda
Por la fiebre de los celos,
Culpará á los mismos cielos
De la humana ingratitud;
Y tornándote perverso
É incrédulo tus pesares,
No creerás que el universo
Tenga amor, fe, ni virtud.

»Vivirás viendo en tus sueños,
Y sabiendo á todas horas,
Que la hermosa á quien adoras
Idolatra en un rival,
Y aunque quieras, por despecho,
Entregarte á otro cariño,
No podrá tu alma de niño
Ser al suyo desleal.

»Pues tú, alma privilegiada,
De tu pasion quijotesca,
De tu fe caballeresca
Serás mártir, porque fiel,
Tan sólo un amor concibes
Que pueda albergar un alma,
Y esclavo del tuyo vives,
Para enterrarte con él.

»Boga, pues, boga, insensato;
Lleva á América tus rimas,
Tu fe y tu amor; en los climas
Que á cruzar con ellos vas,
Sólo viéndote vendido,
Por los celos devorado,
Vivirás abandonado,
Y rabioso morirás.»

El demonio de los celos
Me decia así al oido,
Y al pesar se dió, rendido,
Mi celoso corazon,
Y envolviendo mi cabeza
En mi capoton de viaje,
Lloré, del lento oleaje
Al melancólico són.

Y ¡Dios solamente sabe
Lo que en aquellos momentos
Lograron mis pensamientos
Mi triste vida röer.
Años viví en los minutos
De una hora, y sentí en ellos,
De mis sienes los cabellos
Gotëar y encanecer.

Yo miré en estos instantes
Mi salvacion y existencia
Con tan honda indiferencia,
Que mi yerto corazon,
Víctima de la tristeza,
Presa infeliz de los celos,
No pensó, ingrato, á los cielos
En alzar, ni una oracion.

Dios, que jamas abandona
Ni al infeliz, ni al demente,
Hirió con su luz mi frente
Y vino á mi alma á llamar;
Al rumor de una maniobra
Volví en mí; alce la cabeza,
Y vi de Dios la grandeza
Resplandecer sobre el mar.

La luna, de los nublados
Desgarrando el torbo velo,
Brillaba del mar y el cielo
En la azul inmensidad;
Y con las velas tendidas,
Que el viento propicio hinchaba,
Raudo el Paraná bogaba
Con serena majestad.

Yo contemplé tan magnífico
Espectáculo con pasmo,
Y al religioso entusiasmo
De su inspiracion cedí,
Y de los malos espíritus
Conjurando los antojos,
Sobre cubierta, de hinojos
Postrándome, canté así:

A DIOS.

¡Señor, bendito seas! ¡Bendito cuanto sale
De tu fecunda mano, de tu inmortal saber!
¿Adónde está el soberbio que tu poder iguale?
Para crear el mundo, ¿qué has hecho tú? Querer.
¿Qué son los astros? Chispas de tu mirada santa.
¿Qué son los mundos? Átomos de tu viviente sér.
¿Qué son los mares? Móvil alfombra de tu planta.
¡Señor, bendito seas, que me los haces ver!

Señor, el mar, que ondea bajo mis piés en calma,
Y el cielo, que se pinta sobre su móvil haz,
Cual bálsamo celeste, derraman en mi alma
Tu inspiracion divina, tu religiosa paz.
Señor, deja que eleve de gratitud un cántico
Al cielo, donde veo resplandecer tu faz,
Cuyo esplendor reflejan las ondas del Atlántico,
Rasgadas por la quilla de mi bajel fugaz.

Señor, quien niegue, impío, que el mundo tu obra sea;
Quien, de tu sér dudando, bravee tu poder,
Conmigo en esta noche sobre la mar te vea,
Y adorará conmigo tu omnipotente sér.
¡Señor! ¡bendito seas! Yo siento mis entrañas
Estremecerse henchidas de juvenil placer,
Mirando ante la luna, con cuya luz las bañas,
Las olas que en mi nave se vienen á romper.

Sobre la mar en calma, comprende el más impío
Que lámparas los astros de tu santuario son;
Sobre la mar en calma tu gloria y poderío,
Tu Majestad inmensa comprende mi razon.
Señor, tú derramaste sobre la mar tranquila
Las grandes impresiones, la luz, la inspiracion;
Señor, desde esta nave, que sobre el mar oscila,
Con honda fe te adora mi ardiente corazon.

Tu esencia no concibe mi humano entendimiento;
Señor, sólo te puede mi espíritu adorar;
Á tí, de cuyos hombros es manto el firmamento,
La eternidad tu tiempo, la creacion tu altar.
Señor, yo no echo ménos los bosques, las montañas,
La sociedad del hombre, los mares al cruzar;
Con tu presencia sola tú animas y acompañas
La inmensidad del cielo, la soledad del mar.

Su faz no está desierta para mis ojos; falta
No está su region turbia de vida para mí;
Cada ola que se rompe y cada pez que salta,
Me dice: «Todo vive, como en la tierra, aquí.»
Jamas me apareciste tan grande, tan inmenso,
Señor, como esta noche, que sobre el mar te vi,
Y nunca mi existencia, como en su azul extenso,
Tan bella y tan fecunda de goces concebí.

Yo no echo aquí de ménos los ricos accidentes
Que dan á los paisajes animacion local,
Los movimientos varios, los ruidos diferentes,
Los pintorescos cuadros del mundo vegetal.
¿Cuál, como ver al léjos la vela que aparece,
La línea azul cortando del horizonte igual,
Que se destaca móvil y se aproxima y crece,
Cerniéndose en el viento, como una garza real?

¿Cuál, como desde el buque mirar sobre las olas,
De su murmullo flébil al soñoliento són,
Los peces á flor de agua dar remo con sus colas
Al ondulante nido del cándido Alcion?
Asoman sus hijuelos escasos áun de pluma,
De sus nevadas alas por bajo el pabellon,
Y atónitos contemplan, entre humo, luz y espuma,
Pasar de nuestro barco la negra aparicion.

Los peces, azorados, ante nosotros huyen,
Dejando con su estela fosforescente el mar;
Luégo á los peces, monstruos voraces sustituyen,
Que intentan nuestro buque feroces asaltar.
Á la movible sombra de la flotante vela
Se lanzan, engañados, y al irla á asegurar,
Las ondas les repelen de nuestra hirviente estela,
Y quedan asombrados, mirándonos pasar.

La luna, que derrama su luz sobre los montes,
En ásperas quebradas rompiéndola doquier,
¿Tendrá en la tierra nunca tan vastos horizontes,
Ni espejo tan brillante donde su imágen ver?
Si ese astro, que de noche nuestro hemisferio aclara,
Gozar pudiera acaso de vida y de placer,
¿Con cuánto no veria su luminosa cara
En el espejo inmenso del mar resplandecer?

¿El ruido de las selvas tan hondo sentimiento
Podrá con sus murmullos al ánimo inspirar,
Cual de las verdes olas el són y el movimiento,
Y el aura que en las jarcias suspira sin cesar?
¿Y cuánto no es más rico de fuerza y voz el viento,
Que eleva montes de agua sobre el hirviente mar,
Que el huracan terrestre, que pueden, en su asiento
Inmobles, la colina y el árbol arrostrar?

Señor, yo amo los mares, y sus peligros amo,
Porque en el mar mi alma tu omnipotencia ve;
Ante tu faz, de hinojos, tu omnipotencia aclamo,
Y el bien ó el mal acepto que tu bondad me dé.
De hoy más ya de tí nunca se apartará mi vista;
Yo voy en tí fiado; que tú me guias sé;
Ya el mar mi buque trague, ya su furor resista,
Señor, en tí ya nunca vacilará mi fe.

Cuando perdí de vista las playas de la Europa,
Desfallecer de angustia sentí mi corazon;
Al encontrarme solo del Paraná en la popa,
Desesperé del cielo, perdida la razon.
Señor, yo dejo en Francia cuanto del hombre abona
El terrenal apego á su mortal mansion;
Allí quedó cuanto amo..... ¡Dios de bondad! perdona,
Que me dejára un punto vencer de la afliccion.

Mas al sereno cielo cuando volví los ojos,
Cuando del mar en calma la inmensidad miré,
Señor, en tu presencia me vi, caí de hinojos,
Reconocí tu inmensa bondad y te adoré.
¿Y en dónde te revelas como en la mar en calma?
Señor, mi fe te adora, mi corazon te crée;
El mar tranquilo aduerme las penas de mi alma;
Señor, sobre él te canta mi solitaria fe.

Yo amo, como nadie jamas amó en el mundo;
Mas si mi amor me quita tu voluntad, Señor,
Yo acataré tus fallos, y en mi pesar profundo
No cesará mi canto para llorar mi amor.
Sé que á mi bien me guias, pues para el bien me creas,
Y erguido en la ventura ó hundido en el dolor,
Yo te diré, postrado: «¡Señor, bendito seas;
Te adoro en tu clemencia, te adoro en tu rigor!»

Y seguiré cantando tu gloria por la tierra,
En tí poniendo siempre mi corazon lëal;
Y si mis ojos lloran por el amor que encierra
Mi corazon, acuérdate de que nací mortal.
¿Quién es el inocente que, exento de flaqueza,
Su corazon conserva cual lirio virginal?
Amé, Señor; vencióme mi ruin naturaleza;
Áun amo; mas perdone tu rayo mi cabeza;
Recuerda, si fuí débil, que me creaste tal.

Miéntras mi pecho aliente, por donde quier que vaya,
De mis crëencias mártir, y fiel á mi mision,
Cantando irá tu gloria mi fe de playa en playa,
Sembrando mis crëencias irá mi corazon.
Y si arenal ingrato que atravesar me espera,
Y si mi fe ó mis cantos escarnecidos son,
Sin arrogancia vana, ni humillacion rastrera,
Yo apuraré mi cáliz hasta su hez postrera,
Y agotaré mi aliento con mi postrer cancion.

Porque errará quien juzgue que con mi canto anhelo
Crëarme una aurëola de gloria mundanal;
Á remontarse aspiran mis cánticos al cielo,
Mas no sobre las alas de orgullo terrenal.
Yo soy como esas algas que arrastra el Océano,
Como esa espuma que hace su bullidor cristal;
Un átomo viviente, salido de tu mano.
¡Señor, que no me sea mi vanidad fatal!

Tú, en cuyos ojos bebe su resplandor el dia;
De cuyo sér recibe, cuanto le tiene, sér;
Tú, que la causa sabes que á América me guia,
No dejarás mi causa sobre la mar perder.
¡Sús, Paraná! desgarra los mares viento en popa;
No tiene el mar, ni el viento contra mi fe poder;
Dios va conmigo; boga y aléjame de Europa.
El mar y el viento paso tendrán á Dios que hacer.

Bajo ese cielo puro, sobre ese mar sereno,
En alas de esa brisa que vuela entre los dos,
Mi corazon sonrie, de confianza lleno,
Llevando la esperanza de mi bajel en pos.
Señor, pasiones tiene mi coracon de tierra,
Pues que sujeto á ellas me le entregasteis vos;
Mas cuanto caro al hombre mi corazon encierra,
Lo dejan mis crëencias á la merced de Dios.

Para cantar pusisteis la voz en mi garganta,
Para crëer henchisteis mi corazon de fe;
Para cantaros siempre mi acento se levanta,
Para adoraros mi alma por donde quiera os ve.
Señor, sea escuchada mi voz, ó escarnecida,
Para cantaros siempre con brío la alzaré;
Yo cruzaré cantando del golfo de la vida
Las agitadas hondas hasta espirar.—¿Por qué?

Si á cuantos átomos
Tienen acento
Bajo la bóveda
Del firmamento
Interrogarse pudiera un dia:
«¿Por qué se exhala de tu garganta,
Por qué produce tu movimiento
Tal armonía?»
Todos los átomos
Que hacen el mundo,
Del cielo cóncavo
Al mar profundo,
Aves del bosque, brisas del viento,
Aguas del valle y ecos del monte;
Cuanto murmullo vago y sonido
Brota desde uno á otro horizonte,
Surge por uno y otro elemento;

Cuanto vagido
Desconocido,
Cuanto lamento
Jamas oido
Deja en el viento
Rumor perdido;
Cuanto con ruido
De movimiento
Ó con aliento
De su garganta,
De sí exhalando són ó armonía,
Suspira, gime, murmura ó pia,
Ó de otro modo su voz levanta,
Cumpliendo el sino feliz ó adverso,
Que la sujeta
Á ser un átomo del universo,
Que su armonía nutre y completa;
Como el poeta,
Que la interpreta,
Responderia:
«Porque ley santa
Fué de Dios, que al crearme
Me dijo: «¡Canta!»

I.

¿Qué importa lo que forme la esencia del poeta?
¿Qué importa lo que guarde su inquieto corazon?
Su alma, cual los vientos, á nada está sujeta;
Su espíritu no tiene, ni patria, ni region.
Su pecho está colmado de amor y de armonía;
Los átomos más leves le traen la inspiracion,
Y canta como canta la luz del nuevo dia
El ave á quien da el bosque nocturno pabellon.

Él es un átomo que forma coro
Con cuanto tiene cuerpo sonoro,
Armonizando la crëacion.
Mas ¿por qué canta? ¿con qué se inspira?
Por lo que canta cuanto respira,
Cuanto en el orbe produce són.

Canta porque su gérmen
Es la armonía;
Por ley de quien del cáos
Le trajo al dia;
Cuya ley santa
Con cuanto es le dice:
«¡Cántame!» Y canta.

II.

Su voz, como las voces del agua y de los vientos,
Recorre cuantos tonos producen á la par,
Henchidos de armonía como él, los elementos,
La gloria de Dios, hechos como él, para cantar.
Él gime como el cierzo que zumba entre las cañas,
Susurra, como el aura, los olmos al cruzar.
Murmura, cual arroyo que corre entre espadañas,
Como las ondas verdes del sosegado mar.

Canta cual canta cuanto suspira,
Ama cual ama cuanto respira,
Da lo que el cielo le ordenó dar;
Como el mar conchas, césped el prado,
Sombra la noche, lluvia el nublado,
Ramos la palma, flor el azahar.

Canta y ama al unísono
Con cuanto mira,
Porque cuanto halla, cánticos
Y amor le inspira;
Su voz levanta,
Porque cuanto es le dice:
«¡Cántame!» Y canta.

III.

Á él, como á la gaviota de las desiertas playas,
Como á la golondrina, viajera universal,
Le dan un doble nido las torres y atalayas
Que se alzan sobre el uno y el otro litoral;
Su voz al par, por eso, ya lánguida ó potente,
Ya en eco desmayado, ya en grito colosal,
Retumba con el ronco bramido del torrente,
Susurra con la abeja que zumba en el rosal.

Gime en el valle bajo los tilos,
Ruge del monte dentro los silos,
Silva en las grietas del peñascal;
Para que pase su voz bendita,
Sus ajimeces dá la mezquita,
Sus rosetones la catedral.

Con el bálsamo suave
De sus canciones
Adormecen sus penas
Los corazones;
Todo lo encanta,
Porque todo le dice:
«¡Cántame!» Y canta.

IV.

Óyeme pues, ¡oh mundo! Mi sér con sus tesoros
De amor y de armonías ha henchido el Criador,
Y canto, como cantan tus átomos sonoros,
Y amo, como aman tus átomos de amor.
Yo hechizo de la vida las horas más ingratas,
Yo aduermo las febriles vigilias del dolor,
Al són de mis moriscas nocturnas serenatas,
Que imitan el amante cantar del ruiseñor.

Creólas loca mi fantasía,
Vistiólas rica mi poesía
Con cuanta supo crear mejor;
Y sus compases acaso extrañan,
Porque á mi antojo les acompañan
Ática lira, moro atambor.

Porque yo, bardo errante,
Cosmopolita,
Canto al par en el templo
Que en la mezquita;
Y risa y llanto
Dícenme al mismo tiempo:
«¡Cántame!» Y canto.

Todos los átomos
Que con acento,
Bajo la bóveda
Del firmamento,
Ya con rüido
De movimiento,
Ya con aliento
De su garganta,
Prestan al viento
Rumor perdido;
Desde el nublado,
Que ruge airado
Y se adelanta,
De piedra y cóncavos
Truenos preñado,
Hasta el insecto,
Que imperceptible
Zumba en la atmósfera
Más apacible;
Desde el profundo
Mar, que, iracundo,
Con voz inmensa
De enorme estruendo
La playa extensa
De la bahía
Ensordeciendo,
Acaso piensa
Que podrá un dia

Sorber al mundo,
Hasta la fuente,
Que con són blando
Va murmurando,
Su transparente
Fresca corriente
Desarrollando,
Como espejo de plata
Límpido y terso,
Forman la serenata
Del universo.
Yo, como cuanto
Del aire hueco
Despierta un eco
Ó arranca un són,
Mi voz levanto,
Lanzando el mio
Por el vacío
De su region.
Mas á la inmensa
Sacra armonía
Que á Dios envia
La creacion,
Ante la densa
Nube de incienso
Que orla en su ascenso
Su sacro són,
¿Qué es el insano

Són de la mia?
¿Qué es el ruin grano
Que quemo yo?
¿Acaso pienso
Yo, en mi osadía,
Que ni su incienso,
Ni su armonía
Con mi vil átomo
Se acrecentó?
¿Mi alma insensata
Piensa, en su orgullo,
Que mi murmullo
Se oye quizás?
Sí; que aunque es átomo
Vil y mezquino,
Como arrebata
La catarata
La última gota
Que en su camino
La peña brota
Con las demas,
El torbellino
De la armonía
Del són divino
Lleva la mia,
De sí detras.

Hé aquí por qué canto
Miéntras aliento;
Porque sonoro mi átomo
Se lleva el viento:
Átomo leve,
Mas que á los otros átomos
Unirse debe.

Á LA SEÑORITA

BOLIVIA DE FRANCISCO MARTIN.

IMITACION DE UNA KÁSIDA ÁRABE.

Dió el cielo á la criatura
Tres flores : la juventud,
La esperanza y la hermosura;
La inocencia es su frescura,
Su perfume es la virtud.

Bolivia, tu album es un espejo;
Quien en él firma, se mira en él;
Mas de su imágen queda el reflejo
Sobre su luna, perpétuo y fiel.
¿La mia quieres? Yo te la dejo
Sobre el haz blanca de este papel,
Bajo la forma de un buen consejo,
Util y dulce como la miel.

Como las flores, la criatura,
Rica de aromas y de hermosura,
Crece y ostenta su juventud;
Como á las flores el sol las trueca,
Su cáliz aja, su tallo seca,
Y caen en mustia decrepitud;
Mas mientra el tiempo la flor consume,
Nos vivifica con su perfume,
Y átomos puros da de salud.

La mujer crece como las flores,
Fresca, lozana,
Rica en colores,
Mostrando ufana
Su juventud;
Pasa como ellas y se consume;
Pero tras ella deja el perfume
Vital y eterno de la virtud.
¿Sabes, empero, Bolivia hermosa,
En qué á las flores lleva ventaja
La mujer pura, la virtuosa,
Flor de las flores la más preciosa,
Cuya semilla del cielo vino,
Y en los jardines de Eden florece,
Flor perfumada de olor divino,
Que nunca al aire se desvanece,
Flor de almo orígen y excelsitud?
En que á las flores el sol las aja,

Su tallo dobla, su olor rebaja,
Y caen en mustia decrepitud;
Mas la memoria de la dichosa
Mujer sencilla, fiel, virtuosa,
Flor siempre viva, perpétua, hermosa,
Estrella fija y esplendorosa,
No tiene ocaso ni senectud;
Cuando al sepulcro su cuerpo baja,
De su sepulcro bajo la losa,
Es cuando el ámbar de su memoria,
Su luz, su gloria
Se desarrollan en plenitud.
Raíz eterna prende en su fosa,
Como en chinesco tazon la rosa;
Capullo fresco la es la mortaja,
Y más vivífica, más aromosa
Su esencia exhala de su ataud.

Flores con alma sois las mujeres;
Mas las que, vanas con su hermosura,
Del mundo fútil en los placeres
Su gloria cifran y su ventura,
Son margaritas faltas de olor;
Las que, constantes y cuidadosas,
En sus costumbres puras, sencillas,
Miran atentas á sus deberes,
Hijas humildes, fieles esposas,
Madres amantes y pïadosas,

Son azucenas siempre olorosas,
De cuyo cáliz, rico en semillas,
Queda en la tierra gérmen y olor.

Bolivia hermosa, flor que temprana
Tu tallo elevas, gentil y ufana,
Tus hojas abres, fresca y lozana,
Rica en colores y en juventud,
Hoy, que á su oriente tu vida asoma,
Gérmen fragante y esencias toma,
Conserva siempre puro el aroma
Vital y eterno de la virtud.

¡Adios, Bolivia! De tí me alejo;
Versos me pides; yo te los dejo
Sobre el haz pura de este papel;
Mas, como tu album es un espejo,
Y quien le firma, de su reflejo
Deja la imágen grabada en él,
Cuando mis versos á solas leas,
Cuando en su luna mi imágen veas,
Como tu espejo, quiero que creas
Que soy tu amigo sincero y fiel.
Crece y arraiga, Bolivia hermosa;
Crece, flor pura, fresca y pomposa,
Gala y ornato de tu vergel;
Mas ten presente mi buen consejo,
Y tu existencia será dichosa,

Y tu memoria será un reflejo
De luz celeste y esplendorosa;
Será fragante como la rosa
Y será dulce como la miel.

Sábelo por tu ventura:
Tres flores son *juventud*,
Esperanza y *hermosura;*
La INOCENCIA es su frescura,
Su perfume es la VIRTUD.

LA NOCHE

DE LA

CELEBRACION DE LOS JUEGOS FLORALES

EN LA HABANA.

Yo atravesé la soledad del Zahára,
Que, como inmenso piélago de arena,
Dos ciudades del África separa;
El sol abrasador del mediodía,
Que en el seco arenal reverberaba,
El aire enardecia,
Y el pecho, al respirarle, nos quemaba.
Ni el fulgor del incendio de aquel cielo,
Que, encandecido y rojo,
Parece un pabellon ensangrentado,
Ni sobre el haz ardiente de aquel suelo,
Que refracta su lumbre
Como un vidrio azogado,
Fijar podia su mirada el ojo,
Ni áun á traves del velo
Con que el rostro llevábamos guardado:
Cielo y arena se veia en torno,
Y el calor respirábamos de un horno.

El Simun, tempestad de este oceano
De arena, que, sus ondas revolviendo,
Cual revuelve Aquilon las de los mares,
Barre su inmenso llano,
Y sus arenas por el viento sube,
Las pasea sobre él como una nube,
Y las llueve despues grano por grano,
Sepultando bajo ellas, sin estruendo,
Caravanas y aduares,
Mugia tras nosotros, entoldando
El cárdeno horizonte;
Delante de nosotros, familiares
Uno con otro y en el riesgo pares,
Viamos ir, el arenal cruzando,
La cueva oculta ó el seguro monte
Por instinto buscando,
Al leon, la gacela y el bisonte.
La sed nos anudaba la garganta;
Caballos y camellos
Alargaban los cuellos
Y detenian la cansada planta,
Para aspirar un aire necesario,
En largos, pero inútiles resuellos,
Que no saciaban su voraz garganta;
Negábase á avanzar el dromedario,
Que con jinete y carga no podia;
Sus últimos esfuerzos, voluntario,
Con voz y manos excitaba el guía,

Y desde su alto y enarcado lomo,
La vista en vano con afan tendia;
Sólo del cielo el inflamado domo
Y la extension del arenal veia
Á traves del tejido tembloroso
Con que el denso vapor caliginoso
Entoldaba la atmósfera vacía.

Perdidos nos creimos;
Á la par musulmanes y cristianos
Al cielo nos volvimos,
Al par tendiendo á nuestro Dios las manos,
Y á Dios venir en nuestro auxilio vimos.
Una sonora ráfaga de viento,
Despejando la atmósfera un momento,
Nos dejó, compasiva,
Ver un jiron azul del firmamento
Y un pedazo de tierra productiva.
Un öasis, cubierto de verdura,
Isla de aquel oceano de arena,
Que salvacion y vida nos augura,
Se ofreció á nuestra vista, ya insegura,
Y nuestra alma alegró, de angustia llena.
Hombres, á un mismo tiempo, y animales,
Le vimos; la esperanza recobramos,
Y las perdidas fuerzas corporales,
Y á escape hácia el öasis nos lanzamos,
Salvando los ardientes arenales.

¡Con qué placer se encuentra en el desierto
Un öasis ceñido de verdura,
De céspedes cubierto,
Y sembrado de palmas y azahares!
¡Con qué placer se bebe el agua pura
Del manantial por Dios en él abierto,
Y con cuánto placer su luz se mira
Á sombra de las palmas seculares,
Y con cuánto placer, libre de azares,
Á sus piés se reposa y se respira!

Yo atravesé la mar: mi osada nave,
Fiada del hombre en el saber, que doma,
Audaz, los elementos,
Salió del puerto, cual torcaz paloma
Que por primera vez sus alas tiende
Desde su nido á la florida loma.
Mas ¿quién el fin á do camina sabe
Cuando á traves del mar y de los vientos
Rumbo al azar sobre las aguas toma?
Navegamos un dia y otro dia;
El mar estaba azul, el cielo puro,
El aura suavemente nos mecia.
Una tarde, al confin del horizonte,
Sobre su línea azul un punto oscuro
Vimos aparecer; á cada instante
Creciendo, se hizo grande como un monte;

Luégo, como una venda,
Cubrió al poniente sol; siguió gigante,
Extendiéndose en torno como un muro;
Se elevó hasta cubrir, como una tienda
Enlutada, el redondo firmamento;
Sopló luégo una ráfaga de viento,
Que la mar removió hasta sus entrañas,
Y sacudiendo nuestra erguida nave,
Rompió sus masteleros como cañas.

Desgarró el huracan su hirviente seno
Con un fugaz relámpago, y bramando
Con la rugiente voz de un ronco trueno,
Barrió la mar el raudo torbellino;
Y la nave consigo arrebatando,
En las tinieblas nos cegó el camino.
Un dia y una noche, entre sus brazos,
Del viento y de la mar por los abismos,
Dejando fuimos del bajel pedazos,
Cuenta sin darnos de nosotros mismos.
Mas nos tendió el Altísimo su mano,
Y cual nos hizo ver sobre la arena
Del desierto africano,
De un fresco öasis la floresta amena,
Hizo entónces brillar á nuestros ojos
De alto fanal los resplandores rojos,
Que dieron al bajel un rumbo cierto,
Y á pocas horas salvacion segura.

¡Con qué placer se encuentra en el desierto
Un öasis ceñido de verdura!
¡Con cuánto más placer se ve del puerto
El movible fanal que centellea,
Iris de salvacion y de ventura!
¡Con qué placer en la feraz frescura
De un africano öasis se sestea,
Y con cuánto placer en la bahía,
Despues de la tormenta, se fondea,
Y el áncora en su fondo se asegura!

Pues bien: con más placer que alcancé un dia
Un öasis á ver en el desierto,
Con más placer que por la mar bravía
El faro vi del anhelado puerto,
Mira en este salon el alma mia,
Y halla mi corazon, que yo creia
Á la emocion y al entusiasmo muerto,
Este öasis de amor y poesía,
Que con tan generosa cortesía
Hoy la cubana juventud me ha abierto.
¡Con cuán hondo placer halla mi alma
Este rincon tranquilo de la tierra,
Donde las fuentes del saber, en calma,
El bien derraman que el saber encierra!
¡Qué alegría tan íntima y tan pura
Me infunde al corazon el aura suave

De este öasis de paz y de ventura,
Do á las vigilias del estudio grave
Premio dan la nobleza y la hermosura!

Yo he recorrido la mitad del mundo,
Y á mi pesar lo digo,
Y con pesar profundo;
Mas por doquier que visité la tierra,
De sangrientas escenas fuí testigo:
Doquier he visto caminar armada
La civilizacion ensangrentada,
La libertad apellidando guerra;
Mas con placer más franco y más profundo
Puede mi corazon decir al mundo
Que por doquier que fuí, crecer he visto,
Por corazones jóvenes plantados
Y por jóvenes manos cultivados,
El árbol de la fe de Jesucristo,
Y de la santa paz las azucenas,
Bajo la sombra del laurel de Aténas.
¡Bendita seas, juventud, que bebes
Del raudal del saber las aguas vivas,
Que su semilla á cultivar te atreves
Y que su siembra con afan cultivas!
Pues que ser gloria de tu patria debes,
Prepárala cosechas productivas;
Ábrela con las ciencias el camino
Que lleva á una nacion á un gran destino.

Porque, sábelo en fin, la fe y la ciencia,
Hermanas de la paz, dan á los pueblos
Gloria, poder, ventura y opulencia;
Gran nombre, grande sér, grande existencia,
Hoy, mejor que la guerra fratricida,
Los dan la religion, la inteligencia,
Manantiales del bien, gérmen de vida.
De ello la historia te dará lecciones:
Léelo en la de entrambos hemisferios.
¿Qué es lo que ha engrandecido á las naciones?
¿Quién ha civilizado los imperios?
El saber y la fe, no las legiones.
La sangre derramada en las campiñas
Nunca atrajo de Dios las bendiciones;
Brota sólo orfandad, ódio y pasiones,
No ricas mieses, ni jugosas viñas.
Tú, pues, que el campo de la paz cultivas,
Y que en las artes de la paz te empleas,
Fuerza es de Dios que galardon recibas:
¡Cubana juventud, bendita seas!

Y vosotras, mitad de nuestras almas,
Cuyo favor por complemento anhela
Siempre en su gloria el corazon humano;
Flores vivientes del pensil cubano,
Que os cimbrais al andar, como sus palmas,
Que teneis el mirar de la gacela,
La esbeltez del antílope africano

Y la voz de la tórtola, á vosotras,
Que, generosas, á la faz del mundo
Venis hoy á premiar con mano amiga,
Del estudio y del genio la fatiga,
Y á escuchar al poeta vagabundo;
Otro mejor que yo, con más brillante
Peroracion, mi sentimiento os diga:
Un corazon, en frases infecundo,
Ruega á Dios en silencio que os bendiga;
Porque yo, que nací, pájaro errante,
Para cantar perdido á la ventura,
Sólo puedo decir á la hermosura:
«Con oirme no más me honras bastante.»
Ceso aquí pues; manifestarme vano
Fuera el hablar de mí. Noble academia,
Cuya benigna y generosa mano
La insuficiencia de mi ingenio premia,
Acordándome el título de hermano,
Un discurso locuaz nunca es sentido;
La gratitud, mostrándola, se amengua,
Que es ave, que en el alma hace su nido;
Y está la fe del hombre agradecido,
Bien en el corazon, mal en la lengua.

HISTORIA DE UNA VOZ [1].

Se non è vero, è ben trovato.

I.

Dios ha henchido la tierra de armonía:
Desde el rugiente mar que la circuye,
Hasta el gusano que en su centro cria,
Todo con una voz, mansa ó bravía,
Á su armonía inmensa contribuye.
Todo tiene una voz sobre la tierra,
La cueva oscura y el peñasco hueco
En su concavidad tienen un eco;
Mil rumores eufónicos encierra
En sus senos el aire; la espesura
De los bosques dulcísimo un arrullo
Levanta con sus hojas, el arroyo
Que bajo el césped fresco se desliza,
Y el manantial que bulle en algun hoyo,
Tienen una voz suave en su murmullo,
Que la campestre soledad hechiza.

(1) Introduccion á las lecturas públicas en el teatro del Liceo de la Habana.

Tiene el leon su cóncavo rugido,
Los pájaros su cántico sonoro,
Los errantes insectos su zumbido;
Todo á esta inmensa música hace coro
Con un eco, una voz, un són ó un grito;
Desde el hirviente mar que la rodea,
Hasta la infiltracion que se gotea;
Desde el trueno que rueda en lo infinito,
Hasta el zumbido tenue del mosquito.

Mas todo este concierto misterioso,
Que en sus sonoros ámbitos encierra
Bajo su azul atmósfera la tierra,
En la inquietud del dia ó el reposo
De la nocturna paz, desde el rugido
Del leon al zumbido del insecto,
Desde la mar que se enfurece insana
Hasta la gota que en la peña mana,
Es un rumor monótono, imperfecto,
Equiparado al musical efecto
De la armonía de la voz humana.

El mar, la fiera, el ave, el aura, el eco,
Producen un rumor informe y hueco,
Que del oido la atencion seduce,
Que vagamente la atencion recrea;
La voz de cuanto existe se reduce
Á unos compases de armonía fija,

Que retumba, que trina, que gorjea,
Que murmura, susurra ó que golpea
Tenaz, y sin cesar se reproduce,
Invariable y tal vez impertinente;
Pero la voz del hombre, como hija
De su alma inteligente,
Como emanada de la voz divina
Del sumo Criador omnipotente,
No gorjea monótona, no trina
Invariable y tenaz, sino argentina,
Suave, flexible, armónica, sonora,
Cautiva la atencion y la domina;
No hiere con su són solo el oido,
Que pasa por el alma su sonido;
Rica de sentimiento, se introduce
Dentro del corazon, y en él produce
La sensacion que producir desea;
Porque la humana voz no se reduce
Á un són inútil, que en el aura ondea;
Sino que es un són vivo, que traduce
De su alma noble la viviente idea.
La voz del hombre, lánguida, vehemente,
Bronca en su ira, en su placer aguda,
No es voz perdida, de expresion desnuda,
Como la voz del aire ó del torrente,
Que, aunque eleva rumor, es siempre muda;
Sino que es una voz que un sér encierra,
En sus mismos sonidos existente;

Su voz es la palabra, que en la tierra
Desparrama, veloz, rica y potente,
La luz de su cerebro inteligente.
Y cuando de esta luz germinadora,
De esta voz, de la idea productora,
Un poeta inspirado se apodera,
Y de su voz sonora la armonía
Dobla con su sonora poesía,
Su sonido vital se regenera,
Su palabra mortal se diviniza,
Su dulce voz al universo hechiza,
Y le oye con placer la tierra entera,
Que al poder de su voz se magnetiza.

II.

Pero, así como todo cuanto existe
Tiene una voz, así sobre la tierra
Todo tiene una historia,
Todo un secreto encierra,
Desde el peñon que al huracan resiste,
Hasta la humilde planta
Y el musgo inútil que el peñasco viste.
La historia de la voz con que levanta
Sus himnos el poeta es cuento triste.
Yo sé la historia de su voz; yo he ido
A preguntar su historia á cuanto canta,

Zumba, susurra, gime, trina ó suena,
Á cuanto tiene un eco ó un sonido;
Y de cuanto hay con voz, ruda ó serena,
A pedazos por fin la he recogido.
Es una historia efímera, fantástica,
Como cuanto al poeta pertenece,
Como su porvenir, como su gloria:
Leve, voluble, rápida, ilusoria;
Humo, sueño, vapor que desparece,
Sin dejar ni áun recuerdo en la memoria;
Mas que contarse alguna vez merece.

III.

En el primer vigor de sus alientos,
Al escuchar el hombre su armonía,
La buscó por instinto los acordes,
Y encontró de su voz la melodía.
Poco á poco inventó los instrumentos,
Para hacer á su acento compañía;
Pero faltaba aún algo á sus acentos,
Y su voz era pobre todavía.
Era ya tan melódica y tan suave
Como el murmullo manso de los vientos,
El són del agua y el cantar del ave;
Mas no correspondia á sus intentos,

¿Qué le faltaba aún? no lo sabía;
Mas no expresaba aún sus sentimientos.
Esta necesidad creó al poeta,
Que ignoraba el valor con que nacía,
Mas cuya ardiente inspiracion inquieta,
Tal vez jugando con su voz un dia,
Tendió sobre el pentágrama las frases,
Ajustó la palabra á sus compases,
Á la nota ajustó sus pensamientos;
Y, al lograr en la nueva melodía
Que la palabra al són fuese sujeta,
Al rumor de la música incompleta,
Su palabra prestó la poesía.

Pero entónces la música, traidora,
Al poeta la voz robó villana;
Y brillante, gentil, fascinadora,
Como oscura crisálida en galana
Mariposa cambiada, en la sonora
Atmósfera lonzóse, audaz, ufana,
Embelesando al universo rudo,
Y al poeta infeliz dejando mudo.

Entónces el poeta desdichado,
Que palabra á la música habia dado,
Viendo su muda poesía muerta,
Su palabra robada y su voz yerta
Bajo el poder de su traidora amiga,

En los brazos se echó de la fortuna,
Por los campos vagó con planta incierta,
Y rendido de sed y de fatiga,
Fué sus inspiraciones una á una,
Como Homero, á narrar de puerta en puerta;
Ó, errante trovador, cantó á la luna
Á alguna dama que, en mullido lecho
Sumida en sueño, en perfumada alcoba,
No escuchó nunca la amorosa trova
Que enronqueció su enamorado pecho.

Vino despues Guttémberg con su imprenta,
En libros extendió su poesía,
Y al universo se la puso en venta,
Sin sonido, sin voz, sin armonía;
Y el infeliz poeta, sus cantares
En el frágil papel reproducidos,
Ir por el universo vió á millares,
Y á los ojos llamar, no á los oidos.
Desde entónces la frase del poeta
Va á la tirana música sujeta.
Ahora escuchad el fin de tal historia;
Pero tened su conclusion secreta,
Y aplaudid del poeta la victoria.

IV.

Hoy ha dado la música al olvido
Al poeta, y su orgullo la ha perdido.
Hoy, vanidosa y en su triunfo ciega,
Se derrama la música en el viento
Con armonía tal, que ya no llega
Con su rumor á herir más que el oido,
Ahogando su rumor su pensamiento.

Hoy vierte por las auras derramada,
Un torrente riquísimo de notas,
Que sostenidas á su antojo ó rotas,
Á traves de la atmósfera rasgada
Ruedan como una rápida cascada,
Ó se van á perder en el ambiente,
Cual de un chubasco las postreras gotas
Traga voraz el arenal caliente.

Hoy, coqueta, mimada y opulenta,
Su placer nada más tomando en cuenta,
Y á placer por la atmósfera perdida,
En mecerse en sus auras se recrea,
Y ufana por el viento se pasea,
Silba, trina y gorjea,
Y en sus trinos fantásticos olvida

Del poeta la voz, que la dió vida,
Y el mágico poder con que hoy campéa.
Hoy la música loca
Sobre un trono de ruido se levanta,
Y unos ecos titánicos provoca,
Con las orquestas monstros con que toca,
Y al universo, á quien aturde, encanta.

Y hoy el poeta, que en cobrar se empeña
Su rima, que la música desdeña,
Y la voz que robó de su garganta,
Vuelve á su voz de su palabra ducña
Á hacer, y, libre, sus endechas canta.

V.

Pálidas hijas del ardiente suelo
De esta isla feliz, que se adormece
De la marina niebla bajo el velo,
Al són del oleaje del Atlántico,
Que en torno suyo con amor se mece,
Vuestro aliento mi sér rejuvenece,
El aire de este Eden rico y romántico
La voz vuelve á mi musa, que envejece,
Y en él voy á lanzar mi último cántico.

Oid: yo siempre amé la poesía;
Y sintiendo nutrirse en mis entrañas

Un volcan de entusiasmo y de armonía,
Fuí á buscar una voz para la mia,
Por el viento, la mar y las montañas.

Yo la mitad del mundo he recorrido,
Y por do quiera que en la mar, el viento,
En el monte ó el llano oí perdido,
Un cantar, un suspiro ó un lamento,
Una incógnita voz ó un leve ruido,
Me he lanzado al momento
A pedir á aquel són desconocido
Un eco musical para mi acento,
Para mis pobres versos un sonido.

Y de Fez en los bárbaros adoares,
Del Indus en las márgenes extrañas,
Del Rhin en los castillos seculares,
Del Nilo y del Jordan entre las cañas,
De Grecia en los olímpicos altares,
De Méjico en las míseras cabañas,
Por cuanto abarcan los opuestos mares,
Amparado por Dios y mi fortuna,
He ido recogiendo una por una
Las notas de mis nómades cantares.

Y hoy, que mi voz, henchida de armonía,
Siento hervir otra vez en mi garganta,
Y siento de mi fe y mi poesía

Arder dentro de mí la llama santa,
Voy á dar á los vientos la voz mia
Con mi postrer cantar, para que suba
Á espirar mi postrera melodía
Al firmamento espléndido de Cuba.

Y ¡ojalá de mis cantos el sonido
Quede perpetuamente confundido
Con el del mar, á vuestros piés dormido,
Y el sonoro rumor de vuestras palmas;
Y eternos tras de mí, despues de ido,
Mi nombre resonando en vuestro oido,
Mi recuerdo hospedado en vuestras almas!

IL DELATORE

DI

GIOVANNI PRATI.

TEXTO, TRADUCCION Y PARÁFRASI.

IL DELATORE.

STROFA 1.ª

Le orechie intente, gli sguardi bassi,
Tu come un ombra segui i miei passi;
Se un lieve accento muovo al compagno,
Ratto ti sento sul mio calcagno.....
Va, sciagurato! mi metti orrore;
Sei delatore!

TRADUCCION.

Con vista torva y oido atento,
Tras mí, cual sombra, venir te siento;
Si á hablar á alguno me paro acaso,
Sobre mi huella metes tu paso.
¡Aparta, infame! yo tengo horror
De un delator.

PARÁFRASI.

¿Por qué te apostas frente á mi casa?
¿Por qué tu torva vision mil veces
De mis balcones debajo pasa?
¿Por qué do quiera te me apareces
Y por do quiera tras mí te encuentro,
Desde que salgo de madrugada
Hasta que vuelvo, y en mi morada
En altas horas á dormir entro?
¿Por qué de léjos do quier me sigues,
Y tus miradas de mí no quitas,
Y cuando avanzo, tú me persigues,
Y si me vuelvo, mi encuentro evitas?
¿Por qué en la iglesia y en el paseo,
Y en los portales y el coliseo,
Junto á mí hallarte siempre me asombra,
Y en torno mio girar te veo,
Como si fueras mi misma sombra?
¿Por qué, si encuentro cualquier amigo,
Cualquier paisano, deudo ó pariente,
De mis acciones siempre testigo,
De mí en acecho, te veo en frente,
Ó para oirme lo que les digo,
Te me aproximas calladamente?
¿Qué es lo que buscas tras de mi paso?

¿Quieres un duelo conmigo acaso?
Mas tú en tu porte valor no arguyes;
Tu faz es torva, de audacia ajena,
Tu andar es zurdo, como de hiena.....
No me provocas, puesto que me huyes.....
De una vez habla; quien quier que fueres,
Llégate y dime lo que trajeres;
Si es un secreto, solos estamos;
Si un duelo buscas, al campo vamos;
Mas.....¿te recatas y huirme quieres?
¡Por vida mia!
Ya sé quién eres
Y lo que buscas y quién te envia.
Aborto infame del Santo Oficio,
Que con vergüenza de su servicio,
Nutre en secreto la policía.
¡Maldito seas! Tú eres espía.

STROFA 2.ª

Il ciel la luce dovria negarti,
Mai col tuo nome nessun chiamarti;
Ma con quell'altro che ti dispensa
Pane e vergogna sull'empia mensa.
Va, sciagurato! mi metti orrore;
Sei delatore!

TRADUCCION.

Luz no debian los cielos darte,
Ni por tu nombre nadie llamarte;
Sino por ése que te procura
Pan y vergüenza..... ¡miseria obscura!
¡Huye á esconderte; me das horror,
Vil delator!

PARÁFRASI.

Para tí solo ser no debia
Ni el sol antorcha, ni el aire aliento,
Reposo el sueño, la alba alegría,
La tierra apoyo, ni nutrimento;
Porque tan sólo tu sér no encierra
De amor un gérmen, ni un sentimiento;
Porque tú solo sobre la tierra,
Planta parásita sin alimento
Que en ella no echa raíz alguna,
Vegetas suelto, sin que se te una,
Con lazo suave de simpatía,
Ni de cariño, raza ninguna.
¿De qué te sirve la luz del dia,
Si tú no puedes jamas contento
Alzar tus ojos al firmamento
Que sólo alumbra tu villanía?
¡Desventurado! la luz delante
De nuestros ojos pone patente,
Iluminando tu faz sombría,
El anatema que tu semblante
Grabado lleva sobre tu frente,
De tu alma el mudo y hondo tormento;
De tus perfidias y tu falsía
El implacable remordimiento,
La solitaria melancolía

Que te devora tenaz, impía,
En la amargura de tu aislamiento.
Porque si en calle, paseo ó fiesta,
Tú con tu pueblo mezclarte quieres,
Cuando tu pueblo sabe quien eres
Su ódio y desprecio te manifiesta;
Y en torno tuyo rueda formando,
Como á una fiera que va rabiando,
Como á una planta que el aire infesta,
Del ódio mudo del pueblo centro,
Deja tu torva persona expuesta
De aquel infame círculo dentro.
Y si hay alguno que, transeunte
Siendo, extranjero de tí ignorante,
«¿Quién es ese hombre?» tal vez pregunte:
Nadie tu nombre propio recuerda,
Nadie concibe, nadie te acuerda
Que lleves nombre de ningun santo;
Y al extanjero mudo y confuso
Jamas le dicen el que te puso,
Cuando nacistes, el sacerdote,
Sino el horrible é infame mote
Que te rodea de ódio y espanto,
El que te atrajo tu villanía
Al inscribirte por Iscariote,
El que te puso la policía,
De tus hermanos por ser azote.
¡Maldito seas, villano espía!

STROFA 3.ª

Ma quando mangi pan guadagnato
Coll'abbietezza del tuo peccato,
La bieca larva del tradimento
Non ti stà presso, non hai spavento?
Va, sciagurato, mi metti orrore;
Sei delatore!

TRADUCCION.

Mas, cuando comes el pan ganado
Con la bajeza de tu pecado,
Di: ¿tu conciencia no se levanta,
Paso á cerrarle por tu garganta?
¡Desventurado, me das horror;
Vil delator!

PARÁFRASI.

Cuando á tu mesa sórdida pones,
Y al labio llevas el pan que ganas,
En tus nocturnas revelaciones,
Con tus acechos y delaciones,
Chacal hambriento de honras humanas,
¿En tus bocados, dime, no sientes
Que en tu pan crujen, entre los dientes,
Las anatemas y maldiciones
De las familias por tí indigentes,
De los que gimen por tí en prisiones,
De los que roen en un destierro
Pan de limosna y humillaciones,
Que les arrojan manos extrañas,
Miéntras con ira sus corazones
Forjan y aguzan tal vez el hierro
Que hundir ansían en tus entrañas?
¡Desventurado segundo Júdas,
Que á los que vencen no más ayudas,
Y á los tiranos no más auxilias;
Si en calma fria, sacar no dudas
De la miseria de las familias
Pan amasado con sangre y llanto
De los proscritos y de las viudas,

Si comer puedes en calma fria,
Y el pan que comes no te da espanto,
Y dormir puedes sin agonía.....
¡Maldito seas, villano espía!

STROFA 4.ª

Talora il ladro chiamo infelice,
Degna di pianto la meretrice;
Da me una ascossa lagrima ottiene
Fin l'omicida stretto in catene;
Ma tu..... tu solo mi metti orrore;
Sei delatore!

TRADUCCION.

El ladron lástima tal vez merece,
La prostituta me compadece,
Y hasta me duelo del homicida
Que por la ajena pierde su vida;
Mas tú, ¡tú sólo me das horror;
Vil delator!

PARÁFRASI.

Por los ladrones tal vez abogan
La ira y el hambre de la pobreza,
La honda miseria, donde se ahogan
Virtud, instintos, prez y nobleza,
El mal ejemplo, la ruin fortuna
Que haber les cupo desde la cuna;
Y en fin, la incuria con que los reyes
Y los gobiernos guardan las leyes.
La prostituta tiene en su abono
Del otro sexo las seducciones,
El menosprecio y el abandono
Del sexo débil en las naciones
Todas; el mismo placer del vicio,
Á cuya sima la lanza acaso
Alguna infame traicion villana,
Que hasta la boca del precipicio,
Sagaz arrastra paso tras paso
Á su inexperta flaqueza humana.
Todos del crímen algo aprovechan,
Y al poner todos el vicio á precio,
Bien ó deleite del mal cosechan;
Pero tú, ¡necio!
¿Qué seducciones ves en tu oficio,
Que sólo mengua te proporciona?

¿Quién una excusa le da propicio?
¿Quién en tu infame crímen te abona?
Ni áun quien te compra tu villanía
Miéntras que le eres útil tan sólo;
Pues, aprendiendo tu mismo dolo,
Miéntras le sirves te galardona;
Ayer, siendo útil, te sonreia,
Hoy no le sirves y te abandona.
Así el tirano te subvenciona,
Así te paga la policía.
¡Maldito seas, traidor espía!

STROFA 5.ª

Va, sciagurato; cala il capello,
Ti raviluppa nel tuo mantello;
E se un istante sul cor ti pesa
La mia parola, cerca una chiesa,
E piangi, e grida: «Pietá, Signor!
Son delator!»

TRADUCCION.

Bajo el sombrero tus ojos tapa,
Tu faz emboza bien con la capa;
Y si te mueve lo que te digo,
Busca una iglesia que te dé abrigo,
Y allí di á Cristo: «¡Piedad, Señor!
¡Soy delator!»

PARÁFRASI.

Si el anatema de mi palabra
En las tinieblas de tu alma entra,
Y en ella un débil átomo labra,
Que de dormida virtud encuentra,
Deja á tu alma que á mi voz se abra;
No desperdicies un buen momento;
Presta en tu alma caliente abrigo
Al buen impulso de un buen intento;
Tu virtud llama, tu fe recobra,
Y ántes que pase su ardor, por obra
Pon mi consejo, que es de un amigo.
Corre á una iglesia, busca un anciano
Buen sacerdote, y ante él de hinojos,
De tu conciencia rompe el arcano;
Tu vida inicua con él confiesa,
Y manifiesto pon á sus ojos
El fardo horrendo que en ella pesa.
Si es que te absuelve, de un monasterio
Busca el oculto retiro santo;
Ante sus aras póstrate y llora,
Raudales vierte de amargo llanto,
Y la clemencia de Dios implora;
Y sin descanso di noche y dia

Al Dios piadoso, que oye al que ora,
Y á la piadosa vírgen María:
«¡Perdon, Dios mio! ¡Piedad, Señora!
¡Yo he sido espía!»

STROFA 6.ª

Là solamente, presso quel trono,
Può la tua colpa trovar perdono;
Impauriti de tuoi tranelli,
Più sulla terra non hai fratelli.
Va, sciagurato, mi metti orrore!
Sei delatore!

TRADUCCION.

Dios solo puede perdon ó abono
Dar á tus culpas ante su trono;
Horror por ellas de los humanos,
Ya no hay entre ellos para tí hermanos.
Vé, desdichado, vil delator!
¡Me das horror!

PARÁFRASI.

Dios es quien puede juzgarte sólo
En su justicia ó en su clemencia;
Tanta perfidia, traicion y dolo
Perdonar sólo su omnipotencia.
Vé; de los hombres perdon no esperes,
Porque con ellos nada te enlaza;
Contra ellos fuiste; de ellos no eres.
Tú maquinando contra su raza
Viviste; ahora ve cómo mueres
Léjos de su ira, que te amenaza.
Tú ya no tienes raza, ni nombre,
Tú ya no tienes derechos de hombre;
Cuando firmaste sobre el registro
De sus esbirros, cuando tu plaza
Por esa firma te dió el Ministro,
Y fué su sueldo por tí aceptado,
De cuerpo y alma mercado hiciste,
Y en la ignominia de tal mercado,
Patria, familia y honor vendiste.
De sér cambiaste desde aquel dia;
Y por tu nuevo bautismo infame,
Cuanto hombre honrado te conocia,
Arrepentido y avergonzado
De haberte amigo suyo llamado,

Desató el lazo que á tí le unia.
Ya no hay por suyo quien te reclame,
Nadie que busque tu compañía,
Nadie que quiera parte en tu historia;
Nadie te dice: «Tu mano dame»;
Nadie te ruega: «Tenme en memoria»;
Nadie á tu lado sin miedo pasa,
Ni hay quien no pase junto á tí aprisa;
Nadie visita tu infame casa,
Ni se arrodilla junto á tí en misa;
Nadie te llama para testigo,
Y tu dinero tomar no quieren,
Ni la ramera vil, ni el mendigo;
Porque en el hambre morir prefieren
Al pan que comes partir contigo,
Y á él su mano sin tender, mueren;
Porque tu crímen, monstruo perverso,
Te abre un desierto de polo á polo,
Y aborrecido del universo,
Tú de él en medio te encuentras solo.
¡Más te valiera no haber al dia
Nacido, monstruo de infamia y dolo!
¡Maldito seas, villano espía!

Mas oye..... espera. Yo soy cristiano;
Cristo por todos murió en un dia;
Ambos tenemos un sér humano
Y su fe siempre fué la fe mia.
Borrar tu crímen no está en mi mano;
Mas yo no puedo con saña impía
Pedir venganza contra mi hermano.
Vuélvete al cielo; vé sin demora
Léjos del mundo; da á tu existencia
Un santo empleo de penitencia,
Y la clemencia de Dios implora;
Y si, vencida la Omnipotencia,
En su justicia, merecedora
Juzga á tu alma de su clemencia,
Oye : en el nombre de Jesucristo,
Por quien á juicio tu alma y la mia
Serán llamadas, ante él desisto
De mi venganza, cedo en mi encono.
¡Paz á tu alma! Yo te perdono
El mal que hacerme pudiste un dia.
¡Dios te perdone como yo, espía!

LAS GOLONDRINAS.

Tomó un esposo la golondrina,
Y un nido en Túnez le construyó;
Llegó el verano, y á la vecina
Costa su esposo se la voló.
Y ella dijo entónces:
«Pues su esposa soy,
A mi esposo busco, tras mi esposo voy.»

Pasóse á España la golondrina;
Sólo en Marbella su esposo halló,
Y en una torre del mar vecina
Un nuevo nido le fabricó.
Y dijo: «Yo le amo,
Y pues suya soy,
Con mi amor me vengo, con mi amor me voy.»

Un nido en Túnez la golondrina,
Y otro en Marbella se construyó,
Y en nuestra costa y en la vecina
Casa y esposo siempre encontró.
Yo, que enamorado
Como aquella estoy,
Tras mi amor me vengo, tras mi amor me voy.

De África viene la golondrina,
Buscando el nido que abandonó,
Y á África vuelve la peregrina,
Dejando el nido que fabricó.
Y dice, su esposo
No hallando en él hoy:
«Tras mi esposo vengo, tras mi esposo voy.»

De África á España la golondrina
Tras su amor vuela, que se perdió;
Ni en nuestra costa, ni en la argelina
Volverá á hallarle, porque murió.
Y ella vuela y dice:
«Miéntras viva estoy,
Tras mi esposo vengo, tras mi esposo voy.»

Á África fuése la golondrina,
Mas ¿qué fué de ella, que no volvió?
Cansóse, y presa fué de argelina
Nave corsaria, do se posó.
Y dice en la jaula
Do la tienen hoy:
«Ni sé dónde vengo, ni sé dónde voy.»

LOS PENSAMIENTOS.

Los pensamientos que me entristecen
¿De dónde vienen? ¿adónde van?
En mí germinan y en mí fenecen,
Y de mí mismo nunca saldrán.

Mi fe alimento
Sin esperanza;
En mí la siento
Siempre brillar,
Y un pensamiento
No más alcanza
Con rayos trémulos
Á iluminar.
Esta memoria
Sin esperanza
Es una historia
Sin acabar.
Á esta memoria
Sin esperanza
Dentro de mi ánima
Labré un altar.

Mas los pensamientos
Que creó mi afan,
Yo sé de dó vienen,
Yo sé dónde van.

Id, pensamientos
Que el alma lanza,
Cruzad los vientos,
Salvad el mar;
Mi pensamiento
Sin esperanza
Á mi amor místico
Id á llevar.
Mi pensamiento,
Como las olas,
En incremento
Va sin cesar,
Y ni un momento
Ceso á mis solas,
Sus ondas móviles
De ver rodar.

Mas mis pensamientos,
Que á matarme van,
Á la par conmigo,
Pronto morirán.

Á PAZ EN SUS BODAS.

Paz, dicen bien los cuentos populares
Que hay algo de divino en los poetas;
Pues desde la familia en sus hogares,
Hasta la religion en sus altares,
Creen sus solemnidades incompletas
Si no las prestan voz nuestros cantares.
Si no suben á Dios sus oraciones
En alas de la dulce poesía,
Si prez á sus heroicas acciones,
Si á sus festejos, triunfos y ovaciones,
Celebridad, impulso y alegría,
Los poetas no dan con sus canciones,
No hubo jamas un pueblo que creyera
Completo su placer, su gloria entera.
Ilion en sus homéricos festines,
Roma en sus gigantescas bacanales,
En sus justas los godos paladines,
En su guardado haren las orientales;
Lo mismo Babilonia en sus jardines,
Que Fez en sus salvajes arenales,

Fiaron á la voz de los poetas
Su fe, su honor, su gloria y sus amores;
Y heraldos del placer, del bien profetas,
La sien ceñida de laurel ó flores,
Y al compas de la citara ó la trompa,
Hicieron, de los siglos vencedores,
De sus fiestas esplendidas la pompa
Admirar á los siglos posteriores;
Y por esa al poder de un solo verso
Vive acaso inmortal una belleza,
Y hoy contempla extasiado el universo
Coronada de gloria su cabeza;
Y la que siglos há que es ya ceniza,
Viva en un himno, al universo hechiza.
¿Quién sabe si los mios algun dia,
Remontándose en alas de esa gloria,
Lograrán más allá de la edad mia
Hacer vivir tu nombre y tu memoria?
Mas yo, que te amo, ¡oh Paz! como un hermano,
Verter no puedo en tu festin de bodas
Flores que por doquier vierte mi mano,
Como holocausto de costumbre y vano
Sobre la mesa de las fiestas todas.
No es el sonoro ruido de mi acento,
Ni de mis rudos versos la armonía,
Ecos livianos que devora el viento,
Los que te han de explicar el sentimiento
Del amor fraternal del alma mia;

El poeta esta vez no habla contigo;
Es tu postrero y tu mejor amigo.
Yo, que adoro la gloria y la hermosura;
Que de entrambas en pos crucé los mares,
Que doquier que mi planta se asegura,
Las canto audaz y las elevo altares,
Sobre tu porvenir paz y ventura
Pido á Dios, no á mi cítara cantares;
Y este voto, que á Dios con fe se eleva,
Favor le pide por la fe que lleva.
Hé aquí por qué el poeta vagabundo,
Á quien abres tu hogar cuando ante él pasa,
De darte en vez lo que prodiga al mundo,
Su poesía ruin, de precio escasa,
Pide no más, de su alma en lo profundo,
La bendicion de Dios para tu casa.
Yo no puedo tu sien ceñir de flores,
Porque en mi alma sombría, solitaria,
Se está elevando á Dios una plegaria
Por la felicidad de tus amores.
¿Y sabes lo que á Dios para tí pide
Mi alma, á quien cree feliz la humana gente,
Porque en su fondo penetrar la impide
El lauro estéril con que ornó mi frente?
Que cuando yo abandone tus hogares,
Y á arrostrar las tormentas de la vida
Vuelva á salir por selvas y por mares,
El bien y el mal entre los dos divida,

Dando á mi alma, en el pesar curtida,
De las almas de entrambos los pesares.
Y ¡ojalá, hermosa Paz, que tú, sin ellos,
No cuentes nada más que dias bellos;
Y miéntras yo de entrambos los dolores
Me llevo, y su cicuta convertida,
Devuelvo al mundo en himnos y cantares,
De espinas coronado, y no de flores,
Permita Dios en tu dichosa vida
Que no sufras jamas, que nunca llores!

Á LA MEMORIA

DEL INSIGNE ACTOR MEJICANO

ANTONIO CASTRO [1].

Tienes razon, ¡oh pueblo mejicano!
Justo es al ménos que la humana gloria
Queme un grano de incienso á su memoria,
Pongamos en su frente y en su mano
Una corona al ménos y una palma;
Única recompensa del que parte
Desde la vida mísera del arte
Á la region incógnita del alma.

Mas, extraños tal vez á los arcanos
De la vida del arte, ¿habeis vosotros,
Los que llenais un ancho coliseo
Por placer literario ó por recreo
Vulgar; sabios doctores, cortesanos
Ilustres ó sencillos artesanos;

(1) Lectura hecha sobre la escena, en el teatro Nacional de Méjico.

Los que, jueces del arte de los otros,
Fruncis las cejas ó batis las manos,
Habeis sondado alguna vez el alma
De aquel artista, á quien sentis con pasmo,
Que á la social indiferente calma
Poco á poco os arranca á pesar vuestro,
Y á cuyo genio, inspiracion y estro
Dais ¡bravos! y palmadas de entusiasmo?
¿Ha escudriñado vuestro afan curioso
(Mas..... con el corazon, no con la vista)
Lo que es en sí su triunfo estrepitoso,
Lo que pesa la gloria del artista?
Yo, que viví en la atmósfera del arte
En mi edad juvenil y en otro suelo,
Voy ante vuestros ojos, á una parte
De la vida del arte á alzar el velo.

De las glorias del arte, la más leve,
Más pasajera, efímera y liviana,
Ha cabido al actor; copa de nieve,
Que derrite el albor de la mañana;
La gloria del actor tan sólo debe,
De su vida durar el tiempo breve;
Porque, al morir en el vacío viento
El aplauso que al público arrebata
Su noble accion ó su inspirado acento,
Con el último soplo de su aliento
Su propia creacion él mismo mata.

Su figura, su accion y su semblante,
Como la imágen que nos da un espejo,
Que en quitándonos de él se desvanece;
Como de un lago el vívido reflejo,
Que cuando el sol se pone se oscurece,
Del público al quitarse de delante,
Todo con el actor desaparece.

Deja el pintor sus lienzos inmortales
Á la sancion y admiracion futuras;
Sus rimas el poeta más banales
En un frágil papel deja seguras;
Del músico los cantos celestiales,
Del escultor las mágicas figuras
Quedan, para honra suya y de su era,
Delicia de la gente venidera.
El arquitecto en las soberbias moles
De puentes, obeliscos, catedrales,
Que arrostrando en sus sólidos cimientos
Las lluvias y los vientos,
Ve de cien siglos los distantes soles,
Á la remota edad su nombre lega,
Y en sus moles inmóviles escrito,
Á la remota edad su nombre llega,
No olvidado jamas, tal vez bendito.

Todo ingenio que crea, tras su paso
Deja un rastro más hondo ó más escaso.
En su ovacion mayor, ¿cuál es la huella
Del actor de más fé; de más talento,

En su mejor papel, en la más bella
Situacion teatral, en el momento
Que en su difícil arte más descuella?
Yo os le evoco; héle aquí que os le presento;
Abro la escena, y le coloco en ella.

Henchida tiene la redonda sala
De un público selecto, inteligente;
Los palcos llenos de hermosura y gala;
En el patio, esperándole, se instala
Un pueblo, de admirarle ya impaciente;
Todo es flores y luz, blondas, diamantes,
Sonrisas de placer, ojos brillantes,
Que hacen vibrar el perfumado ambiente;
Es la noche del dia de una fiesta,
Y es una fiesta nacional; la gente,
Á recibir del arte predispuesta
Las várias y ofrecidas sensaciones,
En anuncios escritos diestramente,
Espera ávidamente
Sentir y saborear sus emociones;
El drama es de un autor á quien se admira;
Segun en su argumento se adelanta,
Más interesa al público y le encanta;
Su versificacion fresca y valiente
Deleita; la pasion sobre que gira,
Desarrolla el autor maestramente;
Y en una situacion, que sólo inspira

Á un poeta maestro un genio ardiente,
Se coloca el actor magistralmente;
Nada hay que en favor suyo no se adune,
Todo para su triunfo se reune;
Accion, figura, voz, fisonomía,
Todo en él es verdad y poesía,
Todo arrebata en él, todo convence,
Todo está en relacion y en armonía.
La ilusion es completa; el actor vence,
Fascina, magnetiza, descarria
Á la razon, la arrastra en su entusiasmo;
Y más veraz la muestra, en tal momento,
Que la misma verdad el fingimiento.
La atencion es profunda: el pueblo calla,
Sintiendo en su atencion, con hondo pasmo,
Que el actor le subyuga, le avasalla;
Y embebecido de placer le mira,
Y embriagado en magnético marasmo,
Para no hacer rumor no se menea,
Para no perder frase no respira,
Por no perder accion no pestañea.
El actor le domina, le adormece,
Le galvaniza; es suyo; y á su antojo
Infundiéndole amor, piedad, enojo,
Placer ú horror, le exalta, le enternece,
Le indigna, le horroriza, le embelesa;
Á su antojo le agita, le extremece;
Y en nerviosa tension, que aumenta y crece,

Su alma teniendo en sus palabras presa,
Sus fibras más sensibles tanto estira,
Que, arrebatado al fin, rompe la valla,
De entusiasmo frenético delira,
Y en un aplauso universal estalla;
Y á aquel ahullido colosal, titáneo,
Que del circo los ámbitos atruena,
Un movimiento unánime, espontáneo,
Cubre de flores y laurel la escena.
¡Triunfo brillante, merecido, inmenso!
Del victorioso actor la alma se mece
Sobre el vapor del popular incienso;
Sintiendo poco á su anhelar la esfera,
Y á su respiracion el aire extenso.
Y no hay gloria más grata, más sincera,
Que la de un grande actor, que, en lucha franca,
Arrastra en su favor la sala entera,
Y al pueblo un «¡bravo!» universal arranca.
Pero hé aquí del arte los arcanos;
Hé aquí el coto que á la prez mundana
Puso Dios en sus fallos soberanos;
Hé aquí el acíbar que á los dulces granos
Del fruto dió de nuestra gloria humana;
Con el actor, que su ovacion merece,
La creacion de su talento vana
Al caer el telon desaparece,
Y el ruido apénas del aplauso espira,
Cuando á traicion su mérito rebaja

La crítica mordaz, la envidia baja,
La vil calumnia, la falaz mentira.
Y como su creacion no permanece
En formas indelebles modelada;
Como no puede ser, ni repetida,
Ni á confundir á tiempo presentada,
La oposicion de la malicia ajena,
Como una prueba fácil aducida,
Quien su bella creacion no vió en la escena,
Ni sabe si su gloria es de ley, buena,
Ni puede comprender, si es merecida;
Porque es la imágen que se ve distinta,
Del espejo en la lámina azogada;
Miraos á él, y vuestra faz os pinta;
Quitaos del cristal, ¿qué queda? Nada.

¿Damos un paso más? ¿Quereis más hondo
Hueco abrir á vuestra ávida mirada,
Y más del arte escudriñar el fondo?
¿Quereis que yo, que un dia
En la gloria del arte logré un tanto,
Cuando de él en la atmósfera vivia;
Yo, que aunque ahora en voluntario encierro,
De la vida del arte me destierro,
Mas de la voz del arte al eco santo,
Como evocado espectro, me levanto,
Á la vida del arte vuelvo un punto,
Y en bien ú honor del pobre ó del difunto

Elevo un panegírico ó un canto;
Y que, despues del himno ó la plegaria,
Á hundirme torno, y el cancel de hierro
Del olvido letal sobre mí cierro.....
¿Quereis que á mi existencia solitaria,
Ántes que vuelva desde aquí, un instante,
Un pliegue de la tela funeraria
Que envuelve su sarcófago levante,
Y aunque un esfuerzo de dolor me cueste,
La realidad del arte os manifieste?
Os voy á presentar, aunque os asombre,
Ante la gloria del artista, al hombre.

El actor, doblemente condenado
Á la miseria, á la afliccion y al duelo,
Por hombre y por actor, sufre doblado
El pesar que al que nace impone el cielo.
Pesa sobre él aún (ya no muy viva,
Gracias á un siglo que al error derriba)
La preocupacion de la Edad Media;
Le corona en el foro, mas le esquiva
De la escena social, la gran comedia.
Para placer del público pagado,
Esclavo vive del placer ajeno;
Y á la hora del placer, está obligado
Á verter el placer, aunque en su seno,
Del más agrio pesar hierva el veneno.
¿Sabeis lo que es venir, atravesado

Del duelo el corazon, á hora precisa,
Al público á arrancar, desde el tablado,
Llanto forzoso ó espontánea risa?
¿La pena comprendeis, íntima y fiera,
Del que os divierte aquí, cuando allá fuera,
El que os hace reir es fuerza que halle
Un pesar que en acecho allá le espera?
¡Pesar voraz, miseria verdadera
De nuestra vida, de miserias valle!
¿Y comprendeis lo que en su alma pesa
El manto recamado de oropeles,
La diadema de talco tan liviana
Y el cetro de carton de sus papeles,
Cuando, sin luz su hogar, sin pan su mesa,
Le aguarda en su mansion la madre anciana,
La esposa enferma, la demente hermana,
La hija adorada, de la fiebre presa,
Alguna de ellas á espirar cercana?

Basta; sobre esta desnudez del arte,
Tendamos del teatro la cortina;
De la escénica gloria del que parte
Á otra vida mejor de esta mezquina,
Encendamos no más la luz divina,
Y su llama fantástica, hechicera,
No más alumbre con su luz celeste
Que el poético mundo, toda entera
Sumiendo en sombra la miseria de éste.

La gloria del actor es muy ligera,
Leve, fugaz, versátil, pasajera;
Es verdad; mas las artes son hermanas,
Y todas contribuyen, generosas,
Las glorias del actor, que son livianas,
Á perpetuar, grabando y esculpiendo
En mármoles su faz, su nombre en losas,
Su historia en libros, su virtud en cantos;
Y en brazos de ellas, si á la edad futura
No lega de su ingenio los encantos
Entre guirnaldas de laurel y rosas,
Su nombre llega y su memoria dura.

Y así el de Castro vivirá; lo fio,
No con orgullo audaz del canto mio
Que morirá con mi memoria oscura,
Sino del pueblo en que amanece el dia
De la moderna liberal cultura,
Que de sus hijos el talento aprecia,
Que, de su edad poniéndose á la altura,
De las pasadas con desden desprecia
La preocupacion y la manía,
Y al que en su patria con talento nace,
Coronas teje y ovaciones hace;
Porque al que hijo de Méjico ha nacido,
No le pese jamas de haberlo sido.

Basta. Al que allí, llorando, coronamos
De frescas rosas y de verdes ramos,
Ya no verémos más; ya á su despejo
Escénico, á su cómico gracejo,
No temblará nuestra alma conmovida,
Risa no brotará mal reprimida;
Ya se borró su imágen del espejo;
Ya ha caido el telon sobre su vida.

Y yo, errante poeta castellano,
Brindado por el arte mejicano
Con tan noble mision, su gentileza
Agradezco leal, y acepto ufano.
No os cause, pues, ni celos ni extrañeza
Que, español, en honor de un pueblo hermano,
Venga á poner, con imparcial nobleza,
De Castro en prez, con mi última plegaria,
La última flor en su urna cineraria,
La primera corona en su cabeza (1).

Cumplí; vuelvo á mi sombra solitaria;
Acaba mi cantar; su gloria empieza.

(1) El poeta español coronó el busto del actor.

LOS POBRES [1].

¡Noble mision la nuestra! Premio santo
De un santo afan, nuestro cantar sonoro,
Convertido mañana en pan y en oro,
Irá del pobre á restañar el llanto.
Rayo del sol de la alma Providencia,
Cual cercano fanal en mar oscura,
Anunciará mañana á la indigencia
Un momento de tregua en su amargura,
Un oásis de sombra y de frescura
En el seco arenal de su existencia,
Y acaso á una espirante criatura,
Ya por la garra de la muerte asida,
Llevará la salud, tal vez la vida.
Porque la caridad es un perfume
Que, de la fe inmortal al fuego vivo,
Vivo se quema, y nunca se consume,
Dentro del corazon caritativo;
Su aroma celestial se desparrama

(1) Composicion leida por su autor en el teatro Nacional, en la funcion dada á beneficio de los pobres en la noche del 18 de Julio de 1860.

Sobre el alma del pobre, las mansiones
Penetra del pesar, las embalsama,
Y consuela los tristes corazones
Que gimen en sus lóbregas regiones,
Y de su fe la moribunda llama,
El átomo dormido
De su esperanza yerta,
Á su soplo vivífico se inflama,
De su sopor letárgico despierta.
La caridad, cual lluvia del estío,
Que la tierra sedienta
Esponja y reverdece, haciendo rio
El pobre manantial y el seco arroyo,
Con cuyas aguas al regarse el suelo,
Sus gérmenes vitales alimenta,
Y las gotas que deja en cada hoyo,
Fermentadas despues al sol del cielo,
Hacen brotar en los vecinos meses
Pastos nutridos y apretadas mieses,
Fecundiza en los tristes corazones
En que las gotas de sus aguas echa,
De sinceras y santas bendiciones
Larga, abundante y celestial cosecha.
Mañana, pues, como fragante nube
De la mirra oriental que, desprendida
Del incensario de oro, al techo sube
Del templo, y por su techo repelida,
Por el ambiente azul se desparrama,

Y sobre el pueblo fiel su ámbar derrama,
De vuestra caridad la santa ofrenda
Perfumará del pobre, que reclama
Vuestro favor, la mísera vivienda.
Mañana, como lluvia descendida
De retrasada nube de verano,
Caerá sobre la tumba desvalida
El generoso dón de vuestra mano.
¡Bendita, pues, la gente mejicana,
Que, de la guerra entre el fragor de muerte,
Sobre su pueblo miserable vierte
Ámplio raudal de caridad cristiana!

Porque, no lo ignorais, sería en vano
Intentar con un velo de ilusiones
Cubrir la realidad, en cuyo arcano
Penetran con terror los corazones.
Y esa verdad, que el corazon encierra,
La luz de la conciencia la ilumina;
Engendro horrible de tan larga guerra,
La miseria famélica germina
Sobre la faz de vuestra hermosa tierra.
La capital sepulta en los rincones
De sus oscuros barrios, de mendigos
Largas miriadas, sórdidos montones.
Allí, en su negro fondo, se consumen
En el cieno del vicio criaturas
Que nacieron tal vez nobles y puras,

Y á quienes hoy en la miseria sumen
Las patrias desventuras.
Allí, en aquellas simas, sin testigos
Lloran en el rubor y en la indigencia
Familias, hoy sin pan y sin amigos,
Ayer en el poder y en la opulencia.
Allí el anciano abandonado espira,
Harto de los de mal años prolijos
De una existencia, que con ódio mira;
Allí la viuda en soledad suspira,
Sin pan que dar á sus hambrientos hijos;
Allí la madre, sin hogar ni lecho,
Á Dios en vano desolada invoca,
Porque la leche del exhausto pecho
Vuelva del niño á la sedienta boca;
Y allí, acosada en su tugurio estrecho,
Su honor defiende la infeliz doncella
Contra la seduccion, que ir en acecho
Siente por donde quier tras de su huella.

Vertamos ¡ay! de bálsamo una gota
En ese hediondo cáliz de amargura;
Enviemos á esa sima, donde, rota
La luz en niebla lúgubre, se embota,
Un rayo limpio de esperanza pura;
Sembremos esa senda, en que una espina
Hiere el pié á cada paso que camina,
Con algunos arbustos que den flores;

Alegremos ese antro de dolores
Con alguna alborada matutina,
Y al despertarse la ciudad mañana,
Que con placer su pueblo se levante,
Y á nuestra fiesta respondiendo, cante
De gratitud universal hossana.

Porque tal es el fin de nuestra fiesta;
Porque los dulces ecos,
Que despertar pretende nuestra orquesta,
No están de este salon bajo los huecos,
No, sino en los recónditos rincones
De vuestros generosos corazones.
Nuestra voz es la voz de los que lloran;
Es el eco del ¡ay! de la pobreza;
El eco de la voz de los que imploran
Los átomos que arrojan la riqueza;
Mas su voz, en cuyo eco se atesoran
Mil gemidos de duelo y de tristeza,
La noble caridad, bajo su manto
Al ampararla, la convierte en canto.
Mas nuestra voz no llama á los sentidos;
Voz del alma inmortal, no de la boca,
No á los oidos, sino al alma, toca;
Abridla el corazon, no los oidos.

Á esta voz, oh vosotros, que nacidos
De alta raza en alcázar opulento,

Recibisteis de Dios bienes sin cuento;
Los que podeis cumplir vuestros antojos,
Y tesoros guardar de oro y alhajas,
Dadnos de vuestra casa los despojos,
Dadnos de vuestra mesa las migajas;
Dadnos, en nuestra fiesta, para el pobre
Lo superfluo no más de lo que os sóbre.
Vosotros, que en modesta medianía
Con decoro vivis, si no con lujo,
Dadnos para la fiesta de este dia,
Algo de los ahorros que os produjo,
De vuestro honesto hogar la economía.
Vosotros, los que, á fuerza de desvelo,
Vivis de los productos de un trabajo,
Dad un céntimo al pobre, dad al cielo
De lo que el cielo á vuestra casa trajo.
Dad: el que da á los pobres, aquí, en vida,
Recibe de su dón la recompensa.
No es la limosna cantidad perdida;
Réditos da de gratitud inmensa.
Dad, dad; supersticion que va conmigo
Desde mi infancia, ó de los cielos alta
Providencia, creedme, yo os lo digo:
«Á quien al pobre da, jamas le falta.»

Á vosotras, del valle mejicano
Hijas alegres, de su eden florido
Blancas huríes, que la noble mano
Habeis al pobre, á nuestra voz, tendido,
Que á su tesoro con afan cristiano
Vuestro óbolo á traer habeis venido,
Yo os dejo en estos rústicos renglones,
De los pobres de Dios las bendiciones.

•

Y ¡ojalá que al mandato de mi acento
El universo humilde obedeciera!
Y ¡ojalá que la esencia de mi aliento,
Suave como calor de primavera,
Grata como la música del viento,
La de algun genio del Oriente fuera,
Para alumbrar vuestra futura huella
Con la alma luz de la mejor estrella!

Y ¡ojalá que desde hoy hasta el postrero
Dia en que os dé calor la luz del mundo,
Queden como recuerdo lisonjero,
Grabados de vuestra alma en lo profundo,
Los cantares del pájaro extranjero,
Las trovas del poeta vagabundo,
Que osa venir, sin títulos mejores,
Á echar á vuestros piés versos y flores!

EN EL ALBUM

DE MARIANA R...

Mariana, por si en la tierra
Á encontrarnos no volvemos,
Pues que yo sus cuatro extremos
Condenado á andar nací,
Te dejo en estos renglones,
Á mi paso por tu hacienda,
De mi amistad una prenda,
Y una memoria de mí.

Yo voy derramando flores
Por donde quiera que paso,
Aunque mi alma es un vaso
Que sólo hiel guarda en sí;
Si hay un rincon en la tuya
Donde una flor tenga asiento,
Siembra allí este pensamiento
Para acordarte de mí.

El recuerdo de este valle,
Do el cielo cubre tu hacienda,
Cual pabellon de una tienda,
De terciopelo turquí,
No ahogarán en mi memoria
Las tempestades de mi alma;
Tú, de tu hacienda en la calma,
Piensa alguna vez en mí.

Y al contemplar esos cerros,
De que eres dueña, Mariana,
Por los cuales con tu hermana
Y en tus caballos corrí,
Eleva al Dios que se esconde
Tras el espléndido velo
De tu mejicano cielo,
Una plegaria por mí.

A PAZ.

Habana, Diciembre 8 de 1858.

Paz, mi primer recuerdo será tuyo;
Mi corazon el último te debe
Que al umbral de tu hacienda á mi partida
Me dió tu cariñosa despedida;
Y aquel postrer ¡adios! te restituyo,
De este errante papel en la hoja leve,
Que fia al mar mi alma agradecida.
¡Pronto á tus manos el azar la lleve!
Esta página dulce de mi historia,
Este recuerdo triste y delicioso,
Ni en la inquietud de la mundana gloria,
Ni de una alta fortuna en el reposo,
Se borrará jamas de mi memoria.
¡Lirio gentil del huerto mejicano,
Alma infeliz, hermana de la mia!
Áun de tu fria y temblorosa mano
Siento en mi mano la presion postrera;
Delante de mis ojos todavía
Permanece indeleble la hechicera

Imágen de tu rostro soberano,
Que recatarme tu emocion queria;
Y áun siento de tu pecho la agonía,
Que luchaba, tus lágrimas en vano
Por tragar en silencio, y no podia;
Tengo aún en la mente y el oido
Tu última frase y su tremenda idea,
Y ¡ojalá de tu mente se haya ido,
Y ya de tu alma torcedor no sea!
Corza de la floresta mejicana,
Ahuyenta el genio malo, que te inspira
Esa fatal tristeza,
Que aja tu juventud y tu belleza;
Tu cabeza gentil levanta ufana,
Por sus praderas saludables gira,
Y de tu valle espléndido respira
La vivífica luz y el aura sana.
Enjuga, Paz, tus ojos de gacela,
En cuyo globo la serena luna
Del cielo azul de Méjico riela,
Como sobre la paz de esa laguna,
Que tiende su cristal movible y fresco
En medio de su valle pintoresco;
Mata esa idea que en tu contra vela,
Desecha esa aprehension que te importuna,
Tu llanto enjuga y tu dolor consuela;
Es verdad que en el alma estás herida
Por el pesar, mas tu robusto pecho

No es al aliento que le da la vida,
Sino á tu ardiente corazon, estrecho.
¡Que esa idea fatal no te trabaje
El espíritu, Paz, como en la hora
De darme tu amistosa despedida!
Decírtelo á mi vez puedo yo ahora.
De tu hacienda al partir, ¡Dios me es testigo!
Ya rodaba en los llanos mi carruaje,
Y áun tuve impulso de romper mi viaje,
Y volver de tu hogar al dulce abrigo.
¡Ojalá que ese impulso me arrastrára,
Y como lloro ahora, no llorára!
¡Dios me perdone la inquietud salvaje
Que me arrastró á partir!..... ¡Dios y el amigo
Que á perecer aquí conmigo traje!
¿Ves, Paz, lo que es la vida? Nunca lidies
Contra el sumo poder del que reparte
El placer y el pesar; jamas envidies
De pesar ó placer la ajena parte;
Aquel cuyo semblante más tranquilo,
Felicidad más íntima aparenta,
Lleva en su alma un puñal de doble filo,
Que de su vida miserable el hilo
Las hebras corta y las que faltan cuenta.
Vuelve tus ojos hácia mí un instante,
¿Ves, Paz, lo que es la gloria? Es un castigo
Que nos impone Dios; la más brillante
Lleva el humo y el ruido por delante,

La agitacion y la inquietud consigo
(Cuando no es un dolor hondo y punzante),
Y tras de sí una estela de amargura,
Que admira, como luz, la edad futura.
¿Qué es lo que deja, Paz, en tus hogares
El trovador errante y vagabundo
Que os encantó tal vez con sus cantares?
¿Qué es lo que él en su alma saca de ellos?
Solo un recuerdo melancólico, una
Memoria triste de los dias bellos,
Cuya feliz, mas fugitiva historia
Ignoramos aún, si á la memoria
Nos es carga halagüeña ó importuna:
Hé aquí la que me traigo y lo que os dejo,
Honda amistad entre pesar profundo.
¿Y qué es lo que á buscar salgo yo al mundo,
A través de peligros y de azares,
Hoy, que á mi vez de vuestro hogar me alejo?
Entre dudoso bien, ciertos pesares.
Mas dejemos, ¡oh Paz! hermana mia,
De recuerdos tan tristes y esperanzas
Tan negras la letal filosofía.
¿Para qué nace el ave en la enramada?
Para cantar; y al canto destinada,
En la infelicidad y en la ventura
Canta lo mismo libre en la espesura,
Que entre hierros espesos enjaulada.
Yo así tambien, para cantar nacido,

No es justo que con torvas reflexiones
Atribule tu espíritu afligido.
Mi deber es cantar; voy con canciones,
Serenatas y amenas narraciones,
Hermosa Paz, á regalar tu oido.
Apacéntese el alma en su amargura,
Reviente el corazon con sus pesares,
¿Qué importa al mundo, en fin, mi desventura?
¿Qué le debe el poeta á la hermosura,
Más que flores, historias y cantares?

Tú no has visto la mar. Es de la tierra
Un ceñidor azul y trasparente,
Que ha puesto el Criador á su cintura.
Tú no has visto una isla. Algun ardiente
Y entusiasta poeta del Oriente
Te dirá que una isla es la esmeralda,
Que el chal azul del mar que nos encierra
Plega en su derredor graciosamente,
Y yo te digo que es un canastillo
De flores, colocado airosamente
Sobre mil cerros, cuya verde falda
Rodea el turbio mar con el anillo
De filigrana de su espuma hirviente.
Una isla es el nido de las aves,
Es el vivero fresco de los peces,
El abrigo amoroso de las naves
Y el cariño del sol, que, en el espejo

De las aguas templando su reflejo,
Ilumina su faz con tintas suaves.
Una isla es un kiosko delicioso,
Que brinda con la sombra, la frescura,
El placer, el misterio y el reposo;
Es un eden henchido de placeres,
Lleno de són de música y festines,
Poblado de bellísimas mujeres;
Donde place el deleite, mas no hastia;
Donde el temor del porvenir no afana.
Una isla de los Trópicos, Paz mia,
Es todo eso á la vez, y eso es la Habana.
Yo no gozo su encanto todavía;
La muerte, al arribar, llamó á mi casa,
Envenenó, traidora, mi alegría,
Y en mi alma derramó la hiel sin tasa,
Llevándose al amigo que queria.
Así que, todo ante mis ojos pasa
Cual sueño; todavía estoy mareado;
El placer y el pesar á un tiempo mismo
El corazon me tienen asediado,
Y ando, cual si entre el cielo y el abismo,
Viera oscilar mi corazon colgado.
No importa; cada dia, de hora en hora,
De momento en momento,
Mi pobre corazon más libre siento
De la pena mortal que le devora.
Siento, cada vez más, que necesito

Aire, luz, libertad, ruido, emociones;
Ahora echo ménos el contínuo grito
De guerra, el retumbar de los cañones
De tu revuelta patria; yo me agito
Solo aquí, donde nada hay que me agite,
Nada que el sueño y el humor me quite;
Porque vengo, á agitarme acostumbrado,
De ese país de tiros y alborotos,
En el cual hasta el suelo está agitado
Sin cesar por continuos terremotos.
Y sin duda eso es, Paz, lo que yo tengo;
Es la intranquilidad de estar tranquilo,
La falta de costumbre con que vengo
De ver en paz de la existencia el hilo
Correr, y con la calma no me avengo
Todavía á mi vez, porque esta tierra,
En donde los espíritus no abrasa
El espíritu inquieto de la guerra,
Donde cada familia en cada casa
Gérmenes sólo de ventura encierra,
Y en envidiable paz, soñando pasa
En oro y en placer, tiene un aspecto
Distinto de la tierra mejicana,
En donde el pueblo sin cesar se afana
En saber por las noches el efecto
De la revolucion de la mañana.
Aquí, donde en los bancos y en las tiendas
No se habla de saqueo, y las campañas

Brotan en paz las cañas y las piñas,
Sin que haya quien asalte las haciendas,
Ni su siembra y sus árboles desmoche;
Aquí, Paz, todo es lujo y armonía,
Movimiento y comercio por el dia,
Música, luz y fiestas por la noche.
¡Cuán bellas son las noches tropicales!
¡Cuán poéticas, Paz, las de la Habana!
No te hablo de la pompa soberana
Que las dan las antorchas celestiales;
Del mismo cielo su esplendor emana,
Y sé bien que las tiene, Paz hermana,
El limpio cielo de tu patria iguales.
Yo te hablo de la luz y la hermosura
Con que en su capital las engalana,
En su régia opulencia y su cultura
La Antilla del Atlántico sultana.
Yo te hablo de la luz, de la alegría,
De la voluptüosa poesía
Que en esta ardiente poblacion derraman
Los conductores mil que por doquiera
El gas esplendoroso desparraman,
Y por doquier profuso reverbera
Por paseos, cafés, tiendas, bazares,
Teatros y mercados. Te hablo ahora
Del aspecto feliz, que me enamora,
Que dan á esta ciudad las familiares
Escenas que sus calles nos ofrecen

Á través de ventanas y de puertas,
Que á la nocturna sociedad parecen
Con cortesía hospitalaria abiertas,
Y que á la calle arrojan con franqueza
Sobre los transeuntes ciudadanos,
El casero perfume de la pieza,
Las palabras de amor de la belleza
Y el multíplice són de los pianos.
Esta vida interior, hecha en la calle,
Esta famllia, que en su umbral recibe
Y que sus goces íntimos exhibe,
Fuerza es, ¡oh Paz! que encantadora la halle
Mi alma, que sólo en la familia vive;
Porque aquí el sol y ocupacion del dia
Hacen que sólo con placer vivamos
De noche, y por doquiera compañía
De amena y franca sociedad gozamos
Con libertad, llaneza y armonía
Patriarcales, y en verdad, Paz mia,
Que para este solaz y este reposo
Nocturno hay aquí un sitio delicioso.
Figúrate una plaza, cuyo espacio,
Acotado por férreo barandaje
Y sembrado en redor con el ramaje
De tilos y de palmas, da á un palacio
Aire fresco del mar y emanaciones
De plantas de un vergel por sus balcones;
Figúrate que en medio de esta plaza,

Tranquila de alma y al placer dispuesta,
Hay una multitud que se embaraza
El paso por doquier; y en tren de fiesta,
En frente del palacio hay una orquesta,
Que, bulliciosa, desatada y loca,
Para placer de los ociosos toca.
¿Comprendes, Paz hermosa, un pueblo fuerte,
Tranquilo y rico, que su bien interno
Gozando sin zozobra, se divierte
Á expensas y á placer de su gobierno?
Y en esta fresca plaza, compañeros
Y sociedad hallando los banqueros,
Las artistas gentiles y coquetas,
Los yankees de hiperbólicos sombreros,
Los marinos de cómodas chaquetas,
Los *politiqueadores* vocingleros,
Cuantos aquí en navíos ó en corbetas
Arriban, nacionales ó extranjeros,
Y en fin, hasta nosotros los poetas,
Nos damos cita en las primeras horas
De la noche, en redor de estos jardines,
Y escuchamos las músicas sonoras,
Los hombres en la plaza, y las señoras
Tendidas muellemente en sus quitrines.
Pero tú no conoces la palabra
Ni la cosa, y fuerza es que yo á la idea
Con una descripcion paso te abra.
¡Ojalá clara mi palabra sea!

Oye, pues; un quitrin es un carruaje
De varas, tan ligero como rico,
Entre cuyas dos ruedas va una caja
Pequeña, leve, suspendida y baja,
Cuyo fuelle se plega entre el rodaje
Graciosamente, en forma de abanico.
La librea del negro, azul de cielo,
Grana, verde ó turquí, va de oro henchida,
Y va la caja en su interior vestida
De raso perla ó blanco terciopelo;
Es, en fin, la carroza más lucida
Que en tiempo alguno ni país produjo
La caprichosa ostentacion del lujo.
Pues oye ahora, Paz, con qué talento,
Para la gracia que el quitrin tenía
Por sí, buscó un feliz refinamiento
La cubana y gentil coquetería.
El quitrin lleva siempre en su testero
Dos señoras, en traje tan ligero,
Tan fresco y esmerado,
Como las flores que ornan su tocado,
Pues no cabe en quitrin frances sombrero;
Y en un asiento entrambas colocado,
Invisible y apénas delantero
Al que va por entrambas ocupado,
Va expuesta, de las tres la más graciosa,
Punta de aquel triángulo hechicero,
Á quien llaman LA ROSA.

Añade que el quitrin es un carruaje
Donde luce una hermosa
Toda la donosura y la riqueza
De su persona y elegante traje,
Desde la pudorosa gentileza
De la risueña y juvenil cabeza,
El cuello esbelto y las ebúrneas manos,
Hasta, por bajo del costoso encaje
De la falda sutil de su ropaje,
Lo primoroso de sus piés enanos;
Mas tus esfuerzos, Paz, serán en vano
Por querer figurarte desde luégo
Lo que es este carruaje cortesano;
Te lo compararé, para que puedas
Tomar idea del quitrin cubano.
Es un ramo de flores que se arrastra,
De alas de mariposa sobre un juego;
Es la concha de Vénus sobre ruedas,
Cuya concha, traidor, su hijo el dios ciego,
Contra las almas de los hombres, lastra
De amor, belleza, poesía y fuego.
Al pasar un quitrin de esta manera,
De juventud cargado y poesía,
Mi alma salvaje en pos se lleva entera,
Y excusa de mi loca fantasía
Los delirios. Aquella pasajera
Trinidad viva de hermosura y gala,
Y á la que doy los nombres ideales

De Luz, Paz, Almerinda, Aurora ó Delia,
Me parecen tres rosas de Bengala
Llevadas sobre una hoja de camelia.
Tú dirás, que ya es esto poesía,
Mas deja que delire mi cabeza,
Y ahogue en su delirio el alma mia,
Su inmenso amor y su mortal tristeza.
¿Puede hacer más tu desdichado amigo
Que llorar solo por reir contigo?

Pero ya basta, Paz; ves que las llaves
Del corazon te dí; ya mis placeres,
Penas secretas y delirios sabes.
Ahora, ¡adios! ¿Hasta cuándo? No hay seguro
Nada en la tierra; Dios acota y tasa
La voluntad de los humanos séres.
¡Á Él encomienda el porvenir oscuro!
El llanto siento que mi vista arrasa.
¡Adios.....! Y alguna vez piensa en tu hermano.
En cuanto á mí, Paz buena, ¡te lo juro!
Ni un solo dia sin que pida, pasa,
Mi corazon al cielo soberano,
La bendicion de Dios para tu casa,
Y la paz para el pueblo mejicano.

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

DEL COLEGIO NACIONAL DE SAN JUAN DE LETRAN Y COMENDADORES JURISTAS DE SAN RAMON.

Mucho halaga al orgullo el ser famoso,
Y mucho al amor propio el ser buscado;
Pero ¿quién ha de haber tan orgulloso,
Que esté seguro de quedar airoso
Y de corresponder á lo esperado?
En mi edad juvenil fué la voz mia
Vigorosa y audaz; el entusiasmo
Tal vez mi falta de saber suplia;
Hoy siento ya que me la embarga el pasmo
Del miedo, al dar al viento su armonía,
Y temo que mi vieja poesía
Revele la fatiga y el marasmo.
Cuando la juventud me dice «canta»,
Yo la obedezco, y canto todavía;
Pero el acento que mi voz levanta,
No es ya la inspiracion quien se le envia,
Porque envejece ya mi fantasía;
Le brota el corazon, no la garganta.

¡Oh mejicana juventud! Dos veces
«Canta» me has dicho, y elevé mi canto;
Mas, aunque tanto para mí mereces,
¿Qué ha de decirte quien te dijo tanto?
Como quiera que sea, haré de mio
Cuanto en humana voluntad cupiere,
Pues aunque poco en mis talentos fio,
Pueden morir mi inspiracion y brío,
Mas mi agradecimiento nunca muere;
Pronto á cantarte estoy, cuando lo quieras,
Porque yo espero en tí, porque en mí esperas;
Mas no me pidas hoy esos cantares,
Ricos en melodiosas armonías,
Que aprendí en los arábigos aduares,
Llenos de esencias de azahar y rosas,
Gratos, como el rumor de los palmares.
Hoy mi inaccion, mi hastío, mis pesares,
Y el ruido del tambor y los cañones,
Á mi musa oriental han vuelto muda,
Ágria mi voz, y mi palabra ruda.
Voy á decirte, pues, en frases breves,
Una árida verdad, fria, desnuda,
Repetida mil veces por doquiera,
Mas que tener en la memoria debes.
Voy á decirte solamente: «Espera
»Y estudia; deja al huracan que pase,
»Deja pasar nuestra caduca era;
»Tú eres nuestra esperanza venidera,

»De la futura libertad la base.
»Espera, estudia y cree; la tierra es tuya.
»Ya no puede volver la edad guerrera,
»Hoy tiene porvenir sólo el que sabe;
»No hay mal ya que la ciencia no destruya,
»El saber es del porvenir la llave.»

El hombre recibió la inteligencia
De las manos de Dios, y Dios le dijo,
Del hondo cáos al sacar su esencia:
«Criatura suprema, yo te elijo
»Para testificar mi Omnipotencia.
»Como yo, crea; como yo, concibe;
»Dentro del alma que en tu cuerpo vive,
»He encendido una chispa de mi ciencia.
»Piensa, juzga, conóceme, comprende;
»Todo en torno de tí morirá un dia;
»Mas la chispa que en tí mi soplo enciende,
»No morirá jamas, su luz es mia.»

Y el hombre fué; y el hombre inteligente
Criatura de Dios privilegiada,
Crea como él, y cada edad naciente
La huella encuentra de la edad pasada;
Y en el suelo que habita, señalada
Deja su huella á la futura gente.

Hé aquí cómo el hombre, á diferencia
De cuanto en torno suyo fué creado,
Con las obras de su alma inteligencia
Prueba el valor de la divina esencia

Con que el Señor su espíritu ha amasado.
Cuanto hizo Dios á su servicio toma,
Como él la luz y los espacios, mide;
Las edades, como él, cuenta y divide;
Avasalla la mar, y al bruto doma.
Sér inmortal, que piensa y que comprende,
Su cortinaje de átomos levanta,
Á la profunda creacion se asoma,
Y sus decretos íntimos sorprende,
Y su fábrica inmensa no le espanta;
Ántes, audaz, su mecanismo aprende,
Y su admirable máquina le encanta.
¡Tal es el privilegio y la excelencia
Y el poder de la humana inteligencia!
En vano en torno al hombre se desploma
Cuanto brota ó se eleva; en vano hiere
La muerte, jamas harta, cuanto nace;
Como carne mortal, el hombre muere;
La tierra como polvo se deshace;
Pero como la luz, como el aroma,
La inteligencia de su sér renace;
Porque cuanto imagina, cuanto inventa,
Lega el hombre á sus hijos; eterniza
Su invento en la escritura y en la imprenta;
La raza que le sigue le utiliza,
Vuelve á animar del tiempo la carcoma,
Y da existencia á su mortal ceniza.
¿Cuándo morirá Aténas? ¿cuándo Roma?

Á visitarlas id; ya están en ruina;
Pero del mundo á la ignorancia ciega
Alumbra aún la inteligencia griega,
Enseña aún la ilustracion latina.
Embriagado ha quedado el universo
Con su gloria inmortal; miles de plumas
Preconizado la han en prosa y verso;
Áun estudiamos por sus obras sumas,
Áun por sus sábias leyes nos regimos;
Mas los que glorias y poder se arrojan,
Á alcanzar, con sus glorias, os inspiren,
Y os alcancen coronas en racimos;
Yo intento hacer que vuestros ojos miren,
Yo aspiro á hacer que vuestras manos cojan,
Del estudio otros frutos más opimos.
¡Bello premio es la gloria al que merece!
¡Grande medio el poder para el orgullo!
¡Sabroso de la fama es el arrullo,
Y todo humano oido le apetece!
Mas yo, que al mundo, por extraño modo
Y castigo de Dios, nací entre el ruido
Del poder y la gloria; que en el lodo
Social de grandes córtes he vivido;
Que á mi disposicion lo tuve todo;
Que lo vano de todo he comprendido,
Y que por vanidad nada he querido;
Yo, que, ó desengañado ó indolente,
Como un ave de paso que no anida,

Por el mundo atravieso indiferente;
Yo, que, como ella, sin labrarme nido,
Vegeto entre los árboles perdido,
Y ni de gloria, ni poder presumo,
Deciros del poder y de la gloria
Puedo en dos frases rápidas la historia.
Hé aquí lo que son ambos á lo sumo:
«Una planta el poder de amargo zumo,
La gloria un lauro estéril; francamente
Son, han sido y serán eternamente,
Inquietud el poder, las glorias humo.»
Aprendedlo: el poder perpetuamente
Con la ambicion y las revueltas lidia,
Y es la gloria mayor constantemente
Presa de la calumnia y de la envidia.
¿Qué es la celebridad? Una cadena
Al cuello de los célebres ceñida
Por uno de sus cabos, y por otro
La oscura necedad la tiene asida.
De los hombres más célebres la vida
Tal vez en realidad no es más que un potro,
Cuyo peor dolor y mayor pena
Es el ver que la hiel, que la envenena,
Dulce miel por los necios es creida.
Yo soy quien te lo dice, ¡mejicana
Juventud, para mí siempre querida!
Siempre trae de sí en pos la gloria humana,
Ó lágrimas, ó sangre. Mas escucha:

La civilizacion sin tregua lucha
Con la ignorancia ruin; la inteligencia
Por do quiera los pueblos civiliza,
Do quier tiende las luces de la ciencia,
El saber por do quiera se entroniza,
Espira por do quier la edad guerrera,
Otro fuego á los hombres electriza,
Y otra gloria, otra prez más lisonjera,
Otro poder las almas magnetiza.
El árbol del estudio da otros frutos
Mejores que la gloria para el hombre,
De más utilidad que un gran renombre,
De más sabor, de nutricion más sana
Que los frutos cortados con acero;
Ménos brillantes que la pompa vana
De la celebridad, que los tributos
De la servil adulacion, empero
Mucho más dignos de la raza humana.
El árbol del valor no da ni áun flores,
Produce el de la gloria sólo espinas;
El del estudio da frutos mejores,
Y las cosechas de él ya están vecinas;
Porque, pese al error, la luz avanza,
La preocupacion se hunde y fenece;
El dia de la paz y la esperanza,
Aunque leve crepúsculo, amanece,
Y el albor de su aurora nos alcanza.
Cambia el hombre de sér; y aunque no quiera

Verlo la vieja sociedad caduca,
La sociedad actual se regenera,
Y es el honbre mejor, porque se educa,
En vez de pelear como la fiera;
Y el hombre desde jóven estudioso,
Que del tiempo las horas utiliza,
Es el que hoy tiene un porvenir precioso;
Ése es el que la tierra fertiliza;
Jamas impertinente, nunca ocioso,
La vida ajena con la suya hechiza;
Grato á la sociedad, buen ciudadano,
Buen hijo, padre bueno, buen esposo,
Buen señor, buen amigo, buen hermano,
Siembra en silencio la semilla pura
De la grandeza y libertad futura.
Para ése es la amistad un nudo santo,
El amor una fuente de placeres,
No un yugo odioso de eternal tortura;
La religion un ídolo; un encanto
La sociedad de los humanos séres.
Ése, seguro en sus principios fijos,
Su fe y su educacion pasa á sus hijos;
Sólo en hacerles útiles se empeña,
Á dar honra á su patria les enseña,
Les inculca el amor de la familia,
Les inspira el aprecio del trabajo,
Que á la desgracia con honor auxilia,
Y no hunde al hombre en servilismo bajo.

Y ése, que criar héroes no pretende,
Es quien la gloria de su patria entiende,
Y la deja en sus hijos ciudadanos,
Célebres y héroes no, sabios y humanos.
Y ése deja á sus hijos por herencia,
No la gloria, el trabajo que defiende
Al doméstico hogar de la indigencia,
Que da do quier á la familia humana
Decoro, dignidad é independencia;
Y ése es quien tiene gloria verdadera,
Ése deja memoria duradera,
Y á su presente y á su ejemplo listo,
Ése es quien tiene caridad cristiana;
No como la villana hipocresía
Ó la especulacion, que hoy la profana
En empleo de fe é interes mixto,
Sino con la pureza y la fe sana
Con que vino á enseñarla Jesucristo.
Mas basta, ¡oh cara juventud! ya es harto.
Quisiste oir mi voz á mi venida,
Y hablé; hoy, del porvenir, á mi partida,
Me pides parecer; dóytele, y parto.
¡Ojalá mis palabras te convenzan!
¡Ojalá mis augurios se realicen,
Y estos principios en tu patria venzan,
Y con la paz en ella te entronicen!
¡Ojalá pronto tú por las regiones
De este país, sin par en la belleza,

Puedas probar con prácticas lecciones
Que la felicidad de las naciones,
Su libertad, su gloria, su grandeza,
Las arraiga el saber, no los cañones!
Estudia, pues, y espera; y cuando reines
Por el saber y la justicia, cuando
Hebras de plata por cabellos peines,
Un pueblo venturoso gobernando;
Cuando mi gloria con mi cuerpo muera,
Si te acuerdas de mí, si lisonjera
Resonando mi voz queda en tu oido.....
Escucha solamente lo que quiero
En premio justo de mi amor sincero,
Mis cantos y consejo tan leales:
No me des los laureles de la gloria,
Que es humo vano; dame en tu memoria
Tus sencillos recuerdos fraternales;
Si te es mi nombre al corazon querido,
Mi nombre, en tu memoria retenido,
Graba en tu corazon, no en pedestales.

SEGUNDA PARTE.

LA INTELIGENCIA.

LA INTELIGENCIA.

INTRODUCCION.

No siempre ha de mentir la poesía;
No es renombre, á mi ver, muy lisonjero
El que nos da el oficio de embustero
Á los que le ejercemos hoy en dia,
Pues no puede ocultársele á ninguno
Que embustero y poeta todo es uno.
Y como en esto de mentir, espero
Que, después de veinte años de manía
De mentir por escrito, el mundo entero
Me ha de tener al fin por el primero
De los que cursan hoy la embustería,
Me ha venido al magin la fantasía
De decir la verdad una vez sola,
Para hacer á mi fama una mamola.
Es verdad que parece mal consejo
El querer apartarme de un oficio
Que me ha acarreado siempre beneficio,

Y más cuando voy ya llegando á viejo;
Mas me harto de mentir; ya me fatiga
El hacer sin cesar ramos de flores
Y el extraer los granos á la espiga,
Para dar leche y miel á mis lectores.
Empalágame ya, me tiene ahito
Lo dulce de mis versos, y me aburre
Andar buscando siempre lo bonito,
Y no decir jamas lo que me ocurre,
Por escribir bonitas necedades;
Me canso de mentir, y tengo gana
De decir una vez cuatro verdades,
Y de zurrar al mundo la badana.
Yo, que, de envidia y de rencor ajeno,
Por do quiera que voy busco lo bueno,
Y de ensalzarlo con placer me encargo,
¿Por qué no he de tener jamas el gusto
De dar á mis lectores algun susto,
Dándoles en tazon de almíbar lleno,
Alguna gota de licor amargo,
Algun homeopático veneno?
Si hay en ello algun mal, no le concibo;
Pero, que le haya ó no, como me siento
Con una comezon irresistible
De fiar al papel un pensamiento
Que en él me anda bailando, es imposible
No dejarle salir libre y contento
Al aire; estoy resuelto; no me privo

Del placer tentador de echarle al viento;
En la tinta dulzaina con que escribo
Años há tantas páginas de almíbar,
Voy esta gota á derramar de acíbar.

I.

Dios, al sacar al hombre de la nada,
A su espíritu dió *la inteligencia*,
Luz superior á la que al sol fué dada,
Chispa que por Dios mismo fué arrancada
De la alma luz de su divina esencia;
Y Dios, al acordársela, le dijo:
«Este dote supremo que te infundo,
Sea entre el bruto y tú la diferencia;
Obra especial de mi poder te elijo;
Rey de creacion, tuyo es el mundo.
Eres el sér primero de la escala
De los seres creados; todos ellos
Están despues de tí; nadie te iguala;
Sobre tí, solo Yo, que soy tu orígen.
Tú, de la inteligencia á los destellos,
Las leyes sonda que los mundos rigen;
De cuanto en torno de tu sér se extiende,

De cuanto encima de tu frente gira,
Goza la utilidad, la forma admira,
La esencia estudia y la razon comprende.»
Y como en Dios no cabe error, ni dolo,
Ni incompletez, ni mancha, ni defecto,
Al hombre que creó no halló perfecto,
Inteligencia al acordarle sólo;
Y como complemento de su obra,
Para que su alma inteligente sea
Creadora como él, como él fecunda,
La luz vertiendo que á su mente sobra,
Para que al hombre posterior difunda
La rica luz de tan divina tea
Y el alto orígen de su estirpe crea;
Para que la razon en que se funda
La superioridad de que blasona
Pueda probar á su mortal ralea;
Y para que, en el plazo
De su vida en la tierra, con su gente
Goce de su poder inteligente;
Y pues que rey se ve, feliz se vea
Desde que deje el maternal regazo,
Hasta que el lecho de la tumba se abra;
Con dos favores más su inteligencia
Completó la creadora Omnipotencia:
El instinto social y *la palabra.*

II.

EL GÉNESIS.

Es cosa convenida que la historia
Del mundo por el *Génesis* comienza;
Puesto que el mundo sabio se halla falto
De más vieja y auténtica memoria,
Ni hay dato de evidencia más notoria,
Que de cosa en contrario le convenza.
No extrañes, pues, lector, si no vacilo,
De aquesta relacion, que es una trenza
De largos cabos hecha, en ir tan alto
Clavo á buscar en que amarrar el hilo.
Verdad es que desde esta altiva cumbre,
Que al empezar mi relacion asalto,
Para caer en nuestra edad de gloria,
De luz, charlatanismo y desvergüenza,
Voy á tener, á fe, que dar buen salto;
Mas no temas, lector, que me acongoje,
Ni que mi poca gravedad me venza
En la inmensa parábola que trace,
Cuando tal voltereta á dar me arroje.
Por mucho espacio que al caer abrace,
No te pases afan; en esta era
De fósforos, telégrafos y globos,

De vapor y gimnástica, cualquiera
En letras ó en política se hace
Á dar tales cabriolas y corcovos.
Yo soy hombre de alientos y de ahinco,
Y verás con qué gracia doy el brinco.
Ademas de que siempre ha de haber bobos
Que nos tomen por genios estupendos,
Y vulgo que por sabios nos acoja,
Que nos crea doctores reverendos
Y nos tenga por unos Salomones,
Si la historia al contar de..... unos calzones,
Verbi gracia, mostrar se nos antoja
Erudicion, probando que es preciso
Que hayan tenido orígen *en la hoja*
Con que Adan se salió del paraíso.
¿Qué tal hoja, lector? Si paradoja
Te parece, conven en que no es floja;
Y como la hallo original y nueva,
Suéltola al viento; ahí va, si hay quien se atreva
(Y brinca más que yo), que la recoja,
Y entre las uñas se le torne breva.
Te desafio á que, por más que hagas,
Me encuentres un bragólogo anticuario,
De esos que los museos nos dirigen,
Chupándose un buen sueldo del erario,
Que nos sepa buscar para las bragas,
Ni más antiguo, ni mejor orígen.
Tal es la ciencia de hoy; tal es el uso

De este siglo feliz, que, entre otras plagas,
Tiene la de tener sabios sin ciencia,
Tontos con borla, y pillos sin conciencia;
De este siglo de ruido y de bambolla,
De vanidad y de saber infuso,
En que nadie se aturde ni se atolla,
Y en que, por recto ó por torcido modo,
Todos podemos aspirar á todo.
Así, pues, hasta el *Génesis* subiendo,
Y hecha esta salvedad, sigo diciendo.
Del instinto social que Dios dió al hombre,
¿Cómo usó el racional género humano?
El *Génesis* lo dice; no te asombre;
Es la historia : Caín mató á su hermano.
El principio es atroz; mas es un hecho
Consumado, lector; á lo hecho, pecho.
Ante la mancha que en la tierra humea
De aquella sangre que vertió su mano;
Ante el aspecto de la muerte fea,
Que del cadáver de su yerto hermano
Con muda palidez se enseñorea,
Blanco futuro del rencor humano,
Vivo baldon de su mortal ralea,
Del fratricidio al consumar el acto,
Quedó el feroz Caín estupefacto.
Su padre le maldijo; él se fué léjos,
Á engendrar hijos y á fundar ciudades;
Y llegando á ser muchos y á muy viejos,

Llegaron á maestros en maldades.
Seth, otro hijo de Adan, es el orígen
De otra progenie buena: los dos nombres
Que llevan sus dos razas, se dirigen
Á marcarlas no más; los Cainitas
Se llamaron *los hijos de los hombres;*
Hijos de Dios los de su hermano; empero
Las hijas de Caín eran bonitas,
Y á los hijos de Seth, pueblo severo
Y pío, logró amor prendar, mañero,
De las muchachas de Caín malditas.
La historia subsiguiente á estos amores
No se halla muy explícita en autores,
Libro, ni tradicion; mas tiene traza
De haber sido la cosa peliaguda,
Puesto que, airado Dios, la humana raza
Disolvió en un diluvio de agua cruda.
Esta primera prueba que dió el hombre
De su instinto social, no fué gran cosa
Que digamos, ni pudo gran renombre
Dar á su sociedad; mas es curiosa
De consignar; y aunque nos dé vergüenza,
Lector, de confesarlo, así la historia
De la social humanidad comienza;
Así empieza y concluye su memoria:
EN UN ASESINATO FRATRICIDA,
Y UN CHAPUZ GENERAL DE AGUA LLOVIDA.
Tal es la introduccion, el primer acto

De la escena social. Salió la prueba
Mala.—Sirve el diluvio de entreacto;
Llovió; cayó el telon; escena nueva.

III.

LA RAZA HUMANA.

De la prole perversa y corrompida,
Á los vicios y crímenes extraño,
Exceptuado por Dios, familia y vida
Salvó Noé del tremebundo baño.
Salió, como quien dice, en una tabla;
Pasó el turbion; desembarcó sin daño
Su gente; mas apénas tomó tierra,
Ya entre ella (áun es el *Génesis* quien habla)
Se declararon síntomas de guerra.
Cam, que era alegre, se burló del viejo;
Sem y Jafet entre los dos mediaron;
Mas Cam, de sus hermanos comedidos
Despreció el ruego, desechó el consejo,
Y cerró á sus palabras los oidos.
Los síntomas de guerra se aumentaron;
Y en una posicion al fin se hallaron
Tan fuera de equilibrio, tan precaria,
Que á comprender los hombres empezaron
Que la separacion es necesaria.

Quiebra la asociacion de la familia;
Divídese la estirpe en tres partidos;
Cam se instituye jefe de su bando;
Sem y Jafet, aunque á Noé obedientes,
Van haciéndose aparte con sus gentes.
Pronto nadie se atiende, ni se auxilia,
Del amor, la amistad y el parentesco
Poco á poco los lazos aflojando;
Á su genio mordaz y picaresco
Da suelta Cam; no hay medio de que hable,
Ofensivo sin ser é insoportable.
Maldícele Noé; y mal prevenidos
Todos, unos por otros, y llevando
En sus tres corazones resentidos,
Ó recuerdos de hiel, ú ódio profundo,
Por la tierra se esparcen, engendrando
Tres enemigas razas en el mundo.

IV.

LOS EGIPCIOS.

Desde entónces acá, ¿cuál es la historia
Del hombre?—De sus fastos posteriores
Hagamos una rápida memoria.
Primero, de pastores,

Pasan á cazadores;
Luégo que se enriquecen,
Se convierten los fuertes en ladrones;
Mas, comprendiendo, al fin, que se envilecen
Viviendo así, de asaltos y rapiñas,
En desastrosas y perpétuas riñas,
Como el lobo, el chacal y los halcones,
Hechos ya á vida tal, de bandoleros
El título ennoblecen,
Llamándose guerreros,
Y sus *bandas* transforman en *legiones;*
Y para dar un manto de grandeza
Á su furia rapaz, una ilusoria
Razon á su ambicion, una irrisoria
Majestad á su estúpida fiereza,
Hacen la guerra oficio de nobleza,
Y decoran su bárbara memoria
Con el pomposo epíteto de GLORIA.
Levántanse ciudades,
Conviértense las tribus en naciones;
Establecen gobiernos, dignidades,
Clases, noblezas, fueros, distinciones;
Y hay nobles y villanos,
Ricos y pobres, siervos y tiranos.
Márcanse con fronteras los terrenos,
Llámanse imperios, reinos, posesiones;
Mas, ninguno contento con los propios,
Todos al fin codician los ajenos.

Se hacen del oro y alimento acopios,
Se disputan la hacienda los hermanos;
Y no acatando nadie los derechos
Que alegan los demas, con ódio insano
Pasan de las palabras á los hechos,
Y arman de hierro su homicida mano.
Los anales del mundo, desde entónces,
No son más que los nombres de guerreros
Que dejaron, de mármoles y bronces
En monumentos grandes y altaneros,
Escritos á los siglos venideros
Los anales nefastos
De sus feroces y sangrientos fastos.
Nemrod, Nino, Semíramis, perdida
Del crímen y los vicios en el cieno,
Asúr, Salmanasar, Sesóstris, Horos,
Con la de Faraon raza homicida,
De fe y virtud el corazon ajeno,
Dejan con sangre el Asia enrojecida
Y el Egipto sembrado de tesoros
Monumentales; obras de titanes,
Mas alzadas á costa de la vida,
La libertad, el llanto y los afanes
De otra raza á su yugo sometida.
Brotan, sí, por do quier virtud y ciencia,
Artes, comercio, industria; flores puras
Del vergel de la humana inteligencia;
Pero siempre, al pasar los huracanes

De la guerra sobre ellas, las deshojan,
Y en brillantes fragmentos,
Detras de sus ejércitos sangrientos
Las manos de los héroes las arrojan.
Quiere decir, hablando sin rodeos:
Que *aquellos monumentos colosales,*
Erigidos para útiles empleos,
En vez de ser de la razon trofeos,
Son momias secas y esqueletos feos,
Que atestiguan no más hechos brutales.

V.

LOS FENICIOS.

Progenie inteligente, los fenicios
Con su comercio extienden la cultura,
Y de la ilustracion los beneficios
Desde la India al África derraman;
Sus ciudades, sin par en hermosura,
Fundan junto á la mar; se desparraman,
Buscando nuevas costas, en bajeles;
Y el oro de Sabá, las aromosas
Gomas de Arabia, las sabrosas mieles
Del Arad, las maderas olorosas
Del Líbano, los vinos saludables

De las islas de Grecia, los tejidos
De Biblos y Sidon, las admirables
Púrpuras de los mantos, que eran ropa
De los reyes no más, desde el retiro
De su opulenta capital de Tiro,
Llevan al Asia, al África y Europa.
Al adelanto universal propicia,
Útil al universo, creadora
Del comercio, y del bien propagadora,
¿En qué paró la ilustracion fenicia?
Envidiando la altura á que levanta
Su raza el fruto de su activo giro,
Hollaron gloria y opulencia tanta,
Nabucodonosor bajo su planta,
Bajo los piés de su caballo Ciro.
Quiere decir, sacando un consiguiente
Claro de estos históricos pasajes,
Que *á la raza fenicia, inteligente,*
Se merendó otra raza de salvajes,
Más bestia que ella, pero más valiente.

VI.

GRECIA.

Emporio de las ciencias y las artes,
Grecia se levantó; filosofía,
Leyes, lengua y creëncias hubo un dia,
Que llegaron allí de todas partes
Los hombres á buscar; su gente y suelo,
De las otras naciones el modelo
Fueron; todo país civilizado
Griego hablaba, á la griega se vestia;
Todo cuanto en el mundo se sabía
Estaba en libros griegos consignado.
Grecia á esta perfeccion semidivina
¿Cómo llegó?—Alumbrada por la tea
De la guerra tambien. Áun ilumina
Las hojas de su historia, y las gotea,
El incendio de Sarda y Salamina,
Y la sangre de Leuctra y de Platea;
En páginas tambien de sangre y fuego
Los anales están del nombre griego.
Esparta, Creta, Macedonia, Aténas,
Argos, la Acaya, Délos y Corinto,
De mitos, gloria y poesía llenas,

Tienen manchas de sangre en su recinto.
Guardan sus rios sangre en sus arenas;
Y el genio de la guerra, en sangre tinto,
Convirtió sus olímpicas ciudades
En escombros, que admiran las edades.
Cual valioso aderezo que empeñaron
Unos pródigos ricos á usureros,
De cuya mano vil jamas osaron
Rescatarle mezquinos herederos,
Y ellos al fin sus piedras desmontaron
Para venderlas sueltas á extranjeros,
Así Grecia, diadema desmontada,
Para extranjeros fué despedazada.
Grecia es al fin esclava; cien saqueos
La roban sus riquezas infinitas;
Las columnas sin par de sus liceos
Sostienen hoy las árabes mezquitas;
Á sus bellos Beocios y Cadmeos
Suceden los tostados moslemitas;
Dan sus paseos á la siembra surcos,
Los circos pasto á los caballos turcos.
¡Do quier el mismo fin, la misma historia!
Artes, ciencia, virtud, belleza y gloria
Caen, de la fuerza á la agresion tirana;
Siempre una raza bárbara, victoria
Sobre otra raza inteligente gana;
Siempre son los anales de la tierra,
Sangre, rapiña, destruccion y guerra.

VII.

ROMA.

Engrandécese Italia; álzase Roma
Reina del universo; las naciones
Provincias suyas son; al mundo doma
Bajo su férreo yugo; en las regiones
Más apartadas, cuando altiva asoma,
Acuartela en los templos sus legiones,
Y posesion del universo toma.
Al supremo poder la abren camino
El genio griego y el valor latino.

Heredera de Grecia, se levanta
Roma, dando á la suya por cimiento
La ilustracion de Aténas; se amamanta
Con su ciencia y la hereda lo opulento;
Por do quiera que el paso se adelanta,
Se halla de su poder un monumento;
Grecia no es más que una oriental sultana;
Roma del mundo entero soberana.

Mas de otra luz sus luces son reflejos;
Toma de Grecia ejemplo y experiencia,
Leyes, artes, costumbres y consejos,
Letras, armas, vestidos y creencia;

Pero más vigorosa, va más léjos;
Y con su militar omnipotencia,
Mayor haciendo cuanto de ella toma,
Grecia más sábia fué, más grande Roma.
Poco creó; mas conservó lo antiguo,
Lo agrandó y lo selló. Todas las razas,
De su lenguaje guardan, aunque exiguo,
Rastro, y de su poder conservan trazas;
Lo mismo en territorio así contiguo
Que en los remotos páramos y plazas,
Quedan sus vias, puentes y obeliscos;
Sus grandes acueductos unen riscos.
Sus magníficos templos y palacios
Son de las dimensiones de ciudades;
Sus estatuas, colosos; los espacios
De sus circos, extensas heredades;
Sus fiestas son escándalos; no sacios
Sus plebeyos jamas de novedades,
Vierten en sus titáneas diversiones,
De sangre ancho raudal, de oro millones.
Roma adoptó la inmensidad por sello,
Y hacer quiso del mundo un grande estado;
Roma lo grande prefirió á lo bello,
Mas su poder inmenso fué basado
Sobre la esclavitud, sobre el degüello
Del vencido; su pueblo fué soldado
No más; y cuando al orbe unció á su yugo,
Su señora no fué, fué su verdugo.

Roma al fin se embriagó con su opulencia;
Se estragó y se cegó con sus excesos;
Roma llegó á creer, en su demencia,
Para siempre á sus piés los pueblos presos,
Y como si del mundo la impotencia
Estuviera sus crímenes ilesos
Obligada á dejar, hizo del mundo,
De sus vicios sin par un lecho inmundo.

Miéntras hordas de bárbaros paganos
Aullan por devorarla á sus fronteras,
Deifica, insensata, á sus tiranos;
En un solo festin devora enteras
Las cosechas que dan todos sus llanos,
Y las que traen á Italia sus galeras;
Y bebe en su embriaguez de un solo dia
Lo que á su sed de un año bastaria.

Cristo la envia apóstoles humanos
Á ayudarla en sus horas postrimeras;
Mas Roma, en vez de oir á los cristianos,
Les arroja en sus circos á las fieras,
Desgarra sus entrañas con sus manos
Y les quema en sacrílegas hogueras,
Porque Roma, al sentirse en la agonía,
Para no ver su fin, se embriaga, impía.

Y cae en su embriaguez; cae al influjo
Del instinto de crímenes insano,
Que á la sima del crímen la condujo.
La luz fugaz del esplendor romano,

La ilustracion que á su pesar produjo,
Ahoga ella misma por su propia mano;
Y cae sin aguardar á que descuaje
Su poder otra raza más salvaje.
Roma, feroz, se emponzoñó á sí misma;
Ebria al fin, en sus cien anfiteatros,
En lid eterna y en perpétuo cisma,
A millares perdió sus hijos viles,
Degollados en circos y en teatros,
En peleas y escándalos civiles,
Y sin fe, sin valor y sin riquezas,
Su túnica imperial rasgó en dos piezas.
Los restos de sus últimas legiones,
Su torpe fama y majestad roida
Envolvió en uno de sus dos jirones;
Y al dársele á Bizancio, que la vida
Debió á su herencia y los ajenos dones,
Á morir se tendió, desfallecida,
Sobre el otro jiron, detras del sólio
De Augusto, en el umbral del Capitolio.
Al matutino albor de la fe pura
De la naciente religion cristiana,
Sin dioses, sin honor, sin hermosura,
Robada y despreciada por su hermana,
Del Capitolio en la desierta altura,
Ebria y embrutecida cortesana,
La encontraron los bárbaros dormida,
Al peso de sus crímenes rendida.

Roma, pese á la olímpica grandeza,
Que el imperio la dió del mundo todo,
Manchó con lepra infame su belleza,
Y su gloria imperial con sangre y lodo.
El hambre universal fué su riqueza;
Su título de grande, un grande apodo;
Y de la humanidad en vilipendio,
Se le alumbra el fulgor de un grande incendio.

De esa Roma que admiran las naciones,
¿Cual el resúmen es de los anales?
Hija de lobos, madre de Nerones,
Empieza en una banda de ladrones,
Vive engendrando monstruos imperiales
Y haciendo de cadáveres montones,
Y acaba, en sus inmensas bacanales,
Disputando su presa á los leones,
Sin que se pueda hartar la hambre romana
Con tan largo festin de carne humana.

Pregunta ahora mi imparcial conciencia:
¿Qué papel hizo aquí la inteligencia?

VIII.

Lux vera, Deus pacis.

Aparece Jesus; la enseña planta
De su cruz en el Gólgota, y predica
Una nueva de paz, doctrina santa,
De caridad y de esperanza rica.
Jesus, que el signo de la cruz levanta
Y al turbulento mundo notifica
Que son fe, paz y amor, no saña y guerra,
Los que al hombre han de hacer rey de la tierra.
Cristo, el único Rey del mundo entero,
Que leyes y moral sin egoismo
Dicta, siendo en seguirlas el primero;
El solo que practica por sí mismo
Lo que da, como justo y verdadero;
Que hace de la humildad un heroismo,
Y que la fe sagrada que predica,
Con su ejemplo y su sangre ratifica;
Cristo, que se alza sin favor, sin ruido,
Que marcha sin poder, sin opulencia,
Solo, sin ser de ejércitos seguido;
Que basando su fe en la inteligencia
Del hombre, que, por Dios creado, ha sido

Dotado de razon y de conciencia,
De su conciencia y su razon en nombre,
Habla no más al corazon del hombre;
Cristo, que al mundo la igualdad anuncia,
Y acata los poderes de la tierra;
Que palabras de amor sólo pronuncia;
Que el cielo y la esperanza á nadie cierra,
Pues un Dios pío y paternal enuncia,
Que levanta al que cae, y que al que yerra
Perdona; que de pena al hombre exime,
Tomando en sí su culpa, y la redime;
Cristo, que de su ley pone por base
La paz, el bien y la ventura humana,
Y á la raza de Adan, en una frase
De suprema equidad, haciendo hermana,
Dice al hombre: «No quieras que otro pase
Lo que no pases tú...», su fe cristiana
Sembró tan honda, que, si Dios no fuera,
Un Dios de Cristo su equidad hiciera.
Su fe no se extendió rápidamente,
Iluminando espléndida la tierra,
Como la luz del sol desde su oriente;
No destruyó el error y ahogó la guerra,
Poderosa, triunfante, omnipotente.
Rayo que azota, pulveriza, aterra,
«¡Gloria á Dios! Paz al hombre!», era una frase
Que exigió al tiempo y la razon por base.

Del pueblo rey la ciega idolatría
Luchó tenaz contra la fe crisiana;
Cedió ante la verdad, mas dia á dia,
El decrépito error de la pagana;
De Júpiter el rayo todavía
Mil y mil veces fulminó, tirana,
La religion vencida, á la triunfante
Oponiendo su fuerza agonizante.
El genio griego y el valor romano
Sostuvieron del viejo paganismo
El vacilante pié, la débil mano,
Ante el jóven vigor del cristianismo;
Y el talento extraviado de Juliano
Galvanizó un instante al helenismo,
Que envió al resucitar, espectro escuálido,
Contra el cristiano sol un rayo palido.
El cristianismo, humilde y tolerante,
Manso y sufrido, mas tenaz creyente,
Y en su profunda conviccion constante,
Opuso mudo el corazon valiente
Al furor despechado y arrogante
Del viejo paganismo, áun insolente
Con sus dioses, fantásticos vestiglos,
Mas fe y veneracion de tantos siglos.

Sangre y tiempo costó. La idolatría,
Apoyada en los tronos de la tierra,
Ayudada despues por la herejía,
Que la prestó el veneno que en sí encierra
La mentira traidora, logró, impía,
Sostener contra Cristo larga guerra;
Mas la razon y la verdad cristiana
Al fin triunfaron de la fe pagana.

Al fin la caridad, principio santo
De suprema justicia equitativa,
Ley de fraternidad, que, bajo el manto
De una igualdad universal, la viva
Raza de Adan cobija, y cuyo encanto
En las delicias de la paz estriba,
De la victoria arrebató la palma;
Porque Cristo su ley grabó en el alma.

Cristo triunfó; porque su ley, que encierra
En un principio de equidad profundo
La igualdad de los hombres en la tierra,
Venía á dar la libertad al mundo.
La caridad, al proscribir la guerra,
Era (de bienestar gérmen fecundo)
Una nueva virtud, de cuya esencia
Iba el mundo á adquirir nueva existencia.

Cristo, legislador que osar podia
Á lo que el genio con la fe se atreve,
Nivelador de toda jerarquía,
Sacó sus sacerdotes de la plebe;

Y el orgullo, el poder, la tiranía,
Esto es, cuanto su vida y fuerza debe
Á la debilidad que á otro se fia,
Y el oro y sangre de los pueblos bebe,
Igualó ante la ley de su creencia
Con la debilidad y la indigencia.

Y el potente, el soberbio y el tirano,
Que, al cäer del poder y la fortuna,
Caritativa hallaron una mano,
Que acudia á auxiliarles oportuna,
En la virtud creyeron del cristiano;
Y aquella ley, que distincion ninguna
Entre el esclavo y el señor hacía,
Tarde ó temprano que regir tenía.

Esta ley, que acotaba la primera
La ley de los poderes terrenales,
Al alma dando libertad entera,
Derechos y nobleza espirituales
(Aunque en la misma esclavitud yaciera
Su cuerpo por las leyes temporales);
Esta ley que de todas puso fuera
Al alma, quien, por leyes inmortales,
Siendo del cielo oriunda, sólo era
Responsable á las leyes celestiales;
La ley, en fin, que al alma á dar venía
La libertad que dominar tenía.

Y aquella ley, que al alma emancipaba,
Dió á la mujer (quien hasta aquella hora

Vivido habia en la abyeccion de esclava)
Dignidad y derechos de señora.
Y la ley que el amor santificaba,
Y á la maternidad acreedora
De universal respeto instituia...
¿Cómo en el mundo de regir no habia?
La ley de aquella fe consoladora
Comenzaba á extenderse á la caida
De Roma, y de los mundos la señora
Vislumbró en la agonía de su vida
Esta ley, de sus leyes sucesora;
Bizancio, que heredó su gloria hundida
Y su nombre imperial, fué la primera
Que enarboló la cruz, como bandera.
Las bárbaras naciones, que arrollaron
Por doquiera las águilas romanas
Cuando como un turbion se derramaron
Por las ricas campiñas italianas,
Ya de Roma en las cúpulas hallaron,
De águilas en lugar, cruces cristianas,
Y de sus lanzas á arrostrar los botes,
Vieron salir humildes sacerdotes.
Á pesar de su furia los alanos,
De su difícil comprension los godos,
De su indómito orgullo los germanos,
Aquellos pueblos mil, bárbaros todos,
Fueron á sentimientos más humanos
Y á más civiles y corteses modos,

Tornando sus salvajes corazones
Y rindiendo sus bárbaras pasiones.
De los cristianos castos los modales,
Su mansedumbre y su modesto aliño,
Su caridad y auxilios fraternales,
Y sus dulces palabras de cariño,
Ganaron á estos hombres naturales,
De ardor de fiera y corazon de niño,
Y movidos al fin por sus ejemplos
De virtud, se acercaron á sus templos.
Admiróles su fe, su continencia,
Su afan en procurar el bien ajeno,
Ante los infortunios su paciencia,
Y ante la muerte su valor sereno;
Y empezando á entender en tal creëncia
Los preceptos sencillos de un Dios bueno,
Á su vida de riesgos y de azares
Dieron reposo al pié de sus altares.
Cristo triunfó. Los bárbaros guerreros,
Que derrocaron la altivez romana,
Fueron á ser despues los caballeros
De la Edad Media. Por la mar cercana
Á los países fértiles costeros
Abordaron: Europa fué cristiana.
«¡Gloria á Dios! ¡Paz al hombre!», ¿fué una frase
Que el amor y la paz tuvo por base?
¿La inteligencia dominó en la tierra?
¿Se estableció la paz? ¿Cesó la guerra.

Estos pueblos, incultos todavía,
No pudieron perder en un instante
Los restos de su antigua idolatría,
Ni su instinto y ardor beligerante.
En sus almas la fe brillar debia
Con luz entre tinieblas vacilante,
Y al par que altares á la cruz hicieron,
De su espada en el puño la pusieron.

Y aunque pasando, al fin, generaciones,
Hicieron de estos bárbaros guerreros
De Cristo los cruzados campeones,
De Europa los galanes caballeros,
No debian jamas sus corazones
Á sus instintos bárbaros primeros
Renunciar. — De las épocas feudales
Lo prueban bien los bárbaros anales.

IX.

BIZANCIO.

Hija de Grecia, de Roma hermana,
Por patria griega, por ley romana,
Bizancio, débil hermafrodita,
Un grande imperio rehabilita,
Del mundo anhela ser soberana.

Renace hermosa; pero se agita
Medio ortodoxa, medio pagana,
Siempre dudando si es favorita
Ó emperadora, reina ó sultana.
Bajo los techos de oro en que habita,
Vive en deleites de sibarita
Y se gloría de ser cristiana.
Ora en templos que cubre de excelsos domos,
Y se embriaga en teatros y en hipodromos;
Coronada de flores, en sus jardines
Danza al són de los himnos de sus festines;
Del Bósforo azulado por la ribera
Sus legiones romanas tiende altanera,
Y en la lengua de Roma dictando leyes,
Se precia por esclavos de tener reyes.
Mas miéntras canta,
Tejen ellos dogales á su garganta,
Y como fieras,
Los bárbaros aúllan á sus fronteras.

Bizancio, absorta, sueña y dormita
Sin ver sus hordas, ni oir su grita.
Bajo áureos techos y pabellones,
De seda y grana sobre almohadones,
Como mimada mujer bonita,
Goza y admira sus perfecciones,
Y del espejo nunca se quita;
Y en cortesanas adulaciones,

Y en amorosas adoraciones,
Huyendo todo pesar y cuita,
Con halagüeñas conversaciones
La verdad ágria saber evita.
En atléticos juegos gasta sin tasa,
Y en circos é hipodromos el dia pasa;
Sobre el Bósforo manso, que ante ella ondea,
En góndolas de noche canta y pasea;
Los palacios que se abren sobre sus olas
Orna con gallardetes y banderolas,
Y en columnas de puro mármol de Páros,
Para alumbrar sus noches enciende faros;
Y miéntras canta,
No siente al enemigo que se adelanta,
Y que hordas fieras
Las provincias arrancan de sus fronteras.

Bajo sus joyas de cortesana,
Tras su mirada siempre halagüeña,
Tras de su boca siempre risueña,
Bizancio oculta su alma villana.
De nombre grande y alma pequeña,
Celosa, ingrata, ruin é inhumana,
Venenos filtra, crímenes sueña.
Vive en el miedo, como tirana,
Lleva la muerte tras de su enseña;
Y si favores ó gloria gana,
Á quien le sirve mata mañana,

Vil y traidora, con una seña.
Entre eunucos infames y delatores
Busca sus generales y emperadores.
Su amistad la más santa, la más estrecha,
Cambia en ódio la sombra de una sospecha.
Las gradas de su trono, de oro macizas,
Están siempre con sangre resbaladizas;
Jamas sube, ni baja nadie por ellas,
Sino dejando sangre tras de sus huellas;
Y miéntras, loca,
Sus mil conspiraciones fragua y sofoca,
Como panteras,
Los bárbaros avanzan por sus fronteras.

Ceremoniosa, pueril y vana,
Intrigas teje, chismes devana.....
Con sus casuïstas enredadores,
De pequeñeces disputa insana;
Presa de espías y delatores,
Por mil quimeras tiembla y se afana;
Contra sus pocos sostenedores,
Hijos leales y servidores,
Miel venenosa su lengua mana;
Y por tres bandos desgarradores,
Que se asesinan por tres colores,
Deja la guerra rugir cercana.
Primera corruptura del cristianismo,
Su fe, de controversias es un abismo,

Y pérfida y astuta, no diplomática,
Ni es fiel, ni es ortodoxa, sino cismática.
De sus triunfos con oro compra las glorias,
Vergonzosos tratados son sus victorias;
Pronta á volver bajezas sus arrogancias,
Son su fe y política las circunstancias.
No es, pues, extraño
Que un jiron de su imperio pierda cada año,
Ni que banderas
Enemigas avancen por sus fronteras.

Tal fué Bizancio; desde su cuna
Dar vida á monstruos fué su destino;
No hay en sus fastos época alguna
Sin un verdugo, ó un asesino.
¡Tal vez la impuso tan ruin fortuna
El parricidio de Constantino!
La envolvieron en cismas magos y teólogos,
La vendieron los Láscaris y los Paleólogos.
De sus templos cristianos las aras castas
Profanaron los ciegos iconoclastas,
Y cuando ante los turcos se vió indefensa,
Amparo pidió á Roma, tras tanta ofensa.
Ella, en infaustas luchas civiles,
Bebió la sangre de sus entrañas;
Sus glorias fueron juegos pueriles,
Y en sus empresas y sus campañas
La abandonaron sus hijos viles,

La defendieron gentes extrañas;
Los multíplices códigos de Justiniano,
La astucia y las traiciones de los Commenos,
No impidieron que en ella pusieran mano
Búlgaros, indos, persas y sarracenos;
Y el genoves, el turco y el veneciano
Se partieron sus aguas y sus terrenos.
Vivió sin gloria,
Y sucumbió dejando mala memoria.
¡No sin misterio
Las crónicas la llaman el bajo imperio!

Tal es la historia de Bizancio; y creo
Que no habrá humanitario que, en conciencia,
Pueda probar, con el mejor deseo,
Que haya sido un gimnasio ni un liceo
Que haga honor á la humana inteligencia;
Y por más que los sesos se taladre
En discurrir y husmear cuanto le cuadre
Para excusar tal banda de asesinos,
Si eran hijos de Dios los bizantinos,
No hicieron, en verdad, honra á su padre.

X.

LOS BÁRBAROS.

Hunnos, alanos, vándalos y godos,
Avaros, suevos, neustrios, merovingios,
Gépidos, longobardos, ostrogodos,
Hérulos, salios, francos y turingios,
Con otros pueblos mil, bárbaros todos,
De carácter, ya rudo, ya perverso,
De tan distinta faz, de tan diverso
Orígen, ley y religion é idioma
De los de Grecia y Roma;
Gente tan otra, tan extraña y fiera,
Como la patria incógnita y lejana
Que sus hordas indómitas vomita
Cuando y en donde nadie las espera;
Como el genio infernal de quien emana
El espíritu hostil que las excita
Á hacer en él su aparicion primera,
Sobre el mundo en turbion se precipita.
¿Quiénes son? ¿quién los trae? ¿qué es lo que buscan
En las regiones cultas?—No se sabe;
Sus destinos recónditos se ofuscan
Á la vista mortal; de ellos la llave

Tiene tan sólo Dios, que de repente
Sobre Europa lanzó tan nueva gente.
Bárbaros son; así nuestras naciones
Denominan sus hordas y legiones.
Salieron, como nubes de langostas,
De las selvas, las islas y las costas
Que azota ronco el mar, y turbia riega
La corriente del Vístula, del Oder
Y del Volga, en la Prusia, la Noruega,
La Suecia, la Pannonia, Escandinavia.....
¿Quién sabe? De comarcas áun incultas,
Para su grande poblacion angostas,
Y á la geografía poco sábia
De Grecia y Roma todavía ocultas.
Las tinieblas tal vez las produjeron;
Tal vez de un cäos terrenal salieron,
Y ávidas de botin, pobres de bienes,
Dejando tras de sí ruinas y estragos,
Cruzaron montes, rios, selvas, lagos,
Vadearon con audacia el Borysthénes
Y el Tánays; botaron en el Ponto
Y el Mar Negro sus lanchas; y muy pronto,
Con famélico afan y osada mano,
Sembraron muerte, asolacion y fuego
En el fecundo territorio griego
Y en el terreno rico del romano.
Asaltaron de Europa las regiones
Estas ciegas y bárbaras naciones;

Catástrofe tremenda, con que acaba
La clásica y heroica tragedia
De Roma; y se quedó la Europa esclava
En el cáos feroz de la Edad Media.
Así cuenta la Italia, amedrentada,
La historia de esa gente, y se equivoca;
Así lo cree la Europa, sojuzgada
Tambien por ella, y la verdad disloca;
Voltaire, Hume, Sismondi, en su extraviada
Filosofía y con conciencia poca,
Así hablan de esta edad mal estudiada,
Y si áun hoy nuestra edad, más ilustrada,
Sigue llamando bárbara á esa gente,
Es que, ó no la conoce, ó que la apoca,
Ó que, ser justa no queriendo, miente.
Y no es aquí que tenga yo el capricho
De echármela de sabio y de profundo,
Ó de decir lo que ninguno ha dicho
Para contradecir á todo el mundo;
No ¡por Dios! Para mí toda la gente
Que, creada por Dios inteligente,
En vez de razonar, mata y pelea,
Es estúpida, vil, bárbara y rea
De lesa ilustracion; y es evidente
Que estas tribus guerreras, que invadieron
La tierra occidental, bárbaras fueron;
Mas ántes de arrojarlas á la cara
Tan degradante apodo, bueno fuera

Que con detenimiento las juzgára
Nuestra edad imparcial y justiciera,
Y á la luz de aquel siglo contemplára
La gente y sociedad de aquella era.
«¿Quiénes son? ¿quién los trae? ¿qué es lo que buscan?
En las regiones cultas?—No se sabe.
De sus hondos destinos, que se ofuscan
Á la vista mortal, tiene la llave
Tan solamenre Dios, que de repente
Sobre Europa lanzó tan fiera gente.»
No es verdad; de su orígen y destinos
Claros están la cuna y los caminos.
¿Quiénes son? ¿quién los trae? ¿qué es lo que quieren?
Son los bárbaros, sí; mas Dios los trae
La herencia á recoger de los que mueren,
Y á renovar el mundo, que se cäe.
Veamos su venida
Á una luz para verlos encendida.
Por el pronto estos bárbaros no hicieron
En Europa irrupcion cual torbellino
Furioso, asolador y repentino,
Sino por tribus y por razas fueron,
Y en diferentes épocas camino
Abriéndose y ganando, hasta que hundieron
Sus espadas, despues de cien campañas,
De la caduca Roma en las entrañas.
Ademas ¿por qué hacerles hoy la injuria
De no ver más que su guerrera historia,

De no considerar más que su furia,
Y de su fe ó virtud no hacer memoria?
¿Por qué sólo pesar sus violencias,
Y no de su invasion las consecuencias?
Es verdad: en sus fieras correrías
Y en sus asoladoras invasiones,
Cometieron horrendas tropelías,
Inmensas y sin par devastaciones;
Mas no llegó su bárbaro apetito
De sangre, destruccion, venganza y guerra,
Á dar un espectáculo á la tierra
Tan sangriento, tan cruel, tan inaudito,
Como el que dió en Salem, en su victoria,
Con vergüenza del tiempo y de la historia,
La atroz venganza del clemente Tito.
No hay en la historia de Áttila sangriento,
Ni de los otros bárbaros triunfantes
De Roma, un espectáculo tan cruento,
Unas carnicerías semejantes
Á las que hizo en Cartago y en Tarento,
En Ródas y en Corinto, el violento
Furor romano; ni de aquella fiera
Desordenada edad hubo en la era
Revuelta unos instantes
De sangrienta embriaguez, de tiranía,
De degüellos sin ley y á sangre fria,
Tan contra la razon, tan repugnantes,
Como los de las guerras protestantes,

Y los que osaron dar, casi hoy en dia,
Robespierre á París, Carrier á Nántes.
La civilizacion de la gran Roma,
Doquier que apareció, no fué á los reyes
Vencidos sólo á quienes hizo guerra,
Sino que de los pueblos fué carcoma;
Se la hizo á sus costumbres, á sus leyes,
Á su honor, á su fe y hasta á su idioma,
Y á sus hombres trató como á sus bueyes,
Pues les quitó hasta el nombre con la tierra;
Porque Roma por bárbaro tenía
Á todo el que romano no nacia.
Roma se hundió bajo su mismo peso;
Su altivez, su egoismo soberano
La arrastraron al fin bajo el exceso
De su poder, dominador, tirano.
Su inmensa corrupcion, la podredumbre
De sus costumbres sórdidas é impías,
Su atroz ferocidad hizo costumbre,
Y leyes sus atroces tiranías.
Todo lo acaparó, todo lo supo;
Mas todo lo vició y aplicó, insana,
Mal; todo crímen é injusticia cupo
En la impudente ilustracion romana.
El desprecio en que tuvo al mundo entero
Trajo sobre ella al universo todo,
Y al fin, un pueblo bárbaro y grosero
Su infame ilustracion hundió en el lodo.

Juzgáronse los bárbaros mejores
Por su fuerza y valor, que los vencidos;
Pero los pueblos y épocas peores
Sus gérmenes de bien llevan unidos,
Y toda raza culta, á sí adheridos,
En su bajeza y abyeccion mayores,
Conserva, aunque en su cieno adormecidos,
Algunos de los átomos perdidos
Que fueron de su sér germinadores;
Dieron, pues, los romanos sometidos
Rubor con su cultura á sus señores,
Y al bárbaro triunfante venció al cabo
La civilizacion del culto esclavo.

Como el bárbaro rudo comenzaba
Donde la sábia Roma concluia,
Su sociedad oscura iluminaba
La misma luz que á Roma consumia,
Lo que Roma al morir caer dejaba,
El bárbaro al nacer lo recogia;
Lo que, harta de saber, Roma olvidaba,
Él, de saber ansioso, lo aprendia;
Y aunque vió á los vencidos con desprecio,
Por más cobardes, cuanto en ellos via,
Que su barbarie á mejorar servia,
Supo adoptar con sensatez y aprecio.

Roma, al darle su foro y tribunales,
Le dió administracion, órden, civismo;
La justicia le dió formas legales,

Su fe y su humanidad el cristianismo
Al darle, sus instintos más brutales
Ahogó en él, y acotó su vandalismo;
Y adquiriendo unidad y patriotismo,
Dignidad y decoro personales,
Se empezaron á unir los elementos
De aquella sociedad é instituciones,
En los que están basados los cimientos
De la moderna fe y constituciones.
La luz tranquila de la fe cristiana,
Alumbrando á los bárbaros, su esencia
No, su forma varió; dió á la villana
Gente otro porvenir, otra existencia
Mas ámplia, de la cual la independencia
Germinó; y comenzó la raza humana
Á sacudir la esclavitud romana.

Roma, con fin tiránico y perverso,
Habia reunido al universo,
Cual manada de esclavos, á sus plantas;
El cristianismo, con poder diverso,
Le reunió bajo las leyes santas
De la fraternidad, de los derechos
Comunes; proclamó de los mortales
La igualdad; y los pueblos, libres hechos
De esclavos, y de cosas, racionales,
Sacaron de sus límites estrechos
La ley y libertad universales.

Al principio estas bárbaras naciones,

De la fe y la cultura áun en la infancia,
Confundieron la fe y supersticiones
De sus dos encontradas religiones,
Que, al tomar y perder preponderancia
En sus rudos é ignaros corazones,
Su sér regeneraban; su ignorancia
Mezcló la caridad y la nobleza
Cristianas con la bárbara fiereza
Que componia el fondo primitivo
De su carácter bárbaro nativo.

Aceptaron de Cristo la doctrina
Y el culto de sus cándidos altares;
Mas no pudo extinguir su luz divina
Sus feroces instintos militares.

No pudo comprender su valor bruto,
Cómo no fuese la mayor grandeza,
El título mejor, el instituto
Más elevado y la mejor nobleza,
Los de llevar al campo los debates
Y salir vencedor en los combates;
Y poniendo la cruz en sus espadas,
Llenos de fe, con bárbara fiereza
Siguieron desgarrándose á estocadas,
É, invocando á Jesus, largas jornadas
Pasaron en cortarse la cabeza.

Víctima su razon de tales juicios,
Creyendo hacer á Cristo sacrificios,
Hicieron oblaciones al demonio,

De Dios bajo el amparo y los auspicios;
Poniendo á su valor por testimonio
De virtud, de verdad y de derechos,
Á propiedad, herencia ó beneficios;
Por prueba de inocencia y buenos hechos,
De legitimidad de patrimonio
Y absolucion de error y maleficios;
Por medio de lograr entre patricios
La fe de una mujer en matrimonio,
Encomendando al brazo y al cuchillo
La decision del pleito más sencillo.

Presa su fe de aberraciones tales,
Juez hicieron á Dios de sus contiendas;
Escribieron su nombre en los puñales,
Colocaron la cruz sobre sus tiendas,
En el casco y pendon de su milicia,
De su corcel de guerra en los frontales;
Y aceptando los duelos personales
Por la prueba mejor de fe y justicia,
Llamaron á sentencias tan brutales
«Altos juicios de Dios; pruebas legales.»

Hé aquí la inteligencia sometida
Por la fuerza brutal; hé aquí á la tierra
Teniendo siempre que nutrir la vida
De las semillas, que en su seno encierra,
Con la sangre del hombre, que en la guerra
La derrama sobre ella sin medida.

Hé aquí al hombre, por fin, que eternamente,

De su globo feraz dueño absoluto,
En vez de cultivarle, inteligente,
Para vivir en él dichosamente,
Muere sobre él riñendo, como el bruto.
Mas hé aquí la feliz preponderancia
De la fe liberal de Jesucristo;
Hé aquí su caridad, su tolerancia
Patrocinando al débil desprovisto
De poder, ayudando la constancia
Del pobre atropellado y la ignorancia
De el pueblo (que en las guerras, está visto,
Siempre queda mal puesto y peor quisto)
Contra el poder, la fuerza y la arrogancia
De los Reyes, los grandes y señores,
De las inermes masas opresores.
Hé aquí á la noble religion naciente
Alzando sus basílicas enfrente
De sus muradas torres y castillos,
Contra su fuerza osada é insolente
Para abrigar á la indefensa gente
De los pueblos cobardes, ó sencillos.
Baluartes de los pueblos traficantes,
Ganaderos, labriegos ó artesanos,
Entónces en las tierras habitantes
De estos guerreros bárbaros imperios,
Á los hombres pacíficos, tranquilos,
Que, útiles al comun de los humanos,
Podian con las obras de sus manos

Ser, ó anudando con estudios serios
De ciencias y artes los cortados hilos,
Para el saber y la virtud asilos,
Abrió la religion sus MONASTERIOS.

LOS MONASTERIOS.

Por otra parte, aquellos religiosos cultivaban los campos, cantaban alabanzas á Dios, vivian en libertad, y eran hospitalarios; pudiendo servir su ejemplo para mitigar la ferocidad de aquellos tiempos de barbarie. (VOLTAIRE, *Essai sur les mœurs.*)

Preciso es confesar que los benedictinos hicieron muchas obras notables; que los jesuitas prestaron importantes servicios á las letras; necesario es tambien bendecir á los hermanos de la Caridad y á los que se dedicaban á la redencion de cautivos. El mayor de los deberes es el de ser justo.

Confesemos, á pesar de todo lo dicho respecto de sus abusos, que siempre existieron en su seno personas eminentes por su virtud; que si hicieron mucho daño, tambien prestaron grandes servicios; y que en general son más dignos de lástima, que de vituperio. (VOLTAIRE, *Dictionnaire Philosophique.*)

En aquellos pacíficos lugares,
Que consagró por santos la creencia
Y el agradecimiento populares,
Buscaron la virtud, la fe, la ciencia,
La actividad, el arte y la inocencia
Trabajo, pan, seguridad y hogares;

Es decir, se amparó de los altares
Cuanto un gérmen sintió de inteligencia.
Los pobres por los bárbaros vencidos,
Los ricos de su bien desposeidos,
Las víctimas de bélicos horrores,
Los del error ó el vicio arrepentidos,
Los sabios sin favor, los labradores
Echados de sus tierras, los villanos
Con vigor y sin pan, los artesanos
De industria ó artefacto productores,
Cuanto habia, por fin, inteligente,
Útil ó laborioso entre la gente
De la época revuelta que corria,
Á ampararse venía, por instinto,
De un monasterio; el único recinto
Donde vivir y trabajar podia.
Doquier que se veia
El campo cultivado, los breñales
Desmontados, abiertos los caminos,
Preparados al riego los canales,
Tranquilos y en labor los campesinos,
Eran siempre inequívocas señales
De que allí cerca un monasterio habia;
Aquellas eran tierras monacales.
Puntos de reunion, libres y honestos
Refugios contra el fiero despotismo
Militar de gobiernos, sólo prestos
De la lid y el saqueo al vandalismo;

En una sociedad que no tenía
Medios aún de represion dispuestos,
Cárceles, hermandades, policía,
Para amparar sus pueblos siempre expuestos
De la fuerza á la injusta tropelía,
Y en cuya fe quedaban todavía
Restos del derribado paganismo,
Fueron los monasterios elevados
Por la fe y caridad del cristianismo,
Centros de actividad, archivos dados
Á la ciencia, depósitos sagrados
De cuanto, con vigor aún, contenia
Gérmenes de existencia en sí encerrados
Que oponer al espíritu maléfico
De tiempos tan turbados;
De cuanto, con un átomo fecundo,
Á la futura ilustracion benéfico,
Necesitaba el porvenir del mundo.
Núcleos de unidad, de inteligencia,
De justa oposicion y resistencia
Al gobierno brutal de aquellos dias,
Cuya justicia estaba en impotencia;
Comunidades solas, que existencia
Lograban de vivir con garantías,
Los monasterios fueron los escudos
De la ley, libertad, honra y derechos
De los pueblos de Europa, que desnudos
Dejaban los guerreros en sus rudos

Combates, cuando no pedazos hechos.
Ellos fueron pacientes, concienzudos
(Poco á poco sus límites estrechos
Ampliando, y campo conquistando á trechos),
Los que á encajar volvieron en sus gonces,
Los que volvieron á amarrar los nudos
De nuestra humana sociedad, entónces
Por la romana esclavitud deshechos.
Porque la religion, estos asilos
Para tener seguros y tranquilos,
Al poder de los reyes propiedades
Para ellos arrancó, y á la opulencia
Pedazos de sus vastas heredades
Para dar de comer á la indigencia;
Reclamando á la par inmunidades
Para amparar los campos y ciudades
De la ilegalidad y la violencia;
Todo, al posar sobre distinta base,
Á mostrar empezó distinta fase.
Fundáronse los feudos; los señores
Fueron del siervo amigos; los concejos
Comenzaron á echar, en sus consejos,
Un freno á los potentes opresores.
Sustituyó el trabajo voluntario
Al forzado; al capricho de los reyes
Los derechos del pueblo propietario,
Y la igualdad civil ante las leyes.
La division de razas y de castas

Á borrar empezaron los humanos
Principios de una fe, que de las vastas
Regiones de los ámbitos mundanos
Á todos los vivientes hizo hermanos,
Y á todos los mortales
Ante el altar y la justicia iguales.
Libres, á tener patria los villanos
Comenzaron y á amarla, á ser leales
Á señores que no eran ya tiranos;
Y empezaron así las asambleas
Populares á unirse, á arriesgar hechos
De impune oposicion, que fueron teas
Que alumbraron su juicio, y sus derechos
Contemplando á su luz, á la justicia
Rehusaron, y al Rey, injustos pechos;
Esquivando el tributo ó la milicia
Por religiosa ley ó inmunidades.
Y así fueron los pueblos sus caminos
Abriendo para ser comunidades
Civiles, que, á pesar de su impericia,
Por su fuerza más tarde proclamaron
La libertad y la igualdad, y ajaron
El fuero real y la altivez patricia.
Hé aquí cómo empezó la inteligencia
Á acotar y humillar la fuerza bruta,
Y á preparar el campo á la existencia
Mejor de que hoy la sociedad disfruta.
Así empezó nuestra moderna Europa

Costumbres á tener, ciencias y leyes;
Y así empezaron la rasgada ropa
De Roma hundida á recoger sus reyes,
Y á hacer de sus jirones imperiales
Sus sobrevestas y sus mantos reales.
Y así nació la dignidad humana,
La libertad y la igualdad terrenas;
Así rompió la religion cristiana
De los pueblos esclavos las cadenas.
De su culto católico la pompa
Opuso, en sus pacíficos misterios,
La armonía del órgano y salterios
Al són marcial de la guerrera trompa.
Espléndida en el lujo soberano
De sus fiestas sagradas, juntamente
Necesitó el auxilio de la mano
Del sabio, del artista y artesano,
Y las recompensó pródigamente;
Y á su amparo vivieron, y á su vista,
El sabio, el artesano y el artista.
Roma no es más artista por romana
Que por cabeza de la fe cristiana.
La religion, con su fastuoso culto,
Con sus conmovedoras procesiones,
Con el misterio en cada paso oculto
De su ceremonial, de sus funciones
Con el incienso y los solemnes sones,
Sus millares de flores y de luces

Agrupadas en torno de sus cruces,
Con sus tiernas imágenes de bulto,
Que á la imaginacion del pueblo inculto,
De su Dios representan las acciones,
Del pueblo inocularon en el alma
Un nuevo gérmen de inocencia y calma.
Á la suave influencia
De esta casta y pacífica creencia,
Germinaron los nobles pensamientos,
Que amansaron las bárbaras pasiones,
Y brotaron los tiernos sentimientos,
Que abrieron al amor los corazones;
Regeneró la sociedad el cebo
De la nueva ilusion y el placer nuevo.
Así empezó á brotar el dulce instinto
De nuestras dulces prácticas sociales,
Que á un pueblo en raza y religion distinto,
Y hasta enemigo en nuestra sangre tinto,
Nos hacen ver con ojos fraternales,
É irle á tender, tras de la lid, la mano;
No viéndole enemigo, sino hermano.
Los monjes, que en la paz del monasterio,
Léjos del siglo y del mundano ruido,
De solitario estudio en el misterio
Habian su existencia consumido,
Reunieron de Egipto, Roma y Grecia
Cuanto se hallaba al parecer perdido,
Cuanto hoy el mundo literario aprecia;

Y sus copias cargándose en el hombro,
Frutos de su paciencia y su profundo
Saber, de sus centurias con asombro,
Salieron á esparcirlas por el mundo.
Cuanto hoy posee el profano clasicismo,
Se lo debe al saber del cristianismo,
Y de cuantos filósofos, poetas
É historiadores tuvo el paganismo,
Conservamos por él obras completas.
Así nació la ciencia aventajada
Que á la moderna sociedad alumbra,
En la de la alta antigüedad basada,
Y por el cristianismo conservada,
De aquella oscura edad en la penumbra.
Y asi nació aquel genio pintoresco
De la Edad Media, tan ingenuo, franco
Y original; tan ideal, tan fresco,
Y del desden de los pedantes blanco.
Los que la antigüedad toman por norma
Sistemáticamente,
Adoradores vanos de la forma,
Condenan de esa edad el genio ardiente,
Y á las artes de esa era que difaman,
Groseras y estrambóticas las llaman.
Pero no saben ver que en la riqueza
De su genio, en las artes que produjo,
Lo que perdió su artística belleza
En correccion de formas y en dibujo,

Ganó en inspiracion, en sentimiento,
En pureza ideal de pensamiento.
Excelente sin par la arte pagana
En correccion, en formas, en purismo,
Es, como el egoista paganismo,
Beldad sin corazon; grande, mas vana;
Porque el espiritual idealismo,
Que su expresion la infunde soberana,
No le comprende más que el cristianismo.
En medio del desórden y la incuria
De aquellos toscos siglos, vacilante
En basar é impeler hácia adelante
Su civilizacion cada centuria,
Miéntras que la nobleza, la milicia,
Los reyes sin poder y la justicia
Mal respetada, por lidiar con furia,
La sociedad revuelta abandonaban,
Aquellas religiosas sociedades
De encarrilarla al órden se encargaban,
Llenando los deberes que olvidaban
El gobierno civil y autoridades.
En los páramos, yermos y caminos,
Donde el gobierno débil no podia
Poner seguridad ni policía
Contra fieras, ladrones y asesinos,
Bajo los brazos de la cruz divinos
La religion solícita ponia
Un templo, un monasterio, una abadía,

Alguna ermita ó franca hospedería,
Que, atrayendo comercio y peregrinos,
El desierto al poblar, le protegia.
Donde en las populosas capitales
El cuidado y deber municipales,
Faltos de volundad ó subvenciones,
De hambre y peste en las épocas mortales,
No atendian sus pobres poblaciones,
Franquëaban los bienes monacales
Al hambre popular las provisiones
De sus inmensas trojes, y á los males
Del contagiado pueblo las mansiones
De sus caritativos hospitales.
Donde los descuidados ciudadanos
No alumbraban sus pueblos, su recinto
De noche abandonando al mal instinto
Y á la rapacidad de los villanos,
Por plazuelas, esquinas y rincones
Lóbregos, y en los puntos más cercanos
Á sitios turbulentos y profanos,
Mancebía, cuartel, juego ó taberna,
Ponian de un convento los hermanos
Una imágen de Dios y una linterna;
Sin rubor descendiendo muchas veces
Á las más ordinarias pequeñeces
Por remediar un mal, ó una costumbre
Mejorar de la tosca muchedumbre.
Así, por estas buenas sociedades

Cristianas, en las bárbaras edades,
Se empezaron á echar los fundamentos
De nuestro órden social y policía;
Germinaron así los elementos
De nuestra humanidad y cortesía.
Galvanizando así el catolicismo,
En época tan bárbara y guerrera,
Fué de la inteligencia el parasismo,
Débilmente, es verdad, con lento paso;
Pero ¿podia acaso
Obrarse en tal edad de otra manera?
En la honda ceguedad de aquella era
No se sabía aún lo que hoy se sabe,
Y al sér de niños en edad primera,
Vigor de adultos exigir no cabe.
Así de la Edad Media, no estudiada
De su elucubracion en los misterios,
La católica Iglesia calumniada
En sus ya derribados monasterios
Nos conservó, tan sábia como osada,
La ilustracion, las ciencias y las artes,
La fe, la libertad siempre buscada
Para el pueblo y por él jamas lograda;
La igualdad, anhelada en todas partes;
La civilizacion, vaticinada
Para los siglos de hoy en falansterios;
Cuanto bien gozan hoy nuestros imperios,
Desde aquellos católicos baluartes

Se derramó por ambos hemisferios.
Así las sociedades religiosas,
En su edad primitiva, se presentan
Al criterio imparcial de los que cuentan
La historia tal cual es; que de animosas
Pasiones á la luz no la comentan,
Y juzgan como son hombres y cosas.
Á esas comunidades, que se ahuyentan
De nuestra sociedad por onerosas
Ó innecesarias ya, deben, dichosas,
Los gérmenes de luz con que se ostentan
Las sociedades de hoy tan orgullosas.

XI.

Suum cuique.

De modas, de costumbres y de gustos
No hay leyes fijas; mas Voltaire lo dice:
Nuestro primer deber es el ser justos.
No es bien que la verdad se martirice,
Gustos por halagar de otras edades,
Ni que en mal ó á traves se preconice.
Justicia, y en su punto las verdades;
Cuando el siglo las juzgue ó analice,
Nadie, falso ó parcial, las descuartice.

Al fundarse, en desiertos ó en ciudades,
Buenas fueron aquellas sociedades;
¡Malhaya quien de tal se escandalice!
Fueron, no son; ya no las conservamos.
Muchachuelos aún, caer las vimos
En el fértil país donde nacimos;
Y aunque al verlas caer nos asombramos,
Y su caida cruenta no aplaudimos,
En silencio caer las contemplamos,
Porque el poder del tiempo comprendimos.
En su revuelto curso, las edades
Son como los turbiones y los vientos,
Que traen en pos de sí las tempestades;
Átomos otra vez los elementos
Vuelven á hacer, y polvo los cimientos
De las mejor basadas sociedades.
Cuando, más tarde, á recorrer la tierra
Nos impulsó nuestra febril locura,
En las naciones que la Europa encierra,
Que pasan por estar á más altura
De civilizacion y de cultura,
No las hallamos ya. Pasado habian
Tambien allí; sus grandes edificios
En otro empleo y posesion se vian,
Y hacian al Estado otros servicios.
Habia en todas partes su memoria
Pasado ya al dominio de la historia.
Sus personajes ya de más polendas

Presentados al público veia,
Y juzgados en dramas y en leyendas
Sin repugnancia ni emocion; cual prendas
De la pasada edad y antigua gloria,
Allí ya sus recuerdos recogia
Generosa, al pasar, la poesía.
¡Seña infalible y última de muerte!
La poesía es la inscripcion mortuoria,
El pomposo epitafio de la gloria;
La última flor que de su polvo inerte
Se eleva, y que perfuma su memoria.
Cuando al suelo de América abordamos,
Creyendo ya olvidado su estatuto,
De hallarlas allí aún nos admiramos.
¿Falsearon ellas mismas su instituto?
¿Eran un árbol cuyos viejos ramos
No daban sombra ya, ni flor, ni fruto?
Es ley universal: todo envejece,
Todo se usa por fin, todo fenece.
No es cuestion para locos. Suspendida
La dejamos aquí, mas no perdida.
La revista al pasar al universo,
Volverémos este árbol tan frondoso
Á hallar, dando doquier fruto diverso,
Ó dañado ó vital, ágrio ó sabroso,
Segun el suelo fértil ó fangoso,
Y el tiempo en que le hallemos arraigado;
No podemos aún poner la vista

En la presente edad, pues que revista
Vamos haciendo aún de lo pasado;
Ni pretendemos penetrar tampoco
El negro porvenir, que está cerrado.
¿Retoñar puede el árbol que perece?
¿Guarda bajo la tierra
Algun retoño, que escondido crece?
El porvenir en cálculos no cabe;
Dios en la negra eternidad lo encierra,
Y él de ella nada más tiene la llave.
Cayó el árbol; sobre él importa poco
Al mundo cuerdo la opinion de un loco;
Mas que haya muerto en su postrer otoño,
Ó que nutra en la tierra algun retoño,
Olvidar es injusto, cuando aterra
Árbol tan grande el vendabal adverso,
Que con su sombra cobijó la tierra,
Que nutrió con su fruto al universo.

XII.

No hay aquí nada nuevo; nada he dicho,
Que otros ántes que yo no hayan probado,
Y por sabido ya no esté olvidado;
Ni por oposicion ó por capricho
Plantar una verdad como en un nicho

De un elevado altar, se me ha antojado.
Yo estoy loco, y de loco son mis juicios;
Mas no teniendo bando ni bandera,
De ninguno esperando beneficios,
Porque ni *nada* fuí en mi edad primera,
Ni tengo de ser *nada* hasta que muera,
Recojo la verdad donde la encuentro,
La consigno cual es, la dejo entera,
Y no la desencajo de su centro.
La ciencia de hoy á los conventos debe
Los ricos manantiales en que bebe;
Y los pueblos, por Cristo libres hechos,
El conocer le deben sus derechos.
Es un punto de historia, en que no caben
Dudas, ni áun á Voltaire, y que hoy en dia
Hasta los chicos de la escuela saben.
Pero ¿por qué (preguntará algun cuerdo)
Hace ahora este loco tal recuerdo?
¿Por qué este punto de la antigua historia
Trae en este momento á la memoria?
Porque (á más de que debe, en cortesía,
Y de que es el lugar donde ir debia
En la revista del linaje humano)
Cumple á la generosa poesía,
Al que rendido cae, tender la mano (1).

(1) Estas lecturas se publicaban en forma de periódico semanal, al mismo tiempo que se cumplian los decretos del Gobierno de la extincion de los frailes y el derribo de los conventos en Méjico.

Y hablemos con franqueza é hidalguía:
Al secarse la flor, ¿justo sería
Al jardinero castigar que el grano
De su semilla verde sembró un dia?
Porque los monjes que hoy se hayan perdido
Por inutilidad ó por abuso,
¿Es justo al que por regla les impuso
Hacer al mundo bien, dar al olvido?
Porque ya nuestra capa gastó el uso,
Y sus jirones hoy el viento arrastre,
¿Es justo una paliza dar al sastre
Que de nueva en los hombros nos la puso?

El que diga que sí, sabrá bien poco,
Y probará no más que es un iluso,
Y que es mucho más tonto, que yo loco.

De todos estos datos, en conciencia,
Sacando alguna clara consecuencia,
Quiere decir, en puro castellano:
Que con la caridad el cristianismo
Rescató al infeliz género humano
De esclavitud, barbarie y servilismo,
Bases inicuas del poder romano.
Quiere decir que, diques oponiendo
De la fuerza brutal á la violencia
Con el santo poder de su creëncia,
Fué ante la fuerza bruta estableciendo

Su noble tribunal la inteligencia.
Quiere decir que el hombre inteligente,
El que podia ser de algun provecho,
Tierra empezó á ganar sobre el valiente;
Esto es: osó oponerse noblemente
Al poder de los puños, el derecho.
Quiere decir (si en el busílis toco)
Que Cristo, al imponerse la molestia
De ir instalando en paz al mundo lóco,
Con paciencia, razones y modestia,
Su razon fué alumbrando poco á poco,
Y empezó á ser el hombre ménos bestia.
Quiere decir que Cristo, á los humanos
Al inculcar sus leyes fraternales,
Y á los hijos de Adan haciendo hermanos
Y ante el altar y la justicia iguales,
Puso coto al poder de los tiranos
Y al pueblo en sus derechos naturales;
Esto es: vino á traer, si bien me fundo,
La libertad y la igualdad al mundo.
Mas ¿la raza de Adan tomó el consejo
Pacífico de Cristo? ¿los mortales
Fueron desde su edad libres é iguales?
¿Fué el tiempo nuevo superior al viejo?
No. Siguieron los hombres, tan brutales
Como siempre, rompiéndose el pellejo
En pendencias y guerras desastrosas,
Y cambiaron los nombres, no las cosas.

Desde aquí no son ya los altaneros
Romanos los que turban las naciones,
Ni del Norte los bárbaros guerreros;
Pero empiezan las guerras religiosas
Y se arman los cristianos caballeros.
Dios hizo al hombre noble, inteligente,
Y le dió la razon para que fuera
Superior á la bestia y á la fiera;
Mas el hombre enmendó al Omnipotente,
Y opinando por sí de otro manera,
Al ver que Dios le dió cabeza y brazos,
Para hallar su razon, hace pedazos
Las leyes que le dió naturaleza,
Y se abre la cabeza á puñetazos,
Para ver si la tiene en la cabeza.
Continuemos siguiéndole la pista,
Y sigamos del mundo la revista.

XIII.

CRISTO Y LA LIBERTAD.

Aquí dice el cajista de la imprenta
(Que es mozo que examina, por lo visto,
Lo que para imprimir se le presenta,
Y que no está de ingenio desprovisto)

Que lo que él casa mal, y mal le sienta,
Es que la libertad y Jesucristo
Sean guarismos de la misma cuenta;
Pues dos principios son y dos asuntos
Que, en cuantos libros lleva hasta hoy impresos,
Por la primera vez encuentra juntos,
Y de su union para encontrar los puntos,
Con inútil afan se hila los sesos.
Yo, que soy muy cortés, aunque estoy loco,
Voy á hacer una pausa en mi revista,
Para ponerme á platicar un poco
Sobre su observacion con mi cajista.
Que Cristo emancipó á la raza humana,
Y que hizo ante la ley y la crëencia
Iguales á la raza soberana
Y á la que nace y muere en la indigencia;
Que ante la ley y ante el altar cristiano,
Al soberbio y al grande y al tirano
De su arrogancia y su poder desnuda,
Es cosa en que á mi ver, no cabe duda,
Y aquí veo yo, loco, en mi demencia,
Más claro que la luz de la mañana
La libertad y la igualdad cristiana.
Nadie dirá de entrambas religiones,
Que á las de Cristo sobrepuje nada
La libertad ó religion de Roma;
Y á vuelta de poquísimos renglones,
Será la fe de Cristo comparada

Con la fe intolerante de Mahoma.
Mas empiezo á creer en mi conciencia
Que mi edad, que anda ya, como yo, loca,
O no estudia los hechos, ó equivoca,
Ciega, la LIBERTAD con la LICENCIA.
En la balanza fiel del raciocinio
Pesemos de las dos la diferencia.

Á un pueblo fuerte é invasor le plugo
Imponer á otro débil su dominio;
Toma el primer pretexto que á la vista
Le viene, y bajo el falso patrocinio
De esa razon que fuerza á que le asista,
Feroz, por sus fronteras se adelanta,
Le vence, y cuando ya quien le resista
No encuentra, se declara su verdugo,
Le hunde en la esclavitud, y exprime el jugo
De su vitalidad bajo su planta.
En política es esto *una conquista;*
En mi juicio es, en grande, *un latrocinio;*
Mas hay de juicios diferencia tanta,
Que no es raro que de éste á los extremos
La política y yo nos encontremos.
Llámese como quier lo sucedido,
Ello es que hay un triunfante y un vencido;
Mas un dia quebranta
El rendido el tiránico dominio,
Bate en una campaña de exterminio

Al invasor, y la cerviz levanta
Independiente y libre; su victoria
En himnos de placer, alegre canta,
Y eleva monumentos á su gloria.
He aquí la LIBERTAD, y es justa y santa.

La extraña ley tiránica destruye,
Su gobierno y sus leyes restablece,
Su nacionalidad reconstituye,
La cimenta, la nutre y fortalece;
Libre este pueblo, en fin, se constituye;
Se da la LIBERTAD, y la merece.

Un tribuno, una clase ó una raza,
Conspirando con maña y con porfía,
Su popular prestigio, se da traza,
Acrecentando en ir de dia en dia.
Se eleva, se entroniza, se abre plaza
Sobre todo poder; y su osadía
Todo en sí acaparándolo, amenaza
Convertir su favor en tiranía.

El pueblo, ó seducido ó engañado,
Le deja en su cerviz poner la planta,
Y cae por su poder avasallado;
Pero un dia este pueblo se levanta,
Recobra sus derechos, y al osado
Tirano echa un dogal á la garganta.
Esa es la LIBERTAD, y es justa y santa.

Ese pueblo, que abate, que destruye
Al que le veja, explota y envilece;

Que las falseadas leyes restablece,
Y á su constitucion se restituye,
Se da la LIBERTAD, y la merece.
Mas si ese mismo pueblo, cuya mano,
Aprovechando la ocasion propicia,
Rompe y se quita el yugo de un tirano
(Ya de su propia tierra ó extranjero),
La noble causa de su triunfo vicia;
Si en lugar de volver, justo y severo,
El curso del comercio y la justicia
Á encajar otra vez por buen sendero,
Á poner en su hacienda economía,
Del pueblo á asegurar la subsistencia,
Á instalar en sus pueblos policía,
Cultura, educacion, moral, labranza,
Que aseguren su paz é independencia;
Si de su justo triunfo en la alegría,
Se aduerme en una inerte confianza,
Mira una reaccion con indolencia,
O con desprecio la invasion que avanza;
Si abre á las ambiciones la esperanza,
Y se deja arrastrar á la anarquía,
Y se divide en bandos, y se lanza
Con innoble furor y saña impía
A saciar su rencor y su venganza,
¡Ay de él! él mismo á muerte se sentencia;
Él en su mismo corazon se hiere,
Y él por sí mismo asesinado muere,

Su LIBERTAD ahogando en la LICENCIA.
Porque la esencia que á los dos distingue
Tal es; la una es impía, la otra santa;
Y allí do la LICENCIA se levanta,
Su sacra luz la LIBERTAD extingue.
La LIBERTAD reforma y restablece
Lo que abolió ó vició la tiranía;
El comercio y las artes favorece,
La justicia y las leyes establece
Iguales para toda jerarquía;
A los pueblos ilustra y ennoblece
Dándoles dignidad, y llega un dia
En que de modo tal los enaltece,
Que, de poder y de tesoros dueños,
Llegar los hace á grandes de pequeños.
La LICENCIA derriba y atropella;
Mata al comercio, ahuyenta la justicia;
Las leyes borra, los derechos huella,
Y el buen instinto de los pueblos vicia;
Y de tal modo sus poderes mella,
Su dignidad é instituciones aja,
Destructora del bien, y al mal propicia,
Que en vez de enaltecerles, los rebaja.
La LIBERTAD es justa, digna, santa,
Generosa y leal; do va difunde
La ilustracion; seduce, atrae, encanta,
Causa placer, y confianza infunde.
La LICENCIA es estúpida y espanta,

Todo lo desordena y lo confunde;
Pervierte la moral, aras levanta
A ídolos viles, las creencias hunde,
Y en un perpétuo y destructor litigio,
Sólo acierta á crear su desprestigio.
¿Ejemplos?—Hay cien mil.—Van tres ó cuatro
De ésos que saben hoy hasta los chicos,
Porque en novelas ya y en el teatro
Los ven, y hasta en países de abanicos.
Suiza, indomable, sacudiendo un dia
Del austriaco imperial la tiranía,
Batiéndole tenaz en seis campañas,
Clavando con heróica porfía
Su pendon liberal en sus montañas,
Cuantos tesoros é hijos poseia
Inmolando al pié de él, hasta aquel dia
En que fué libre, y libre permanece,
Se dió la LIBERTAD, y la merece.
Castilla, siete siglos por los moros
(Grey de otra fe y estirpe) sojuzgada,
Empeñando á judíos sus tesoros,
Para arrancar en lid desesperada
Uno á uno los granos á Granada,
Y el suelo que á sus hijos pertenece,
Se da la LIBERTAD, y la merece.
Francia, harta del reinado de tres Luises,
Que su sangre y sus arcas agotaron,
Ardiendo en sed de atropellar las lises,

Que del Rey y su córte en pro del gusto,
Al pueblo empobrecieron y humillaron,
Pensó en la LIBERTAD, y fué muy justo.
Luis Catorce, el orgullo en carne viva,
La vanidad mortal entronizada,
La majestad hipócrita y lasciva,
Para befa de un pueblo coronada;
Luis Quince, el egoismo libertino,
Derrochando por manos de rameras,
De su estado las rentas postrimeras,
Sin fe en Dios y sin miedo del destino;
Rey que, sin interes y sin asombro,
Viendo á la Francia hervir como un Vesubio,
De huir seguro del volcan vecino,
La faz tornando y encogiendo el hombro,
Dijo: *Despues de mí, vuelva el diluvio;*
Luis Diez y seis, honrado, pero inútil,
Mejor que para rey, para artesano,
Distraido en trabajo ignoble y fútil;
El cetro en vez de asir con firme mano,
Dieron á Francia la ocasion propicia
De alzarse en LIBERTAD, y fué justicia.
Pero Suiza despues, de sus cantones
Celosa, por mezquinas disensiones
Degollando sus bravos vecindarios,
Sin lograr con tan necias divisiones
Darse unidad, y exhaustos sus erarios,
Comercio haciendo del valor (herencia

Y blason de su noble independencia),
Vendiendo al extranjero en batallones
Sus libres ciudadanos mercenarios,
Manchó su LIBERTAD con la LICENCIA,
Puso el valor á precio de salarios,
Y encenagó su honor en la indigencia.
Castilla, proponiendo á los moriscos
El dogal ó el bautismo, por los riscos
Escarpados de la áspera Alpujarra
Hojeando hasta sus últimos apriscos;
Queriéndoles con ímpetu violento
Atraer á la fe, como se amarra
Una manada de salvajes toros,
De venados ó búfalos ariscos;
Castilla, de su triunfo en el momento,
Pidiendo á los judíos sus tesoros,
Atándoles al banco del tormento,
Entre dos dominicos ó franciscos,
Que en justicia tal se hacian tercio;
Castilla, á los judíos y á los moros
Expulsando; es decir, con imprudencia
Privándose de industria y de comercio
Por escrúpulos vanos de conciencia,
Por un mal entendido sentimiento
De religiosa fe é independencia,
Manchó su LIBERTAD con la LICENCIA,
Holló la caridad del cristianismo;
Y el rey, que para tal dió su anuencia,

Cambió la religion en fanatismo
Y acreditó escasez de inteligencia.
Francia, alzando en las calles y las plazas
Patíbulos doquier y guillotinas,
Á cuantos de nobleza vió con trazas
Colgando en el farol de las esquinas;
Por sospechas no más y pareceres,
Descabezando á niños y á mujeres;
Por calumnias no más y delaciones,
Razas enteras de inocentes seres
Quemando en sus pacíficas mansiones,
Echó, desaforada, en sus blasones
Un borron de barbarie y de ignorancia;
Y al darse libertad é independencia,
Ahogó su LIBERTAD en la LICENCIA,
Haciéndonos decir con repugnancia:
«¡Eso no es LIBERTAD, eso es demencia!»
Porque la LIBERTAD es justa y santa,
Civiliza é ilustra, raciocina
Y convence, reforma y adelanta;
No con el palo, con la ley domina,
Que sobre todos imparcial levanta,
Cuya balanza hácia ninguno inclina.
Porque la LIBERTAD tiene su planta
Puesta sobre un nivel que no se tuerce
Jamas, que es la IGUALDAD, justa, severa,
Que no se desnivele, ni se fuerce
Por mano alguna; universal, entera,

La misma para todos, no ludibrio
Del poderoso, que la esquiva, y yugo
Del pueblo débil, de quien es verdugo.
Y sobre este nivel en equilibrio,
De la balanza fiel de la justicia
La barra horizontal por ambas puntas
Nivelando, sin fraude ni malicia,
La LIBERTAD y la IGUALDAD van juntas.
Y así es como están puestas, por lo visto,
La LIBERTAD y la IGUALDAD de Cristo;
Pues que fundó la religion cristiana
Sobre una caridad sin restricciones,
Que no niega el favor de sus acciones,
Ni á un individuo de la raza humana;
Haciendo á los esclavos y á los reyes
Iguales ante Dios y ante las leyes.
La libertad y la igualdad son solas
Capaces ya de mantener en calma
De la agitada sociedad las olas;
Los hombres de hoy empiezan en su alma
A concebir mejores pensamientos
Sobre la dignidad de los humanos;
Los pueblos, con más nobles sentimientos,
No son, como ántes, tribus de mendigos,
Que tienen que ir hambrientos
Á pedir al porton de los conventos
Pan á la caridad de sus hermanos.
Hoy con un sentimiento ménos bajo,

Con más vigor y más conocimentos,
Basan la caridad sobre el trabajo;
Hoy, libres ya de bárbaros castigos,
No son los pueblos hordas de villanos,
Tratados por un rey, como enemigos
Vencidos; hoy los pueblos no trabajan
Para un señor soberbio, no se rajan
En trabajo servil las rudas manos,
Ni á vestir su librea se rebajan,
Para dar tierra y oro á sus tiranos.
Hoy no son ya señores, sino amigos
De su pueblo doquier los soberanos;
Hoy ya, por el trabajo libres hechos,
De servidumbre vil emancipados,
Los pueblos, que están ya civilizados,
No pagan á su rey infames pechos;
Hoy, libres, encomiendan á sus reyes,
Ó á los hombres que rigen los estados,
La ejecucion de las comunes leyes;
Saben reyes y pueblos sus derechos,
Y recíprocamente autorizados,
Y en una union recíproca apoyados,
Los populares fueros y los reales
Están exactamente nivelados
Por la IGUALDAD y LIBERTAD legales.
No la IGUALDAD y LIBERTAD francesas,
Ricas de utópias, largas en promesas,
De su *noventa y tres*, en sangre hundido,

Que quiso equilibrar del universo
Las sociedades en sentido inverso,
Y no dejó tras sí más que pavesas,
Y de quien todo el mundo se ha reido
Despues de haber al mundo estremecido.
No esa IGUALDAD y LIBERTAD impresas,
Sin gloria ya en el libro del olvido,
Que tuvieron, despues de tanto ruido,
Que venir á espirar bajo la mano
De un tribuno más habil y atrevido,
Que se hizo emperador y soberano;
Porque, para ir á dar sobre lo mismo
De que huir se queria, era por cierto
Bien inútil trabajo haber abierto
Ante la ilustre Francia aquel abismo.
No esa furiosa LIBERTAD sin freno,
Que, armada de la crítica y el palo,
Destruye del furor lo que cree malo,
Sin saber construir lo que cree bueno.
No la IGUALDAD injusta, que rebaja
Al alto y superior en pro del chico;
Que lo grande, lo ilustre y lo noble aja,
Sin añadir al pobre una migaja
De lo que obliga á vomitar al rico;
Sino la LIBERTAD de nombre y hecho,
Que da al pobre valor, honra y trabajo,
Y un círculo á su sér ménos estrecho;
Que abre á todos la senda y el derecho

Para subir, partiendo desde abajo;
No la que al alto por placer derriba,
Otro mejor sin colocar arriba.
La IGUALDAD que nivela ante las leyes
De toda sociedad las jerarquías,
Dando á los pueblos paz y garantías,
De los fuertes, los grandes y los reyes
Contra el abuso, fuerza y tropelías.
La LIBERTAD y la IGUALDAD severas,
Justas, universales, verdaderas,
Que se apoyan de Cristo en esta frase;
Lo que para tí mismo no quisieras,
Jamas para tu prójimo lo quieras.
LIBERTAD, IGUALDAD: ésta es su base.

XIV.

ARABIA.

No hay más que un Dios (1), y Mahoma es su profeta.

Á extranjero dominio jamas rendida,
La Arabia es una tierra mal conocida.

(1) Nunca he podido comprender por qué el mayor número de los orientalistas de todos los países traduce la primera parte de la profesion de fe musulmana en una frase tan bárbara como ésta: *No hay más Dios que Dios*. Esto es lo que se llama una

Los egipcios, los persas y los romanos
Por someterla hicieron esfuerzos vanos;
Porque en redor tendida de un gran desierto,
Cuya region estéril es *mar de arenas*,
Ante sus pueblos nómades doquier abierto,
Sus tribus, si, amagadas de armas ajenas,
Del enemigo el triunfo calculan cierto,
Lánzanse en él, y esquivan yugo y cadenas.
El orgullo romano cuenta en sus glorias
Haber de ellos triunfado; mas si tal hizo,
Se redujeron sólo tales victorias
Á pueblos del terreno más fronterizo.
Romanos, persas,
Ni egipcios nunca osaron entrar, audaces,
En aquel mar de polvo, tras sus dispersas
Tribus fugaces.

El desierto es el antro del desconsuelo;
Su soledad inmensa, que aflige el alma,
Son setecientas leguas de arena y cielo,
Silencio y calma.

verdad de Pedro Grullo: *No hay más puño que el puño.* La frase árabe dice: *Lá alláh ila alláh*; que traducida palabra por palabra, significa: *No Dios sino el Dios único* (*ó el Dios verdadero*); y esto, en buen castellano, quiere decir: *No hay más que un Dios.* El intento de Mahoma, al predicar el islamismo, fué destruir la idolatría, é inculcar en su pueblo la idea de un solo Dios. Traducir la frase árabe por cualquiera de éstas: *No hay más Dios que Dios*, ó *no hay otro Dios sino Dios*, es no saber el árabe, é ignorar ó querer estropear la lengua europea á la cual se traduce. Y á propósito de esta nota, ¿qué apostamos á que ahora, que estoy loco, se me antoja tirármelas de sabio y me meto á corregir á los maestros á quienes estudié mal cuando estaba cuerdo? ¡Tendria gracia!

La atmósfera abrasada de estos parajes,
El pulmon no refresca de quien la aspira,
Y sólo alguna banda de aves salvajes
Con perezoso vuelo por ella gira.
Ni una roca, ni un árbol, ni un hilo de agua
Entretiene al viajero que le atraviesa,
El arenal exhala calor de fragua,
Y el aire pesa.
Alguna vez el viento que se revuelve
Alza y cuaja nublados de polvo denso,
Y su arena al desierto cuando devuelve,
Forma, como la lluvia, turbion inmenso.
Bajo estos torbellinos desaparecen
De todo derrotero huella y señales,
Y en torno del viajero, como el mar, crecen
Los arenales.
Entónces Dios tan sólo, de quien emana
Todo bien, es quien puede salvar la tienda
Del Emir, del viajero la caravana,
Y al mercader que en ella lleva su hacienda.
Miéntras se tiene cerca tierra habitada,
Del desierto á los lindes, muestra el paisaje
Una vista de objetos accidentada,
Aunque salvaje.
Alguna vez se encuentran de trecho en trecho
Coloquíntidas acres, silvestres guindos,
Laureles venenosos, matas de helecho,
Zarzas de bayas ágrias y tamarindos.

Alguna vez un coco de tronco enjuto,
Alguna datilera de jugo escaso,
Ó algun nopal punzante, su pobre fruto
Brindan al paso.
Á veces de aquel suelo bofo y caliente
Se encuentra dibujado sobre la arena
El rastro prolongado de una serpiente,
O el hoyo del cadáver que abrió una hiena.
Tal vez entre las ramas de un cinamomo,
De doradas abejas bulle un enjambre,
Ó en un zarzal un búfalo de arqueado lomo
Divierte el hambre.
Tal vez dos avestruces emparejadas,
Que enterraron sus huevos en las arenas,
Huyen á largos trancos, amedrentadas
De alguna caravana que ven apénas.
Tal vez, en fin, se miran cruzar distantes,
Como en el mar se avistan perdidas velas,
Un leon perezoso ó unas errantes
Pardas gacelas.
Mas por el centro estéril cuando se avanza,
En medio de su muda quietud inerte,
Cuando ya arena y cielo no más se alcanza,
No queda en el desierto más esperanza
Que esta doble memoria: Dios y la MUERTE.
Marcó estas soledades inmensurables
Del pavor y el vacío Dios con el sello;
Los árabes las cruzan imperturbables

Sobre el deforme lomo de su camello;
Porque para estos llanos interminables,
Barcas de este arenisco mar solitario,
Fuertes, sobrios, pacientes, infatigables,
Creó Dios el camello y el dromedario.
El árabe viajero y el negociante
Jefe de caravana, por el camino
Cuidan más del camello, que del marchante
Y el peregrino;
Y si escasez de víveres hay un instante,
Le apartan alimento más abundante,
Que al mismo comandante
De la escolta que llevan contra el beduino.
El camello prolonga por muchos años
Su austera vida,
Y el árabe en sus valles, de ellos rebaños
Propaga y cuïda.
Compañero del árabe, siervo y amigo,
Con su carne, su leche, su piel y pelo,
Alimento, bebida, traje y abrigo
Le da, cual necesita bajo su cielo.
El árabe en su vida semisalvaje
Adquiere á sus camellos hondo cariño,
Y en sociedad con ellos durante un viaje,
Que no es más que un perpétuo peregrinaje,
Criándose con ellos desde muy niño,
Tomando su bebida del mismo aguaje,
Tomando su comida del mismo escriño,

Tributa á sus servicios justo homenaje;
Como ellos reconocen su vasallaje,
Del árabe obedientes á un leve guiño,
Él, al llegar *al alto* ó al hospedaje,
Se ocupa de su pasto, lecho y aliño
Ántes que de sí propio, con tan sincero
Afecto, con tal gusto, con tal esmero,
Con tan prolijos
Cuidados, que olvidarse puede primero
De los más fijos
Principios del creyente más verdadero;
Del venerable anciano su pasajero,
Del pan hospitalario del extranjero,
Y hasta del que demandan sus propios hijos.
El árabe le estima como merece,
Pues, aunque de él se sirve, no le envilece;
Parte con él su grano, su cantimplora,
Su tienda miéntras vive, y al fin le llora
Cuando perece.
El árabe es un hombre cuya existencia
Tiene por primer base la independencia;
Segun su raza,
Así son sus costumbres, su genio y traza.
Aunque en verdad un tipo mismo domina
En sus razas más cultas ó más groseras,
Desde Argel y Marruecos á Palestina,
De Sabá y de su estrecho por las riberas,
Hasta Capsina.

. . . . . .

. . . . . .

El árabe, ignorante, leal, severo,
Valiente, rencoroso é independiente,
Rapaz, agradecido, sobrio, altanero,
Supersticioso, tanto como creyente,
Del agreste salvaje y el caballero
Cualidades y vicios tiene igualmente.
Comedido en su tienda y hospitalario,
Abraza fiel la causa del extranjero,
Y si ofrece un servicio por un salario,
Aunque arriesgue la vida, le cumple entero.
Celoso de su honra, por la sospecha
Más mínima á vengarse va temerario,
Y el más horrendo crímen encima se echa
Por saciar su venganza, como un sicario.
Cual quisquilloso en honra y en fe y amores,
Vano está y orgulloso de sus mayores.
Las tribus pobladoras de sus comarcas,
Hijas de los primeros reyes pastores,
Á los santos profetas y patriarcas
Cuentan por sus ilustres progenitores.
Libre y á todo yugo su raza esquiva,
La de Arabia es la raza más primitiva;
Tal vez la más antigua de las naciones,
Arabia es la que osada va más arriba
Del tiempo, la que un círculo mayor abarca;
De los tiempos más altos guarda memoria;

Sólo la *Biblia* cuenta su antigua historia.
Su semítica raza saber pretende
Los nombres y los hechos más primitivos
De la familia humana de quien desciende,
Y de su nombre, estirpe y hogar nativos,
Conserva los primeros recuerdos vivos.
El árabe por base da á su nobleza,
No un feudo donde arraiga su patrimonio,
Sino el nombre del jefe que fué cabeza
De su antigua familia; y en testimonio
De su sangre y prosapia de la pureza,
Con una imperturbable clara firmeza,
De su progenie entera dar puede el nombre,
Hasta Adan numerando, con gran certeza,
Á todos sus abuelos, hombre por hombre;
El árabe guerrero, como el beduino,
Cuentan por las virtudes más eminentes
Las de ser generosos y ser valientes;
Mas de Agar no olvidando nunca el destino,
Creen el desierto
Campo de presa ante ellos por Dios abierto;
Y es el que los encuentra por su camino
Despojado por ellos y esclavo ó muerto;
Mas, por virtud teniendo casi divina
El ser hospitalarios, el que por suerte
Partió una vez con ellos su sal y harina,
Les gana por amigos hasta la muerte.
El árabe beduino, como el guerrero,

Es el mejor jinete del mundo entero.
Sus caballos encastan ante testigos,
Y sus yeguas de raza paren á vista
Del dueño, de sus hijos, deudos y amigos;
Del nombre de sus potros llevan la lista,
Y nace cada yegua de raza pura,
De su genealogía con testimonio,
Como en Europa un hijo de matrimonio,
De su fe de bautismo con escritura.
Su caballo de silla no tiene pares
En la lid, en la marcha, ni en la carrera;
Criado con los hombres en sus adoares,
Pasando con su dueño la vida entera,
Se le hacen sus costumbres tan familiares,
Y el árabe le educa de tal manera,
Que para sus servicios particulares
No necesita un dedo mover siquiera.
El caballo, en la calma de sus hogares,
Escucha sus palabras y sus cantares,
Está atento á sus pasos cuando está afuera,
Come en su mano y bebe con su escudilla,
A un silbido del dueño viene á la silla,
Y á la voz del jinete parte ó espera.
En la lid y en campaña, como en el viaje,
Sufre al calor, el hambre, la sed y el sueño;
No extraña la fatiga, ni el hospedaje,
Y vela miéntras duerme sobre él su dueño.
Libre, de su jinete jamas se aleja;

Ensillado, está inmóvil donde le deja;
Con su jinete vive, con él se bate;
Y al sentir que le hieren en el combate,
Le saca á todo escape del mal empeño,
Y si pierde la silla, junto á él se abate;
Mas si él es el herido, cuando le hiere
El hierro, avisa á su amo con un lamento,
Se revuelve, y del campo salirse quiere;
Mas si ve que en él muera su amo prefiere,
Combate hasta el postrero fatal momento;
Recoge, al despedirse, su último aliento,
Relincha y muere.

El árabe de todas las agarenas
Tribus, el que del Yémen las verdes lomas
Habita, el que en ciudades de lujo llenas
Vive rico, el que esclavo gime en cadenas,
El que comercia en sedas, perlas y gomas,
Lo mismo que el beduino de las arenas,
Cuenta sólo en la vida cinco placeres:
La guerra, los aromas,
Los caballos, los cuentos y las mujeres.
La *felláh*, que una tienda de cuero habita;
La sultana, que en blando cogin reposa
En un alcázar régio; la favorita,
Que en el haren hastiada, sola y celosa,
Por eunucos guardada, llora ó dormita,
Y la *almée* vagabunda, que, licenciosa,

En los cafés y baños versos recita,
Dar necesita
Al aire que respira y á su anchurosa
Vestidura un perfume que no se quita
Jamas, que los sentidos traidor incita
Al placer, y cuya aura vertiginosa
Suavemente el sistema nervioso excita.
La mujer de esta raza, fea ó hermosa,
Donde mora y por donde pasa ó transita,
En la atmósfera deja la aura que agita
Impregnada de esencia de ámbar ó rosa.
Ellas y ellos,
Por oir una historia ó una leyenda,
Dejarán sus caballos y sus camellos
Con hambre, sin aroma barba y cabellos,
Y dos noches seguidas sola su tienda.
Y razon tiene el árabe ¡por vida mia!
Porque, la más antigua de las naciones,
La Arabia es una tierra de poesía;
Cuyas bellas leyendas y santas crónicas,
Que datan de las fábulas y tradiciones
Madianitas, sabéas y salomónicas,
Forman de sus desiertos las diversiones.
Naturalmente
El lugar que está falto de séres vivos,
Su escasa gente
Llena con los fantasmas que cree en su mente,
Que á su vacío pueden dar atractivos.

Es instinto del hombre; su pensamiento
Fantástico, donde halla vacío espacio,
En el llano ó el monte, la mar ó el viento
Á séres invisibles labra un palacio,
Y en su fábrica aérea coloca un cuento.
Albion y Alemania de misteriosos
Genios é historias llenan la parda niebla,
Que entolda sus helados climas brumosos,
Y el árabe de cuentos maravillosos
El hueco de sus anchos desiertos puebla.
Los hombres de las selvas y las montañas,
Los poetas sombríos y visionarios
Del norte, de sus fábulas tristes y extrañas
Visten los personajes imaginarios
Con despojos de monstruos y de alimañas,
Y con paños sangrientos ó funerarios;
El árabe, que en torno ve de su tienda
Dos círculos calientes de arena y cielo,
Estos dobles vacíos secos y ardientes
De éter y suelo,
En el relato dulce de una leyenda
Puebla de alegres genios, de hurís sin velo,
Y huertos que refrescan flores y fuentes.
Las narraciones árabes de maravillas
Hablan siempre ó encantos; y sus escenas,
Que están siempre de arroyos á las orillas
Colocadas y á falda de frescos valles,
En hechos y argumentos son tan sencillas

Cuan pintorescas y ámplias son en detalles.
El árabe del Yémen narra sus cuentos
Con tan voluble y móvil fisonomía,
Con expresion tan vária de movimientos,
Que la atencion del que oye toda arrebata,
Y el oido y la idea siguen atentos
Los detalles que bordan sus argumentos;
Y es en sus inflexiones su voz tan grata,
Que semeja una especie de salmodía,
Cuyos tonos se timbran sobre instrumentos
De cuerdas, que aseguran cristal ó plata.
Su voz limpia, argentina, sonora y pura,
Nunca áspera ó ingrata hiere el oido,
De una cadencia sorda, cóncava ó dura
Con un sonido.

LA LENGUA ÁRABE.

El árabe no tiene letras nasales,
Ni sonidos confusos, dobles ú hondos;
De sus vocales
Da los sones plateados, puros, redondos,
Y sus letras silbantes y guturales
Salen tan dulcemente de su garganta,
De su lengua y sus labios brotan tan suaves,
Que á intervalos parece que el que habla canta,
Pues el són que, armonioso, su voz levanta

Pía, gorjea y trina como las aves.
La lengua árabe tiene modulaciones
Mil, tan incomparables en armonía,
Que, al tiempo que cautivan sus narraciones
La fantasía
Con sus vivas pinturas y descripciones,
Para oir de sus frases la melodía
Atraen á los oidos los corazones.
Su lengua es una lengua tan armoniosa,
Como el són de las olas del mar en calma,
Como el que hacen la abeja, la mariposa
Y el colibrí al posarse sobre la rosa,
Y, abanico del aire, la undosa palma;
Y en verso y prosa,
Encanta los oidos y arrulla al alma.
Su verso es como prosa, fácil, sencillo,
Enfónico, flexible, sin elisiones;
Gira, ondula, se cruza, rueda y se enlaza,
Como un hilo de seda sobre su ovillo,
En miles de hemistiquios se despedaza,
Y al volver caprichoso sobre sí mismo,
No se entorpece nunca, ni se embaraza
Su mecanismo,
Que va sin pena
Brotando, y sin perderse circula y suena
Como en torno del árbol un pajarillo,
Cual su mansa corriente sobre la arena
Desarrolla un sonante manantialillo;

Y sin fuerza de rudas trasposiciones,
Revuelve su palabra clara y serena,
Cual revuelve sobre uno y sobre otro anillo
Sus varios eslabones
Una cadena.
Las estrofas galanas
De sus canciones,
Que salpican doquiera mil africanas,
Monosílabas, rápidas exclamaciones,
Que animan pintorescas comparaciones,
Que esmaltan expresiones
É imágenes chispeantes de gracia y brillo,
Cortan doquier las múltiples repeticiones
De un estribillo.
Su prosa es como verso; doquier cortada
Por rítmicos apoyos y desinencias,
Hace girar su frase, doquier sembrada
De ricas consonancias y de cadencias,
Que á su curso flexible no estorban nada;
Ántes hacen que ruede más armoniosa,
Sin dejar que esta frase dulce, rimada
Y acompasada,
Conciban los oidos si es verso ó prosa;
Porque el són de esta lengua bien pronunciada
Se oye tan cadencioso, sonoro y terso,
Que parece, de ritmo siempre cargada,
Poesía su prosa bien acentuada,
Y melódica prosa su fácil verso.

Mas basta de arabescos y poesía;
Cortemos digresiones; cuestion más séria
Abordemos; toquemos mejor materia,
Que no estribe en lujosa palabrería
Y en vagaroso y fútil orientalismo,
Que es como flor de invierno, que dura un dia;
Que por sí mismo
De solidez carece; su idealismo,
Que se apoya en la magia y el empirismo,
No tiene en sí más mérito, que el mecanismo,
Cual filigrana frágil de orfebrería.

Como raza á su imágen por Dios creada,
Como familia de hombres inteligente,
Á la tierra, á la vida civilizada,
¿Qué dió el Oriente?
Traigamos á revista la árabe gente.

Hijo de Abraham el árabe, desheredado,
Al llevar al desierto su descendencia,
No renunció á la estirpe que le habia dado
El ser, la fe y el nombre, si no la herencia;
Porque los desterrados israëlitas
Son hijos de las tribus ismaëlitas;
Tienen el mismo orígen, la misma historia;
Copia son unos de otros sus libros santos,
Tienen los mismos cuentos, los mismos cantos;
Habitaron un tiempo la misma tierra;

En la misma ascendencia fundan su gloria,
Y aquel á quien su ingrata patria destierra,
Siempre de ella en el alma guarda memoria.
Así que el agareno llevó al desierto,
Con sus audaces hijos desheredados,
El amor de la patria, que nunca ha muerto,
Y el ódio á sus hermanos privilegiados,
Por Abraham preferidos,
Y en los lares paternos instituidos.
Pero jamas pudieron tiempo, distancia,
Ódio infame de raza, venganza y guerra,
Borrarles el recuerdo de que en su infancia
Los crió el mismo padre, la misma tierra.
Los hebreos en todos los cataclismos,
Con que la atroz venganza de otras naciones
Hondos abismos
Abrió á sus desdichadas generaciones,
Ya impelidos por ellas, ya por sí mismos,
Hicieron en el Yémen emigraciones;
Y á familias de errantes, pobres cristianos,
Que huian de la furia de los romanos,
Acogieron mil veces los imiaritas,
Y proteccion hallaron en los hiranos
Ismäelitas.
Así de las tres razas las existencias
Se confundieron,
Y así en Arabia juntas se difundieron
Sus tres creencias.

Sus mistas tradiciones son el venero
Del cual brota la historia del mundo entero.
Hoy de los patriarcas y los profetas,
Con quienes Dios hablaba desde una nube,
Y de los inspirados reyes poetas
En los libros sagrados, fuerza es que incube
Sus gérmenes la historia; pues son las vetas
Del manantial más claro, do más completas
Sus primeras noticias á beber sube.

El árabe, habitante de los lugares
Do Salomon, Job, Esdras y Jeremías
Cantaron sus amores y sus pesares,
Conserva en sus leyendas hasta estos dias,
Bajo orientales formas desfiguradas
Con mil supersticiones é idolatrías,
Sus historias, que damos como sagradas;
Y en su Eucologio reza cien salmodías,
Sobre textos hebreos por él forjadas,
Comunes con las nuestras y las judías;
Y son, como los suyos, nuestros cantares,
Y hermanas de las nuestras sus profecías.

El árabe en sus preces particulares,
De su tienda en la estrecha sombría estancia
Ó á sombra de los fardos de sus camellos,
Recita, aunque estropeados, los salmos bellos
Que aprendemos nosotros en nuestra infancia.

Los hebreos, los árabes y los cristianos,
Que en una misma fuente la fe bebimos,
Hijos de primitivos pueblos hermanos,
Las palabras sagradas guardamos de ellos.
Recuerdos que no apagan tiempo y distancia,
Del alba de la vida son los destellos,
De las flores del alma son la fragancia;
Cuya luz admiramos miéntras vivimos,
De las que respiramos la suave esencia;
Porque son las primeras frases que oimos,
Porque son las plegarias con que morimos
Al salir por las puertas de la existencia;
Porque en la sinagoga y en la mezquita,
Como en el templo santo,
Con poca diferencia,
En las horas extremas su letra ó canto
La vida y la esperanza nos da ó nos quita,
Al venir á la vida é irnos del mundo;
Porque el imán y el párroco, como el levita,
Al sér recien nacido y al moribundo
Se los recita.

Pero de Agar los hijos, cuando partieron
Con los hijos de Sara la patria tierra,
Cuando nacion distinta formando, fueron
Haciendo á sus hermanos impía guerra,
Privados de los sabios legisladores
Y los santos profetas, conservadores

De su fe y tradiciones, que á Israel dieron
Una creencia firme, y en las mayores
Catástrofes en ella se mantuvieron,
De su fe las primeras
Puras nociones
Viciaron extranjeras
Supersticiones.
La Arabia de la Persia, la Palestina
Y los pueblos hebreos más primitivos,
Del Egipto y la Siria siempre vecina,
En creencias, costumbres, lengua y doctrina
Cien recuerdos de todos hizo adoptivos,
Y con algo de todas las religiones
Amalgamó más tarde sus narraciones
Y creó su carácter y poesía.
Los agarenos fueron de dia en dia
Perdiendo las memorias y narraciones,
De su orígen hebreo; sus corazones
Invadió poco á poco la idolatría,
Separando hondamente las dos naciones.
Pero el árabe de ambas se cree el primero;
Y de su noble raza da por seguro
Que el primitivo gérmen guarda más puro,
Y de su fe el espíritu más verdadero.

MAHOMA.

Los cristianos en sectas y en herejías
Partidos aguardaban un Paracleto,
Los hebreos fiaban en un Mesías,
Las demas religiones, sin fe, en secreto
Continuaban sus ciegas idolatrías;
Y en toda fe las almas de Oriente frias,
De Grecia, Egipto, Persia, Judea y Roma
Estaban ya del tiempo por la carcoma
Roïdas las añejas mitologías.
Hé aquí que en la Meka por estos dias,
Reformador profeta, nació Mahoma.

Destinado al comercio desde la infancia,
De Siria, Egipto y Persia por las regiones
Viajó, de sus hogares á gran distancia;
Y en las ricas ciudades de otras naciones
Más cultas que la suya, donde hizo estancia,
Observó las costumbres y religiones,
Y aclaró las tinieblas de su ignorancia.
Del culto de los magos tomó nociones,
De las leyes judaicas y el sabeismo;
Y un monje nestoriano, que en el misterio
Le hospedó de los claustros de un monasterio,
Le inició en las creencias del cristianismo.

Mahoma juzgó que era la hora propicia
Para extirpar el árabe politeismo,
Y pensó de los dioses hacer justicia,
Y una fe fundar única, y con pericia
Mahoma, sin fiarse más que en sí mismo,
Preparó las semillas del islamismo.
Mahoma, ni ignorante, ni gran talento,
Concibió que era estúpida la idolatría,
Y un Dios solo admitiendo su pensamiento,
Una creencia sola resolvió un dia
Predicar á la Arabia, su fundamento
Basando en la cristiana y en la judía.
Mahoma era de noble y antigua raza;
Tenía hermoso rostro, gentil presencia
Y ojos de luz; hablaba con elocuencia
Y en los lances más arduos siempre halló traza
Para sacarle airoso su inteligencia.
No porque él fuera un genio claro y brillante;
Porque era más su pueblo, que él, ignorante.
Cual todos los que intentan una reforma,
Empezó á las costumbres de su existencia
La virtud más austera dando por norma,
É hizo que le tuvieran sus semejantes
De las virtudes árabes por vivo ejemplo,
Que ver pasar teniendo quince años ántes
De tener una cátedra, ni alzar un templo.
En ellos, firme ejemplo de fe y constancia,
Copiando los preceptos del cristianismo,

Fe, caridad, justicia, paz, tolerancia,
Anunció como bases del islamismo.
Cien veces tentó el vado y en planta quiso
Poner su dogma nuevo; ciento se puso
Ante el pueblo, afectando saber infuso,
Profeta del Dios único, su paraíso
Prometiendo; mas ciento le fué preciso
Callar ante la befa del pueblo iluso.
Mahoma, mercader y algo poeta,
Como oriental, soñó desde la cuna
Con ser reformador, rey y profeta;
Y de su sueño, en época oportuna,
Á la feliz realizacion completa
Se encargó de llevarle la fortuna.
Á no haberse engañado él el primero,
Fuera sólo un audaz titiritero;
Que hizo bien su papel sin gran trabajo,
Porque lo hizo ante un público grosero.
Mahoma á su creencia no se atrajo
La poblacion de la mitad del mundo,
Ni por un gran talento diplomático,
Ni por medio de un plan sabio y profundo,
Combinacion de un genio; fué un maniático,
Que, encastillado siempre en su manía,
Por engañarse comenzó á sí mismo,
Y, al fin, de sus delirios al abismo
Á su engañado pueblo arrastró un dia.
Tras una juventud en continencia

Y en virtud casi ascética pasada,
Despues de predicar una creencia
En la justicia y la equidad basada,
Santificó el placer y la violencia,
Se declaró el profeta de la espada;
Y volviendo su fe en sentido inverso,
Planteó una religion imaginada
Para inundar de sangre al universo;
Y cuando á juicio Dios llamarle quiso,
Murió de una mujer en el regazo,
Anunciando que se iba al paraíso,
Del que Alá le guardaba un buen pedazo.
Murió, pues, en la calma más completa,
Creyendo que los seres celestiales
Le iban á recibir, como á un profeta
Verdadero, con trompas y timbales;
Mas con menor motivo nadie acaso
El dón se atribuyó de profecía,
Pues jamas de profeta en su existencia
Acertó á dar un paso,
Del cual su razon fria
Supiera calcular la consecuencia
Que debia traerle al otro dia.
Así que, los capítulos y estancias
De su Koran imponen sus preceptos,
Segun la situacion y circunstancias
En que se hallaban él y sus adeptos;
Y cuando el de hoy veia

Con el de ayer contradictorio, hacia
Descender á Gabriel del paraíso,
Quien de parte de Dios le prevenia
Que mudar de opinion era preciso;
Y siempre que en apuro se encontraba,
Gabriel su error á subsanar bajaba.
De modo que este arcángel, empleado
En subir y bajar del firmamento
Miéntras vivió Mahoma, hizo acostado
De sus volidos la difícil suma,
Porque tuvo, tras tanto movimiento,
Que poner á sus alas nueva pluma.
Y ¿sabeis cuáles eran los mensajes
Con los que de Mahoma al aposento
Hizo Gabriel tan repetidos viajes?
Perdió una accion, su gente fué vencida;
Al otro dia Dios le envió un capítulo,
En el cual le avisaba que esta huida
Para su pueblo fiel no era una nota
De infamia ó cobardía, sino un título
Nuevo de nueva gloria; su derrota,
Su fe para probar fué permitida.
Mahoma predicó la continencia,
Como virtud; mas todo ménos pura
Fué en sus últimos años su existencia.
Tuvo quince mujeres é infinitas
Concubinas y esclavas favoritas;
Mas Gabriel, del Koran trajo una sura,

En que permite Dios la poligamia;
Y dijo con la calma más segura
Que la prostitucion no era una infamia,
Que á la mujer para eso dió hermosura.
Aixa fué la mujer á quien más quiso,
Y Aixa le hizo una noche *un gatuperio;*
El pueblo murmuró; mas él, celoso
De su honra, hizo bajar del paraíso
Una sura, que el caso sospechoso
De Aixa notificó que era un misterio;
Que Aixa era inmaculada, y que el que osado
Dudára de ello, estaba condenado.
¡Arbitrio celestial, sacro expediente,
De tal chichon para librar su frente!
Apóstol del placer y de la guerra,
Mahoma, al instalar el islamismo,
Halló en su derredor débil la tierra,
Y la invadió voraz su fanatismo.

EL KORAN.

El libro de *Koran*, que nada encierra
Original, que nada por sí mismo
Creó, halagando sólo las pasiones,
Ganó pronto de Oriente las naciones.
El *Koran* es un libro dislocado,

Sin principio ni fin, sin plan alguno;
Atribuido á Dios, pero plagiado
Sin gusto, ni órden, ni pudor alguno,
De auténticos y apócrifos escritos,
Que dan otras creencias por benditos.
El *Koran* conservó mil tradiciones
De la Persia, la India y la Judea;
Y aunque desfiguró sus narraciones,
Y las embelleció con las ficciones
Y las galas poéticas que emplea,
Se ve, sin ningun género de duda,
Que fué en el texto de la *Biblia* hebrea,
Y en los libros tambien de Bracma y Budha,
Á recoger su primitiva idea.
El *Koran* es un libro mentiroso,
Escrito por un loco presuntuoso,
Que zanjar pretendiendo por sí mismo
Las más arduas cuestiones,
En lugar de aclararlas con razones,
Las encamina, torpe ó vanidoso,
Hácia las más absurdas conclusiones;
Ó las corta, imperioso,
Con almo inapelable despotismo;
Y sentado que todo está marcado
Por un inevitable fatalismo,
Dice al morir, al pueblo que ha engañado:
«Ésta es la religion del islamismo;
Éste el código que Dios me ha enviado;

Tómale, es infalible y es sagrado;
No hay más luz que el *Koran;* con él te quedas
Libre y feliz en el terreno suelo;
Yo, profeta de Dios, me voy al cielo;
Componte con mi libro, como puedas.»
El *Koran* es un libro de brillantes,
Y de absurdos capítulos compuesto,
Escrito para pueblos ignorantes;
Á pedazos moral ó deshonesto,
Poético sublime ó indigesto,
Mahoma y su *Koran* son un conjunto
De virtudes y vicios, de bellezas
Y defectos, de máximas morales
Y de preceptos torpes y brutales;
De rapiña, de sangre, de venganza,
De generosidad y de vileza,
De ciego fatalismo y de esperanza;
Mahoma y su *Koran* á cada punto
Nos dan, con su moral y su torpeza,
De admiracion y vituperio asunto.
El *Koran* está escrito en el dialecto
Árabe más castizo y más correcto;
Y éste es el solo título que tiene
Para aspirar á que la Arabia crea
Que le hizo Dios y que del cielo viene.
Mahoma, en su *Koran* y en su existencia,
Tiene una sola idea inteligente,
Digna de un racional y de un creyente,

Que es la unidad de Dios, cuya evidencia,
La fe al cambiar de la agarena gente,
Trayéndola unidad y consistencia,
Modificó, regeneró la esencia
De los pueblos idólatras de Oriente.
Fuera de esta verdad grande y suprema,
En todo lo demas miente ó blasfema.
Fe sin misterios, culto sin oficios
Pomposos, religion sin sacrificios,
Vedó, por destruir la idolatría,
Toda arte liberal, y en todas partes
Donde se estableció, destruyó, impía,
Los nobles monumentos de las artes.
No admitiendo más leyes, ni mas ciencia
Que el Koran, sobre el cual las discusiones
Y dudas prohibió, con su creencia
Entenebró la luz de las razones;
Por inútiles dió libros y escritos,
Y condenó dibujos é impresiones
Como abortos del Báratro malditos;
En el Koran la imprenta y la pintura
Son de condenacion via segura.
El Koran en versículos, muy bellos
Alguna vez, segun de lo que tratan,
Promete el paraíso á los que matan
Más enemigos, los que en lid con ellos
Mueren, mártires son; les arrebatan
Los ángeles de Aláh por los cabellos,

Y les llevan á un cielo de placeres
Eróticos, sensuales y bucólicos;
Donde los justos, materiales seres,
Se hartan comiendo sin temor á cólicos,
Y gozan de millones de mujeres;
Esto es, reduce la mansion divina
A un grande lupanar, con gran cocina.
¿Cuál es la llave de este eden? La espada.
La ciencia del Koran es ser creyente;
La lid, la sola ocupacion honrada;
La mas alta virtud, el ser valiente.
Ó creer ó morir; predestinada
El alma, discurrir no importa nada;
Pelear nada más es lo preciso
Para entrar de Mahoma al paraíso.
Quiere decir, hablando francamente,
Que la fe del Koran, así basada,
Deja á la raza humana destinada
Bestia de lid á ser, no inteligente.
Tal es, pues, el Koran; tal es, en suma,
El código civil y religioso,
Cuyo texto divino y misterioso
Envió Dios, todo escrito de su pluma,
Al último y mayor de los profetas;
Tal es el libro cuyo encomio hacemos
Nosotros los poetas,
Que en general su texto no entendemos;
Pero que no dudamos por divino

En declarar á faz del universo
El más desaforado desatino,
Con tal que escrito nos le den en verso.
Los que, cual Gíbbon, Hume y Espinosa
Declaran el Koran mahometano
Mejor que el Evangelio del cristiano,
Prueban, á mi entender, sólo una cosa
De estas dos : *ó que nunca le han leido*,
O que, *más impostores* que Mahoma,
Se burlan de su pueblo no instruido
Con una impía y protestante broma.
Tal es el libro que á Mahoma trajo
El arcángel Gabriel del firmamento
Hoja por hoja; cuyos mil pasajes
Le hicieron, en perpétuo movimiento,
Gastar sus alas en perpétuos viajes,
Corriendo sin cesar de arriba abajo;
Y en cuyo santo, pero ruin trabajo
Pescó más de un catarro por el viento.
Así que, al dar por él su último giro,
Se tendió del Eden en una loma,
Y al dormirse, exclamó, dando un suspiro:
«¡Gracias á Dios que reventó Mahoma!»

Hé aquí la fe con que el salvaje Oriente
Sobre el mundo cristiano
Cayó, desolador como un torrente,
La civilizacion en él naciente

Cejar haciendo con sangrienta mano.
Miéntras del Occidente la existencia
Llevaba hácia la luz el cristianismo,
Inspirando la fe, la independencia,
La igualdad, la justicia, el heroismo,
Basados en virtudes cuya esencia
Era la caridad; miéntras la ciencia,
Desarrollando, como en nueva infancia,
Las artes, la razon, la tolerancia,
Hácia el conocimiento de sí mismo
Al cristiano impulsaba, y la conciencia
De su alta dignidad dándole al cabo,
Le elevaba de bárbaro y esclavo
Á libre y ciudadano; el islamismo
Oponia con bárbara arrogancia,
De la cristiana luz á la influencia,
La esclavitud, la infamia, el despotismo,
Toda la lobreguez de la ignorancia
Y la ferocidad del fanatismo.
Miéntras el cristianismo emancipaba
La sociedad de trabas vergonzosas;
Miéntras la cruz ciudades populosas
Y prodigios artísticos creaba,
Predicando la paz sobre la tierra,
La asolaba el Islam, fe de la guerra.
Miéntras el noble cristianismo daba
Á la mujer, de madre y de señora
La dignidad, con que su honor decora,

Mahoma, *que con su alma no contaba*,
En el infame haren la hacia esclava.
Las civilizaciones
De todas las naciones
Dejaron tras su huella
Alguna sombra en que la luz destella,
Algun buen rastro donde el genio asoma;
Arabia, vírgen primitiva y bella,
¿Qué es lo que debe al impostor Mahoma?
Su civilizacion ¿en qué descuella?
Su religion feroz ¿qué es lo que avanza?
¿Qué porvenir dió á Oriente? ¿qué esperanza?
De sus pueblos, tan pronto reunidos
Al pié de sus pendones,
¿Qué hizo Mahoma?—Un pueblo de bandidos,
Un ejercito inmenso de ladrones,
Por quien vió sus caminos obstruidos
La civilizacion de las naciones.
Sin gobiernos, sin ciencias, sin cultura,
Sin comercio y sin artes, la ventura
Del árabe salvaje está cifrada
En una libertad acorralada
De sus desiertos en la yerma anchura;
Y en su ignorancia oscura,
Resignado al tiránico dominio
De un sultan ó de un bey, opuesto á todo
Progreso, á toda innovacion trazada
Por el tiempo, vive hoy del mismo modo

Y en el atraso mismo
Que doce siglos há; no debe nada
La civilizacion al islamismo;
En el libro del tiempo no figura
Más que como una mancha ensangrentada;
Cubre de sangre un mar su edad pasada,
Sangrienta lobreguez su edad futura.

Hé aquí del Islam á la creencia
Lo que debe la humana inteligencia.
Me hablarán de Damasco,
De los Abd-er-rahmanes cordobeses
Y de Aarún-ar-Raschid.—¡Breve chubasco,
Que brotar hizo musgo, mas no mieses!
Cultura, ilustracion de fantasías,
Filosofía, historia, astronomía,
Plagiadas, estropeadas é incompletas;
Como el Koran, en suma, casi nada.
Su civilizacion es poesía
De *las mil y una noches;* depurada
La realidad, sus ciencias hoy en dia,
Á la luz del análisis sujetas,
Nos deslumbran no más á los poetas.

XV.

LAS CRUZADAS.

¡Dios lo quiere!
(*Lema de los Cruzados.*)

Cunde rápido el mal. Feliz estrella,
Del Islam protectora, hácia Occidente
Impele su fortuna viento en popa;
De sus fieros ejércitos la huella
Hácia él avanza, como mar rugiente,
Que, en marea creciente,
Ni diques halla, ni barreras topa,
Que pongan freno á su oleaje hirviente,
Y playas y campiñas atropella.
Las olas vivas de su armada gente
Oponiendo al progreso de la Europa,
Amenazó desparramar sobre ella,
Del fanático Oriente
La grey rapaz y la salvaje tropa;
Y el Occidente, amedrentado un dia,
Á un tiempo oyó sus *lelilís* guerreros
Resonar por Levante y Mediodía;
Sus ejércitos vió de bandoleros

Romper al par con bárbara osadía
Por el mar y la tierra sus linderos,
Y flotar el pendon del islamismo
Por Calpe y Estambul al tiempo mismo.
Á su doble invasion devastadora,
La civilizacion, que el cristianismo
Empezaba á infiltrar germinadora,
Y á nutrir en las vírgenes entrañas,
De nuestra sociedad, tuvo en mal hora
Que sumir en un torpe parasismo,
De su vitalidad, casi en la aurora,
El gérmen, para abrir nuevas campañas
Y echar su ilustracion, áun en la cuna,
Bajo un trofeo militar de hazañas,
Que rodea de sangre una laguna,
Y de cuyas hazañas inauditas
Las páginas extrañas
En renglones de sangre están escritas.
En su entusiasmo ardiente,
Un oscuro y ascético ermitaño
Fué el primero que alzó su voz valiente,
Y señaló á la Europa por Oriente,
De la tormenta el inminente daño.
Su palabra, cual chispa candescente,
El fuego sacro de su fe ferviente
Comunicó al pastor y á su rebaño.
Un papa, á quien despierta de repente
La voz de este ermitaño peregrino,

En su piadoso corazon cristiano,
Sobre la cristiandad sintió cercano
Rugir el anunciado torbellino.
Desde la enhiesta cruz del Capitolio
El bélico clarin llamó á la guerra;
Cada cristiano rey, desde su sólio,
Su eco de alarma repitió en su tierra;
De montaña en montaña,
De ciudad en ciudad, su eco gigante
Corrió, desde el palacio á la cabaña,
La tierra occidental, como un solo hombre,
Alzando en pié de guerra en un instante,
Del Dios de paz en el augusto nombre.
¡*Mahoma contra Cristo!* anunció Roma;
Y la cruz colocándose en el pecho,
Pronta á lid por su fe y por su derecho,
Gritó Europa: ¡*Jesus contra Mahoma!*
Como en Oriente, en la cristiana tierra,
Bajo el sagrado nombre de *cruzada*,
De Dios en nombre se anunció la guerra,
La infausta lid se declaró sagrada.
Forzado á abandonar en esperanza
Su civilizacion, con heroismo
Noble, pero con ciega confianza,
Corrió á la santa lid el pueblo entero;
El monarca, el baron, el caballero
Vendió su feudo y empuñó su lanza;
Y el labrador, haciéndose soldado,

En alabarda convirtió su arado;
Mas la sangrienta fe del islamismo
Inoculó en la grey del cristianismo
Su sed atroz de sangre y de venganza,
Y su vertiginoso fanatismo.
El austero eremita solitario
En las chozas, que esconden los breñales,
El párroco rural en su santuario,
El Papa y sus romanos cardenales,
El Obispo y el alto dignatario
De la Iglesia en sus ricas catedrales,
Y hasta el cantor errante y mercenario
En los fuertes y alcázares feudales,
Doquier y en lenguas cien esto anunciaron
Á los pueblos, que absortos lo escucharon:
«El que tome la cruz quedará exento
De toda obligacion, pecho ó gravámen,
Libre de todo pacto y juramento,
Su conducta anterior libre de exámen;
Su haber, familia y compromisos toma
Bajo su inmune patrocinio Roma.
Al que lidiando en Palestina muera,
Toda culpa mortal se le perdona;
De todas le hace remision entera
Dios, y le da de mártir la corona.
¡Sús, pues! ¡Á Palestina! ¡Dios lo quiere!
¡Feliz aquel que en Palestina muere!»
Á esta lata indulgencia pontificia,

El deslumbrado vulgo creyó abierta
Hallar del paraíso la ancha puerta,
Y de su salvacion la hora propicia.
Y el monje, descontento
De la calma claustral de su convento;
El casado, harto ya de ser marido;
El deudor insolvente, el feudatario
Atrasado en su renta, el perseguido
Por ódio hereditario,
Por cánon sacro ó por civil justicia;
Desde el sinceramente arrependido
Hasta el penitente refractario,
Quién con fe y devocion, quién con malicia,
Llegaron á millares,
Atestando de Roma los caminos,
A demandar al pié de los altares
El bordon y la cruz de peregrinos.

El vulgo es siempre bestia; el pueblo iluso,
Si algun genio en el bien no le conduce,
Del más preciso bien da en el abuso,
Y en sus manos el bien males produce.
Aquella multitud desordenada,
Compuesta de tan varios elementos
De vicio y de virtud; amalgamada
De entusiasmo en los férvidos momentos
De un alubion de heterogéneos seres;
Monjes, labriegos, siervos, menestrales,

Juglaresas impúdicas, mujeres
De virginales hábitos, hambrientos
Mendigos, penitentes criminales,
Trovadores, legistas, mercaderes,
Ricos y pobres, jóvenes y ancianos,
Galos, germanos, cántabros, ingleses,
Catalanes, flamencos é italianos;
Sin más lazo de union, ni de intereses,
Que la comun creencia de cristianos,
Sin otro conductor que una fe ciega,
Sin otra proteccion que la divina,
Esperando un milagro, que no llega
Jamas á realizarse, se encamina,
Desprovisto é inerme, á Palestina.
Mas ¡al que tienta á Dios, Dios le abandona!
Este iluso tropel de peregrinos
Conquistó del martirio la corona
Tal vez; pero de Europa á los linderos,
A manos pereció de bandoleros
Húngaros y moravos asesinos.
¡Oh imprevision! Doscientos mil latinos,
Que, en su sagrada ceguedad, fiaron
Al cielo en este mundo sus destinos,
Por su fe alucinados, entregaron
Su alma crédula á Dios, á quien tentaron,
Y á los lobos su carne en los caminos.

XVI.

L'armi pietose, e'l Capitano
Che'l gran sepolcro liberò di Cristo.

Con fe profunda y por cumplir su voto
De consagrar su espada y su existencia
Al servicio de Dios, en penitencia
De haber entrado en lid y lanzas roto
En apoyo del cisma contra Roma;
El alma libre de avaricia y miedo,
Con voluntad sincera, Godofredo
La cruz sagrada con las armas toma.

Tan entusiastas, pero más prudentes
Que las turbas vulgares,
Que sólo en Dios fiándose, creyentes,
Perecieron incautas á millares,
Van tras de Godofredo á Palestina
Los más nobles guerreros de la Italia,
La prez de la nobleza de la Galia,
De la raza germana y la latina;
Y á traves de peligros y de azares,
Atropellando idólatras naciones,
Ganando tierras y salvando mares,
Triunfando de asechanzas y traiciones,

El valeroso capitan cristiano
Con prudencia sagaz y firme mano
Condujo del Oriente á las regiones
Sus numerosas huestes militares.
Del infierno el furor le opuso en vano
De Asia entera y de Livia el pueblo misto;
Porque su fe, con el favor del cielo,
Plantó sus tiendas en el sacro suelo
Y en derredor de la ciudad de Cristo.
Godofredo es el símbolo viviente
De su edad, la expresion del cristianismo
De su tiempo. Solo él, veraz creyente,
Atesorando, incólume, en sí mismo
De la Europa el valor y la fe entera;
Solo él, exento de avaricia y dolo,
Realizó el pensamiento de su era;
Con unos pocos de su temple, solo
Él los pendones de la cruz latina
Tremoló vencedor en Palestina.

Los demas, que eran sólo aventureros,
Que llevaban sus almas devoradas
De terrena ambicion por la carcoma;
Que eran sólo en el nombre caballeros
De la cruz, dieron fin á sus jornadas
En las ciudades sirias conquistadas,
Enlodando la cruz que les dió Roma
En los harenes torpes de Mahoma.

De cuatrocientos mil que con él fueron,
Sólo cincuenta mil con él llegaron
Hasta Jerusalen; pero vencieron,
Y el sepulcro de Cristo rescataron.
Y solo él, el piadoso Godofredo,
El fiel Raimundo, el liberal Tancredo,
Y unos cuantos valientes capitanes
De su ejército ruin, cuyos afanes
Fueron cumplir la fe de su promesa,
Llevando á cabo la sagrada empresa
De librar á Salem de musulmanes,
Son los nobles soldados
Que merecen el nombre de cruzados.

Á este puñado de héroes solamente
Debe su porvenir y su existencia,
Su libertad, su religion, su ciencia,
La civilizacion del Occidente.
Cuando, de fe cual de valor ejemplo,
Godofredo elevó la cruz triunfante
Sobre las santas cúpulas del templo
De la santa ciudad, al resonante
Grito de triunfo de su escasa tropa,
Tembló el Islam y respiró la Europa.

¡Dios tome en cuenta de sus nobles pechos
La fe no más del corazon cristiano,

Y no la sangre y los atroces hechos
Que en nombre suyo prodigó su mano!

Á Godofredo, en su bondad suprema,
Dios de Jerusalen dió la corona;
Pero el mejor floron de su diadema,
El escudo mejor, y el mejor lema
Con que el tiempo su túmulo blasona,
Es del Tasso el magnífico poema.
Y éste, de *un genio* personal tributo,
Fué para Europa de tan gran victoria
La única adquisicion, el mejor fruto;
La Europa hizo ventaja transitoria
Su hazaña colosal; y solo este hombre,
Poeta posterior á aquella historia,
Con su canto inmortal hizo su nombre
Cifra perenne de perpétua gloria.

XVII.

Despues..... los reyes de Salem tomaron
La ostentacion y el aire de sultanes,
Y con sus vicios públicos causaron
Escándalo á los mismos musulmanes.
Despues..... unos con otros pelearon
Por oro los cristianos capitanes,

Y hasta auxilio, en contiendas tan insanas,
Pidieron á las tribus musulmanas.
Con placer los emires del Oriente
Vieron crecer sus locas disensiones,
Y del cristiano reino cautamente
Trajeron en redor los escuadrones;
Y poco á poco á la cristiana gente,
Á quien tuvo por raza de leones,
Perdiendo el miedo, como á lobos, traza,
Vengativo buscó para dar caza.
Entónces los cruzados, vencedores,
Del Islam, en la Siria establecidos,
De palacios y tierras poseedores,
No eran aquellos héroes asistidos
Por el favor de Dios, sino señores
Mundanos ya y en la molicie hundidos;
Presa anhelada ya por los voraces
Instintos de los árabes rapaces.
Llevaron los errantes peregrinos
Estas noticias lúgubres á Europa,
Y volvieron á abrirse los caminos
Á espesas huestes de cristiana tropa.
Pero habian cambiado los destinos,
El licor puro de la santa copa
De la cristiana fe se habia viciado,
Y su esencia vital evaporado.
Allá fueron los héroes ingleses,
Henchido el corazon de orgullo insano;

Llevaron á la Siria los franceses
El genio audaz de su carácter vano;
Allá, en pos de terrenos intereses,
Fué con su vil codicia el italiano;
Siendo al fin, de la cruz los caballeros
Un nublado de ilustres bandoleros.
Y..... ¡este recuerdo el corazon quebranta!
Despues de hacer esfuerzos sobrehumanos,
La gran Jerusalen, la ciudad santa,
Vencidos vió á su vez á los cristianos,
Salir con el dogal á la garganta
Y atras atadas las inertes manos,
Y ocupar al muezzin sus alminares,
Y orar al musulman en sus altares.

Despues..... ¿qué fueron las demas cruzadas?
Estériles, inútiles proezas;
Religiosas ó locas aventuras,
Por mundana ambicion sin fe empezadas
Y en pactos sin honor mal acabadas;
Do millares de ciegas criaturas,
Armadas, ya de cruces, ya de cotas,
Segun eran perversas ó devotas,
Por ganar indulgencias ó riquezas,
Dejaron de su patria las dulzuras,
Y de Siria en las áridas llanuras,
Á los piés de los turcos, sus cabezas.

Entónces (y al hallarlo hoy en la historia
Nuestra presente edad lo lee con pasmo)
Vino otra era de demencia y gloria,
Que, cambiando la faz del entusiasmo
Religioso de Europa, engendró en ella
De la *caballería*
La loca edad, mas como loca, bella;
Y que henchida en las crónicas descuella
De ignorancia á la par y poesía.
Los cuentos de los santos peregrinos
Pasaron al laud de los cantores,
Y un nuevo porvenir y otros destinos
Marcaron al valor los trovadores.
El viento se llenó con los rumores
De pías y poéticas patrañas;
Sueño gentil que se cambió en manía,
Y que engendró en los nobles corazones
Noble sed de aventuras y de hazañas,
Y ambicion de magnánimas acciones.

Entónces la feudal caballería
Instituyó sus órdenes extrañas;
Mezcla rara de fe y galantería,
De salvaje crueldad y de hidalguía,
De generoso honor y atroces sañas,
De ímpetus de barbarie y cortesía;
Y fué la prez mayor armar campañas,

Donde por la más fútil niñería
Se arrancaban los hombres las entrañas.
Dando á la religion un giro extraño,
Abandonaron su nacion los reyes,
Los obispos su diócesi, sin leyes
Su pueblo, sin pastores su rebaño.
Crédulo el entusiasta sacerdote,
Dejó el altar y se ciñó la espada,
Y armado de los piés hasta el cogote,
Guardando su tonsura en la celada,
Firmemente creyéndose el azote
De Dios contra el Islam, con fe extraviada,
Entró en lid por su Dios á dar un bote,
Y á ganar el eden de una lanzada.
Y ¡oh triste error del tiempo en que vivia!
Sacerdote del Dios, que como sello
De paz nos dió la cruz en que moria,
Él, de la cruz armado, á voz en cuello
Excitó á los cruzados al degüello.
Dejó el baron su parda fortaleza
Sin señor, á su esposa sin marido,
Y á Palestina fué con gentileza
Por terrenal y celestial riqueza;
Para ganar el cielo, decidido
Á degollar con bárbara fiereza
Toda la raza de Ismael maldita,
Á dar fuego á sus puertos y ciudades,
Y á traerse cautivos

Á cuantos en sus pueblos y heredades
El fuego y el puñal dejáran vivos.

¿En qué consistió entónces la nobleza?
En fiar su razon y su derecho
Á la pujanza material del brazo;
La lanza en ristre y el broquel al pecho,
Romperse á cada paso la cabeza,
Y á estocadas ponerse hecho un cedazo
Por la más leve causa; de manera
Que un pobre badulaque entónces era
Quien no tumbaba un buey de un puñetazo.
Entónces los cristianos caballeros,
Á par con los ilusos musulmanes,
Pusieron sus fanáticos afanes
En llevar la razon en sus aceros,
Y en probar la verdad y la excelencia
De su ley y creencia,
Cometiendo atropellos y desmanes,
Y violencias sin tasa y desafueros,
Que deshonran la humana inteligencia,
Que repugna espantada la conciencia.
Y esto en nombre del Dios, que dejó el cielo
Para dar á la humana descendencia
Luz, ventura, razon, paz y consuelo.
Y ¡oh escándalo hasta entónces no previsto!
¡Oh engaño de la fe, que lo creia,
Mas sin reflexionarlo, por lo visto!

El clero, que como héroe se batia
Para ponerse con su Dios bienquisto,
Estaba con su tiempo en armonía,
Pero en contradiccion con Jesucristo.

XVIII.

Nosotros, hoy, que vemos
En calma estas edades exaltadas
Por su fe y sus pasiones, ¿no serémos
Imparciales con ellas? — Las cruzadas,
¿Han sido nada más grandes locuras,
Causa no más de atraso y desventuras
En naciones por dicha encarriladas
Ya por vias de error más despejadas?
¿Nada influyó la religion en ellas?
¿Nada ellas en el mundo? Su heroismo,
¿No dejó más que sangre tras sus huellas?
¿Son no más que un borron del cristianismo,
Cuya fe las creó? Cuando la historia
Sus hechos en sus fastos inventarie,
¿Cuál la marca será de su memoria?
¿La civilizacion ó la barbarie?

XIX.

Yo, que aunque es evidente que estoy loco,
Algunas veces reflexiono un poco,
Tengo la conviccion de que la guerra
Es la más fuerte y vergonzosa valla
Que el adelanto de los pueblos halla;
Que es el mayor azote de la tierra.
Un gran conquistador, un gran guerrero,
Que la razon poniendo en las espadas,
Se la da á las naciones conquistadas,
Escrita con el filo de su acero,
En la piel de sus razas degolladas;
Hablemos francamente,
Por más que preconice el mundo entero,
La gloria de este bárbaro valiente,
Desde Nembrod á Napoleon Primero,
Nunca es más que un insigne bandolero.
Si el hombre, hecho por Dios inteligente,
Ha de legitimar sus pretensiones
Á ser hijo de Dios y hecho á su imágen,
Como él dice, orgulloso é insolente,
Por mucho que los sabios nos barajen
Con sus razones la razon, yo entiendo
Que creando ha de ser, no destruyendo.

Yo no creo en la gloria que se alumbra
Del destructor incendio con la tea;
Mi mente á concebir no se acostumbra
Que la caliente sangre que gotea,
Digno alimento de la gloria sea.
Pero no hay ningun mal que no conduzca
Á algun futuro bien; no hay podredumbre
Que la tierra no abone, y no produzca,
Ó pasto, ó fruto, ó flor. No nos seduzca
La opinion de parciales escritores,
Que del catolicismo en las doctrinas,
Muestran á la ignorante muchedumbre
Los páramos no más que dan espinas,
No los jardines que producen flores.

XX.

Europa, en cien estados dividida,
Su civilizacion áun no basada
En fundamentos sólidos, su vida
Veia en su niñez amenazada
Por la ambicion de sus inquietos reyes
Y la impotencia de viciosas leyes;
Sus mal partidas y feudales tierras
Palenque siendo de perpétuas guerras.
Á la voz de un pontífice obedientes,

Como al poder de irresistible encanto,
De aquellos mil principios disolventes
Se amasaron los gérmenes nacientes
En un solo principio grande, santo:
La fe.—Bajo esta enseña el cristianismo
Envió á Oriente sus reyes ambiciosos
Y sus fieros varones revoltosos,
Una valla á oponer al islamismo.

Era una inmensa multitud cristiana,
Que iba, de ciega fe en un desvarío,
De sangre humana á derramar un rio;
Pero en esta fanática, guerrera
Y sanguinaria multitud, armada
Con la cruz y la espada,
Reunida se vió por vez primera,
Y por primera vez se halló igualada
Con el pueblo vasallo, la nobleza,
Con la miseria hambrienta, la riqueza,
Con el siervo, la testa coronada;
Y por primera vez se contemplaron
Cien diferentes razas como iguales
Á una luz á la cual no se habian visto;
Y por la vez primera se encontraron
Atadas con los lazos fraternales
De la ley liberal de Jesucristo,
En cuyo santo nombre se juntaron.

Los que ánsia de oro ó de pendencias,
Sin fe al Oriente su valor llevaron,
Logrado ó no su afan, allá quedaron;
Los que con fe y en busca de indulgencias
Á Palestina fueron,
Promesas por cumplir ó penitencias,
Con pensamientos de virtud volvieron;
Y los pueblos ganaron
Con perder los que en Siria se perdieron
Y con recuperar los que tornaron,
Pues los pueblos cristianos, sin las trabas
De la dominacion del feudalismo,
Á las razas del pueblo, hasta allí esclavas,
Dieron la libertad del cristianismo,
Y en ausencia de dueños y tiranos,
Llegaron á ser hombres los villanos;
Y adquiriendo en pro suyo inmunidades
Y franquicias los pueblos y ciudades,
Á los hombres en ellas moradores
Vinieron á hallar hechos ciudadanos,
Al volver del Oriente, sus señores.
Triunfó y volvió la audaz caballería;
Nutrida, empero, en grandes pensamientos
De nobleza, de gloria, de hidalguía
Y de equidad cristiana, con alientos
Quijotescos tal vez, pero con sana
Rectitud, reunió los elementos
Dispersos del poder de la justicia,

Y en la insegura sociedad cristiana
Atajó del perverso la malicia.

Las naciones marítimas, abiertos,
De amistad y comercio contratados,
Cien remotos estados,
Enviaron sus bajeles á sus puertos;
Y segun sus empresas extendia
La marina europea, la mar brava
Señoreando audaz, acrecentaba
Su perfeccion conforme á su osadía;
Y como algo se aprende en tierra extraña
Siempre, y algo se trae de largos viajes,
De allá al volver el labrador cristiano,
Trajo á Italia el azúcar en su caña;
Con el rico baron, con el rey vano,
Para el lujo oriental de adorno y trajes,
Vino á las playas que el terreno baña,
De la seda en capullos el gusano;
Vino á la mesa la excitante especia
Y el azafran, que aroma los manjares,
Y el vidrio (que despues labró) á Venecia.
Los caballeros y héroes latinos,
Tornados á su vuelta en peregrinos,
Trajeron de la India y de la Grecia,
De Persia y Palestina
Yerbas, que utilizó la medicina,
Y átomos de saber, que como herencia

De las cruzadas recibió la ciencia.
La Europa peregrina
Mejoró de sus flores y sus frutas
Las familias de ingertos,
Y de sus bestias con las razas brutas
Mezcló las bellas de orientales climas,
Y de frutos inciertos
Y escasos en lugar, hizo á sus tierras,
Libres de la rapiña de las guerras,
Cosechas producir ámplias y opimas.
La vista de los restos colosales
Del arte persa, egipcio, índico y griego,
La suntuosa ereccion inspiró luégo
De nuestras gigantescas catedrales.
Cuando despues, calmado el entusiasmo
De la fe descarriada y del sañudo
Guerrero ardor, la inteligencia pudo
Examinar la realidad, con pasmo
La abarcó y con terror el pensamiento;
Cuando luégo el progreso y movimiento
Social é intelectual á las creencias
Un impulso imprimieron ménos rudo,
Sintieron la razon y las conciencias
Vergüenza, humillacion, remordimiento;
Cediendo á los terrores y exigencias
Del arrepentimiento
Por las atrocidades y violencias
Con que se deshonraron las cruzadas,

Creó el remordimiento penitencias,
Con promesas espléndidas selladas.
De estas expiaciones
Vienen, con fe mejor, las fundaciones
Religiosas, dotadas con herencias
De terrenos y rentas de millones.
De ellas vienen mil templos, panteones
De arrepentidos regios criminales,
Cuyas malas acciones
Doran los monumentos colosales
De esos gigantes nichos sepulcrales,
Donde creyeron reposar tranquilos.
De ellos vienen mil santos hospitales,
Mil hospicios benéficos, asilos
De la orfandad y la miseria; males
De que no librarán á los mortales
Leyes, ni instituciones,
Porque son excrecencias naturales,
Moho y exudaciones
Que roen los terrenos corazones.

Hé aquí cómo, por raras consecuencias,
Legaron á la Europa las cruzadas
(Empresas locas, por la fe empeñadas)
Artes, comercio, industria, gloria y ciencias;
Hé aquí cómo la cruz, á sus desiertos
Rechazando á los turcos y á los moros,
Abrió al comercio universal sus puertos,

Y la sembró de artísticos tesoros,
De riquezas sin par monumentales
Y de nuevas semillas liberales.
Hé aquí cómo, por fin, aquella tropa
De fieros ó de ilusos peregrinos,
Que abrió lagos de sangre en los caminos
Y campos de batalla palestinos,
Al poder de la fe, salvó á la Europa.

Hé aquí cómo de aquellos estravíos
De fanática fe, que produjeron
Luchas sangrientas, crímenes impíos,
Que al mundo de terror estremecieron,
De aquel ciego y salvaje fanatismo
Supo sacar ventajas verdaderas,
Sólidas, duraderas,
Para los pueblos de hoy el cristianismo;
Pues, si todo la guerra lo destruye,
Todo mejor la fe lo reconstruye.
Porque tal es la religion cristiana,
Que en vida, luz y juventud convierte
Hasta los mismos gérmenes de muerte
Que siembra tras de sí la raza humana.
Porque Dios es la ciencia;
Dios es la luz, la fe, la inteligencia;
Es cuanto emana de él, como él, eterno,
Y el árbol de su fe jamas se pierde:

Se marchita su flor algun invierno,
Pero al siguiente Abril retoña verde.

XXI.

¿Y Cristóbal Colon? ¡Vaya una historia!
Colon, la fe, el valor, la inteligencia,
El honor de la ciencia,
Cuyo nombre es la cifra de la gloria,
Cuya inmortal memoria
Es blason con que se honra medio mundo,
Tras largos años de antesala y tedio,
Por un error de su saber profundo,
Añadió medio mundo al otro medio;
Y ¡ni siquiera el nombre
Lleva aquel medio mundo de aquel hombre!

Modelo de constancia,
Apoyado no más en su conciencia,
De los sabios sufrió la petulancia,
De los reyes la ciega indiferencia,
De sus aduladores la arrogancia;
Y vió coger el fruto de su ciencia
Á la ambicion, la envidia y la ignorancia,
Que de hiel abrevaron su existencia;
Porque á traves de la opinion mundana,

Y avasallando el mar, en evidencia
Puso de Europa incrédula á la vista,
Y á los piés de una reina castellana,
La opulenta region americana.
Colon, la inteligencia desprovista
De cálculo rapaz, el pensamiento
Que de la luz del Creador emana,
La fe, que ni es avara, ni egoista;
Colon, alma de estirpe soberana,
Y no alma sanguinaria ó calculista
De guerrero feroz ó de rentista,
Á América llamó DESCUBRIMIENTO;
Mas la ambicion, de su feliz invento
Lanzándose, voraz, sobre la pista,
Vogó á despecho de la mar y el viento,
Para llamar á América CONQUISTA.

Colon, el saber noble, la fe pura,
La esencia del espíritu cristiano,
Llevaba al continente americano
La caridad, la gloria, la ventura,
La civilizacion con franca mano;
Colon en cada nueva criatura
De aquel nuevo país vió un nuevo hermano,
Y en cada nueva isla americana,
Un nuevo eden para su fe cristiana.
La ambicion sólo vió en aquella tierra
Un nuevo campo de rapiña y guerra,

Una extension de creacion sin cabo,
Donde su ánsia voraz, su sed de oro
En cada nuevo sér vió un nuevo esclavo,
En cada piedra frágil un tesoro,
Debajo de cada áspera colina
Y en cada gruta cóncava una mina.

Colon, esto es, la fe y la inteligencia,
De civilizacion por elemento,
¿Qué diera á su inmortal descubrimiento?
Paz, caridad, fraternidad y ciencia,
Artes, comercio, industria, agricultura,
La luz, la libertad, el pensamiento,
Germinador del bien y la ventura;
De aquel mundo que Dios abrirle quiso,
Hiciera de Colon el almo aliento
Un terrenal é inmenso paraíso.

¿Qué hizo de él la ambicion? Un nuevo infierno
De eterna lid y de tumulto eterno.
¿Qué dejó en él? Lo que tras sí en la tierra
Deja no más, con la ambicion, la guerra:
Nieblas, supersticion, odios, rencillas,
Ruines pasiones, hijas del averno,
De desventura perennal semillas.

XXII.

Basta. Aunque la verdad decir me toca
Do con ella mi pluma se tropieza,
Verdades hay que, si á mi pluma loca
Cumple escribir, no cumple á mi nobleza;
Porque lanzarlas de mi osada boca,
Allá fuera valor, aquí bajeza.
Hombres y tiempos á revista evoco;
Mas ni adulo, ni insulto, aunque estoy loco.

XXIII.

Ya es tiempo de que pase más ligera
Mi revista; veloz, casi fosfórica
Puede tan sólo soportarla entera
La lectura al vapor de nuestra era.
Yo estoy loco; si abordo las cuestiones
De sentido comun con pretensiones,
Al mundo voy á convencer muy pronto
De que no soy un loco, sino un tonto;
Así pues, abreviemos las razones.

XXIV.

En prueba de lo dicho, ahí va un axioma:
La humanidad es bestia. Leer da grima
Su historia desde Adan hasta Mahoma.
El hombre nace estúpido; lastíma
Tener que confesar, aunque sea en broma,
Que ésta es una verdad como una loma.

XXV.

LA EDUCACION.

Como el hombre, los pueblos en su infancia
Crecen en la barbarie y la ignorancia,
Y en él y en ellos la razon no asoma,
Y no se civiliza su existencia,
Miéntras la educacion su inteligencia
No despierta, ó la fuerza no les doma.
Todos nacemos hoscos, berrinchudos
Y con mala intencion; todos traemos
Instintos destructores y sañudos,
Que desde que nacemos demostramos;

En cuanto mano ó pié mover podemos,
Si un pájaro nos dan, le desplumamos;
Si atrapamos un trasto, le rompemos;
Y á nuestras propias madres arañamos,
Si pronto no nos dan lo que queremos,
Hasta que al fin, ó á puros mojicones,
O á fuerza de quebrarnos los antojos,
Nos meten en la cholla las razones,
Á la razon abriéndonos los ojos.
Si nuestro buen papá desde chiquillos
Nos deja en libertad, no nos corrige,
Por los principios rectos y sencillos
De la alma religion no nos dirige,
Si descuidado, en fin, no nos educa,
¿Qué paramos en ser? Tontos ó pillos.
Muchachos, en perversas compañías
Aprendemos del vicio los caminos;
Juzga luégo que son gracia muy cuca
Nuestra audaz juventud las fechorías
Que ponen en alarma á los vecinos;
Vicios pasan á ser los desatinos
Juveniles, y al crímen hay un paso,
Desde el vicio, no más; en nuestros dias
De ocio le damos sin sentirlo acaso;
La sociedad nos cierra sus hogares;
Nuestro padre, abrevado de pesares,
Del hijo infame que engendró reniega,
Y nos maldice en su vejez caduca;

Al fin, del crímen el castigo llega;
En nuestro mal camino, en un mal dia,
Nos pesca en mal lugar un policía;
Ante un juez de baston y de peluca
Nos enreda un proceso un escribano;
Y si algun abogado, por dinero,
Al juez y al escribano no embaúca,
Para escarmiento del linaje humano,
En presencia del vulgo novelero,
El verdugo en la plaza nos desnuca.

Es la historia del hombre no educado
Que vive en un país civilizado.
La mala educacion es el vestíbulo
Por donde entra al alcázar de la vida
El que de ella, en su tumba, á la salida,
Salta desde el tablado de un patíbulo.

Y así un pueblo salvaje nace, crece,
Y si no logra educacion, perece.
Crece en la desnudez bajo el gobierno
Del más fuerte; si llega numeroso
En tierra escasa á ser, desde lo interno
Del bosque, valle ó monte donde habita,
En armado turbion se precipita
Sobre el vecino territorio externo;
Y si sale en su empresa victorioso,
Nombre, terreno y libertad le quita;

Si con fortuna á la invasion se arroja,
Por poco que este triunfo se repita,
Con lo de que á los débiles despoja
Se llega á hacer un pueblo poderoso.
Poderoso una vez, funda su gloria
En ser conquistador, en ser guerrero,
De grandes hechos en dejar memoria;
Siente la sed del oro, ase el acero,
Y da principio á su sangrienta historia.
Germinan las humanas ambiciones
En su seno; sus grandes capitanes
El poder se disputan en facciones;
Y á fuerza de peleas y desmanes,
De fraguar y de ahogar conspiraciones,
Engaña alguno á todos con ingenio,
O los vence á la fuerza y se entroniza,
Y ése es un hombre grande, ése es un genio;
Da á su antojo la ley, manda, dispone;
La ley de su ambicion advenediza
Con hechos consumados autoriza,
Y á su nacion su voluntad impone;
Mas, preparado siempre á la pelea,
Lo primero que crea
Es una fuerza militar, que arguya
Con la fuerza en pro suya
Cuando su ley menospreciada sea.
Si es un genio en verdad, que entra en la liza
Porque el bien de su patria se propone,

El curso de la ley regulariza,
Una administracion sistematiza,
Reune en torno suyo cuanta gente
Encuentra racional é inteligente,
Y á la fuerza á la plebe civiliza.
Si es un brutal soldado, que no tiene
Más que la fuerza bruta que le abone,
Al pueblo que le sufre tiraniza,
Miéntras otro, á su vez, tras él no viene,
Que con maña ó con fuerza le destrone;
Quien, cuando á su poder se sobrepone,
La paz entabla ó la discordia atiza.
Así hasta la más noble inteligencia,
Si un dia del poder las riendas ase,
De su fe, su razon y su existencia
Tiene á la fuerza que poner por base;
Porque el hombre doquier, por ser valiente,
Se olvida de que nace inteligente.

Y no tiene otra historia, ni otro orígen
La civilizacion del universo,
Y tales son las leyes que la rigen.
De hombres y pueblos natural carcoma,
El mal instinto ó bárbaro ó perverso,
La fuerza sólo dulcifica y doma.
Á fuerza de trompazos se instituyen
El órden y la paz; las sociedades
Tras una y otra lid se constituyen;

Y por entre estas mil barbaridades,
Que nada en pro de la razon arguyen,
La vergonzante inteligencia asoma;
Y así fueron Egipto, Grecia y Roma,
Gloria á un tiempo y baldon de las edades.
¡Triste necesidad! ¡Dar á la tierra
Siempre la paz por medio de la guerra!

XXVI.

Ya basta: inútil es ir en revista
Pasando de los siglos la memoria,
Y al hombre más allá seguir la pista;
En todos es igual, una es su historia.
Dios le hizo racional é inteligente,
Y él se empeña en ser bárbaro y valiente.
Siempre la inteligencia, luz divina,
Las espesas tinieblas ilumina
Que á la barbarie y al valor rodean;
Y aunque con ella sin cesar pelean,
Á la barbarie y al valor domina:
Pero ¿cómo su antorcha no brillára,
Si el universo entero
De paz universal al fin gozára,
Y en vez de pelear, raciocinára?
¡Ay! de la fuerza entre el furor guerrero

La inteligencia sobresale; empero,
Con ella en lucha, en perennal fatiga,
Como una rica miés entre maleza,
Do alguna que otra vigorosa espiga
Asoma entre las zarzas la cabeza.

XXVII.

RESÚMEN.

En resúmen, el hombre, el primer ente
Del mundo, el noble rey del universo,
Como le han titulado osadamente
Cuantos han relatado en prosa y verso
La loca historia de la humana gente;
El hombre, hecho por Dios inteligente,
Dotado de razon, de pensamiento
Y de palabra, superior en todo
Á todo otro animal, no ha hallado modo
De entenderse jamas; su entendimiento
Le ha servido de estorbo en su existencia
Terrenal; su razon no le ha bastado
Jamas, y en sus empresas ha apelado,
En vez de á la razon, á la violencia;
Siempre en lugar de «hablemos y entendámonos»,
«Matémonos, ha dicho, destruyámonos.»

Y alguna vez que ha hablado, no ha querido
Nunca entenderse, y siempre se ha batido.
¿Por que? ¿cuál es la historia de la guerra?
¿Qué causas la han creado y la han nutrido?
Este breve resúmen las encierra.

Al hallarse sin garras y sin dientes
Contra los de las bestias montaraces,
Buscó armas contra ellas suficientes
El hombre, y supo hacérselas capaces
De resistir sus ímpetus voraces.
Hizo bien; ademas Dios le habia dado,
Para servicio suyo y alimento,
Cuanto animal con él habia creado;
Pero á cada animal, en su elemento,
De medios de defensa habia dotado;
Pez, ave, fiera, en tierra, mar y viento,
Tenía que coger, por de contado,
Para su nutricion ó su servicio;
Y discurrió y se armó, y obró con juicio.

Hasta aquí no iba mal la inteligencia
Del hombre; se sirvió de su talento;
La bestia estaba que él mejor armada,
El pez escurridizo, el ave alada
Eran más fuertes que él en su elemento;
Fuerza fué equilibrar la diferencia:
Era cuestion en que iba su existencia,

Yendo su bienestar y su alimento.
Hizo flechas y redes; fué acertada
Invencion y oportuno pensamiento.
Raciocinó y se armó; no digo nada.

Pero desde Caín, á quien la envidia
Un arma puso en la homicida mano,
¿Por qué el hombre, con furia ó con perfidia,
Sus armas empleó contra su hermano?
Ancha y feraz creó el Omnipotente
La tierra, para todos suficiente;
Halló, empero, sus límites estrechos
La ambicion; apropiósela, insolente,
El que se vió más fuerte y más valiente,
Y la fuerza fué ley y dió derechos.
El débil, despojado de su tierra,
No los reconoció, porque en los hechos
El derecho no vió; hé aquí la guerra.
El débil despojado fué un apoyo
Á buscar en sus débiles hermanos,
Y de pesar y de ira el pecho lleno,
Contra sus opresores inhumanos
Se unieron; fueron fuertes, y á las manos
Con la ambicion vinieron..... un arroyo
De sangre marcó el linde del terreno
Primero donde hicieron los humanos
Division *de lo propio y de lo ajeno.*
De aquí los odios de familia y raza,

Huyendo de las fuertes agresoras
Las débiles, distancias protectoras
Entre ellas de poner se dieron traza.
Y así, segun, feroz ó inteligente,
Anheló una familia paz ó guerra,
Fué una patria á buscar para su gente
En la region lejana de la tierra
Que halló á su condicion más conveniente.
Unas, apeteciendo climas frios,
Trasladaron su hogar al Occidente;
Otras á orillas de los grandes rios
Su adoar sentaron bajo el sol ardiente
De los tostados climas del Oriente.
Otras en las riberas de los mares,
Á la codicia levantando altares,
Fueron, despues de construirse puertos,
En las opuestas á buscar lugares
Á su comercio y á su audacia abiertos.
Unas cubrieron páramos extensos
De verdes huertas y de rubias mieses;
Otras en valles de yerbajes densos
Razas criaron de fecundas reses.
Cada cual adoptó creencia, traje,
Gobierno, usos, costumbres y lenguaje
Hijos de su carácter y ejercicio,
Y adaptados al clima y al paraje
Donde vivia en inocencia ó vicio.

Su poblacion, al fin, multiplicaron
Todas y en sus terrenos se extendieron;
Y tanto sus fronteras ensancharon,
Que á encontrarse, extendiéndose, volvieron.
Pero ya las familias en naciones
Convertidas, y ya con caractéres
Distintos, con distintas opiniones,
Lengua, costumbres, trajes, religiones,
El orígen comun desconocieron,
Y su diversidad de pareceres,
Su diferencia de habla y de facciones
Como razon de enemistad pusieron;
Y echando luégo á un lado las razones,
Á reñir como bestias se pusieron.
Aquí sí tengo yo que decir algo;
Y aunque me digan que es atrevimiento,
Porque, ni nada soy, ni nada valgo
Para echarme á cruzar tan alto viento,
Y que del breve círculo me salgo
En el cual encerrado estar me toca,
Voy á decir este algo, porque siento
Que se me está saltando de la boca.
Y hé aquí lo que digo, aunque este verso
Ramplon, que va á explanar mi idea loca,
Contra mí insurreccione al universo.

¿Cuáles son los motivos *racionales*,
Las causas y el orígen que han tenido

Las que se llaman *guerras nacionales?*
El color de la tez, de las facciones
La proporcion, la depresion ó anchura
Del ángulo facial, las expresiones
Distintas del lenguaje
Con el cual se expresaron las naciones,
La estrechez ó la holgura
Que adoptó cada cual para su traje;
Lo que se llama, en fin, la catadura,
La planta, el aire, el porte
Que á cada raza dieron sus costumbres,
Su clima y ejercicio; ya en las cumbres
De los montes helados en el Norte,
Ya el fuego perennal del sol ardiente
En las llanuras cálidas de Oriente,
Ya las ásperas brisas peculiares
De las tierras vecinas á los mares.

Miradas á la luz de la conciencia,
Éstas son las efímeras razones
De los odios de razas y naciones,
Nutridas por la sórdida exigencia
De la avara ambicion, que con violencia
Tras sí conduce á las demas pasiones;
¿Qué parte toma aquí la inteligencia?

El ser unos morenos y otros blancos,
El ir unos descalzos por la arena,

Y el andar otros por la nieve en zancos,
El ir rapados ó llevar melena,
El tener las narices aplastadas,
Curvas ó prolongadas,
El vestirse más ámplio ó más estrecho,
El habitar palacios ó cabañas,
Fabricados con mármoles ó cañas,
Á las razas de Adan daban derecho
Á admirarse tal vez de las extrañas
Mudanzas que los tiempos habian hecho
En ellas; pero nunca á los hermanos
Pudieron dar razon, como alimañas,
Para venir feroces á las manos
Y arrancarse, lidiando, las entrañas.

La tierra tiene espacio para todos;
Áun sobra; la mitad está vacía;
Pero buscan los pueblos con porfía
Ocasiones y modos
De decirse: «Ésta es tuya y ésta es mia.»

Civilizadas hoy nuestras naciones,
Señalan por convenios sus fronteras,
Saludan con galana cortesía,
Doquiera que los ven, sus pabellones;
Reconocen con fiestas placenteras
Sus límites; aceptan sus razones,
Sus protestas de fe, como sinceras;

Se muestran en su trato diplomático
El amor más cordial y más simpático;
De heraldos con vistosas procesiones,
Se demandan sus treguas y entrevistas;
Se reciben con salvas y revistas,
Se despiden con fuegos y funciones;
Pero luégo, en volviéndose la espalda,
Á su frontera avanzan sus legiones;
De todas sus alturas en la falda
Construyen fortalezas y trincheras,
Y ponen sus derechos, entre hileras
De soldados, detras de sus cañones;
Y en hallando el pretexto más mezquino,
La de fuerza mayor mete la guerra
En el pueblo vecino,
Y atrapa un buen pedazo de su tierra.

Si el asaltado pueblo se resiste,
Y si defiende su razon con brío,
Su derramada sangre forma un rio
É ilumina el incendio su fin triste;
Su territorio, en fin, queda baldío,
Y sus familias, las que quedan vivas,
Esclavas son ó emigran fugitivas.

¿Y el caudillo feroz de aquella guerra?
¿El héroe triunfador, el incendiario
Devastador, rapaz y sanguinario,

Que asoló, inicuo, la vencida tierra?
Vuelve á su patria victoriosa ufano,
Al són de las campanas y timbales;
Le alza su capital arcos triunfales,
Le entapizan con flores y laureles
Las calles, que le guian hasta un templo,
Donde, desde el obispo á los bedeles,
Salen á recibirle, pálio en mano,
Del sacro peristilo á los dinteles;
En un discurso un orador cristiano
Le ofrece á los presentes como ejemplo
Digno de admiracion; se da al villano
Populacho una fiesta, con cantares
Licenciosos y danzas inmodestas,
Que es lo que llaman fiestas *populares*,
En las que se harta el pueblo de pasteles,
Buñuelos y esas masas indigestas
Que traga todo pueblo en tales fiestas,
Destripando barricas y toneles
En honor del que triunfa y del que paga;
Y entre tanto que el vulgo sorbe y traga,
Una asamblea nacional le expide
El título de ilustre ciudadano,
Gloria y prez de su época, y decide
Que por el hecho bárbaro, inhumano
Y cruel de exterminar toda la raza
Del pueblo á quien venció, que era su hermano,
Se le eleve una estatua en una plaza.

Y pese á la opinion del mundo entero,
Hé aquí lo que es el triunfo de un guerrero;
Esto es lo que á la tierra
Trae nada más la gloria de la guerra;
Y hé aquí, desde Adan á los actuales
Tiempos, el breve epítome que encierra
La historia de los entes racionales.
Desde Nembrod hasta ambos Napoleones
La fuerza atropelló á la inteligencia;
En todas las naciones
De cualquier discusion se hace pendencia;
Y siempre se resuelven sus cuestiones
De lanza á punta, á boca de cañones;
Y esto es lo que no entiende mi demencia.

Que allá en épocas bárbaras, en tierras
Pobladas por salvajes y paganos,
Encomendado se hayan á las manos
La razon y el derecho; que haya guerras
Aún entre caribes y africanos;
Que una guerra que de iras se amamanta,
Que á la luz marcha del incendio y bebe
Rios de sangre y lágrimas, áun lleve
En Pekin ó Estambul nombre de santa,
Me apesara tal vez, mas no me espanta;
Mas hoy, en pleno siglo diez y nueve,
En nuestro mundo culto, entre cristianos,
Donde tenemos todos por creencia

Que somos los humanos
Todos hijos de Adan, todos hermanos;
Al contemplar en guerra á las naciones,
Pregunta mi demente impertinencia:
Si toda discusion pára en pendencia,
Si toda paz se firma entre cañones,
¿Para qué diablos sirven las razones?
¿Para qué nos da Dios la inteligencia?

Si el tiempo que los hombres han gastado
En arreglar sus cuentas á trompadas;
Si los millones de hombres que han robado
Á la tierra sus guerras desastradas,
Se hubieran empleado
En cultivar los celestiales dotes
De su razon, y los extensos lotes
De tierras, que por Dios les fueron dadas,
Sería el hombre actual ménos perverso,
Serian (como Dios hacerlas quiso)
La bien poblada tierra un paraíso,
Y la razon la ley del universo.

XXIX.

CONCLUSION.

Aquí podria preguntarme alguno:
¿Y á qué viene todo esto?
¿Para qué pensó usted que era oportuno
Zurcir todo este fárrago indigesto
De historia universal mal estudiada
Y peor hilvanada,
En un metro monótono y molesto
Y en unos versos, francamente, malos?
¿Qué es lo que usted pretende
Probar aquí? ¿Qué ataca, qué defiende,
Qué quiere usted decir, al retortero
Trayendo á los fenicios y á los galos,
Persas, griegos.....; en fin, al mundo entero?

Esto: que el hombre, el ente que, altanero,
Pretende ser del mundo el sér primero,
Rey de la creacion, para quien sólo
Las maravillas que hay de polo á polo
Dios hizo y se las dió como regalos;
El hombre, en fin, de cuyo sér la esencia
Es el alma, es decir, LA INTELIGENCIA,
Debe de razonar, no andar á palos.

TERCERA PARTE.

AL ATEO.

Porque no ves á Dios, ¿no crees, ateo?
Yo creo en él, porque doquier le veo.
Ciego nacer debiste,
Puesto que dices que jamas le has visto;
Yo, aunque jamas le viera, de que existe
Tendria conviccion, porque yo existo,
Y mi sola existencia
Me revela su sér y omnipotencia.
Probarme que no le hay, te es imposible;
Luego, que existe Dios, es infalible.
Esta alma oculta que mi cuerpo anima,
Que le da movimiento, inteligencia,
Palabra y voluntad, cuya existencia
Siento cernerse de mi polvo encima,
Debe ser una chispa de su esencia.
Mi alma tiende hácia Dios, Dios es su centro;
Luego hay algo de Dios, de mi alma dentro.
Cuanto dentro de mí y en torno mio
Suena con voz, con movimiento gira,

Brota con gérmen ó con sér respira,
En la tierra, en el mar ó en el vacío,
Desde el sol hasta el átomo más leve,
Todo prueba que hayDios, que haberle debe.
¿Tú no le ves? ¿No crees en él, ateo?
Te compadezco, porque soy tu amigo,
Por ser tu hermano en Dios; mas ven conmigo,
Ven el libro á leer, en que yo leo
La existencia de Dios; si no consigo
Que tú le veas donde yo le veo,
Y que creas en él como yo creo,
Renunciaré á la fe que en él abrigo.

I.

Ateo, ¿crees en tí? ¿tienes conciencia
De que tienes un cuerpo que respira,
Que oye, que ve, que siente la existencia
Material? ¿Á tu cuerpo, crees, que inspira
Otra oculta incorpórea inteligencia
La voluntad con que tu cuerpo gira,
Piensa, quiere, ama, odia, cree y razona?
En fin, ¿crees ó no crees en tu persona?

Sí, porque es imposible que no creas
Que vives, que tu espíritu en tí existe;
Y que una alma hay en tí, fuerza es que veas,
Puesto que tú á tí mismo no te hiciste;
Y pues tú no has podido hacer que seas
Por tí, hay alguno por quien hecho fuiste;
Si tu sér por sí mismo ser no sabe,
¿Quién del sér de tu sér tiene la llave?

Álguien te dió el espíritu que tienes,
El alma noble que tu cuerpo anima;
Y ese sér superior, de quien tú vienes,
Para que en tu alma espiritual imprima
La inteligencia que en tu sér mantienes,
De tu sér es preciso que esté encima;
Que una esencia que tú sea más pura,
Pues él es Criador, tú criatura.

Y ¿quién mayor que tú, rey de la tierra,
Que la visible creacion dominas,
Que sondas los misterios que en sí encierra,
Que el curso de los astros examinas,
Á cuya mano señorial no cierra,
Ni el mar sus senos, ni el peñon sus minas,
Y ante quien sólo está, tras de su velo
De impenetrable azul, cerrado el cielo?

Y allí ¿qué puede haber más que esa esencia,
De quien dependes tú; el Sér perfecto,
El Criador, la suma Omnipotencia,
La causa de quien eres el efecto;
Dios, en fin, de quien prueba la existencia
Tu sér, mezquino de su Sér respecto;
Dios, el gran Sér de quien tu sér hubiste?
Luego si existes tú, tu Dios existe.

Con que, si crees en tí, cree en Dios, ateo;
Yo creí siempre en Dios, porque en mí creo.

II.

¿No crees aún? Pues mientes ó te engañas,
Cerrando á mis razones los oidos,
Juzgándolas sofismas y patrañas
Por fiarte no más de tus sentidos;
Mas voy á remover en tus entrañas
Sentimientos que tienes escondidos
En ellas, donde áun hasta estas horas
No has osado mirar, si los ignoras.

¿Has visto algun cadáver en tu vida?
¿Has pensado por qué la carne inerte,
La materia, del alma desprendida,
Se disuelve en las manos de la muerte?
Su parte espiritual ¿adónde es ida?
¿Quién rompe union al parecer tan fuerte?
Si tal viste una vez, afirmar puedo
Que ante pregunta tal tuviste miedo.

¿Te hallaste alguna vez en las tinieblas,
Entre ese velo lóbrego, impalpable,
Cuyos pliegues multíplices de nieblas
Tupen la oscuridad impenetrable,
Su lobreguez, que de quimeras pueblas
Por un instinto interno, inexplicable,
Con su tiniebla que vacía estaba,
¿Por qué te dió pavor? ¿quién te le daba?

¿Qué habia en el cadáver arrancado
De su espíritu ya, qué es lo que habia
Para tener el tuyo amedrentado
En la desierta oscuridad vacía?
Detras de aquel cadáver olvidado
Y en aquellas tinieblas se escondia
La presencia de Dios, y su presencia
Te probaba, temblando, tu conciencia.

Juez severo, tenaz, incorruptible,
Que en nuestro propio corazon se esconde,
Á quien la accion más leve reprensible
Juzgar de nuestra vida corresponde;
Voz que dentro del alma habla invisible,
Y que sin preguntarla nos responde,
La conciencia nos prueba eternamente
La existencia de Dios, siempre presente.

Oye la voz de tu conciencia, ateo,
Y creerás como yo, que la oigo y creo.

III.

El mundo es una máquina, mas tiene
Una fuerza motriz que, en él impresa
Desde su creacion, obrando viene
Con regularidad, que nunca cesa;
Jamas su movimiento se detiene,
Ni obstáculo jamas se le atraviesa.
¿Quién le infunde esa fuerza inextinguible?
¿Se la da él á sí mismo? Es imposible.

Todo en él es caduco, deleznable;
Todo comienza en él, pasa y concluye;
No hay parte de existencia perdurable
De las con que su todo constituye;
Y esa fuerza motriz, infatigable,
Que se la imprime otro poder arguye:
Increada no es; su sér interno
En sí mismo no tiene; fuera eterno.

Y que eterno no es, es cosa clara,
Pues cuanto nace en él pasa y perece.
Deslumbradora, incomprensible, rara,
Su máquina, que nunca se entorpece,
Que jamas se equivoca, ni se pára,
Tan sólo como máquina aparece;
Mas en el sér de máquina se implica
El sér de un constructor que la fabrica.

Máquina y constructor á un tiempo mismo
No puede ser, ni á un tiempo criatura
Y criador. Sé lógico, ateismo,
Y salir de este dédalo procura;
Mas cuenta, que tras él, se abre otro abismo.
Tras las mil maravillas de su hechura,
La creacion, que encierra tanto hechizo,
¿Qué tiene? Un Criador, que es quien la hizo.

Máquina ó criatura, es evidente
Que autor ó creador fuerza es que tenga,
Que, á ella superior é inteligente,
Su mecanismo material sostenga;
Y este sér superior omnipotente
Tiene que ser, pues ser quien la mantenga
No puede material, como su obra;
Con que, ó le falta un Dios, ó el mundo sobra.

¿Hay mundo?—Luego hay un Dios, ateo.
Mira al mundo ante Dios, cual yo le veo.

IV.

Ese vital perpétuo movimiento,
Que en su marcha uniforme, igual, tranquila,
Anima tierra, sol, mar, firmamento,
Cuanto en la inmensa creacion se apila,
Cuanto es del mundo parte ó elemento,
No es el febril temblor con que vacila
Sin voluntad un trémulo convulso;
Tiene que proceder de ajeno impulso.

Todos los dias por detras del monte
Su luz nos trae, y en el Oriente toca;
Todas las tardes baja al horizonte,
Y se hunde el sol tras de la opuesta roca;
Tiene horas fijas; á esperarle ponte;
Él no falta jamas, ni se equivoca;
Que nuestro globo gire, ó él se mueva,
Álguien nos trae al sol, álguien nos lleva.

Todas las primaveras cubren de hoja
Los árboles, de mieses la llanura;
La tierra flores en Abril arroja,
Del estío al calor frutos madura,
Al frio de Diciembre se despoja
De su fértil y verde vestidura;
Mas flores, fruto, miés, nieve ó turbiones,
Sólo á su tiempo traen las estaciones.

Si una máquina fuera hecha al acaso,
Y que al acaso nada más marchára,
Se entorpeciera alguna vez su paso,
Se detendria alguna ó tropezára;
Mas no sufre desórden ni retraso
Jamas; nunca se turba, ni se pára;
Alguno es fuerza que su marcha rija,
Y tiene que ser Dios, quien la dirija.

El movimiento universal del mundo
Recibir de su Dios su impulso debe;
El perenne calor que en lo profundo
De la tierra sus gérmenes promueve,
Ese jugo prolífico y fecundo
Que de las lluvias infiltradas bebe,
Deben tomar su creadora esencia
De un Dios, gérmen primero de existencia.

Del movimiento universal, ateo,
¿No ves la fuerza en Dios? — Yo sí la veo.

V.

Ese órden admirable con que todo
Prueba en la creacion que hay un sistema,
Del cual cada elemento va, á su modo,
Parte á formar con precision extrema,
Do hasta el vapor más leve, que del lodo
Se exhala, tiene una razon suprema
De ser, y contribuye á la armonía
Universal del mundo en que se cria;

La creacion, espléndido palacio
Que, para prueba y gloria de sí mismo,
Fabricó el Criador en un espacio
Que era sólo de sombras un abismo,
Y en el cual, como chispas de topacio,
Lanzó con misterioso mecanismo
Mundos de luz, que en infinita copia
Giran con propio sér y con luz propia;

Y esa tierra que rueda en el vacío,
Cual negra aparicion, en medio de ellos,
Como un fantasma pálido y sombrío,
Que va errando á traves de sus destellos,
Por cinturon llevando un mar bravío,
Mil selvas ondulantes por cabellos,
Dejando tras de sí vagos rumores
Y una estela de aromas y vapores;

Esta tierra, que lleva exactamente
En derredor del sol medido el paso,
Saliéndole á buscar por el Oriente,
Y yéndole á dejar por el Ocaso,
Para que el seno fértil la caliente
Y la abra, como flor puesta en un vaso,
Ofreciéndonos luégo, madre tierna,
La que nos guarda nutricion materna;

Esta tierra, que acordes vivifican,
Cuando en marcadas estaciones llegan,
Tempestades, que su aire purifican,
Lluvias tranquilas, que sus plantas riegan,
Pastos, que sus ganados multiplican,
Mareas, que equilibran y sosiegan
Sus mares, que la prestan contrapeso,
¿No prueban que hay un Dios, que hizo todo eso?

Ríndete, pues, á la evidencia, ateo,
Y cree por fin en Dios, como yo creo.

VI.

Sí que hay Dios; su existencia está palpable
En cuanto el hombre con su mente abarca,
De este mundo en la fábrica admirable,
Del cual le instituyó dueño y monarca.
Nada hay en ella que de Dios no le hable,
Todo en la tierra su presencia marca,
De cualquier elemento en el sistema
Se ve del Criador la ley suprema.

Dios pobló el mar de monstruos y de peces,
Y le alfombró de perlas y corales,
Y Él, del vapor de sus salobres heces,
Crea en la tierra dulces manantiales;
Y Él sus aguas arrastra y las da creces,
Hasta que son al fin rios caudales,
Que, volviendo á buscar su centro mismo,
Vuelven del mar al turbulento abismo.

Dios acordó entre sí cada elemento
Para el fin de sus planes creadores;
É, invisible abanico, orea el viento,
Yerbas, arbustos, árboles y flores;
Da el sol del aire á la humedad fermento,
Y á todo, con su luz, vista y colores;
Todos los elementos, obedientes
Á Dios, son de su Sér pruebas latentes.

Todo en el mundo su existencia prueba,
Todo en la creacion su gloria canta,
Todo la marca de su mano lleva,
Todo se postra en su presencia santa;
Todo nuestra alma á nuestro Dios eleva,
Y á dar de Él testimonio se levanta;
Y en cuanto hay en los mundos existente,
La existencia de Dios está patente.

Dios criador, espíritu supremo,
¿Hay quien pueda dudar de tu existencia?
¿Hay quien la niegue, estúpido ó blasfemo,
De sí mismo y tus obras en presencia?
¿Hay ceguedad que raye en el extremo
De no reconocer tu omnipotencia
En esta noble fábrica del Orbe,
Donde nada hay que huelgue, ni que estorbe?

VII.

Todo prueba que hay Dios; búscale, ateo,
Y en todo le hallarás, como yo le hallo;
Verásle en todo, como yo le veo,
Y harás, como yo al fin, que no batallo
Con mi fe en Él; que en su existencia creo,
Y en su presencia me prosterno, y callo.

Á LA EXCMA. SEÑORA

MARQUESA DE LA HABANA,

VIZCONDESA DE CUBA,

DEDICÁNDOLA UN TOMO DE

LA FLOR DE LOS RECUERDOS.

Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
Á otra persona en Madrid.

L. F. DE MORATIN

PRELUDIO.

Tres años há que un dia, de tu isla encantadora,
Sobre rugiente nave, las playas abordé;
Como átomo del viento llevábame, señora,
Un huracan del alma; como huracan pasé.
Mi espíritu traia preñado de pesares,
Mi corazon escaso de inspiracion y fe,
Y fuí á llevar más léjos mi duelo y mis cantares,
Porque tus dulces horas acibarar no osé.

Por puertas y balcones brotaba tu palacio
Luz, música de danzas y ruido de festin;
Su luz y su armonía cruzar por el espacio
Sentí, de costa á costa, del mar hasta el confin.
Yo, dentro de mi alma, sobre la mar sonora
Sintiendo deslizarse mi raudo bergantin,
«¡Sé tú feliz!, te dije: yo voy llorando ahora;
»Mas volveré sin penas ó consolado, al fin.»

Y he vuelto; no sin penas, porque en la tierra el duelo
La herencia de los hombres desde que nacen es;
Mas vuelvo con alientos para elevar mi vuelo
Á la region excelsa, donde feliz te ves.
Yo vuelvo el homenaje que tributarte debo,
De léjos á traerte, como español cortés;
Y vuelvo, porque á todo como español me atrevo,
Á echar, en vez de flores, mis versos á tus piés.

Mis versos son las flores del huerto de mi alma,
Y he hecho un ramillete con ellas para tí;
De inmarcesibles lauros y triunfadora palma
Quisiera habértele hecho; mas no los hay en mí.
Yo vengo de una tierra, donde el laurel no crece
Para el que nace y canta donde canté y nací;
Y alguno que en mi patria poseo, ya envejece,
Y allí le he abandonado, para que muera allí.

Por eso te le he hecho de campesinas violas,
De acuáticos jacintos, de motas de zarzal,
De humildes margaritas, de simples amapolas
Y algun que otro capullo caido de un rosal.
Yo vengo de una tierra en donde no hay jardines
De alcázares, ni córtes con aparato real;
Y allí habité de un campo silvestre los confines,
Bajo de techo ajeno y al sol de un magueyal.

Yo vengo de una tierra en donde todo sobra,
Mas todo yace estéril, como en perdido eden;
Allí de Dios en todo se ve la inmensa obra;
Pero se ve del hombre la obstinacion tambien.
Allí nacieron todos para vivir felices,
Y está por donde quiera desparramado el bien.....
Yo adoro aquella tierra do el bien dejó raíces;
Yo quiero á aquellas gentes, porque en el mal se ven.

Sí, por aquella tierra do siempre se conspira,
Do suenan confundidas las arpas y el cañon,
Los férvidos aplausos y el grito de la ira,
Do engendra el nuevo triunfo la nueva rebelion;
Es tierra á la que el cielo con complacencia mira,
Y en medio de su eterna febril revolucion,
El ámbar del deleite con su aire se respira.....
¡Un aire que del cielo trae algo al corazon!

La casa en que se mora, la luz con que se mira,
El suelo de inmarchita feraz vegetacion,
Lenguaje, tradiciones, costumbres, todo inspira
Molicie, poesía, delirios y pasion.
Yo vengo de esa tierra, donde de amor delira,
En medio de combates entera una nacion.....
¿Qué hacia allí un poeta? Allí colgué mi lira,
Porque el tumulto ahogaba de mi cantar el són.

La capital inquieta dejé, y otros parajes
En que para hoy recuerdos atesorar busqué,
Monté caballos, como los de África, salvajes,
Y á Dios por los breñales buscando me lancé.
¡Qué auríferas montañas, qué fértiles paisajes,
Qué cielo tan salubre, tan límpido encontré!
Jamas veré más ricos y espléndidos celajes;
Jamas tierra más bella donde habitar veré.

Allí mi alma, hastiada del mundo, ir en bonanza
Por los espacios vagos de la ilusion dejé;
Allí volvió á mis ojos la luz de la esperanza,
Y allí nuevos alientos para cantar cobré.
Allí, al compas lejano de campesina danza,
En aguas cristalinas mi cuerpo refresqué;
Allí he alcanzado cuanto con la quietud se alcanza,
Y un mundo de recuerdos dorados me labré.

Allí cantares nuevos, de nuevos instrumentos
Al són, en tono nuevo y original oí,
Y en las veladas, miles de deliciosos cuentos
De labios juveniles y alegres aprendí;
Y allí, cuando á hombres rudos, mas de doblez exentos,
Á cambio de consejas, mis cántigas leí,
De amor y poesía llené mis pensamientos
Con átomos más frescos, que los que habia en mí.

Por eso traen las notas de mi garganta ahora
De sus extrañas aves el eco musical,
Y trae mi poesía, en otro tiempo mora,
El gérmen de ternura de un pueblo tropical.
Por eso en este libro te voy á dar, señora,
Recuerdos de aquel bello país original,
Y cuentos, impregnados de fe consoladora,
De amores infelices, de orígen ideal.

Mi libro es una hoja del corazon caida,
Semillas de mi alma sus pensamientos son,
Sus páginas numeran las horas de mi vida,
Sus versos los latidos que da mi corazon.
La flor de mis recuerdos no es más que una violeta,
Que de elevarse á rosa no trae aspiracion;
En ella va la esencia del alma del poeta;
Del alma es, en mi libro, de lo que te hago dón.

SERENATA.

No la dejes perdida; que es el perfume
De la flor de mi vida, que se consume.
Junto á tí paso,
Y de tu alma la dejo puesta en el vaso;
Y al salir de la mia, que sepas quiero,
Que es flor de la hidalguía de un caballero,
Que á tí se atreve,
Porque sabe que darla sólo á tí debe.

De los revueltos mares crucé el espacio
Por traer mis cantares á tu palacio.
De tus salones
No hagas cerrar las puertas á mis canciones.
Mi pensamiento, leve como una nube,
Hasta el cielo se atreve y hasta tí sube;
Deja que aliento
Tome un punto á tus plantas mi pensamiento.

Insectillo extraviado de loma en loma,
Al pasar á tu lado libé tu aroma.
Fué en mí osadía;
Mas fué ley de española galantería.

Á saludarte amigo vine, y me alejo;
De tu amparo al abrigo mi libro dejo.
En él se encierra
La esencia de cuanto amo sobre la tierra.

Hallarás mis leyendas algo sombrías;
Siempre cosas horrendas cuento en las mias;
Mas lee mis cuentos,
Que, aunque negros, son humo mis pensamientos.
Y como el humo pasan rápidamente,
Golondrinas que rasan la haz de una fuente.
Lee; los colores
De sus hojas son negros, pero son flores.

Consérvalas, señora, por si el destino
Divide desde ahora nuestro camino;
Yo con mis rimas
Voy léjos, y tú partes á opuestos climas.
¿Nos saldrémos al paso? Nunca, señora.
Yo voy hácia el ocaso, tú hácia la aurora.
Si allá me pierdo,
En el libro de tu alma dame un recuerdo.

CONFIDENCIAS Y SERENATA

Á

S. M. C. DOÑA ISABEL II.

1864.

I.

CONFIDENCIAS (1).

De la casa de naide
Que no hable naide:
Porque no sabe naide
Lo que hace naide.

CANTAR GITANO.

Me habeis mandado invitar
Para que os cuente una historia
Ú os entone algun cantar;
No os lo puedo rehusar:
Ese es mi arte y fué mi gloria.
Mas pudiendo suponer
Que estamos en nuestra casa
Y en familia aquí, á mi ver,
Debo hablaros sin poner
Á mis confidencias tasa.

(1) Composicion leida en el casino español de Méjico.

Hablar de sí mismo, sea
Bien ó mal, creo en verdad,
Que es siempre una cosa fea:
Quien habla de sí, da idea
De una pueril vanidad.
Mas insisto en que me creo
Con los mios aquí á solas;
Y así, no ha de ser tan feo
Decir de mí, á mi deseo,
Dos verdades españolas.
Seré breve en todo caso,
Pues no intento en realidad
Más que deciros al paso
Algo, que no estará acaso
Fuera de oportunidad.
Me han puesto por condicion,
Al llamarme á vuestra fiesta,
Que mi historia ó mi cancion
Fuera para esta ocasion
Expresamente compuesta;
Y como la vida extraña
Que llevo fuera de España,
Hace muchos años ya,
Contra mí han puesto en campaña
Muchos *supuestos* quizá,
Será bien, si mal no infiero,
De haceros oir primero
Mis estrofas baladíes,

Que os ponga yo, como quiero,
Los puntos sobre las íes.
Yo me he empeñado en vivir
En sombra y en soledad,
Viendo á mi fama morir;
Y hay quien no quiere sufrir
Este afan de oscuridad.
Mi mismo empeño en callar
Es tal vez lo que os impele
Á quererme hacer hablar;
Y bueno es que yo os revele
Lo que os hace irme á buscar.
¿Sabeis por qué todavía
Me pedís nuevos cantares?
Porque os recuerdan que un dia
El vapor os los traia,
Ecos de los patrios lares.
Mi apellido era un cantar
De la tierra que os dió á luz,
Que, por encima del mar,
Os traia sin cesar
La voz patria á Veracruz.
Mis libros, como palomas
Mensajeras de consuelo,
Os llegaban entre aromas,
Recogidos en las lomas
Y valles del patrio suelo.
Mi caliente fantasía,

Con audacia juvenil,
En la vuestra os infundia
De mi loca poesía
La fermentacion febril.
Mis trovas, tristes ó gayas,
En sueño os hacian ver
Los castillos y atalayas
De los cerros y las playas
De Búrgos y Santander.
En mis leyendas, la historia
De las góticas centurias
Mecia en vuestra memoria
La cuna de nuestra historia,
Las nobles breñas de Astúrias.
Mis orientales cantares
Os hacian percibir
La brisa que, entre azahares,
Susurra en los olivares
Que riega el Guadalquivir;
Y en mis tonos berberiscos
Viais, silhuetas bizarras,
Los alminares moriscos
En que rematan los riscos
De las hoscas Alpujarras.
Por eso con patrio afan
Fuisteis veces más de cuatro,
Con aullidos de huracan,
Á Don Pedro y á Don Juan

Á aplaudir en el teatro.
Mi osada imaginacion
Con mi poesía extraña
Os hizo tal impresion,
Porque os enviaba en monton
Memorias frescas de España.
Y eso es lo que os place en mí,
Que soy un recuerdo vivo
De la tierra en que nací;
Los que habeis nacido allí
Creeis que áun de allá os escribo.
Mas yo os digo, y no os asombre,
Que lo que obró tal hechizo
No fué el talento del hombre;
La distancia fué quien hizo
Un talisman de mi nombre.
Por eso me comprendeis
Ahora como soy, pequeño,
Porque ya me conoceis;
Porque á la luz no me veis
De la ilusion de aquel sueño.
Y ahora, que á mí se me antoja
Ir de mi fama el laurel
Arrancando hoja por hoja,
El no sentir ya os enoja
El rumor del viento en él.
Si hubo razon que causó
Silencio tal, yo la sé;

Por qué mi arpa enmudeció,
Revelar no hay para qué;
Basta que lo sepa yo.
Porque yo os he consagrado
Mi imaginacion no más;
Mi mente es lo que he franqueado,
Mi corazon se ha quedado,
De ella escondida detras.
Y en mí hay algo de salvaje;
Yo me rebelo, bilioso,
Contra todo vasallaje;
Y en todo intento curioso
Recelo un espionaje.
Si yo no os quiero franquear
Más que mi imaginacion,
¿Por qué no os ha de bastar?
¿Por qué os habeis de empeñar
En buscarme el corazon?
Mas si á él quereis asomaros,
Forzando mi voluntad,
Sea; no os andeis en reparos;
Hablemos, de una vez, claros,
Y en mi corazon entrad.
Pero vais, al irle á abrir,
La verdad á hallar en él,
Y es verdad que, en mi sentir,
Amarga, aunque está sin hiel.....
¡No os vayais á arrepentir!

Confesad que habeis creido
Que mi nacionalidad
En mis viajes se ha perdido;
Que la han dado ó la han vendido
Desidia y debilidad.
Confesad que habeis pensado,
Si tal vez no lo habeis dicho,
Que Méjico me ha embriagado;
Que en él me ha narcotizado
La pereza ó..... el capricho.
Confesad que no entendeis
Mi amor á esta hermosa tierra,
Donde cual sombra me veis,
Sin que para mí alcanceis
El interes que se encierra.
Confesad que en la grandeza
Con que he desdeñado hablillas
Que atacaron mi nobleza,
Creido habeis ver semillas
De temor ó de bajeza.
Pues ved en mi corazon
El intento que se encierra:
Borrar en esta nacion
Una preocupacion
Que no existe en nuestra tierra.
Estudiarla; y convencido
De que nos mira á traves
De un error envejecido,

No de un ódio merecido,
De ella escribir tal cual es.
Yo amo á Méjico, aunque ignoro
Si por instinto ó por raza;
Yo no busco aquí un tesoro;
Áun valen mis versos oro
Sobre la española plaza;
Y cuando yo desde allí,
De Méjico escriba en pro,
Pensará mejor de mí;
Comprendiéndonos así
Vosotros, Méjico y yo.
Mi corazon visteis ya;
La verdad escrita en él
Ya á vuestros ojos está;
Cualquiera en él leer podrá,
Como yo, en este papel,
Que, apoyada mi entereza
En mi fe y en mi razon,
No da entrada mi nobleza,
Ni al orgullo en mi cabeza,
Ni al ódio en mi corazon.
Que, no intentando enseñar,
Ni lucir, ni dominar,
Mi fe y mi convencimiento
Me dan un solo talento:
El de saber esperar.
Que, como nunca he caido

En políticos errores,
Jamas dañar han podido
Mi corazon, nunca herido,
Los políticos rencores.
Que, en lo que cuento de edad,
Por doquier, bien ó malquisto,
Con su fe y su caridad
Fuí predicando, con Cristo,
Concordia y fraternidad.
Que, aunque pese al ódio insano
De raza y de tradicion,
Doquier que halle á un mejicano
Le daré siempre la mano
Sin hiel en el corazon;
Porque ántes de mi venida
A esta tierra occidental,
Á la hora de mi partida,
Debí en París honra y vida
Á un mejicano lëal;
Y sabeis que en la nacion
En que nos cupo nacer,
En hombres de condicion,
La gratitud es deber,
La palabra, obligacion.
Otra, y no hablo más de mí.
No canto en Méjico á España,
Porque, desde que nací,
Á tener siempre aprendí

Cortesía en casa extraña.
Mi padre siguió el pendon
Contrario á la libertad
Por Don Cárlos de Borbon;
Mi padre, con su opinion,
Duerme ya en la eternidad.
Mas si creeis que en mí se encierra
Un átomo de amargura,
Ni un leve intento de guerra
Por la Reina de la tierra
Donde está su sepultura;
Mi corazon si al sondar,
Creeis que fermenta en él
El más ruin gérmen de hiel,
Que me amargue al entonar
Un himno real á Isabel,
Habeis creido un error
Y me habeis juzgado mal;
Miradme desde hoy mejor;
Yo soy siempre el trovador
De nuestra tierra natal.
Yo he de morir, cuando muera,
Mirando de cara al sol
Que alumbre nuestra bandera,
Y á Dios mi oracion postrera
Dirigiendo en español.
Olvidad mi confidencia:
Esto que de mí os he dicho

Ha sido en la inteligencia
De que, en familia, indulgencia
Obtiene cualquier capricho.
De mí, pues, no es ya cuestion;
Ahora de lo que se trata
Es de una composicion
Hecha para esta ocasion;
Y que es una *Serenata*
Para ISABEL DE BORBON.

II.

SERENATA.

PRELUDIO.

Estro mio, que duermes, despierta y toma
Las dos alas ligeras de la paloma;
Si es poco, que te preste la golondrina
Las dos con que ella el viento surca y domina;
Si no fias en alas, con tu fe sube
Donde el ángel del aire te dé una nube.
Cuando sobre ella flotes, cruza el Atlántico,
De Isabel al alcázar lleva este cántico;
Llama á su puerta,
Y si duerme, no importa; dila: «¡Despierta!»

Llega, y no te acobardes, ni te avizores;
Á las reinas no ofenden versos, ni flores;
Isabel, aunque reina, jamas fué altiva,
Y si te oye, no dudes que te reciba.
Á sus plantas augustas cuando te veas,
Dila en tu árabe estilo: «¡Bendita seas!

En el nombre de un bardo de quien oias
Halagüeña las trovas en otros dias,
Vengo, Señora,
En un himno los tuyos á darte ahora.»

Y aquí, galan como eres y cortesano,
Pide, para besarla, su régia mano;
Besa y no te avergüences; que allá en Castilla
Besar manos de damas á nadie humilla.
Luégo en la arpa, en que has hecho tan largo estudio,
Su atencion te cautiva con un preludio;
Y con tu voz más dulce, sonora y grata,
Lanza al aura serena mi serenata;
Canta con brío:
No imagine, si tiemblas, que no eres mio.

SERENATA.

De libertad y gloria tu nombre faro,
Abrió á España otro nuevo porvenir claro:
Tus abuelos pagaron pecho á Mahoma;
Hoy África á tus leyes su cuello doma.
Tus abuelos enviaron doquier la guerra;
Tú llenas de embajadas de paz la tierra;
Donde sembraron ellos ódio y rencores,
Para tí tal vez pronto sembrarán flores.
Reina, que creas
Porvenir nuevo á España, *¡Bendita seas!*

Mas perdona que en tono tan alto rompa,
Tomando, en vez del arpa, la épica trompa;
Yo sé que de estas playas á tí debia
Ir cual trova de amores mi poesía;
Que debia á tus plantas ir con mi aliento,
Coronado de flores mi pensamiento;
Mas cuando con tu nombre tu gloria aspiro,
Mi cancion no es de mi alma más que un suspiro.
Cuando la leas,
Verás que sólo dice : *¡ Bendita seas!*

Reina, desde las playas occidentales
Hacen por tí tus hijos votos lëales.
Como saben, Señora, que me conoces,
Han fiado á la mia todas sus voces.
En su nombre te envio mi serenata;
Mas va en ella otra ofrenda mucho más grata:
Engarzada en los hilos de estos renglones,
Te envío una guirnalda de corazones;
Cuando los veas,
Leerás impreso en todos : *¡ Bendita seas!*
Y si áun amiga,
Del poeta te acuerdas..... *¡ Dios te bendiga!*

COMPOSICION

LEIDA EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS, HECHA POR EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ, EN EL COLEGIO DE LA ESCUELA IMPERIAL DE MINAS DE MÉJICO EL 18 DE NOVIEMBRE DE 1864.

Á S. M. EL EMPERADOR.

Sucesor imperial de Cárlos Quinto,
Lo que á mi voz franquea este recinto,
No es mérito ó saber, que en mí se encierra;
Es honor que se me hace en esta tierra.
Los que nacemos nobles en la mia,
No importa á qué opinion pertenezcamos,
Acatamos por ley y cortesía
La augusta majestad donde la hallamos;
Por eso ántes de leer mi poesía,
Cortés y *sin servil* palabrería,
Caballero español, poeta rudo,
¡Majestad imperial, yo te saludo!

Á LOS ALUMNOS DE MINERÍA.

Ya, mejicana juventud, dos veces
Al poeta extranjero á tu presencia
Á cantar has llamado, su aquiescencia
Con tal honor pagándole con creces.
El poeta, esta vez, cree que mereces
Algo más que el murmullo soñoliento
De sus versos, que, pobres de sentido,
Son acaso no más gárrulo ruido,
Que vibrando en la atmósfera un momento,
Va á espirar, al nacer, presa del viento.
Yo amo á la juventud, porque la he visto,
Por doquiera que fuí, ser el apoyo
De la ventura patria, y he previsto
Que en nuestra edad va á ser como un arroyo
Que nace al pié de un monte en pobre fuente,
Mas que, cruzando un valle hondo y umbrío,
Va cobrando, al rodar, cauce y corriente,
Y al llano sale caudaloso rio.
Yo amo la juventud de nuestra era,
Porque la veo que serena avanza,
Del porvenir dorando por doquiera,
Con la luz de la ciencia, la esperanza.
Yo amo á la juventud más cada dia,
Porque de ella me va, segun me alejo,

Amenguando la fuerza y la osadía,
Cada dia voraz que tras mí dejo.
Por eso, ¡oh juventud, amada mia!
Hoy, que es la última vez que voy á hablarte,
(No por poeta, por amigo viejo),
Como al venir, al irme, voy á darte,
En vez de una cancion, un buen consejo.

Dios dijo al tiempo : «¡Marcha!» y desde la hora
En que le abrió la eternidad su mano,
Con pasos que no cuenta el hombre insano
Va hácia la eternidad que le devora;
Mas cada siglo de él trae y se lleva
Un sello peculiar por su camino;
Cada generacion cae ó se eleva,
Rastro dejando en pos, grande ó mezquino;
Herencia que recoge la edad nueva.
La nuestra no heredó de la pasada
Más que legados de ódio y de rencores,
Porque en ódio y rencor fué amamantada;
Mas aunque un mar de sangre hay á su entrada,
Da paso á un porvenir de luz y flores.
El vapor y el telégrafo á la idea
Dando una rapidez desconocida,
Van más de una mitad á hacer que sea
Del espacio y del tiempo suprimida.
Al fuego del vapor, centuplicada
La produccion de industria, artes é imprenta,

La produccion en ellos presentada
Bajará á los mercados casi á nada,
Cuanto en precio menor, mayor en venta.
Todo á alcance de todos, adquirida
La idea para todos publicada,
Por todos, y por todos extendida,
Va á ser doble el saber, doble la vida,
Doble la ilustracion, y cimentada
Sobre un doble poder, establecida
La civilizacion y entronizada.
Va á empezar á reinar la inteligencia;
Pueblos y soberanos, sus derechos
Deslindando á la luz de la conciencia,
Van á dar y cobrar rentas, no pechos;
Y de sus pueblos van los soberanos
Los amigos á ser, no los tiranos.
Quizás dentro de poco las naciones,
Sobradas ya de buques y de trenes,
En vez de ciudadelas y bastiones,
Labrarán astilleros y almacenes.
En poder niveladas, con conciencia
Tomarán y darán comercio y ciencia;
Van á sembrar por todas las regiones
Fe, saber, amistad, paz, opulencia.
Á fuerza de inventar y adquirir modos
De matarse mejor y aniquilarse,
Han de parar en comprenderse todos,
En conocerse al fin y respetarse;

Y á fuerza de añadirles perfecciones,
Pararán en romperse los cañones.
Juventud, que tal vez me oyes absorta,
Tal es tu perspectiva venidera;
La vida del error va á ser ya corta;
Aunque oyes el cañon por donde quiera
Todavía estallar, ten fe; no importa;
Es el postrer aullido con que aborta,
Bajo el peso del siglo sofocada,
La guerra, de cadáveres preñada...
Ley, justicia, equidad, paz duradera;
Ése es el porvenir de nuestra era.

Entra en la via por tu edad marcada,
Echa tierra al rencor de odios vulgares,
Y á la verdad y á la razon entrada
Abre en tu corazon y en tus hogares.
Dignidad nacional ten en buena hora;
Nacion que no la tiene, se desdora;
Mas que tu orgullo nacional no sea
Pueril y quisquilloso patriotismo,
Que, dando en vanidad ó en fanatismo,
El desden ó el ridículo acarrea.
Ten leyes, libertad, instituciones,
Que te hagan grande y sin rival mañana;
Mas de los otros pueblos y naciones
No te hagan enemiga, sino hermana.
Individuo ó nacion, miéntras que vive,
Tiene algo que aprender; y vive y crece,

Si en saber y en comercio da y recibe;
Si se aisla, en su abandono desfallece;
Rey indigno del trono, que envilece,
De su manto á jirones se despoja;
Árbol que apolillado se envejece,
Su follaje da al viento hoja por hoja.
Para ser grande y respetada un dia,
Sé justa, sé leal, sé generosa;
Observa perspicaz, oye prudente;
No te fies no más en tu osadía;
Siempre, quien ménos sabe, es quien más osa,
Y es más útil saber, que ser valiente;
Sé sábia, sé prudente, sé ilustrada,
Y querida serás y respetada.
Cubre la faz de tu fecunda tierra
De una red de caminos y canales;
Y en vez de tropa y municion de guerra,
Con mano liberal haz que á raudales
Corra el oro y el pan por sus ramales.

¡Juventud mejicana!
Tuyo es el porvenir; Dios te le entrega.
¡Marcha! Tú la nacion serás mañana;
Tú has nacido ya libre; no doblega
Tu instinto ajena ley; rompe la insana
Ruin preocupacion del tiempo viejo.
Marcha á par con tu siglo; borra, olvida
El recuerdo de ayer; con él no luches;

Nuevo es tu porvenir, nueva tu vida.
Tal es mi conviccion, tal mi consejo;
Y es sano y es leal; como le escuches,
En el camino de tu bien te dejo.
No lo olvides jamas: Dios me es testigo;
Nací español y moriré tu amigo.

Ahora sólo me resta hacer un voto
Para hacer que ese albor que ya refleja
Fúlgido sol, del porvenir remoto
En el Oriente azul se determine;
Para volver á su equilibrio roto
La ley que la vorágine domine,
Que la guerra civil tras de sí deja.
Mejicana nacion, ¡Dios te proteja!
Augusto Emperador, ¡Dios te ilumine!

A S. M. I. EUGENIA,

EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES.

SERENATA MORISCA.

INTRODUCCION.

I.

Yo adoro, bardo errante, la gloria y la hermosura;
Mi templo es el espacio, mi altar la crëacion;
Yo vivo en la pasada para la edad futura,
Y aislado entre dos siglos está mi corazon.
Tu gloria y tu hermosura por eso solitaria
Mi voz canta en las sombras al pié de tu balcon;
Perdona, pues, señora, si viene, temeraria,
Á perturbar tu sueño mi bárbara cancion.

Yo habito de Granada las arabescas ruinas;
Allí donde los muros de tu mansion natal
Del áureo Darro lamen las ondas cristalinas,
Cual ora las del Sena tu alcázar imperial.
Yo habito aquellas lomas y páramos felices,
Do reverbera espléndido el sol meridional,
Que ha dado á tus cabellos del oro los matices,
Y á tu purpúrea boca las tintas del coral.

Yo habito allí, señora, muy léjos de los hombres,
De seres misteriosos en otra sociedad,
Do hablamos otra lengua y usamos otros nombres,
Perdidos ya ó extraños á la presente edad.
Yo habito aquel imperio de luz y pöesía,
De calma religiosa, de santa soledad,
Do son mi amistad sola, mi sola compañía,
Las sombras de los dueños de la gentil ciudad.

Las nómades costumbres de su africana tierra
Cambiaron mi lenguaje, mi fe, mi educacion;
La fe de los poetas, que el Cristianismo encierra,
Desdeñará á las mias unir su inspiracion;
Tu gloria y tu hermosura por eso solitaria
Mi voz canta en las sombras al pié de tu balcon;
Perdona, pues, señora, si viene, temeraria,
Á perturbar tu sueño mi bárbara cancion.

II.

Mas de esta voz salvaje que, sola y á deshora
Te envia en las tinieblas su cántiga oriental,
Es mágica la historia; escúchala, señora,
Si áun no ha cerrado el sueño tu cámara imperial.
Es una historia de hadas, de aquellas que los magos
De Oriente, en sus leyendas de orígen celestial,
Escuchan, de la noche entre los ruidos vagos,
Contar á una paloma posada en un rosal.

De aquellas que, en la lengua del árabe sonora,
Y en caractéres de oro con puntos de carmin,
Nos vienen en los libros de Alepo y de Bassora,
Y allá leen las sultanas al són del bandolin;
Es una historia de esas cuyo relato exhala
De pájaro gorjeos y aromas de jazmin,
Y halaga los sentidos y el ánima regala,
Cual són de agua que corre, cual aura de jardin.

Tal es, tan delicada, la trova peregrina
Que á solas en la noche te vengo yo á cantar,
Errante é ignorado, como una golondrina
Que deja el nido frágil allende de la mar.

Las sombras de Granada, que moran sus palacios
Y pueblan sus florestas de mirtos y azahar,
Abriéndome del aire los límpidos espacios,
Prestáronme unas alas con que á tus piés llegar.

Mas ¡ay! como en las sierras de Elvira y Alpujarra
La arpa y la griega lira desconocidas son,
Mis versos acompaña de rústica guitarra,
Escaso de armonías, el berberisco són.
Hé aquí por qué, señora, mi trova solitaria
Entono en las tinieblas al pié de tu balcon;
Perdónala, sultana, si viene, temeraria,
Á interrumpir tu sueño mi bárbara cancion.

III.

Era, há muy pocas noches y en altas horas, una
De esas serenas, limpias con que comienza Abril;
Mi espíritu en los rayos de la menguante luna
Vagaba en las riberas de Darro y de Genil.
Ya están allí avanzados los árboles con hojas,
Ya allí la primavera su fuerza juvenil
Ostenta, y ya las rosas empiezan á ser rojas,
Y rompen ya las lilas en plenitud viril.

Al penetrar, cansado, por el alcázar moro,
Retiro á que mi alma se acoge con amor,
Oí de sus techumbres filigranadas de oro
Estremecer los ecos insólito rumor.
Su espacio estaba lleno de misteriosos ruidos,
Sus auras impregnadas de aroma embriagador,
Y de invisibles seres, por ellas esparcidos,
Sentia yo agitarse las alas sin color.

Que henchia del alcázar la residencia quieta
La fuerza de un misterio recondito juzgué,
Y oyendo de los genios amigos del poeta
La voz susurradora, tranquilo me acerqué.
Yo, familiar con ellos y favorito suyo,
Su lengua misteriosa y encantadora sé,
Y de ella con las frases armónicas construyo
Los himnos que me inspira mi solitaria fe.

Hé aquí por qué las sombras que en el Alhambra habitan
Y los esquivos genios que guardan su mansion,
Á sus nocturnas rondas, benéficos, me invitan,
Y á hacer de sus historias la amena relacion;
Y hé aquí por qué, señora, mi trova solitaria
Te canto en las tinieblas al pié de tu balcon;
Perdónala, sultana, si viene, temeraria,
Á interrumpir tu sueño mi bárbara cancion.

IV.

No es hija de mi númen mi tosca serenata;
Los genios del desierto crearon mi cantar;
Agreste es su palabra, su melodía ingrata
Suspiro de las tribus indómitas de Agar.
Los genios del desierto, que en el Alhambra moran
Despues que la perdieron los hijos de Alahmar,
Las hadas musulmanas, que su partida lloran,
La hicieron himno rudo del agareno adoar.

Los genios, las huríes, los silfos y las hadas,
Que vienen por las noches á reunirse allí,
Dejando sus silvestres incógnitas moradas
Ocultas en la fértil comarca Granadí,
De la árabe creencia los ángeles caidos,
De quienes esta noche la vela sorprendí,
La hicieron en su lengua sonar en mis oidos,
Mandándome en la mia tornarla para tí.

Los silfos, que se labran su tienda de reposo
Con las plegadas hojas del fresco tulipan,
En cuya alcoba móvil, con su álito oloroso,
Las ráfagas nocturnas á columpiarles van;

Las vírgenes perpétuas, las célicas huríes,
Que, huyendo el paraíso do las creó el Koran,
La vuelta de los reyes, sultanas y walíes
Esperan del caido imperio musulman.

Aquellas voluptuosas divinidades moras,
De su sensual creencia soñada crëacion,
En pájaros y flores tornadas á estas horas
Habitan en tus valles de Orgiva y Lanjaron.
En nombre suyo vengo; por eso solitaria
Mi trova en las tinieblas se eleva á tu balcon;
Perdona pues, señora, si llega, temeraria,
Á interrumpir tu sueño mi bárbara cancion.

V.

Aquellos lindos seres que, fieles á sus lares,
Quedáronse en las tierras que hubiste tú despues,
Te amaban como dueña gentil de los lugares
Que habitan, do ya nunca se posarán tus piés.
Y aquellos lindos seres, que viven encantados
Allí bajo las sombras del tilo y del almes,
Su tierna despedida te envian, desolados,
En estos versos rudos que de mi númen crees.

Los genios de las aguas, las aves y las flores
De Lanjaron y Orgiva, de quienes soy rawí,
Su intéprete me hicieron, sus alas de vapores
Prestáronme, y un himno me dieron para tí.
Yo soy quien te le canto; mas, de ellos mensajero,
Repito sus palabras, cual me las dan á mí;
Con ellas va, señora, mi corazon sincero;
Yo, más no poseyendo, con él contribuí.

Balsámica azucena del campo de Granada,
Que dejas nuestras vegas, tornada en flor de lis;
Paloma de la Alhambra, de allí desanidada
Para anidar á sombra del trono de San Luis;
Olvida unos momentos, feliz Emperadora,
La cortesana lengua de tu imperial París,
Para escuchar atenta mi serenata mora
En la robusta lengua de tu oriental país.

En medio de tu córte, que leyes da á la Europa,
Y el ostentoso lujo de tu imperial salon,
Pareceria pobre mi berberisca ropa,
Se arrastraria débil mi pobre inspiracion.
Por eso en las tinieblas mi trova solitaria
Que oyeras quise á solas, al pié de tu balcon;
Permite pues, señora, que suba, temeraria,
Á interrumpir tu sueño mi bárbara cancion.

SERENATA.

I.

LOS GENIOS.

Genio de alas doradas
Y ojos risueños,
Rosa de nuestros valles
Alpujarreños,
Aláh dé en Francia
Digno espacio á tu vuelo
Y á tu fragancia.

Aláh dé el sér del ángel
Á tu hermosura,
Y á tu sér de las flores
La esencia pura;
Y piensen que eres
El ángel de las flores
Y las mujeres.

Al contemplar tus pueblos
Tu donosura,

Flor te crean ó ángel,
No criatura;
Naturaleza
La de la flor y el ángel
Dió á tu belleza.

En Granada naciste;
Bien lo pregona
La oriental gentileza
De tu persona;
Tú te asemejas
Á los genios benignos
De sus consejas.

El alcázar augusto
Donde tú mores
Urna sea en que gracias
Sólo atesores;
Desde tu estancia
El benefico genio
Sé de la Francia.

II.

LAS FLORES.

Tu presencia es, ¡oh rosa
De la Alpujarra!
Aura fresca de rio,
Sombra de parra;
Donde aparece,
Todo se vivifica,
Todo florece.

De la Alpujarra sales;
Bien los olores
Lo dicen que tu cuerpo
Trae á sus flores;
En tus entrañas
Arraiga un pié de lirios
De sus montañas.

Tus ojos son más puros
Que los raudales
De sus frescos arroyos
Y manantiales;
Y tus cabellos
Tienen las mismas ondas
Que tienen ellos.

Tu aliento huele al ámbar
De la azucena
De los valles de Yégen
Y Lucainena;
Segun trasciendes,
Es de una mata de ellas
De quien desciendes.

Flor que dejas los cármenes
Del reino moro,
Tu cáliz de virtudes
Sea tesoro;
Y su fragancia
Se derrame en favores
Sobre la Francia

III.

LOS PÁJAROS.

Ya, al brotar los albores
De la mañana,
No oirás nuestros píos
Á tu ventana;
Porque, leales,
Defenderán tus rejas
Águilas reales.

Paloma no apareada
Con las palomas,
Al aire de las águilas
El vuelo tomas;
Pues te dió el cielo
El alma de paloma,
De águila el vuelo.

Tórtola que te acoges,
De amor herida,
Al alcázar en donde
Tu amor se anida,
¡Que el aura leve
La ventura á sus torres
Contigo lleve!

Nosotros en tus valles
Anidarémos,
Y en tus techos desiertos
Nos posarémos;
Mas del olvido
No harémos en el árbol
Jamas el nido.

Golondrina que partes,
¡Que el bien te siga!
Águila coronada
¡Dios te bendiga!

¡Dios de tu infancia
La paz dichosa lleve
Contigo á Francia!

IV.

EL POETA.

Al ¡adios! que te envia
Por mí Granada,
Tolérame, señora,
Que el mio añada;
Halle acogida
En tu gracia, por ella,
Mi despedida

Excusa que mi audacia
Llevar pretenda
Al altar de tu gloria
Mi propia ofrenda;
Mas que te muestre
Mi fe quiero, á lo ménos,
Ramo silvestre.

Yo, á estilo de mi tosca
Tierra africana,
Dejo un ramo de flores
En tu ventana;

¡Y ojalá en ellas
El favor te dejára
De las estrellas!

¡Plegue á Dios que mañana,
Cuando las halles,
De Granada te acuerden
Los frescos valles;
Y que al cogerlas,
En tus manos de nácar
Se tornen perlas!

Emperatriz augusta,
Yo te saludo
Y parto; da al olvido
Mi canto rudo.
Fué en mí arrogancia,
Pero fué deber mio,
Cantarte en Francia.

INAUGURACION

DEL

TEATRO NACIONAL DE MÉJICO.

S. M. el Emperador Maximiliano dirigió, con fecha 12 de Octubre de 1865, una carta á su Ministro de la Gobernacion, manifestándole su propósito de crear en aquella córte un teatro nacional, bajo la direccion de D. José Zorrilla: dispuso tambien S. M. que para inaugurarle provisionalmente, se diera, como se verificó, una funcion en palacio, bajo la direccion del autor de Don Juan Tenorio, drama elegido con tal objeto por el mismo Emperador. La constancia y el empeño del poeta se vieron coronados por un éxito feliz. Unas doscientas personas, entre damas y caballeros, asistieron al régio espectáculo. Luégo que SS. MM. ocuparon sus asientos, el poeta subió al escenario y leyó las dos composiciones que van á continuacion, escritas expresamente para aquella fiesta, y cuyos manuscritos autógrafos puso en manos de SS. MM.

A S. M. EL EMPERADOR.

Augusto Emperador, por donde quiera
Que me lleve mi instinto vagabundo,
Llevaré un buen recuerdo, hasta que muera,
De nuestro buen encuentro en este mundo.
Ambos hemos venido á estas regiones
Predicando la paz; Vos con grandeza
Imperial, con corona en la cabeza,
Con oro, con poder y con legiones:
Mas en la mano al par, con ánsia viva,
Mostrando al pueblo de la paz la oliva.
Yo vine solo, aquí, con la nobleza
Del corazon lëal de un castellano,
Extraño á las políticas pasiones,
Ajeno á odios de raza y opiniones,
Á visitar cortés á un pueblo hermano.
Mi nombre sin temor traje en mi frente,
Mi läud traje en la siniestra mano,
Y la diestra, cual Vos, sinceramente
Tendida para el pueblo Mejicano.
Vinimos ambos con intento amigo:

Con Vos la luz espléndida venía
De un nuevo y rico porvenir; conmigo
Vino un aura de amor y pöesía.
No imagineis que, vanidoso, anhelo,
En un exceso audaz de orgullo insano;
Entrar con Vos, Señor, en paralelo;
Mi padre me enseñó de pequeñuelo
Que nadie va á la par del Soberano.
Sólo aspiro á marcar en mi memoria
La página mejor que hay en mi historia,
Nuestro encuentro, Señor, en este suelo.
Una noche, Señor, mi buen destino
La línea de mi artístico sendero
Llevó á encontrar vuestro Imperial camino:
Allí os habló el poeta peregrino,
Y os saludó cortés el caballero.
Vos comprendistes á ambos; y hé aquí el punto
En que el camino de los dos va junto.

Vos, como yo, Señor, amais el arte,
Y al tender á las artes vuestra mano,
En la empresa me dais la mejor parte;
La de abrir vuestro alcázar soberano
Al ingenio y al arte mejicano.
«Quiero un teatro nacional, y os fio
Su primordial impulso»—¡me dijisteis!.....
¡Gracias, Señor, por la honra que me hicisteis!.....
Porque la gloria es vuestra, el honor mio.

Señor, los elementos son escasos,
Porque en este país todo se encierra;
Mas su savia feraz fermenta en vasos
Que ahoga aún su ensangrentada tierra.
Su teatro es un niño mal nutrido,
Que áun no ha podido andar, por entumido;
Yo le voy á quitar los andadores;
Pero al lanzarle en sus primeros pasos,
Todavía en sus piés mal sostenido,
Va á marchar entre espinas, no entre flores.

Yo cargo, empero, con mision tan alta;
En Méjico, Señor, no falta ingenio;
Proteccion es hasta hoy lo que le falta.
Dádsela, y le abro el Imperial proscenio.
Ya está franco para él vuestro palacio;
Ahora, Señor, con generoso aliento,
Impulso dadle, procuradle espacio;
Que él volará, Señor, si le dais viento.
Vuestro el mérito es, la gloria vuestra;
Yo, en Méjico extranjero, me contento
De vuestro alto favor con la alta muestra;
Y parto satisfecho con la gloria
De dejar tras de mí buena memoria.

Nada soy para daros un consejo,
Ni lo osára intentar, aunque algo fuera;

Mas toleradme una opinion sincera
En la senda de gloria en que hoy os dejo.

Arte, virtud, valor, gloria y talento,
Prendas son de alta prez, cuya memoria
Labra, Señor, al hombre un monumento
En el panteon inmenso de la historia.
El guerrero, el político, el artista
Van ansiosos al par á la conquista
De un lugar en el templo de la gloria;
Mas la gloria del arte y de la guerra
Dejan, Señor, un rastro tan diverso,
Que una alumbra, incendiándola, la tierra,
Y otra ilumina pura al universo.

¿Ambicionais, Señor, gloria futura?
¿Anhelais á la gente venidera
Dejar de Vos una memoria pura,
Que se trasmita de una en otra era?
Pues la gloria, Señor, más duradera
De las glorias mundanas, porque abarca
De todas las demas la gloria entera;
La más propia y más digna de un monarca;
Libre de sangre, lágrimas y penas,
Es la gloria de Augusto y de Mecénas.

Tal vez se olvida la maestra mano
Que labra el obelisco, el mausoleo,

Las termas, la naumaquia, el coliseo;
Mas vive el de Artemisa, el de Trajano;
Viven el de Cleopatra y Diocleciano,
Que al olvidado autor dieron empleo.
Las artes son, Señor, agradecidas;
El arte, libre, audaz, independiente,
Pueblos sin incendiar, sin costar vidas,
Del que las protegió liberalmente
La gloria cuenta á la futura gente.
Protegedlas; que aquí ni están perdidas,
Ni se pierden jamas las nobles sumas
Que se emplean en mármoles y en plumas.

No es, Señor, que compreis aduladores,
Ni que pagueis serviles charlatanes,
Que entonen sin sazon vuestros löores
Y os deshonren con sórdidos afanes;
No; sino concienzudos escritores,
Artistas de talento verdadero,
Hombres de corazon sano y entero,
De la fe del país merecedores;
Á quien de servilismo nadie arguya;
Que con vuestra intencion se identifiquen,
Que velen vuestra gloria como suya,
Que os aconsejen, con afan sincero,
Que esparzan por igual vuestros favores,
Que vuestros pueblos á ilustrar se apliquen,

Y que mueran por Vos, si el caso llega,
Por fe de conviccion, no por fe ciega.

Perdonad á mi instinto algo salvaje
La osadía lëal de mi lenguaje.

Hé aquí cumplida mi mision: ahora,
Que la piedra asenté sustentadora
Del pedestal del arte mejicano,
Si prospera, Señor, si llega á grande,
Tolerad á mi orgullo castellano
Que otro favor, por último, os demande,
Aunque mi orgullo ibérico os asombre;
Y es, que deje, al firmarle vuestra mano,
Un modesto lugar para mi nombre
Detras de vuestro nombre soberano.

LA CORONA DE PENSAMIENTOS.

GALANTERÍA POÉTICA

Á S. M. LA EMPERATRIZ.

Me han ido acaso á decir,
Y lo he osado esperar,
Que de mi boca un cantar
Os dignariais oir;
Y no queriendo perder
Dicha para mí tan buena,
Una tosca cantilena
Os he venido á träer.
Me asalta, empero, el temor
De que, al írosle á entonar,
No corresponda el cantar
Á vuestro imperial favor;
Y ademas, como mi mano
Mezcló en mi lira sonora
Cuerdas de la guzla mora
Con las del läud cristiano,

Duda mi musa, discreta
Mirando á vuestro decoro,
Si os la cante el *rawí* moro,
Ó el castellano poeta.
La libre gala oriental
De mi mora poesía,
Tal vez lastimar podria
Vuestro decoro imperial;
Tal vez en el cancionero
Del cristiano trovador
Os enojará el cantor
Con mote rudo ó severo.
Voy, pues, á hacer que á la par
Os canten ambos á dos;
Y dignaos tomar, Vos,
Lo que os plazca del cantar.
Tomad lo galan del uno,
Y del otro lo sincero;
Y, si no algo bueno, espero
Que hallaréis algo oportuno.
No sé, augusta Emperatriz,
Si mi loca vanidad
Trae á Vuestra Majestad
Un pensamiento feliz;
Mas, prevenírosloquiero:
Tal vez en mi obra incompleta
Quedará mal el poeta,
Pero bien el caballero.

Allá va, pues, mi cancion,
Que entre hispano y musulman,
Lleva, á fuer de introduccion,
Este preludio galan.

PRELUDIO.

EL POETA CRISTIANO.

Si es cierto, augusta Señora,
Que os place mi poesía,
Eso es no más, á fe mia,
Lo que desde hoy la avalora.
¡Bien hayan vuestros antojos!
Desde hoy va á pasar por bella,
Tan sólo porque por ella
Han pasado vuestros ojos.

EL RAWÍ ÁRABE.

¡Bendiga Aláh tus caprichos,
Sultana! Pues los deseas,
Despues de que tú los leas,
Van á ser perlas mis dichos.
No van á tener valor,
Que á su valor corresponda,

Los diamantes de Golconda
Ni los chales de Lahor.

EL CRISTIANO.

En vano mi inspiracion
Con la edad se debilita;
Que lo que el tiempo la quita,
Se lo da vuestra opinion.
Desde hoy va á correr impune,
Puesto que desde hoy la abona
De vuestra imperial corona
La sombra, que la hace inmune.

EL ÁRABE.

Desde hoy más, Sultana, toma
Mi pluma en tus labios tinta,
Y luz, en la que el sol pinta
En tus ojos de paloma.
Mi cancion va á ser, en suma,
Más que las esencias grata,
Pues tu gusto la aquilata,
Y tu aliento la perfuma.

EL CRISTIANO.

Oid, noble Soberana,
Inmaculada azucena
De los jardines del Sena
Y de sus lises hermana;

Y si el són de mi cancion
Os parece hosco y bravío,
Pensad bien, que el canto mio
Es la voz del corazon.

EL ÁRABE.

Nobilísima Sultana,
Hija de los lirios blancos
Del pabellon de los francos,
De sus águilas hermana;
Oye mi árabe cancion,
Y ¡haga Aláh que el canto mio,
Como aura fresca de rio,
Refresque tu corazon!

TROVA CASTELLANA Y KÁSIDA ÁRABE.

SALUTACION.

EL CRISTIANO.

Señora, ¡que os tenga Jehová en su resguardo!

EL ÁRABE.

Essalam aleïka, soliannat nuarí (1).

EL CRISTIANO.

Llamadme, Señora; yo soy vuestro bardo.

EL ÁRABE.

Detenme, Sultana; yo soy tu rawí.

TROVA.

Yo tengo en el arpa que guia mi canto
El lánguido encanto del ruido del mar,
Las íntimas notas que arrancan el llanto,
Las que hacen á un tiempo sentir y gozar.

(1) Traduccion literal: *La salud sobre tí, Sultana de mis flores.*

Yo soy el poeta cuyo estro se inspira,
Del Dios de los mundos lanzándose en pos;
Yo soy el poeta de fe, que respira
El aura que viene del soplo de Dios.
Yo soy el poeta, que sabe el camino
Del cielo en que radia la faz del Señor;
Yo leo en las hojas de un libro divino
La letra viviente del Dios creador.
Yo sé, cómo un dia prendió en los espacios,
Cual toldo flotante de ingrávido tul,
En lazos y broches de sueltos topacios,
Aliento del mundo, la atmósfera azul.
Yo veo la estela que en pos de sí deja
La tierra á quien guia su fuerza interior;
Yo sé por qué es dulce la miel de la abeja;
Yo sé por qué vuela tan alto el condor.
Yo sé cómo el viento se lleva la nave;
Yo sé cómo al cielo la luz da color;
Yo sé por qué silban el viento y el ave;
Yo sé por qué mece la brisa á la flor.
Yo sé lo que el hombre sin fe nunca sabe;
Yo soy el que tiene del alma la llave;
Yo soy el que sabe quién es el amor.

KÁSIDA.

Yo tengo en mi guzla de són berberisco
El gérmen del cuento y el sér del cantar;
Y se oye en el són de mi canto morisco,
La brisa marina que orea el lentisco
Y el rio que bulle, cruzando el palmar.
Yo vivo entre flores y duermo entre aromas;
Mi kiosko perfumo con índicas gomas
Y esencias de rosa, de mirto y zahar;
Arrullo en la siesta me dan las palomas,
Mi vida es un sueño sin hiel, ni pesar.
Yo sé cuántos mithos la Grecia produjo;
Sé cuántos Egipto del Asia introdujo
Doquier que, con pobre misterio ó con lujo,
Alzaron los hombres á un Dios un altar.
De cantos y cuentos poseo un tesoro;
Yo soy el encanto del indu y del moro;
Yo soy la delicia del árabe aduar.
Yo sé lo que nadie en el mundo ya sabe;
Yo sé las mil lenguas en que hablan el ave,
La flor y el insecto y el viento y el mar.
Yo tengo de todas las lenguas la clave;
Yo sé lo que el viento le dice á la nave;
Yo sé lo que pía la alondra al volar.
Yo sé lo que augura la mustia corneja;

Yo sé lo que dice zumbando la abeja;
Del silfo, que gime, comprendo la queja;
Del fénix, que espira, comprendo el cantar.

EL CRISTIANO.

Mi trova cristiana ya oisteis, Señora;
¡Adios! y excusadme, placer si no os dí.

EL ÁRABE.

Sultana, ya oiste mi kásida mora;
¡Adios! ya te dije bastante de mí.

EL CRISTIANO.

¡Adios!.... y si os place, seré vuestro bardo.

EL ÁRABE.

¡Adios!..... si me aceptas, seré tu rawí.

EL CRISTIANO.

¡Adios, hija blanca de un hada y un nardo!

EL ÁRABE.

¡Adios, almo engendro de un sol y una hurí!

EL CRISTIANO.

¡Adios, y que os tenga Jehová en su resguardo!

EL ÁRABE.

Essalam aleïka, soliannat nuarí.

CONCLUSION.

Tal, Señora, es la pobre cancion que os traje;
Y si os extrañan de ella ritmo y lenguaje,
Del poeta y su canto pensad que ignoro
Si es himno ó ramillete, cristiano ó moro;
Pero de ambos, Señora, con elementos,
Os tejí esta corona de pensamientos,
Que por mis manos
Envian á las vuestras los mejicanos

Esta noche, aunque en Méjico soy extranjero,
Del arte mejicano soy mensajero.
En mí mision tan alta Méjico fia,
Porque sabe lo noble del alma mia;
Por él, pues, á ofreceros vengo en persona
De versos y de flores una corona,
Que por mis manos
Envian á las vuestras los mejicanos.

Si os parece extremada galantería,
Recordad de dó viene mi poesía.
En mi patria, que es tierra de gentileza,
Ser galan con las damas prueba nobleza.

Lo galan perdonadme: Vos sois, Señora,
Como el sol, que, donde entra, todo lo dora.
Mi poesía
Es oro por ser vuestra, no por ser mia.

Como algo en los poetas hay de hechiceros,
No extrañeis que un encanto pretenda haceros.
Con el poder del arte, que aquí me abona,
Voy, Señora, á tejeros vuestra corona.
Vosotros que de mi arte sois elementos,
Enlazad en corona mis pensamientos (1);
En vuestras manos
Me envian á ponerla los mejicanos.

(1) Los actores cercaron al poeta, formando círculo, y tejieron la corona con los pensamientos que tenian en la mano; y abierto otra vez el círculo, el poeta bajó de la escena al salon, y tuvo el honor de ofrecer á S. M. la Emperatriz una corona de pensamientos, sirviéndole de azafate el papel de su propia composicion.

CONFIDENCIAS Y CANTILENA

Á

S. M. C. DOÑA ISABEL II.

1865.

CONFIDENCIAS.

I.

Há un año os envié un cantar,
Y áun no se de él, ni de Vos;
Por si tal vez en el mar
Que se hundiera quiso Dios,
Con éste os le vuelvo á enviar.
¡Que Dios ampare á los dos!

II.

No sospecheis, Isabel,
Que en este encabezamiento
Se oculta un ruin sentimiento;
No lleva escondida hiel.
Vos sois la Reina, y yo soy
Vuestro súbdito doquiera;
Mi nombre vuestra bandera
Sombrea por donde voy.
Há un año, que andando en pos
De mi honra algo asendereada,
Mi alma abrí, hasta allí cerrada,
Para España y para Vos.
Hice aquí una confidencia
Con hidalguía española;
Mas hoy os hablo á Vos sola;
Entrad sola en mi conciencia.
Veréis cerrada en mi pecho
Sólo una puerta; dejarla
Dignaos así; á forzarla
Solo Dios tiene derecho.
Mas si por la idea os pasa
Tomar el lugar de Dios,
Yo os la abriré, y..... seréis Vos
Igual á Dios en *mi casa.*

Por mi Reina os reverencio;
Mas os vuelvo á suplicar
Que os digneis, Reina, pasar
Ante esa puerta en silencio.
De vuestra fe en el crisol
Al poner mi confidencia,
Nada os dará mi conciencia
Que deshonre á un español.
Así, lo que os voy á enviar
Este año en este papel,
Ignoro, Reina Isabel,
Si es historia ó es cantar.
Tomadlo como os parezca,
Que á ambos nos está mejor;
Pero atended á mi honor
Al darle lo que merezca.

III.

Pregúntanme en vuestro nombre
Qué hago tanto tiempo aquí;
Yo os lo diré, aunque hoy á mí
El que lo ignoreis me asombre.
No estoy, ambicioso de oro,
Ni de mi Reina ofendido,
De ella y de mi patria huido,
Acumulando un tesoro.

Yo vivo en un mumdo rico
De gloria y de poesía,
Y nunca con mi hidalguía,
Como mercader, trafico.
Yo aquí, noble Soberana,
Con solo el favor de Dios,
Siembro flores para Vos,
Que germinarán mañana.
Nunca tan pronto creí
Tenéroslo que contar;
Pero ahí va, historia ó cantar,
Lo que preguntais de mí.

IV.

Yo vine aquí lealmente;
La calumnia ruin acaso
Salióme, al llegar, al paso,
Pero la arrostré valiente.
Comprendí que habia error,
Á mí y á España al juzgar,
Y me resolví á esperar
Á que me vieran mejor.
Los españoles tenemos
Un defecto, que es tal vez
Una virtud de alta prez;
Y es, que todos nos creemos

Que á España representamos;
Que la nacionalidad
Nuestra individualidad
Simboliza en donde estamos.
Esperé, vi y estudié;
Y al fin de uno y otro dia,
Me convencí de que habia
Más error, que mala fe.
Ser enemigo de España
Prueba era de patriotismo,
Y era el perpetuar tal saña
Monomaniáco heroismo.
Mas ¿por qué han de andar, insanos,
Divididos tantos soles,
Siendo dos pueblos hermanos,
Mejicanos y españoles?
Fuimos un dia enemigos;
Mas no es razon tal verdad
Para no ser nunca amigos
Por toda la eternidad.
Pues fuerza es que diga alguno
Esta verdad el primero,
Y que emprenda, caballero,
Probarla, yo soy ese *uno*.
¿Qué es un poeta en la tierra?
El átomo más mezquino,
Que arrastra por su camino
La atmósfera que le encierra;

Mas un átomo brillante,
Sonoro y con pensamiento,
Que tal vez radia un momento,
Como el sol más rutilante.
Propúseme, pues, tentar
Si ese átomo iba yo á ser,
Y me dije, aquí al llegar:
«Pues no pudo en mi caber
Lo que me han ido á imputar,
Yo me haré aquí conocer,
Y aquí me habrán de matar,
Ó aquí me habrán de querer.»
Anduve en la soledad,
Tal vez pasando por loco,
Y exhibiendo poco á poco
Fuí mi individualidad.
Doquier que llamado fuí,
Fraternidad prediqué,
Los desdenes afronté,
Los argumentos volví;
Yo en las escuelas entré,
Y á sus tribunas subí;
Por las campiñas vagué,
Y hasta el palacio llegué,
En donde honrado me vi.
Y en todas partes con fe
Mi lealtad restablecí,
Y mi nobleza probé,

Y las almas conquisté,
Y á la calumnia vencí,
Y en todas partes dejé
Memoria dulce de mí.
Cortés, mas sin servilismo;
Justo, mas sin acritud,
Me mostré en la plenitud
De la fe que hallé en mí mismo;
Y hoy..... ¡es más claro que el sol!
Tengo una fama completa,
No de ser un gran poeta,
Sino un leäl español;
Y no hallo ya un mejicano
De talento y buena fe,
Que su mano no me dé
Al tenderle yo mi mano.
Sé que hay quien, sin caridad,
Me tacha aún de egoismo,
Y cree que hablo de mí mismo
Con absurda vanidad;
Mas si doquier á exhibir
Mi persona se me obliga,
¿Podré nunca en lo que diga
De mí mismo prescindir?
Si es la calumnia tenaz
Quien me personalizó,
¿Dejaré yo de ser yo
Doquier que la dé mi faz?

Que ese fallo, pues, revoque
De la crítica el murmullo;
Quien mi fe crea aún orgullo,
Que en mi lugar se coloque.
Yo cedo mi posicion;
En once años que ha durado,
Me habrá el talento faltado,
Pero nunca el corazon.
En mí, siendo hombre no más,
Por mi humana pequeñez,
Quedar mal en tiempo atras
Pudo el poeta tal vez,
Pero el español jamas.

V.

Hé aquí, noble Reina mia,
Mi respuesta á las preguntas
Que vuestro Gobierno juntas
Á hacerme á Méjico envia.
Y á los que ante Vos presumen
De fallar de mí en mi ausencia,
Dignaos de mi existencia
Dar este osado resúmen.
«Yo sé mi deber cuál es,
Y hombre soy á quien jamas

Harán dar un paso atras,
Ni el temor, ni el interes.
»Yo creí en mi corazon
Que en pro Vuestro en esta tierra
Harian, más que la guerra,
La lealtad y la razon.
»Creí, que andar á trompazos,
No prueba mejor derecho,
Sino más ira en el pecho
Y más poder en los brazos.
»Creí (y estoy en mis trece)
Que al recibir una ofensa,
Ántes que en vengarla, piensa
El cuerdo en si la merece.
»Creí que más corazon
Tiene, quien da á tiempo excusa,
Que quien ciego se rehusa
Á toda satisfaccion;
»Y como al llegar aquí
Vi que á todos lo pasado
Nos manchaba algo, he empezado
Por lavarme de ello á mí.
»Ni adulé, ni acriminé,
Ni provoqué, ni temí,
Y la verdad proclamé
Como en conciencia la vi.
»Así hablé á los mejicanos
Desde que al país llegué,

Y así el favor me capté
De ellos y sus soberanos;
»Y, en honor de los poetas,
Sabed que por Vos, sospecho
Que aquí mis versos han hecho
Más que vuestras bayonetas.
»Cristo predicó la paz;
Y donde hablen castellano
Yo por Vos iré, cristiano,
Predicándola tenaz;
»Y si la paz no os conquisto,
Coronado habré valiente
Mi corazon y mi frente
Con la corona de Cristo.»
Hé aquí el papel, Isabel,
Que tomé á cargo por Vos.
¡No me le quiteis, por Dios;
Que es muy noble mi papel!

VI.

Reina, de un buen castellano
Que el lenguaje no os ofenda;
Hijo de un corazon sano,
Hablo con él en la mano,
Y anhelo que se me entienda.

No extrañeis que os hable así;
Recordad, Reina y Señora,
Que en el tiempo que viví,
Nada han ido para mí
Á pediros hasta ahora;
Y que si hoy en este tono
Os entono mi cancion,
No es que os pido, ni me abono;
Que, al mirar por vuestro trono,
Cumplí con mi obligacion.
Y cuál es la mia sé,
Cada año que áun aquí esté,
Del golfo desde la orilla
En la lengua de Castilla
Un cantar os enviaré.
Y si, por adverso azar,
No os dignais, Señora, Vos,
Admitir bien mi cantar,
Yo pago, al fiarle al mar,
Lo que debo al Rey y á Dios.
Olvidad mi confidencia;
Os la hice, Reina, á Vos sola
Para abriros mi conciencia;
Y ahora oid con indulgencia
Mi cantilena española.

CANTILENA MERIDIONAL.

PRELUDIO.

Tanto viento dan á una
Mejicanos y Españoles
Al bajel de mi fortuna,
Que recelo que en la luna
Van á tocar sus penoles.
Mi suerte vuela tan loca,
Y con humos tan livianos
Tan arriba me coloca,
Que en tres semanas me toca
Cantar á tres soberanos.
Isabel es la tercera;
Mas, como la mia es,
Si Dios de tan alta esfera
Me precipita, Dios quiera
Que vaya á dar á sus piés.
Mucho el orgullo provoca
De mi poesía loca
Cantar á tres Soberanos;
Mas hoy, que á Isabel la toca,.....
¡Dios ponga gracia en mi boca!
¡Dios ponga tiento en mis manos!

CANTILENA.

Reina, bendice el sino que aquí me cupo,
Sin preguntar qué hago, ni en qué me ocupo.
Ya te lo dije, estrella del Mediodía:
Para tí siembra flores mi poesía.
Con el sol que amanece cada mañana,
Para tí una flor nueva se abre galana.
Yo, que tu huerto cuido, como te amo,
Cada año, de sus flores te envio un ramo;
Y te le envio
Atado con los versos de un canto mio.

Ve del huerto los frutos en once soles;
Por tu bardo me aclaman los españoles;
Los versos que te envio, ya como hermanos,
Escuchan y me aplauden los mejicanos.
En su alcázar los nobles emperadores
Admiten de mi mano versos y flores;
Mas el favor de Anáhuac, Isabel mia,
Para tí sola acopia mi poesía;
Yo te le envio
Todo entero en los versos del canto mio.

Mas empiezo á asustarme; dos soberanos
Juntos con españoles y mejicanos
Son, Isabel, ya muchos para mí solo.
Líbrame de mi gloria, que yo te inmolo;
Isabel, Reina hermosa del Mediodía,
Libra de tanto viento mi poesía:
Tú, que puedes, á pueblos y á soberanos,
Paga por mí á españoles y á mejicanos.
Mi honor te fio,
Porque aquí, más es tuyo mi honor, que mio.

Isabel, hada blanca del Mediodía,
Cuyo aliento es el aura de Andalucía,
Cuando de estos cantares las notas sientas,
Mándame un soplo de aire del que tú alientas;
Cuando, para leerlos, tus labios abras,
Mándame la más dulce de tus palabras.
Mándamela, Señora, para que aspire
El ámbar de tu aliento miéntras respire;
Porque no fio
Que de hoy más, sin tu aliento, me baste el mio.

NOTA.

La composicion dirigida al Sr. Conde de la Cortina fué con motivo de dedicarle un tomo de *La Flor de los recuerdos.*

Y bueno será tambien consignar aquí, que el Casino Español de Méjico es una sociedad fundada y sostenida por españoles, con el objeto de que los que de nuestra nacion habiten aquel país tengan un centro de reunion en donde conocerse y tratarse.

Ademas esta Sociedad cuenta con un fondo para pensiones de viudas y huérfanos españoles, y sostiene una especie de hospital con camas para enfermos.

En sus salones, abiertos diariamente á los socios, se dan funciones de declamacion, y en el dia 19 de Noviembre un gran baile, precedido de una funcion dramática y un himno á la Reina.

La Junta Directiva habia impuesto al Sr. Zorrilla la obligacion de ser el poeta de S. M. en aquella noche.

Hé aquí el orígen y la razon de las dos composiciones que, con el título de *Confidencias*, se publican en este tomo.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

CUATRO PALABRAS. v
INTRODUCCION Y PROSPECTO. . . . 1
PRIMERA PARTE.—ALBUM DE VIAJE. . . . 23
Al Excmo. Sr. Conde de la Cortina y de Castro. . 25
Á Dios. 64
Á la señorita Bolivia de Francisco Martin. 81
La noche de la celebracion de los juegos florales en la Habana. 87
Historia de una voz. 97
Il Delatore. 109
Las Golondrinas. 129
Los Pensamientos. 131
Á Paz, en sus bodas. 133
Á la memoria del insigne actor mejicano Antonio Castro. 137
Los Pobres. 149
En el album de Mariana R. 157
Á Paz.. 159
En la distribucion de premios del colegio nacional de San Juan de Letran y comendadores juristas de San Ramon.. 173
SEGUNDA PARTE.—LA INTELIGENCIA. . . 183
Introduccion.. 185
El Génesis. 189
La raza humana.. 193
Los egipcios. 194
Los fenicios. 197

PÁGINAS.

Grecia. 199
Roma. 201
Bizancio. 213
Los bárbaros. 219
Los monasterios. 230
Cristo y la libertad. 248
Arabia. 261
La lengua árabe. 273
Mahoma. 281
El Koran. 286
Las Cruzadas. 295
La educacion. 323
Resúmen. 329
Conclusion. 340
TERCERA PARTE. 341
Al Ateo. 343
Á la Excma. Sra. Marquesa de la Habana, Vizcondesa de Cuba, dedicándola un tomo de *La Flor de los recuerdos*. 357
Confidencias y Serenata á S. M. C. Doña Isabel II. — 1864. 365
Composicion leida en la distribucion de premios, hecha por el Emperador y la Emperatriz, en el colegio de la Escuela Imperial de Minas de Méjico, en 18 de Noviembre de 1864. 379
Á S. M. I. Eugenia, Emperatriz de los Franceses. . 387
Inauguracion del Teatro Nacional de Méjico.— A S. M. el Emperador. 405
La Corona de pensamientos.— Galantería poética á S. M. la Emperatriz. 411
Confidencias y cantilena á S. M. C. Doña Isabel II. — 1865. 423

Zorrilla

ALBUM

DE UN LOCO

G 28891